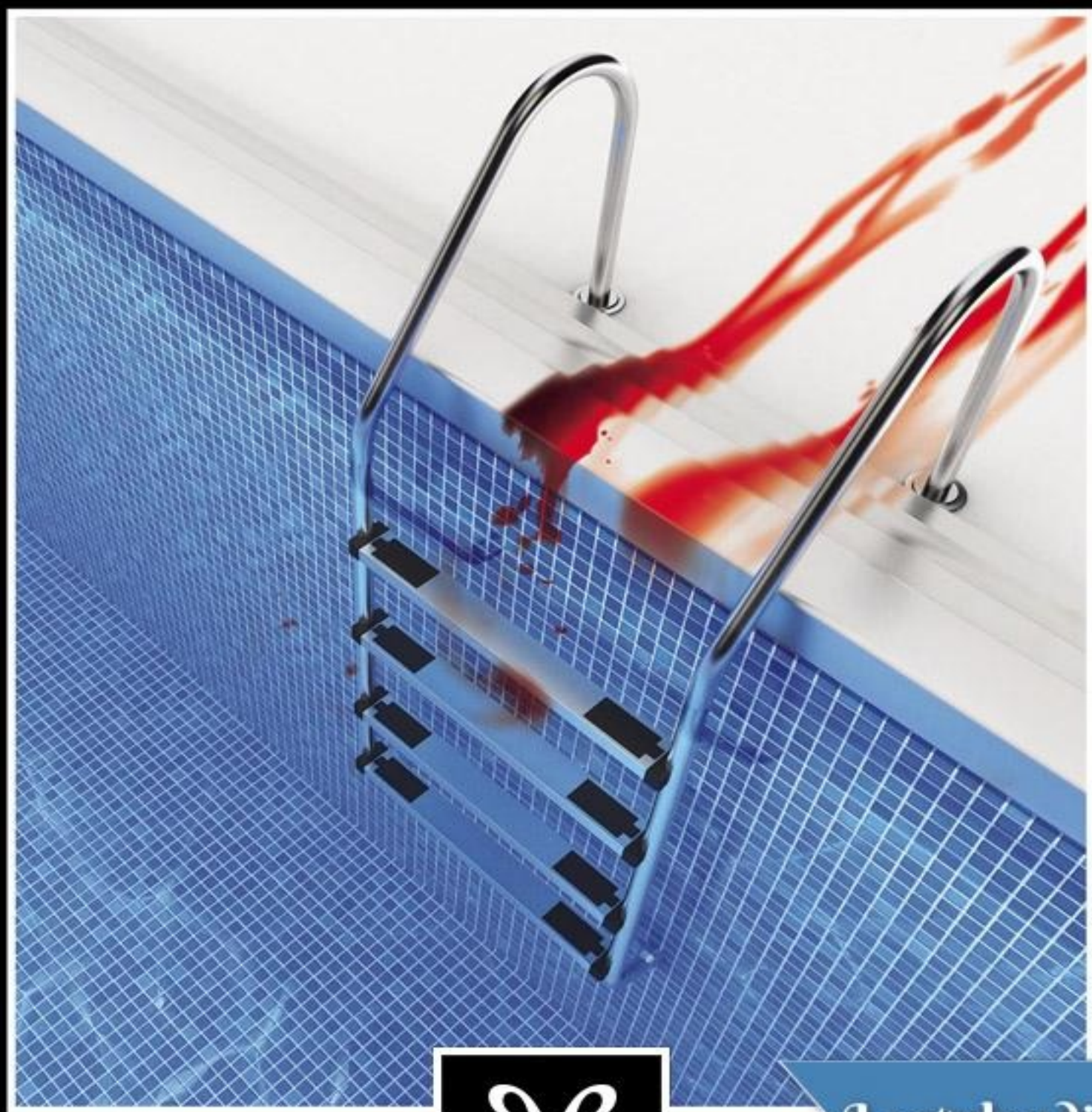


Liliana Escliar

LOS MOTIVOS DEL LOBO



se

Lectulandia

Daniel Parodi se había convertido en el mejor criminólogo forense del país. Era capaz de pensar como el criminal, «ser» el criminal. Entendía la lógica del delito y, de manera casi inevitable, siempre descubría al culpable. Pero cuando un psicópata inasible asesinó a Zoe, su hija, todo cambió.

Obsesionado por atrapar al Lobo, Parodi pierde a su familia, su casa, su trabajo, su talento profesional. El Lobo se adelanta y Parodi, acosado por el dolor, llega tarde y fracasa una y otra vez.

Junto con sus aliados, Ernesto Soria —un octogenario expolicía devenido en librero— y Diego Heller, un joven hacker tímido, malvive de las pericias que le encarga la fiscal Diana Quaranta y de las magras ventas de una librería especializada en policiales que funciona también como casa y oficina. Parodi no entiende los motivos del Lobo y por qué lo eligió como víctima.

Liliana Escliar actualiza el género negro con una trama en la que se entrecruzan los hilos del poder, la obsesión por la venganza y un perverso juego del gato y el ratón.

Lectulandia

Liliana Escliar

Los motivos del Lobo

ePub r1.0

Titivillus 31.08.17

Título original: *Los motivos del lobo*
Liliana Escliar, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Juan, siempre

¿Vienes del infierno?
¿Te ha infundido acaso su rencor eterno Luzbel o Belial?

DARÍO

Otra vez la musiquita machacona: «Ratón que te atrapa el gato/ ratón que te va a atrapar/ ratón que si no te atrapa/ mañana te atraparé».

Daniel Parodi duerme su sueño pringoso de borracho y sueña que Zoe lo saluda desde la calesita una vez, otra vez, otra vez y otra vez hasta que ya no está, ya no saluda. Él quiere levantarse del banco y correr pero olvidó cómo hacerlo. No entiende qué pasó en el reverso de la vuelta, en ese segundo que la veía y ya no, mientras la calesita sigue girando, ratón que te atrapa el gato, dejando una estela de sangre y tierra seca.

Y la música. Todo el tiempo la música que ahora va, ida y vuelta, de la pesadilla al sopor de la vigilia que no termina de resolverse. Le pesan los párpados y no quiere soltar el sueño. Quiere dormir, morirse, instalarse para siempre en esa inconsciencia plácida que a veces consigue pero hoy no.

Despierto de golpe, despabilado, entiende que la música que se infiltró en el sueño sale de su computadora. Que alguien decidió arrullarlo con la tonadita que lo persigue desde que mataron a Zoe. Que el Lobo está.

1

Dos años atrás, él fue el señuelo. La noche anterior, Daniel Parodi y su hija se habían desvelado con la noticia de la caída de un meteorito gigante en una ciudad impronunciable de Rusia, algo que según los entendidos confirmaba el inminente fin del mundo.

Zoe tenía diecisiete años y una pasión morbosa por ese tipo de noticias. Creía en los fenómenos paranormales, los ovnis, la existencia de una conspiración universal y el Apocalipsis, quería estudiar la carrera de Letras y en las últimas semanas se había «convertido» al veganismo, una forma de vegetarianismo extremo que a Daniel, carnívoro consecuente, le parecía una aberración.

Sin embargo ahí estaba, insomne a las cinco de la mañana frente a la heladera abierta llena de tofu, hamburguesas de lenteja y brotes de soja.

Desde la muerte de Patricia —siete meses atrás la habían empujado a las vías del tren para arrebatarse la cartera— que Parodi no podía dormir. Él, criminólogo, jefe del laboratorio de investigación forense de la Policía, no había podido cazar al raterito que había matado a su mujer.

Había hecho que Fabián, ese prodigio de las computadoras de sólo veintidós años, un adolescente lleno de granos y complejos que se le quedó pegado del curso de criminología que dictó cinco años atrás y es como un hijo, destripa cuadro a cuadro el video de seguridad de la estación de Belgrano. Había visto las imágenes tantas veces, que podía recordar la secuencia sin errores: Patricia en el extremo del andén que va a Retiro ve aproximarse el tren hacia el paso a nivel de Juramento, mira la hora y después hacia atrás, como si esperara a alguien. En ese momento, una persona —¿un hombre joven?— entra en la imagen, le arrebató la cartera y Patricia cae hacia las vías boca arriba, como quien se tira en un colchón de agua.

A las siete y media, todavía sin dormir, se lavó la cara y los dientes sin mirarse al espejo y fue a llevarle a Zoe el desayuno a la cama. Siempre lo había hecho para «sus dos chicas» y después de la muerte de Patricia lo había seguido haciendo para su hija. Para mimarla y, también, porque sin ese ritual no tendría por qué ni para quién levantarse.

La mañana del día que iba a morir, Zoe se despertó feliz. Iba a anotarse en la facultad.

Cuando salió del cuarto, Daniel la miró y fue como cuando la veía jugar: se había vestido y actuaba una urgencia eficiente «de universitaria». Había desmontado todos los gestos de nena, como quien saca las muñecas de los estantes.

Le ofreció llevarla pero no, claro que no. En cambio, le dio las llaves del auto e impostó, él también, el rol de viejo canchero y despreocupado que nunca había sido.

Hacía calor y se había quedado dormido en el sillón, arrullado por el ruido del

ventilador de techo mientras esperaba a Zoe.

Despertó con el filo de un cuchillo en la garganta. Podía ver las gotas de sudor y sentir el olor de la transpiración de su verdugo, ridículamente enmascarado —pensó— como un ninja criollo. Daniel repasó mentalmente todos los movimientos que debería hacer para llegar a la cocina, al estante donde guardaba su arma, pero no contó con que tenía quince kilos de más y todos en la panza. Cuando intentó incorporarse, el ninja lo noqueó de un golpe en la sien.

Lo que siguió en esas horas que parecieron días fue una rutina de tortura meticulosa en la que Parodi no tuvo, no pudo tener, ni siquiera la posibilidad de descontar el marcador con una trompada. El hombre no hablaba, no decía quién lo había mandado ni por qué.

Lo había atado por las muñecas con una sogá que después izó hasta dejarlo colgado.

Parodi estaba molido a golpes, apenas podía abrir los ojos, que empezaban a hincharse; la lengua era un pez globo contra la mordaza. El ninja lo había pateado, escupido, cortado y a él lo único que se le ocurría pensar era que así colgado seguro parecía una piñata.

No iba a matarlo. Nadie se cubre la cara para matar. Parodi tomó nota del tatuaje que asomaba del antebrazo de su torturador —algo así como una esvástica deformada— y pensó que era cuestión de aguantar hasta que terminara.

No había entendido nada.

Horas más tarde, cuando Zoe entró y lo vio colgado de la viga como una piñata, él entendió que ya no habría tiempo para nada y que era —iba a ser— víctima por efecto transitivo: un «asesino a tu hija para que te mueras vos» inapelable como un balazo en la cabeza.

El verdugo lo había molido a palos y ahora esperaba justo eso: que Zoe entrara así como entró, liviana y sin presentimientos. Que abriera esos ojos verdes que tenía, desorbitados de sorpresa y de miedo. Que lo mirara a él:

—Papá, qué pasa...

¿Cuánta desesperación entra en un segundo?

Parodi quiso gritar «salí de acá, andate», pero no pudo nada. La mordaza le anudaba la lengua y fue un segundo, o tal vez menos: su hija giró la cabeza y a lo mejor, ojalá, no llegó a ver cómo brilló el filo antes de cercenarle el cuello.

Zoe se inclinó hacia él como un muñeco oscilante, los pies firmes en el piso, y golpeó con la frente la panza de Parodi.

Cuando cayó —y Parodi juraría que pudo oír cómo crujía la frente de su hija contra el piso— el verdugo saludó con una inclinación de cabeza y salió tarareando: ratón que te atrapa el gato/ ratón que te va a atrapar/ ratón que si no te atrapa/ mañana te atraparé.

Lo que siguió fue el derrumbe, una demolición día tras día y piedra tras piedra de todo lo que alguna vez él fue o tuvo, que es lo mismo.

Estuvo internado tres semanas en un limbo de morfina. El ninja le había quebrado los dos brazos, la nariz y un par de costillas. Tenía un pulmón perforado, la cara reventada y varios dientes menos. Lo había destrozado a conciencia, cuidadosamente, para romperlo sin matarlo, pero a él le dolía otro dolor.

Era —intentó explicarle a Ernesto— como si le hubieran sacado toda la piel y estuviera cayendo en un pozo interminable y tan estrecho, que su cuerpo en carne viva raspaba contra las paredes mientras caía.

Ernesto, el viejo, no se movió de al lado de la cama en los veintitrés días. Se había retirado de la Policía «cuando las cosas se pusieron bravas», en el 76, y desde entonces mal llevaba una librería especializada en espías, detectives y buenos autores en general, sin best sellers ni novedades. Todo un éxito.

Era lo más parecido a un padre desde que los de Daniel murieron en un accidente en la ruta 2 volviendo de Coronel Vidal, treinta años atrás. A Martín Parodi, que también se había retirado de la Policía, se le había metido en la cabeza que era un buen negocio criar conejos. Los habían chocado de atrás y el Valiant en el que viajaban se despistó y dio tres vueltas antes de terminar con las ruedas girando en el aire.

Nunca encontraron al culpable ni a los conejos.

Cuando Parodi salió del hospital no tenía a quién llevarle el desayuno a la cama ni por qué levantarse. O vestirse, o trabajar, o seguir vivo.

Ernesto fue con él al departamento. Olía a cloro. Los de limpieza de escenas habían hecho un buen trabajo pero, aun así, la sangre de Zoe había dejado vetas negras en la madera del living.

Daniel miraba el parquet descolorido desde la puerta, sin entrar. Estaba encogido, como si tuviera que agacharse para pasar por el marco.

—No puedo.

Era la casa que habían comprado con Patricia. Ahí habían comido su primera cena de casados, un pícnic de pizza en caja de cartón porque no tenían ni muebles, ni platos, ni cubiertos. Ahí había llevado a su beba recién nacida y se había desvelado con la primera fiebre. Ahí había vuelto después de enterrar a su mujer, pero ya no. No podía volver a vivir ahí.

El viejo no insistió. Dijo «esperame en el bar» y amontonó en dos bolsos la ropa de Parodi. Cuando terminó, cerró la puerta y podría haber tirado las llaves por la ventana. Daniel no volvió nunca más. Meses más tarde, cuando terminaron los trámites de sucesión, aceptó la primera oferta que le hicieron y malvendió el

departamento con muebles y todo.

En 2005, la «Librería Policial» —un nombre que, según el mismo Ernesto admitía, era muy «piantavotos»— había cambiado a «Negra y Criminal»: un homenaje a la hermosa librería catalana y un intento, fallido, de atraer más clientes.

Era una construcción de 1900 con piso damero, techos altísimos, una enorme mesa central donde se apilaban «los recomendados de Ernesto» y estanterías en todas las paredes. En una de ellas, un riel sostenía la escalera con ruedas para desplazarse por los estantes superiores «como en *Funny Face*», decía, orgulloso, el viejo. Aunque la película, con un Fred Astaire demasiado viejo para la librería Audrey Hepburn, decía también, era «un bodrio».

Detrás del local, dividido por un tabique, había un cuarto con dos escritorios de chapa gris, una máquina de escribir Underwood de los años treinta y cajas apiladas de la colección «Rastros», «El Club del Misterio», algunos «Séptimo Círculo» repetidos y otros libros sueltos.

Más allá, a la derecha de la oficina, empezaba «el aguantadero»: un pasillo en el que se alineaban baño y cocina mínimos y, al fondo, un dormitorio de dos metros y medio por dos en el que apenas entraban la cama, un ropero de una puerta y la mesa de luz con un velador de pantalla rosada que, cuando se encendía, hacía que todo el conjunto luciera aún más deprimente.

Daniel se instaló en el aguantadero «por un tiempito y después vemos» pero el «vemos» nunca llegó, o llegó poco: la Underwood fue a la librería, a decorar uno de los estantes, y fue reemplazada por una computadora que, a su vez, vino atada a Fabián, el genio adolescente que lo acompaña desde que fue su alumno.

Dos años después, el tabique que separaba la oficina de la librería está empapelado con noticias de diario, anotaciones hechas en fibrón, fotos... pistas que lo deberían llevar al asesino de su hija y, también, a quien dio la orden.

Parodi sale del aguantadero y atraviesa el pasillo.

En la computadora de la oficina, el video del gato y el ratón está programado en un loop al infinito: no termina de terminar y vuelve a empezar, el gato que persigue al ratón, lo toma y lo suelta, lo enloquece pero no lo mata.

Toma el cable de la computadora y tira con fuerza. «Qué buena cosa es el silencio», piensa. Y llama por teléfono a Quaranta:

—Hola, Quaranta. Soy yo... No creo que haya nada, pero ¿podés mandarme a los de laboratorio?... Sí... Estuvo acá —dice. Y corta.

No hay que explicar demasiado. La doctora Diana Quaranta es la titular de una de

las fiscalías en lo Criminal y Correccional Federal más complicadas del país. Pero cuando Parodi la llama a las seis de la mañana y le pide que vaya, ella va porque, sobre todo, son amigos.

Ella estuvo ahí la primera vez, cuando los de la Federal lo descolgaron de la viga como a una piñata y él pudo al fin abrazar a su hija muerta.

Se conocieron hace doce años, cuando ella era secretaria de un juzgado criminal y el nombre de él ya sonaba como uno de los peritos forenses más serios y confiables. Esa mañana, y porque sobraba o faltaba un papel en un informe, terminaron puteándose a los gritos en el hall central del Palacio de Tribunales mientras la estatua de la Justicia extendía sus brazos en un infructuoso gesto apaciguador.

Y hubiera terminado todo así, pero un pasante que volvía del almuerzo le fue con el cuento del escándalo al juez. El doctor Araujo los convocó en su oficina, como un director de escuela a los alumnos, y los encerró en el cuartito polvoriento donde se acumulaban los expedientes a «que no salgan hasta haber resuelto sus diferencias o se maten —dijo—. Ustedes verán».

Y vieron. Ese día se insultaron hasta que olvidaron por qué habían empezado a pelear, y después se rieron.

Años más tarde, cuando la vida les pasó por encima con una topadora y ya no hubo de qué reírse, siguieron acompañándose de cerca, como si nunca hubieran salido del todo del cuartito de los expedientes.

—No hay nada. Ninguna huella. —Cabrera, el forense, se quita los guantes como quien se saca un moco y le entrega la computadora empolvada de grafito a Fabián—. Todo tuyo.

A él, a Parodi, ni lo mira:

—¡Qué raro!

Y Cabrera contesta, todavía sin mirarlo:

—No empieces, Parodi... No jodas.

La rivalidad entre Cabrera y Parodi tiene tantos años, que ya ni se acuerdan que alguna vez fueron casi amigos, cuando ambos estudiaban criminalística en el universitario de la Federal. Después, como en el bolero, la vida los separó: Cabrera hizo un par de peritajes dudosos, omitió —por estupidez, desidia o dinero— datos determinantes para el resultado y, cuando lo convocaron para una segunda evaluación, Parodi lo cocinó vuelta y vuelta: redactó un informe pormenorizado en el que destacaba los fallos de procedimiento de Cabrera, agregó una nota en la que escribió que «los errores son tan groseros, que sólo es dable atribuirlos a un boludo o a un hijo de puta. Cualquiera sea el caso, se recomienda desestimar el peritaje anterior», y firmó al pie.

—Entran a mi casa, cargan un video, salen... y, según vos, no hay nada. La próxima les voy a pedir que dejen una tarjeta. A lo mejor así los encontrás.

Parodi tiene ganas de agarrarse a piñas con alguien y el forense, con la grasa acumulada pesándole en el culo y alrededor de las caderas como un muñeco tentetieso, es el candidato perfecto.

Cabrera mira la librería de literatura policial que no vende nada, la oficina mugrienta y el aguantadero, con la cama deshecha al fondo, las botellas indicio de una noche tan mala como todas, y casi le perdona la vida, pero no:

—A lo mejor la tarjeta tiene tus huellas, como la computadora. ¿Estás seguro de que entró alguien? ¿Que no te pusiste vos la musiquita para dormir?

Parodi se le va al humo y antes de que Fabián, Quaranta y los otros técnicos logren separarlos le pone dos trompadas bien puestas. Qué menos.

—¡Daniel! ¡Basta! —Quaranta se para entre los dos y los separa como un árbitro de box: cada uno a su esquina.

A Cabrera le sangra el labio, tiene la camisa rota y el orgullo a jirones, pero se recompone y sale:

—La próxima vez que me llame, doctora, que sea una escena en serio. Y si es con muerto, mejor.

Lo dice por Parodi, claro. Pero Daniel ya está con Fabián en la cocina. Se acaba de poner los anteojos y examina los nudillos despellejados de su mano derecha mientras sostiene un vaso de whisky con la izquierda como un Marlowe con presbicia, desaliñado y panzón.

—¿Querés?

Fabián ni contesta. Son las siete de la mañana y al pibe se le escapa un gesto, mezcla de reprobación y asco. Parodi se encoge de hombros y el whisky le quema apenas la garganta:

—¿Cómo se hace? ¿Cómo hicieron estos hijos de puta para meterme el video en la máquina?

Fabián es el experto, el «hacker», porque se puede meter con la computadora en cualquier lado, leer correos, averiguar un saldo de banco, quién le mandó qué cosa a quién y otras proezas inverosímiles, pero a Daniel, que no entiende nada de esas cosas, lo que más le sorprende es que escriba sin mirar el teclado, «mezcla de José Feliciano y Ray Charles», dice Parodi.

—Si hay un dispositivo remoto, no lo encontré... Lo cargaron desde esta máquina. —Eso implica, ambos lo saben, que el Lobo o su gente estuvieron ahí, tal vez en la misma cocina donde están ellos ahora. Que lo vieron dormir. Que le pusieron la musiquita para despertarlo.

—¿Hicieron algo más? ¿Buscaron algo?

—Todavía no vi pero...

Fabián no llega a contestar. La que interrumpe es Quaranta, hecha una furia:

—¿Qué tenés en la cabeza, Parodi? ¡¿Hago venir a los forenses a las seis de la mañana y te agarrás a piñas con Cabrera?!

—Es un pelotudo. ¿Querés?

Quaranta mira el vaso que le extiende Parodi y no decide si es una ofrenda o una provocación. Por las dudas elige la provocación y se ofende:

—No es un pelotudo. O sí. Pero lo necesitamos. Yo lo necesito.

—Vos necesitás alguien que piense. No un forro que llene formularios.

—¿Qué sabés vos de lo que yo necesito? —Diana cuenta dos, tres, cinco botellas vacías mal estibadas en un tacho de basura que no se vacía vaya uno a saber desde cuándo. Mira a Parodi, casi excesivo con un whisky a las siete de la mañana, toma aire y sigue:

—Vos necesitás, por empezar a hablar, un cambio de vida. Y ya que estamos, de analista. Nunca entendí para qué vas.

—No te metas con eso. Ni con él, ni conmigo...

Es ridículo que Daniel Parodi defienda a su psicólogo porque todos saben que lo considera un tarado. Se lo impusieron en el trabajo cuando pasó lo de Zoe. Era, le dijeron, condición *sine qua non* para conservar el empleo. Y aunque de todas maneras lo echaron a patadas, «pase a retiro», él sigue yendo casi todas las semanas porque no tiene energía para decirle «no vengo más» y porque, además, las veces que dejó de ir sin decirle el licenciado Marcos Setton fue a la librería a buscarlo.

Quaranta sigue despoticando aunque él hace rato que no la escucha. Se colgó recapitulando las últimas sesiones, la sugerencia de que «tal vez quizá por qué no lo pensás deberías ir a un grupo» y Setton no tiene huevos para decirle las cosas de frente mientras Quaranta sigue:

—Claro, pero vos te podés meter con todo el mundo, ¿no? Mirá, yo...

Quaranta habla pero Parodi no la escucha. Está en lo suyo. Piensa y dice en voz alta:

—Por qué mierda sigo yendo a lo de Setton.

—¿Qué?

—Qué qué.

—Qué dijiste.

—Nada. No dije nada. —Dice Parodi. Vuelve a llenar el vaso y sale de la cocina como si tuviera algo que hacer en otro lado.

Cada día, Daniel Parodi se sienta por horas frente al panel de fotos y recortes de diarios y notas y flechas que lo unen todo, como quien cumple una penitencia. Se queda ahí y espera una epifanía que le revele cuál es la lógica y el organigrama de Los Hijos de Saturno, una multinacional del delito que no le hace asco al narcotráfico, a la trata de personas, al asesinato, a la falsificación... a nada.

A veces, cree tener una intuición. Entonces se levanta y cambia una foto de lugar, garabatea una notita o dibuja otra flecha pero enseguida vuelve a sentarse, otra vez en penitencia.

Parodi espera una revelación que le explique quién es el Lobo —ese contorno

vacío en la cima del panel, una cabeza que todavía no tiene nombre ni cara—. Y por qué se ensañó con él.

Adelante, en la librería, acaba de entrar un cliente.

El «llamador de ángeles» de la puerta —esa mariconada de cañas de bambú que suenan cada vez que alguien entra y que Parodi rebautizó «el tocador de pelotas»— saca a Parodi del trance. Piensa que tal vez debería levantarse e ir a atender pero Ernesto, el viejo, ya encaró por asalto al cliente, un tipo que seguramente entró por error o a guarecerse de la lluvia que hace tres días castiga Buenos Aires.

—Ya sé: Policiales pero no tanto. —Ernesto semblantea al hombre como un prestidigitador de feria, lo arrincona y le pone dos libros en las manos: *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco y *A sangre fría*, de Truman Capote. Antes de que el cliente pueda reaccionar, el viejo abre *El nombre de la rosa* de memoria y señala divertido:

—Fíjese cómo se llama el detective... el cura.

Se lo dice como quien pasa una contraseña, un guiño para entendidos, pero el cliente no se entera de nada. Ernesto aclara, entusiasmado:

—¡Guillermo de Baskerville!

El cliente sigue mirando la hoja impresa con cara de vaca pero Ernesto no se desanima. Alienta y trata de estimular, como un docente exigente y entusiasta:

—¿Cómo se llama uno de los libros de Conan Doyle? ¿La serie de Sherlock Holmes?

Ernesto insiste, pero el hombre se ahoga en el inmenso mar de la ignorancia hasta que el viejo le tira un salvavidas:

—¡El sabueso de los Baskerville!

El cliente toma el libro sin entusiasmo y lo abre en la última página: «stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus».

—Pero esto está escrito en... ¿En qué? —pregunta. Y lo devuelve, como si el libro y su jerigonza fueran a contagiarle algo.

—En latín. Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus. «De la rosa sólo queda el nombre desnudo». Quiere decir que...

Desde la oficina, lo último que escucha Daniel es un portazo. Y el tocador de pelotas, que sigue sonando un rato.

Parodi sonrío. Ernesto es, era, el mejor amigo de su padre. No conoce a nadie que sea tan buen tipo, tan culto, derecho y horrible para vender.

—Sos horrible como vendedor, viejo.

—No. Ellos —dice Ernesto, y señala al cliente que huyó de la librería pero todavía intenta cubrirse de la lluvia bajo el techito de la vidriera—, ellos son burros y son horribles comprando.

Parodi mira al fugitivo que se moja de espaldas a la vidriera y está tentado de ponerle fichas al viejo, sólo para divertirse. Decirle, por ejemplo, que tipos como esos

compran libros de autoayuda o manuales de autosuperación pero Fabián, que entró cuando el burro salía y ya está enchufado a la computadora, lo llama con alarma desde el fondo:

—¡Daniel!

En el minuto, los escasos veinte pasos que median entre la librería y la oficina, la pantalla de la computadora se llenó de malas noticias. «Ventanas», dice Fabián mientras teclea:

—Entraron en la computadora... Otra vez.

—¿Qué sacaron? —Daniel es, y se jacta de eso, de la era preinformática. Para eso lo tiene a Fabián.

—No sacaron nada. Entraron y leyeron... Otra vez.

Daniel no entiende cómo puede saber si alguien entró y leyó pero no piensa preguntarle porque corre el riesgo de que el sabihondo le conteste. En cambio dice:

—¿No puede haber sido Ernesto...?

—No. La última entrada es de hoy... Y esa sí es remota. Desde otra computadora, en otro lugar.

—¿No podemos saber desde dónde? —pregunta Parodi. Apenas lanzada, la frase se transforma en una estúpida pregunta retórica. Nunca pueden.

—Entraron, limpiaron y salieron... Podemos instalar un cortafuego pero...

—Pero van a volver a entrar. —Daniel no sabe qué es un cortafuego ni cómo se entra, se limpia y se sale pero sabe jugar al gato y al ratón. Entiende el juego:

—Dejaron lo suficiente como para que sepamos que lo vieron... ¿Qué leyeron?

—Unas notas de Ernesto. Si buscaron alguna otra cosa, no quedó rastro... No sacaron. Pusieron.

Fabián teclea a velocidad de concertista y la pantalla de la computadora se ilumina con el resplandor grisáceo de una foto fija.

—Plantaron esto —dice Fabián y, cuando hace clic, el video empieza a correr. Tiene la textura propia de las cámaras de seguridad. Son nueve imágenes, un tablero de nueve cuadraditos fechados al pie con lugar, día y hora: Penitenciaría de Buenos Aires, 14 de febrero de 2016, 05.52 AM. El día del segundo aniversario de la muerte de Zoe.

Ocho minutos después, a las 06.00 AM, dice el video, una mujer joven entrega un papel con un escrito en una ventanilla de la oficina de registro.

—Zoom in. Mirá —dice Fabián. Lo que quiere decir es que la cámara se acerca al papel y ellos pueden leer que la mujer, la doctora Malena Sanz —leen—, presenta una orden del juzgado para liberar a un procesado; que el preso se llama Hugo López: el asesino de Zoe. Veinte minutos después, otro cuadradito de video muestra cómo se abren las puertas de la penitenciaría. Un auto espera al preso en la calle.

Parodi, inmóvil, ve cómo Hugo López busca la cámara de seguridad, hace una reverencia y un corte de manga en el que destaca, a la altura del antebrazo, el tatuaje que identifica a Los Hijos de Saturno.

Fabián congela la imagen en el corte de manga que, para más datos, termina con un provocador «fuck you» con el dedo mayor.

Lo dejaron libre... Soltaron a Hugo López, el asesino de su hija, y Daniel Parodi no sabe qué sentir porque siente todo junto. Apela a la última, ridícula esperanza:

—¿Es un montaje? ¿No puede ser que lo hayan hecho...?

—No... parecen... son las cámaras de la penitenciaría —dice Fabián, y es como si encendiera un detonador.

Parodi se balancea atrás y adelante como hacen los locos. Rumia con las mandíbulas apretadas un odio sibilante, un mantra:

—Hijos de puta... hijos de puta... hijos de puta... ¡hijos de puta!

Ciego de dolor, barre con todo lo que hay en el escritorio. La computadora cae destrozada al piso pero a Parodi no le alcanza. Tiene que romper, tiene que destrozarlo todo hasta que esto que duele tanto no le duela. Tiene que salir a encontrar al Lobo y matarlo despacio. Tiene que poder hacer algo.

Ernesto, trepado en el último peldaño de la escalera, a la altura de *Zodiaco*, la novela de Robert Graysmith, ve pasar a Daniel como un tifón de libros que desarma las mesas de saldos en su paso hacia la calle.

Diana Quaranta nada en la piscina del club. Tres días por semana, y cuando puede, cuatro, deja la ropa y su cargo en la Fiscalía en lo Criminal de Instrucción en el vestuario. Mientras cuenta las brazadas y toma aire no es la fiscal. Es ella, solamente ella, en el agua, relajada y en paz.

Pero hoy no funciona. Cada dos o tres movimientos se impone el encuentro de la mañana con Parodi. Por eso, cuando lo ve a través de la reverberación del agua y el vapor de la piscina, piensa que se materializó por arte de magia, porque lo ha invocado.

—¡Señor! Disculpe... No puede entrar así... —la empleada chancletea por el borde de la pileta tratando de detener a Parodi.

—¿Así cómo?

Y ella, confundida por la pregunta, asustada, vacila. Contesta como preguntando, le deja a Daniel la última palabra:

—¿Con zapatos?

Los zapatos vuelan por encima del agua y van a dar a centímetros de la cabeza de Quaranta. Parodi la espera en el borde.

—¿Así está mejor? —pregunta. Pero la empleada optó por retirarse. A lo mejor está llamando a la policía pero a Daniel no le importa. Sólo le interesa una cosa:

—¿Cuándo me lo pensabas decir que soltaron a López? Y yo como un pelotudo mirando el videíto del gato y el ratón. ¿Por qué no me dijiste? Podría haber ido...

—No ibas a llegar, Daniel...

—Tendrías que haberme dicho...

Parodi y Diana están sentados en el bar de la pileta. Son las tres de la tarde y en ese lugar está prohibida la venta de alcohol pero él toma un vodka porque nadie se animó a negárselo. Descalzo, las medias gastadas dejan entrever el talón y amenazan con romperse en los dedos. Hace calor. La camisa se le pega al cuerpo y Daniel transpira el sudor acre del alcohol. Quaranta quisiera acariciarle la mano, abrazarlo y prometerle que ya va a pasar. Quisiera consolarlo como se consuela a un ogro bueno pero él está muy lejos, donde sea que esté el Lobo.

—Ahora está suelto. El que mató a Zoe está suelto y puede ir por Ernesto o por... —Daniel reprime. Estuvo a punto de decirle a Quaranta «por vos», pero reprimió y ahora reclama con el mismo tono inapelable con que pidió el vodka—: Necesito los datos de la mina que lo liberó a López, esa Malena Sanz que figura en el escrito, el auto en que se fueron, la dirección que dejó el detenido Y el *habeas corpus*. El original.

—Parodi, sabés que no puedo...

Diana Quaranta va a seguir argumentando pero Daniel llama a la empleada que se acerca temerosa, señala el vaso vacío:

—Otro.

Por un segundo, la pibita quiere oponerse. Cree que debe, pero no se anima. También Diana se quiere oponer a lo suyo pero Parodi la interrumpe antes de que pueda incluso terminar de pensarlo:

—Lo necesito, Quaranta.

Y no se sabe si habla de los papeles o del vodka.

—¿«La silla del diablo» es muy fácil? —Ernesto mira las estanterías para inspirarse y propone una contraseña imposible. Fabián la carga así, toda junta: lasilladeldiablo:

—¿Qué es? ¿Por la película? —La erudición de Fabián llega hasta ahí, hasta las películas de terror y alguna que otra posterior a los noventa, pero a Ernesto no le molesta. Disfruta de «desasarlo», admira su talento para las computadoras y le tiene cariño al pibe.

—Es «El escarabajo de oro», el cuento de Poe. Marca la ubicación del tesoro...

—¿Nuestro tesoro cuál sería? —interrumpe Fabián. No tiene paciencia para la literatura y quiere resolver rápido el cambio de contraseña.

—No sé. Lo que sea que buscan... —Ernesto tiene ochenta años y veintiséis de policía: del 48 al 76. Es demasiado viejo y tiene demasiada experiencia como para no saber, pero no sabe. Hasta lo de Zoe, nunca antes se había topado con un Mal tan consistentemente malo, tan impiadoso y sin fisuras—. Los malos cambiaron, pibe. Son como esas máquinas tuyas: están en todas partes, pueden hacer cualquier cosa y no se entiende cómo funcionan.

—Es el juego del gato y el ratón, ¿no? El juego no es atrapar al ratón. Es volverlo loco.

Fabián es lo que los modernos llaman un «multitask» o, como solía decirse antes de la última invasión inglesa, un pibe capaz de hacer más de una cosa a la vez. Puede tipear en la computadora, conversar con Ernesto y, cuando la pantalla pide confirmación: «¿Está seguro de que quiere borrar el video?», puede cancelar la orden y decidir que el video se queda.

A las seis de la tarde de este día que no tendría que haber empezado, Parodi lleva tomados tantos whiskys y vodkas como para perder la cuenta. Llega ileso de milagro a dar su curso en la Escuela de Criminología, ese huequito que le hicieron en la Federal más por lástima que por convicción cuando se pudrió todo y tuvo que retirarse.

Cuando entra a la clase con los zapatos chorreantes en la mano, descalzo y con los pies mugrientos, los veintipico oficiales hacen silencio de golpe. Siempre tiene el aliento que tienen los que toman mucho y seguido, pero es la primera vez que se presenta borracho.

Se para, solemne, frente a la clase alelada:

—Alumnos... Futuros criminólogos... Señoras y señores... —dice, y le causa mucha gracia su propia introducción. Sin embargo, intenta componerse—: Hoy van a aprender algo muy importante. Muy importante —sigue. Sabe que tenía que decir algo fundamental, como suele decirse, pero no se acuerda qué era. No sabe cómo llegó hasta ahí, al frente de todos esos pibes que lo miran con cara de vaca encandilada... ¿O era liebre?

—Aguanten un cachito. Lo tenía anotado por acá...

Parodi rebusca en sus bolsillos como si tuviera un apunte que no tiene. Va poniendo sobre el escritorio pañuelos, servilletas de bar, volantes de publicidad, tickets de compras, una petaca, basura... Hasta que encuentra. No el apunte, que nunca tuvo. Encuentra la idea fundamental que debe transmitir a sus alumnos:

—Señores: ustedes van a trabajar para la justicia. Y la justicia, señoras y señores, es una reverenda mierda.

Al día siguiente, a las once de la mañana, Parodi se despierta con una resaca de campeonato y algunos retazos del día anterior mal prendidos a la memoria.

Lo último que recuerda es que el muchachito sentado en primera fila del aula tenía la boca abierta y una hilera de caries arregladas con plomo. Después, nada.

Se arrastra como puede a la cocina —un anafe y una bacha tan roñosos como todo, al lado de la piecita donde duerme— y empieza a preparar su menjunje «curativo»: una mezcla de bicarbonato con aspirinas y limón que, de momento, no hacen más que aumentar las náuseas.

Está completando el «tratamiento», unas gotas de limón en los ojos, cuando el

teléfono empieza a sonar. A Parodi se le parte la cabeza, le arden los ojos y no hay quien atienda. Por eso, cuando levanta el auricular, ruge:

—¿Quién es? —Y enseguida, por el limón en los ojos—: La puta madre.

—Buenos días también para vos, Parodi. Soy Quaranta.

A Diana le cuesta la brusquedad de Parodi. No espera que de pronto se convierta en un caballero, que nunca fue, pero le gustaría que volviera a ser como era antes de la muerte de Zoe, cuando intercalaba cada tanto un «cómo estás», un «por favor» o un «gracias».

—No es con vos. ¿Qué pasa?

—Averigüé lo que me pediste: el *habeas corpus* y quién es la mujer que liberó a Hugo López. Es secretaria del juzgado...

Parodi encuentra una birome y anota en la puerta de la heladera: Malena Sanz, Juzgado 6... Ya tiene el nombre y la foto de la mina que liberó al asesino de Zoe... Y la heladera arruinada a rayones, pero eso no importa. Cuelga sin decir «gracias».

La doctora Sanz sale de Tribunales con todas sus cosas en dos bolsos y muchas ganas de llorar. El encargado de seguridad, que hasta el día anterior le hacía bromas y alguna insinuación más o menos inocente, la trató como a una criminal. La obligó a vaciar la cartera y los bolsos «para asegurarse de que sólo se lleva objetos personales», dijo, y se regodeó con el descubrimiento de un preservativo y el par de medias de nylon que Malena guardaba en un cajón del escritorio, por las dudas se le corrieran las puestas.

Desde que quedó pegada en la liberación del asesino, desde que alguien se hizo pasar por ella y firmó con su nombre un *habeas corpus*, su vida es una basura: sumario administrativo, suspensión «hasta que se aclare», como dijo el juez mientras le evitaba la mirada.

Lleva una semana dándole vueltas al tema, tratando de entender por qué la eligieron para convertirla en una leprosa a la que nadie se acerca. Incluso Gastón, secretario de juzgado como ella, cuatro meses de relación y el proyecto de pareja más serio que había tenido en años, le vino con aquello de «no sos vos, soy yo» y la dejó abandonada en la puerta del Lazareto.

Y ahora la certeza de que la vigilan y no hay adónde ir porque la secta de Los Hijos de Saturno es omnipresente y omnipotente, como Dios o el Diablo.

Sale por la puerta de la calle Talcahuano y dobla en Tucumán. Saluda al encargado del estacionamiento y desciende a la cochera como a una catacumba. En el segundo subsuelo sus tacos retumban como en una película de las que dan miedo y Malena escucha, nítidos, unos pasos dispares en contrapunto con los suyos.

Entra al auto e intenta encenderlo pero los nervios y la desesperación la ponen torpe y sólo consigue ahogarlo.

Y en eso está, cuando el hombre golpea el vidrio de la ventanilla con el bastón.

2

En la oficina, al croquis de la pared, esa maraña de fotos, notas, artículos periodísticos unidos por líneas que no conducen a ningún lado, se le acaba de sumar la captura de pantalla de Malena, el momento en el que ella presenta el *habeas corpus* de López. Una flecha dibujada con fibrón rojo une la foto a Zoe y se pierde en el contorno sin rostro ni nombre del jefe de la secta.

Una liberación firmada. Daniel Parodi mira y no le cierra. Piensa lo obvio:

—Nos la dieron en bandeja... ¿Por qué?

—No «por qué». Para qué... —corrige Ernesto, que ama la precisión de las palabras—: Por empezar, la echaron de Tribunales.

—No cierra. La exponen. La sacan de un lugar que podía servirles...

Parodi ya no entiende.

Cuando era el mejor criminólogo forense del país, resolvía los casos más complejos a pura intuición. Como esos virtuosos que interpretan a Bach a los dos años, él «interpretaba» a los criminales: era capaz de pensar como ellos, de «ser» ellos.

Desde ese lugar —que él solía llamar «el lado B de su personalidad»— Parodi sabía cómo pensaban. Así de simple: los entendía, podía anticiparlos y a partir de ahí le era fácil —casi inevitable— descubrir a los culpables.

Pero al perder a su familia perdió, también, la capacidad de cazarlos sin esfuerzo. Eso que sus colegas llamaban «el toque Parodi».

Ahora, a pesar de las horas que pasa en penitencia frente al panel, no puede entrar en la lógica de la secta.

—Dany, no importa que les sirva o no les sirva. Lo que cuenta es el impacto, el efecto... —dice Fabián, que sabe—: A lo mejor porque ya no la necesitan. Y le hicieron hacer esto antes de limpiarla. Como una changa antes de... —el gesto, elocuente, imita un degüello y, enseguida, un tiro en la sien.

—La exponen, la desacreditan... es una manera de condenarla al ostracismo... Tal vez no la matan porque no es necesario —aporta Ernesto. Y Daniel, categórico:

—Para esta gente no matar nunca es una opción.

Todos piensan que a estas horas tal vez la doctora Malena Sanz ya está muerta o peor, entregada a una red de trata. Fabián lo pone en palabras:

—A lo mejor no la matan porque la quieren hacer sufrir antes. El gato y el ratón.

En el segundo subsuelo del estacionamiento de Tribunales, Malena no está muerta. Sólo muy asustada.

Podría abrir el capot y limpiar las bujías empastadas, sabe cómo hacerlo, pero se queda sentada dando arranque maníacamente al auto aunque es inútil y, encima, está a punto de agotar la batería.

El hombre, un anciano con todo el pelo y ojos celestes, sonrío del otro lado de la ventanilla:

—Eh... ¿Tan feo soy?

—No. Disculpe. Yo... —Malena habla con el vidrio todavía levantado. El hombre pone la mano en pantalla detrás de la oreja. No la oye y hay algo en la cotidianidad del gesto que a ella la tranquiliza. Se siente muy estúpida por desconfiar de ese anciano que sólo quiere ayudarla y baja la ventanilla.

—No arranca.

—Permítame ayudarla. Algo sé de mecánica. Levante el capot y sosténgame esto —dice, y le da el bastón de madera lustrada con una empuñadura de bronce tallado. El dibujo del mango se ha desgastado pero a ella le resulta familiar. Le está por recordar algo —ella lo vio en alguna parte— pero el hombre habla a través del capot y Malena se distrae.

—... claro que en mis tiempos la mecánica era más sencilla, pero todavía me doy maña... Una especie de pasatiempo. Pruebe ahora.

Malena hace girar el contacto y el auto arranca al primer intento. El run run familiar del motor la tranquiliza. Frente a ella, el hombre baja el capot y le sonrío a través del parabrisas.

—¿No le dije? Todavía me doy maña.

El anciano saca un pañuelo de lino blanco del bolsillo y se limpia las manos engrasadas mientras recita una serie de consejos para principiantes: que hay que soltar el embrague más despacio, que no le dé arranque tantas veces para no ahogarlo.

Malena agradece y revuelve su bolso. En algún lugar tiene que tener un paquete de toallitas húmedas, pero antes de encontrarlas el anciano vuelve a doblar el pañuelo siguiendo los pliegues del planchado, recibe su bastón y se retira rengueando.

De haber estado más atenta, si no hubiera estado tan asustada, habría notado que el anciano no salió ni entró a un auto. Que sólo estaba allí para encontrarse con ella, abrir el capot y poner en él un localizador remoto, un dispositivo GPS que le informe a la secta los movimientos de la doctora Sanz.

En la pantalla de la computadora, el gato toma y suelta por enésima vez al ratón.

—¿Por qué no lo borraste? —Ernesto habla por encima del hombro de Fabián, que mira una y otra vez el video y ya lo está enfermado.

—Puede haber algo.

—No hay nada. Lo único que conseguimos con esa musiquita de mierda es volvernos locos —dice Parodi—. Dejé eso y buscá a la mina esa, Malena Sanz. Cuando tengas la dirección, vamos a visitarla.

—Si todavía está viva... —aclara, redundante, Ernesto.

En el cementerio no hay un alma.

Parodi deja un chocolate sobre la tumba de Zoe y se sienta a hacerle compañía.

Le hubiera gustado enterrarla junto a Patricia, su mamá, pero en Chacarita las tumbas se reparten por orden de desaparición y no se puede elegir parcela. Donde sí se puede, en esos jardines de paz con logo fino de paloma en vuelo, el espacio cuesta lo mismo que un departamento.

Y aunque en días como hoy le gustaría la escena tierna y triste de una tumba junto a la otra, él, que no pudo pagar más que un servicio de sepelio básico, cajón de pino y sin velorio, se consuela pensando que los muertos del cementerio privado son todos garcas. Mala compañía.

Si estuviera en un jardín con césped cortado y lápidas de mármol al ras del suelo, si las dos estuvieran juntas y pudiera imaginar que cuchichean entre ellas y se ríen como cuando estaban vivas, tal vez podría hablarles, contarles cosas, decirles... pero la tumba de Zoe está lejos de la de Patricia, y ambas están sitiadas por otras tumbas puestas una al lado de la otra, como en un colectivo de muertos demasiado lleno, y lo único que puede hacer Parodi es agarrar la petaca y meterse whisky en el cuerpo como agua.

Hace dos años que en la semana de la muerte de su hija repite el ritual: toma como un cosaco, se envenena con lo que puede y después de unos días «vuelve». Pero esta vez, con toda esta basura del videíto y el asesino suelto, va a ser peor.

Un grupo de guardias armados con fusiles de asalto custodian el taller, un galpón de ocho por doce metros con suelo de tierra apisonada, techo y paredes calientes de chapa. Hay uno en la puerta y cuatro adentro, uno en cada esquina. Son muy jóvenes, pero tienen los ojos muertos, como si nunca hubieran sido chicos.

Dos mujeres con la mirada llena de miedo meten dólares falsos entre las páginas caladas de una biblia y apilan los libros en cajas de embalaje. Cuando terminen, las biblias serán despachadas por correo a la Iglesia Madre de Dios de los Desamparados, en Nueva York.

Son analfabetas y «demasiado viejas para ser putas», dijeron esos que las reclutaron con engaños y las cargaron en el camión como si fueran vacas, en un tiempo que se volvió impreciso porque ahí, en el taller, las ventanas están tapiadas y no hay día ni noche, sólo colchones desnudos en el piso para tirarse unas horas, siempre pocas.

En otra mesa, un hombre barniza la chapa calada con la imagen en espejo de la Casa Blanca. Más allá, un grupo de esclavos habilidosos insertan con agujas los cintillos de seguridad y otros raspan el papel con una lija: son el último eslabón de la cadena de montaje que empieza con el Artista, el falsificador que dibuja billetes

perfectos.

A uno de los esclavos se le cae un billete de veinte al piso y, cuando se agacha a recogerlo, el guardia le revienta la cara de un culatazo.

El pibe gime, se arrastra hacia la pared con la boca rota e intenta protegerse con los brazos.

Nadie mira. Nadie dice nada.

El guardia lo pateo y está por golpearlo de nuevo, pero el Artista interviene:

—Tranquilo. Se le cayó... No hizo nada...

El hombre de los ojos muertos baja el arma de mala gana. Tiene instrucciones de no joder al Artista. No por ahora.

Ernesto aporrea la computadora con dos dedos y a él, que durante décadas tipeó denuncias e informes en la Federal, le cuesta la docilidad de las teclas. Tiene la memoria de las viejas máquinas de escribir en las manos. Aprieta más fuerte de lo que toca y tipea sin querer infinitas sucesiones de letras:

—Carajo.

—¿Por qué no me deja que lo ayude?

No importa cuántas veces se lo haya pedido, Fabián nunca va a dejar de tratarlo de usted ni de sonarle perdonavidas. Ernesto mal reprime un enojo que no sabe de dónde le viene. Últimamente se siente así, como si tuviera una piedra en cada zapato. Y todo le molesta.

—Yo puedo, gracias. Andate, pibe, si querés. Yo cierro.

Pero Fabián no se va. Se queda a darle una mano, dice, aunque lo único que hace es leerle la pantalla sobre el hombro.

Hace diez años, cuando la secta irrumpió en Argentina con la contundencia de una bomba atómica, Ernesto empezó a hacer un mapa de las actividades. Resultó que el negocio de Los Hijos de Saturno era tan enorme, tenía tantas ramificaciones, que lo que había empezado como un diagramita creció hasta convertirse —hasta que Ernesto, en su erudición, lo convirtió— en una verdadera Enciclopedia del Mal.

—¿En qué anda? —Interrumpe Fabián—. ¿Falsificación? ¡Eso es más viejo que la injusticia! No es un invento de la secta...

—La maldad es más vieja que la injusticia. Pero cambia el método... ¿Leés inglés?

Fabián sabe algo de inglés. Suficiente como para entender la leyenda del dólar de 1776 que Ernesto ahora le señala, lupa en mano:

—Lee ahí. Fijate qué dice.

Y Fabián lee: «To counterfeit is death»: falsificar es la muerte.

—Otra que «In god we trust». Los gringos no se andaban con vueltas y te lo avisaban en el billete: si te pescaban falsificando, te mataban. Ahora, en cambio, los que roban, transan, secuestran, violan y matan son los falsificadores. Y todo sin

avisar.

El Artista examina con una lupa las fibras de seda rojas y azules tejidas en el billete más difícil, el de un dólar, y George Washington lo mira con cara de vieja resentida. Tiene razón: el resultado es impecable.

En ese momento, como respondiendo a una señal, Lidia y el anciano rengo entran al galpón seguidos por dos custodios.

Los hombres y mujeres del taller se encorvan todavía más y miran hacia el piso, al rastro de autoridad y perfume caro que deja la pareja a su paso. Sólo los guardias se mantienen erguidos, el arma atravesada en diagonal al cuerpo y la vista en alto, a algún lugar por encima de las cabezas.

El Artista les pasa la lupa, orgulloso:

—Las placas imprimen sin problemas...

—¿Qué hay del desgaste? ¿Cuánto van a durar? —pregunta Lidia, el ojo dorado, de tigre, agrandado a través de la lupa.

—Mientras les hagan la terminación artesanal, van a tener medio millón de dólares perfectos por semana durante años —dice el Artista, orgulloso.

Y ni bien termina de decirlo se da cuenta de que ya no lo necesitan. Que acaba de firmar su sentencia de muerte.

Después, todo sucede en un mismo instante. Lidia va hacia la puerta. Los tacos de los zapatos se hunden en la tierra apisonada. El anciano alza el bastón por encima de su cabeza y el Artista ve cómo la empuñadura fulgura un instante, iluminada por la lámpara del techo.

A las diez de la mañana el día está tan negro como el humor de Parodi. Llueve y, cuando va a mear, la gotera del baño le taladra la cabeza porque cae justo ahí. Intenta mear erguido y con la vista al frente porque, cuando mira hacia abajo, la gota de agua hace centro en la coronilla calva, un círculo perfecto que recuerda el aterrizaje de un ovni.

Encima, la luz.

Anoche, cuando volvía del cementerio, más triste y borracho que de costumbre, la luz de la vidriera se apagó de golpe. Y era raro porque Ernesto le deja la luz prendida, a menos que alguien lo esté esperando adentro con un caño o...

—Ratas. —Ernesto revisa la caja de luz ante un Daniel muy mal dormido y resacoso que toma analgésicos con cerveza—. Se deben haber comido los cables.

En el piso de la caja de luz de la época de ñaupa, las bolitas de mierda brillan a la luz de la linterna.

—Son cables de tela, de cincuenta años. Cosas que pasan... Supongo que habrá que cambiar toda la instalación —dice Ernesto.

A Parodi no le importa. Dice «cambiémosla» como podría decir «compremos velas» o «pasame un cartucho de dinamita». Si fuera por él, por cómo se siente esta mañana, podría explotar la librería con él adentro.

Ernesto ni le contesta.

Abre la caja registradora de la librería y saca unos pocos billetes de diez y veinte pesos más alguno de cincuenta. No importa qué quiera o deje de querer Danielito, a menos que suceda un milagro van a volver a los candiles y las velas como en tiempos de la colonia.

Por suerte el milagro, o lo más parecido a eso en estos tiempos seculares, sucede. Por la vidriera, ven que Fabián estaciona su scooter. Es una moto liviana, «de minita», dice Parodi —aunque él nunca se subió a ninguna—, pero incluso esa resulta excesiva para la carita de nene y el metro sesenta escaso del pibe.

Fabián entra con el casco en la mano y la noticia de que la doctora Quaranta acaba de mandarle un whatsapp, que tiene lo que pidió y lo espera a almorzar en el bar de Palpa y Conde.

Parodi usa un celular «con tapita» desde 2004 y no entiende «esa manía de la gente por estar conectada». En otro momento, habría hecho algún comentario cínico sobre el whatsapp, pero la perspectiva de tener el original del *habeas corpus* lo pone casi de buen ánimo.

—Y a lo mejor tiene algo para nosotros... Preguntale. —Ernesto apuesta a eso. La doctora Quaranta viene salvándolos de la miseria que factura la librería con sus «changuitas»: pericias que el inútil de Cabrera no tiene tiempo o talento para resolver.

—No puedo agarrar nada ahora —dice Parodi mientras se mete la camisa en el pantalón para salir «presentable». Y no hay réplica que valga. La prioridad, por el momento, es encontrar a la abogada que liberó a López y ponerla a parir—. ¿Tenés la dirección del padrón? ¿La de esta mina, Malena Sanz?

—Tengo la del padrón electoral pero no está actualizada. Se ve que se mudó y no cambió la dirección.

—¿Qué me sugerís que haga? ¿Espero las próximas elecciones y voy a buscarla cuando vote?

—Puedo buscar en otros lugares, pero... —Fabián señala su computadora muerta. Hasta que no vuelva la luz, él no puede nada.

—No sé si sabés, hay una tecnología de punta que no se jode cuando se corta la luz: el lápiz y el papel, la guía de teléfonos... ¿la tenés?

Fabián está acostumbrado a los embates de toro de Daniel y lo conoce demasiado como para tomarlo personal, pero sin embargo retrocede uno, dos pasos. Los justos como para que Ernesto se meta en el medio:

—No te la agarres con el pibe...

—Pero no puede ser que no pueda saber dónde está la mina porque se corta la luz —dice, y señala en el panel la captura de video en la puerta de la penitenciaría—. Malena Sanz sacó al hijo de puta ese de la cárcel y yo no la puedo ir a buscar porque

se cortó la luz...

—Dejalo al pibe. Ya la va a encontrar. Vos andá y preguntale a Quaranta si tiene algo para nosotros.

Parodi no contesta, o contesta una grosería que no se oye, y sale apurado dando un portazo. El repique de la campanita tocapelotas reverbera en el aire un buen rato hasta detenerse.

Fabián se queda quieto frente a la puerta, ensayando la bronca contra Parodi. Imagina, siempre tarde, la respuesta precisa a partir de la cual Daniel va a entender que él no es su punching ball y va a respetarlo. Ernesto lo deja estar hasta que el llamador deja de sonar. Después, pasa el brazo alrededor de Fabián, como un abuelo:

—¿Podés ir a uno de esos negocios de computadoras...?

—¿A un cyber?

—Eso. Si vas, ¿podés conseguirle la dirección?

—Ahá.

Ernesto saca algo de plata de la caja:

—Andá... Y tranquilo. Se le pasa.

—Ya sé.

—El *habeas corpus* original, otro escrito con la firma de ella y el disco de la cámara de seguridad... Por favor, Parodi, cuidalo con tu vida. Mirá que si se llegan a enterar de que lo saqué del expediente... —Diana Quaranta apila folios en la mesa, al costado de la ensalada de ella y de la segunda cerveza de él. Espera un «gracias» o nada, cualquier cosa menos la ironía furiosa de Parodi:

—¡Cuidado! Se desmorona Tribunales... ¿Quién se va a enterar? Sacaste una carpeta enterrada en una pila de un millón de carpetas. ¿A quién le importa este caso?

—A mí me importa. Además, ¿tenés que ser tan... todo el tiempo?

¿Por qué no aprende? ¿Por qué se olvida, cada vez, que Parodi es un energúmeno?

—Perdoná, Quaranta. Vengo medio... atravesado.

Parodi trata de avanzar pero le cuesta remontarla. Ve cómo Diana se parapeta en su enojo macizo y lo mira desde una trinchera con alambres de púa.

—¡No me digas! No me había dado cuenta...

—Bueno, tampoco... —Daniel quisiera decir «no hagas leña del árbol caído» pero si hay algo que odia son las frases hechas.

El silencio entre ellos es tan perfecto que, durante un rato, sólo se oye el crujido del apio de la ensalada de ella. Mientras Diana come, Parodi revisa los papeles. Se puso los anteojos a media asta sobre el puente de la nariz y enrula la barba a la altura del mentón, concentrado.

Diana mira el torso de hombros anchos, el vello oscuro de los brazos, las manos fuertes, y su cuerpo piensa las cosas que ella no quiere pensar.

Parodi termina de leer los expedientes y pide otra cerveza, como para hacer algo. No sabe qué decir, cómo sacar la bandera blanca y decirle que perdón, que capitula, pero, por suerte para él, Quaranta pone un expediente sobre la mesa, cambia de tema y lo rescata.

—Tengo algo para vos... Es el supuesto suicidio de Funes, el estanciero. Salió en todos los diarios. Tenía una denuncia por trabajo esclavo, empleados viviendo en chozas, peor que animales, explotación infantil... Un encanto. Y justo antes de que intervinieran los del registro de trabajadores agrarios, se suicidó. Estos tipos no se suicidan por...

Parodi hojea la carpeta sin ganas. No la está escuchando:

—¿Ernesto te llamó? ¿El viejo te dijo que necesitamos trabajo?

Daniel devuelve la carpeta con actitud de damisela ofendida. No quiere que Quaranta piense que no tiene dónde caerse muerto.

—Dáselo a Cabrera. Él es el forense...

—Por qué sos tan... ¿Me la tenés que hacer siempre tan difícil? Para Cabrera es suicidio. Él no ve nada sospechoso... Además, los del registro sospechan que por el lado de trabajo esclavo puede estar involucrada la secta.

Parodi aprovecha para pegarle a Cabrera. Una vez más y van...

—No ve nada. Lo encandila el brillo de las jinetas —dice, y toma la carpeta.

Después de lo de Zoe, Parodi se volvió loco. Llegaba tarde y borracho a las escenas, pisoteaba las pruebas como un elefante, contaminaba muestras... Y todos lo entendían. Lo bancaron y le cubrieron todo y por mucho tiempo, hasta que se le pasara.

Pero cuando meses después no se le pasó y vomitó sobre un cadáver delante del juez, Cabrera se ungió como nuevo forense y él se instaló permanentemente en la librería de Ernesto, a dormir en el aguantadero.

Con el tiempo, para la mayoría de sus conocidos, lo de Parodi se convirtió en una tragedia ajena, suficientemente cercana como para convertirse en un buen relato de sobremesa de las de «conozco a un tipo que...». Pero no para Diana. A ella le importa mucho y en serio.

—¿Hasta cuándo vas a seguir con eso? No jodas, Parodi. Si no fueras tan... — Diana nunca encuentra las palabras con él. Está condenada a hablar con puntos suspensivos—: Si vos no fueras tan vos, podrías estar en su lugar. Ser el jefe.

Fin de la charla. Daniel toma el expediente de Funes y se levanta. La tregua duró menos de lo esperado y la Fiscal alinea otra vez los cañones. Va a pagar pero la billetera está vacía, para variar. Y Quaranta, para variar, lo rescata:

—Déjame a mí que tengo que cambiar... Y con respecto al caso de Funes, miralo —y también, mientras saca unos billetes—: Te adelanto algo de los honorarios. Estoy segura de que no fue suicidio. Pero necesito que me ayudes a probarlo.

Parodi sale del bar y sube por Conde hasta la Plaza Mafalda. A menos de ochenta metros, el auto que lo siguió desde la librería hasta el bar vuelve a ponerse en marcha.

A las cuatro de la tarde, la lluvia no afloja y todo está oscuro, como si fuera de noche.

En la oficina, el sol de noche ilumina el expediente de Funes con círculos concéntricos de una luz sepia que se difumina en los bordes. Intentan avanzar con el encargo de la fiscal a pesar de la luz cortada.

Como si el auto que lo siguió a Parodi ida y vuelta desde el bar no estuviera allí.

—Todavía está.

Parodi habla desde la penumbra, por fuera de la zona de influencia del sol de noche. Cada tanto, interrumpe el trabajo y se asoma por la vidriera de la librería. Afuera, la lluvia repiquetea contra el techo del auto estacionado y también —supone, con cierto placer, Parodi— en los oídos de su misterioso ocupante.

—Una de dos: o es muy torpe o no le importa que lo vean.

—O trata de amedrentarte —dice Ernesto, sólo para sumar un dato porque, en verdad, el auto puede quedar ahí hasta oxidarse y caerse a pedazos que a ellos no los intimida ni les importa. A lo sumo, les da curiosidad.

Fabián y Ernesto estudian las fotos de Funes.

En el lugar, algunas frazadas y plásticos sostenidos por horquetas hacen carpas improvisadas de las que cuelgan, también, algunas prendas. Hacia la izquierda, un fogón con una olla y una pava quemadas y, en el centro exacto de la foto, el árbol, un ombú, que parece puesto sólo para sostener la sogá de la que pende el estanciero.

Todo parece una escenografía minuciosa, la puesta teatral de un drama que espera al público.

—¿No ves que Cabrera es un forro? —Parodi se acaba de integrar al grupo y estudia, en la foto, el cuerpo del estanciero colgando. A su lado, el tocón de madera que, habrá supuesto el imbécil de Cabrera, usó para treparse.

Parodi interroga a Fabián como cuando era su alumno:

—¿Qué ves?

Fabián mira la foto, toma la lupa y vuelve a mirar. Contesta casi con miedo, como cuando Parodi era su profesor y una respuesta indolente podía sacarlo de las casillas:

—Nada...

Pero Daniel no sólo no se saca. A lo mejor lo distrae el auto estacionado a metros de la librería. El caso es que incluso celebra con Ernesto:

—¿Ves? Hasta el pibe se da cuenta...

Y Fabián, que sabe que no se dio cuenta de nada, mira a Ernesto para que le tire una sogá. El viejo perdió la cuenta de cuántos ahorcados lleva vistos:

—Los ahorcados, los suicidas, orinan y eyaculan... —explica.

—Los estrangulados no tienen el gusto —completa Daniel, mientras toma una regla y mide el cuerpo para la comprobación más obvia—. Además mirá: el espacio entre el cuerpo y el piso es mucho más grande que el tocón que supuestamente usó para el tipo para ahorcarse... ¿Moraleja?

—Lo colgaron —contesta Fabián.

—Sí y, además, Cabrera es un inútil —completa Parodi—. Esto es lo que yo llamo ganarse la plata fácil... —dice, y llama por teléfono a la fiscal—: ¿Quaranta? Parodi... Confirmado. Tu jefe de Forenses es un idiota... Sí, asesinato de acá a Luján... Te paso el informe... Y la factura de honorarios. Sí, hoy mismo. —Y corta.

Ernesto quiere celebrar el milagro de que van a poder arreglar la luz, pero Parodi está incómodo. Hay algo que no está bien:

—Demasiado fácil... ¿Para qué simular un suicidio?

—Para encubrir un asesinato.

Fabián se apura, como un alumno aplicado de primera fila. Contesta sin pensar que la respuesta es obvia, que Daniel no está preguntando eso.

—Muy bien diez. Pero la próxima vez, levante la mano antes de hablar —dice Parodi, corrosivo. Maltrata al pibe porque le revienta que digan obviedades y también, sobre todo, porque desobedeció una instrucción directa (la de salir a un locutorio a rastrear a la doctora Sanz) y se quedó en la librería «porque llueve y Ernesto dijo». Mariconazo.

Fabián siente cómo se le escalda la piel hasta los huesos y se repliega, refunfuñado, fuera del cono de luz. Ernesto va tras él. Tantea en la oscuridad hasta que lo encuentra y le explica despacio, como si le pusiera un ungüento, que el cuerpo de Funes podría haber sido enterrado en cualquier lugar, una fosa de dos metros cuadrados entre miles de hectáreas, y si los asesinos se lo hubieran propuesto, nadie lo habría encontrado. Que quienes se tomaron el trabajo querían que se supiera.

Que alguien hizo un llamado anónimo para dar las coordenadas del falso ahorcado.

—Y además —el rugido de Parodi se superpone a la módica explicación del viejo — qué hacía la gente de las carpas, para qué estaban allí, por qué se fueron como en estampida y dejaron todo, por qué —para quién— armaron ese escenario.

Un caso absurdo de tan fácil que, sin embargo, abre mil preguntas sin respuesta; la mierda de ratas; el tic tac persistente de la gotera en el baño y ese auto estacionado bajo la lluvia que no afloja.

Demasiadas incomodidades para un solo día.

Entre la calefacción que empaña los vidrios y la lluvia, desde adentro del auto no se ve nada. Malena se amodorra. Hace días que duerme poco y mal, alerta, y el cuerpo entró en esa pendiente de cansancio que dicta bajar la guardia, dormir aunque sea un ratito, no importa. Debería despabilarse y salir a hacer lo que tiene que hacer, pero en cambio traba las puertas y se recuesta «un minuto, nada más» en el asiento del acompañante.

Los primeros golpes contra la ventanilla se infiltran en el sueño. Está en el estacionamiento y el anciano aporrea el vidrio del auto con el bastón. En la pesadilla, la ventanilla se rompe en mil pedazos y Malena recuerda por un instante dónde vio y

qué significa la talla de la empuñadura, pero vuelve a olvidarse. Despierta, sobresaltada. El que golpea con la culata de un arma es Parodi, y ahora le apunta directo a la cabeza.

—¡Miren lo que encontré en la calle! —Parodi entra a la librería arrastrando a Malena como a un saco de piedras—. Les presento a la doctora Sanz. Si Mahoma no va a la montaña, esta basura viene a Mahoma.

Malena forcejea para soltarse del abrazo de luchador que la inmoviliza y le aplasta la cara contra el pecho de Parodi. Huele a lana mojada, a alcohol rancio, a transpiración y a mugre.

—¡Soltame!

Daniel no le contesta, empieza a cachearla y le saca del bolsillo una pistola que parece de juguete:

—No te suelto una mierda. ¿Qué pensabas hacer con esta? —Parodi exhibe la Ruger al público que, de momento, no dice ni sí, ni no, ni blanco, ni negro: Ernesto está suspendido en la escalera con un libro de Borges en una mano y una linterna en la otra. Fabián mira la escena con curiosidad, casi divertido, mientras Parodi sigue con el interrogatorio.

—¿Por qué nos estás vigilando? ¿Quién te manda?

—No me manda nadie, no te estaba vigilando y no es una Ruger sino una Glock —contesta cada una de las preguntas en orden inverso.

—¿¡No!? ¿Qué me vas a decir? ¿«Vi luz y subí»?

Malena panea la librería a oscuras.

—Justamente hoy no es el caso —verduguea. Y enseguida—: Yo no fui. Yo no lo solté. —Dice, y ya no se burla de nadie. Está mojada, parada en el centro de la librería en penumbras y parece muy vulnerable.

Daniel Parodi sigue blandiendo el arma que, acaba de ver, no está cargada, mientras Malena llora un llanto manso de lágrimas que caen sin ruido y repite como un mantra:

—Yo no fui.

No sabe qué sentir ni creer. ¿Cuánta furia y compasión pueden mezclarse juntas en un solo cuerpo?

—Dejala hablar... —Ernesto, que es el único que puede callar a Parodi sin ligar una puteada, baja de las alturas borgianas y va a la cocinita a preparar café horrible para todos.

Por un instante, nadie habla. La librería es un catálogo de ruidos sutiles: la lluvia contra la vidriera, el ruido de cacharros desde la cocina a oscuras, el fósforo que raspa y se enciende, la gotera omnipresente y el sorbido de mocos de Malena.

El viejo vuelve con cuatro cafés y un plato de galletitas húmedas, todo lo que hay, y hace de policía bueno sin querer:

—Decime, nena... ¿Por qué viniste? ¿Qué hacías allá afuera?

—Yo no lo solté... No soy yo.

—Y te quedaste toda la tarde en el auto para decirme eso.

Malena deja de llorar. No va a concederle que le tenía miedo.

Parodi sisea su bronca entre los dientes. Niega con la cabeza. No quiere creerle porque si le cree, si resulta que de verdad Malena dice la verdad, pierde la única pista firme, la única persona que lo podía llevar hasta la secta:

—Eso ya lo dijiste. ¿Cómo explicás esto? —Insiste y la arrastra hasta el panel, a la imagen de ella en la puerta de la penitenciaría—. Un *habeas corpus* firmado, la cámara de seguridad... ¿De verdad creés que somos tan idiotas?

Malena mira la foto como quien se mira la nuca en un espejo de peluquería. El corte de pelo, la ropa, la actitud... el parecido es evidente pero, como solía decir su abuelita, Dios está en todas partes y el diablo en los detalles. Y la respuesta a si son idiotas es que sí.

—Evidentemente sí.

En una de las fotos, se ve el brazo derecho de la impostora en el momento de firmar. Malena saca la carta ganadora y la pone sobre la mesa:

—Yo soy zurda.

—Eso se simula —retruca Parodi, que todavía quiere no creerle.

3

A la madrugada, en el campo, las cintas amarillas y negras de la Policía que demarcaban la prohibición de paso parecen serpentinadas después de una fiesta.

Las carpas improvisadas, abandonadas tres días atrás, sucumbieron al viento, a la lluvia y a tres perros famélicos que hurgan en las ollas buscando restos de comida.

Trepado al ombú del que colgaron al estanciero, Mauro López afina la puntería y les tira a los perros con lo que tiene. La rama le da a uno en el morro, y el chucho se va aullando como si le hubieran clavado un cuchillo.

—¿Qué te hizo, pobre bicho? —El viejo del bastón sale del auto a defender al perro. No soporta que maltraten a los animales.

—Me estaba jodiendo —se defiende Mauro. Está tallando el tronco como le ordenaron y lo distraían. Además, no le gustan los perros. Le dan miedo.

—Imbécil. —El rengo se vuelve a meter en el auto y piensa que entre los dos López —este Mauro y el otro, Hugo— no hacen uno. Obedecen, que no es poco, pero hay que estarles encima para todo, tienen la bragueta floja... Son débiles mentales, negros que ocupan su *Lebensraum*, su espacio vital. Necesarios por ahora, pero pronto...

—Listo —Mauro sube al auto e interrumpe el pensamiento del rengo—. Quedó una pinturita. ¿A dónde vamos, ahora?

—A Los Tilos.

El auto se pone en marcha camino al prostíbulo. Desde el asiento de atrás, el rengo mira con asco las medialunas de sudor en la remera de Mauro.

El lunes 16 de febrero, la doctora Malena Sanz volvió al trabajo con la piel bronceada y arena en los zapatos.

El micro que la traía de la costa y debía llegar a Retiro a las once de la noche se había descompuesto a la altura de Azul, y los treinta pasajeros debieron esperar en la ruta a que llegara el auxilio. Nueve horas y trescientos kilómetros más tarde, habían compartido mate y traficado confesiones suficientes como para despedirse en la terminal a los besos, y con la promesa de volver a encontrarse.

Malena llegó sin tiempo de pasar por su casa, pero no le importó. Un paso más hacia su «propósito 2015» de ser menos rígida y, si podía, más feliz.

Esa mañana, en su escritorio de la secretaría del juzgado, pensó que iba a lograrlo. A los veintiocho años, acababa de comprar su primer departamento —un monoambiente ínfimo en el barrio de Barracas—, estaba haciendo una buena carrera en la Justicia y, además, lo tenía a Gastón.

Su abuela paterna, una española rígida y bigotuda, la había abarajado sin ternura ni ganas a los nueve años, cuando despertó en el hospital y le contaron que un incendio había acabado con toda su familia. En el accidente se habían perdido,

también, fotos, cartas, boletines escolares, la cajita con sus dientes de leche y su primera batita: todos los anclajes de la memoria.

Malena creció sola, inventándose un pasado y organizando su futuro con el rigor de un astronauta que depende de su rutina para sobrevivir. Según sus planes, se recibió de abogada con honores a los veintitrés años.

Por eso, cuando el 16 de febrero el juez la llamó a su despacho porque había «un problema», no se alarmó ni pidió ayuda.

Aquel video era un montaje torpe. El hecho de que hubieran tomado su identidad para liberar a un preso era sin duda una molestia, pero treinta pasajeros del micro podían testificar que ella acababa de volver, un perito calígrafo demostraría que aquella no era su firma y todo se resolvería sin mayores problemas.

Esa tarde, mientras investigaba los antecedentes de Hugo López, sicario de la secta de Los Hijos de Saturno, sintió un dolor punzante en la boca del estómago y tuvo que correr al baño. Inclineda sobre el inodoro, vomitó bilis en una sucesión interminable de arcadas. Salió al hall de Tribunales con la boca pastosa y la sensación —la certeza— de que todos la señalaban.

Más tarde, cuando Gastón la llamó por teléfono y suspendió por tiempo indeterminado la cena que tenían prevista para esa noche, supo que otra vez estaba sola.

Y ahora ni siquiera tenía a la bigotuda.

Sin trabajo, sin amigos, sin familia, Malena pasó toda la semana encerrada en su departamentito, frente a la computadora, tratando de entender.

Cuanto más investigaba a la secta, más claro le resultaba que la sustitución de identidad no había sido cosa de mala suerte ni arbitraria. La habían elegido por alguna razón, pero ella no podía avanzar más allá de eso. No podía saber por qué ni para qué.

Cada vez que el ascensor se detenía en su piso, cuando oía pasos en el pasillo, imaginaba que venían a buscarla.

Tenía miedo. Por primera vez en su vida, fue consciente de la necesidad de que alguien la ayudara y protegiera. En su fantasía aterrada, ese hombre era el criminólogo forense Daniel Parodi, un mítico Van Helsing cazador de Hombres Lobo. El único capaz de enfrentar a la secta.

Esa noche, Van Helsing se encerró en el aguantadero refunfuñando como loco malo mientras Malena, exculpada de toda culpa, se instalaba en la cocina a tomar mate con Ernesto y Fabián y a contarse la vida. O, por lo menos, los últimos sucesos.

En la penumbra, con los brazos del anciano y el muchacho desconocidos rozándole el costado, se sintió segura. Recién más tarde, cuando se agotaron todas las anécdotas, notó que faltaba la luz.

—¿Qué pasó?

—Ratas —sentencia Ernesto, irrevocable, como quien dice «no hay nada que hacer».

Malena busca con la linterna la caja de luz y comienza a revisar la instalación eléctrica como una experta.

—¿Estás seguro?

—Ratas —confirma Ernesto.

No se sabe si habla de los cables mordisqueados o de todo lo demás pero Malena, que es práctica y entiende de estas cosas, propone un plan de acción para hacer que vuelva la luz, para bajar la perilla y que se enciendan las lámparas, sin simbologías berretas ni segundas intenciones:

—O cambiamos todo el cableado o hacemos un puente solidario.

Ernesto no sabe de qué se trata pero suena bien y, además, en la caja no hay ni un peso para cambiar la instalación.

—¿Y eso, lo del puente, cuánto cuesta?

—Nada. —Malena sonrío, encantadora, y el viejo siente un tironcito ahí, un «por qué no tendré unos cincuenta años menos».

—Vamos con la solidaridad, entonces —dice, resignado.

Ya son las diez de la noche y la acción solidaria se posterga para la mañana siguiente. Hasta entonces, y por seguridad, Fabián se ofrece a seguir el auto de Malena montado en su motito hasta la casa de ella, como un caballero andante.

—¡La puta madre!

La puteada es el «buenos días» de Parodi, que emerge del cuartito del fondo a una de esas mañanas en las que se duerme vestido y se despierta resacoso y sucio. Y encima, Malena.

—¿Qué hace esta todavía acá?

—«Esta» vino temprano para arreglarte «este» quilombo. O por lo menos «algo» de todo el quilombo que tenés.

Malena señala el local como quien evalúa un campo de batalla. Provoca, a pesar de que Parodi tiene ganas de irsele al humo y se le nota.

Esta mañana, Van Helsing es una versión decadente de Peter Cushing con quince kilos de más.

—Mirá, pendeja. Toda esa novela de que no sos vos, que estabas de vacaciones, que te están siguiendo, que te van a matar, que bla, bla, bla... Pura mierda. No te creo ni una palabra. Vos soltaste a ese hijo de puta. Vos estás en ese video. Tenés un crédito por Ernesto, que te banca. Pero en cuanto confirme te voy a...

Malena podría retrucar, tratar de explicarle otra vez, ofenderse, asustarse, ponerse a llorar. En cambio sólo dice:

—¿Terminaste de ladrar? —y también—: ¿Vamos?

Saca algunas herramientas del bolso, le pasa una linterna a Parodi y lo apura

desde la puerta, como si nada.

Al lado de la librería hay una casa abandonada. En la puerta han abierto dos boquetes por los que pasan una cadena y el candado. Mientras el viejo estudia la cerradura, cuestión de estilos, Parodi desenfunda una pinza cortapernos y destroza el cerrojo. Expeditivo y profesional.

Es una casa chorizo, con cuartos en fila que miran hacia el patio en damero con sus puertas de vidrio repartido y ventanas reventadas a pedrazos. Hay malvones como de tango, una planta de gomero gigante y ratas, muchas ratas.

Malena va delante espantando alimañas. Parodi, Ernesto y ella recorren las piezas buscando la caja de luz.

En la primera pieza, sobre la pinotea que cruje y se vence en algunos tramos, hay solamente un colchón inmundo y todos imaginan encuentros de sexo sórdido.

—Acá no está —dice Malena, con voz de mando—. Vamos.

El grupo avanza por la galería. Entran y salen. Hace rato que alguien se robó las puertas de roble que comunicaban los cuartos por adentro y sería más fácil, pero las piezas huelen fatal, todo es demasiado asqueroso y deprimente. Mejor, por el patio.

En el fondo, en la cocina, por fin encuentran la caja de fusibles. Son tan viejos como los de la librería y no hay ni una bombita de luz en toda la casa pero, por algún milagro de los que se agradecen, las ratas no se comieron estos cables.

—Vamos a ver si hay luz —dice Malena, y conecta un portalámparas a la caja.

Ernesto bendice el robo de cables como un cura laico:

—Hágase la luz —dice.

Y la luz se hace. La lamparita de 25 voltios se enciende e ilumina las caras mientras Malena toma un destornillador y comienza a desmontar la caja.

Daniel Parodi, patéticamente reducido al rol de comparsa, intenta recuperar terreno y liderazgo verdugueando a Malena:

—¿Sabés lo que hacés?

Ella ni le contesta. Sigue haciendo su trabajo: pela cables, los une al alargue, aísla con cinta y se lo pasa a Parodi:

—¡Listo!

El alargue de diez metros sale de la cocina, atraviesa el patio con malvones, se enreda en la enamorada del muro, trepa la medianera y aterriza en el local de Ernesto, entre el aguantadero y la oficina.

—¡Qué fenómeno, la piba! ¿Viste cómo hizo la manganeta de la luz? ¡Todo, sabe!

En la librería, Ernesto está exultante con la luz recuperada. Parodi, en cambio, sólo quiere cantar «pido gancho», que lo dejen de joder un rato mientras ve cómo la sospecha contra Malena Sanz se deshace licuada en el entusiasmo de Ernesto. Y ella, como si lo escuchara pensar, le dice:

—¿Tenés el DVD? El de la cámara de la penitenciaría... ¿Lo tenés?

Malena reclama la prueba viva que, por falta de luz, no pudieron mostrarle la noche anterior. Quiere defenderse bien y que quede claro de una vez por todas. Ver a su impostora en movimiento, en la grabación.

Y la ve:

—No soy yo —dice, por enésima vez. Y también—: ¿Tienen algún programa para verlo en cuadro por cuadro?

Parodi y Ernesto cruzan miradas. Es como si Malena hablara en chino.

—¿A qué hora viene el pibe?

Daniel pregunta por Fabián, que es el único que sabe manejar la computadora y que, últimamente, aparece y desaparece como un mago. Nunca se sabe a qué hora viene ni dónde está.

El hijo del panadero dejó la bicicleta de reparto apoyada contra la pared del frente y entró para un rapidito.

La chica tiene dieciséis años y hace tres que trabaja. Usa una bata de nylon transparente que pretende ser sexy, los labios de un rojo casi fluorescente y los ojos con el delineador corrido, sin rastros de inocencia.

A esta hora de la mañana ya atendió a un par de tipos de los que trabajan en la ruta y ahora descansa boca arriba. Mira la continuidad de las aspas del ventilador mientras el hijo del panadero hace todo el trabajo.

A través de la cortinita de hule ve a Fabián. Está sentado con las piernas muy juntas, como un muñeco de ventrilocuo, y espera.

Ya lo conoce. Hace meses que viene al burdel. Llega a media mañana, como el hijo del panadero, y lo intenta. Pero no puede.

Ella intentó convencerlo para que cambiara, que probara con alguna mujer ducha en debutantes, pero él no quiso y a ella le gustó que él no quisiera. Se ilusionó con un amor como el de mujer bonita, esa película en la que el millonario se enamora y le compra un montón de ropa a la puta.

—¿Cómo es que se dice? ¿La número cien es la vencida? —Divertida, gastadora, le mete la mano en el pantalón y celebra la erección poderosa:

—Adoro a los hombrecitos perseverantes.

Pero Fabián no puede: apenas empezar, todavía vestido, el pene se le retrae como un guiñapo.

—¿Qué pasa, campeón?

Fabián está a punto de salir corriendo con los pantalones caídos pero lo salva la campana: el celular que vibra a la altura de las rodillas.

—Tengo que atender —dice, tratando de imprimir en la voz toda la seguridad que no siente.

La piba está frustrada y celosa, pero se encoge de hombros y aprovecha la pausa para repintarse los labios.

—Hola, nene. —El que habla es Ernesto—. Decime, nene... estoy acá con la doctorcita Malena. Tenemos en la computadora y necesitamos... ¿Qué necesitamos?

—Algún programa para ver cuadro por cuadro —dice Malena en segundo plano, tan lejos y tan cerca.

—Eso —redunda Ernesto—. Algo para ver el video de seguridad, cuadro por cuadro...

En la librería, Ernesto le pregunta a Malena. Fabián, desde la otra punta del teléfono y con los pantalones todavía a media asta, se la imagina y eso le alcanza para que el guiñapo asome victorioso por entre el calzón.

La piba lo ve y deja de pintarse los labios para empezar a trabajar. No entiende que la erección no tiene nada que ver con ella. Cómo podría.

—Voy para allá —dice Fabián, y cuelga. Tiene vergüenza y un asco que le sube a la garganta por ese cuarto deslucido y esa chica tan pintarrajeada. Mientras se arregla la ropa, saca un puñado de billetes y los tira sobre la cama, sin mirar.

Una hora más tarde, Fabián opera la computadora y puede oler el perfume de Malena, acodada en la silla a su espalda.

En la cámara de seguridad de la penitenciaría, una mujer firma la planilla de registro con la mano derecha. La imagen se detiene, cuadro a cuadro.

—Puede ser cualquiera con una peluca —insiste Malena.

—¡Pará ahí! —Malena se inclina sobre Fabián y él siente el pelo finito de ella, la cercanía de sus tetas en la cara.

En la imagen detenida, la impostora lleva una blusa de mangas cortas y firma con la mano derecha.

—Fijate, es diestra —suma Malena.

—Ya te dije que eso se simula —intenta restar Parodi.

—¿Y esto también? —Malena se arremanga la camisa y muestra, en el brazo derecho, el remiendo de piel arrugada, la cicatriz de una quemadura. Todos se asoman a ver el costurón morado que empieza por encima del codo y atraviesa la muñeca de Malena como un repulgue. Fabián no puede evitar pensar que esa marca es, tal vez, lo único feo de Malena.

—Pendeja de mierda, me puso la tapa.

Daniel Parodi irrumpió en la terapia como un ogro, se desmoronó en el diván y detonó su bronca como una granada. A distancia prudencial, a salvo de las esquiras, el licenciado Marcos Setton enlaza las manos como quien reza y ensaya la primera intervención:

—¿Qué es lo que te molesta? ¿Que sea inocente? Haberla maltratado...

—Perder la pista. Si la pendeja no es...

Parodi se queda en silencio, contrariado. Lo que no dice y mastica con las mandíbulas apretadas es que no sabe por dónde seguir. En cambio, dice:

—No importa. Además, no la maltraté. Yo no maltrato.

Setton podría acotar lo que de verdad piensa, que la palabra «maltrato», en el diccionario, bien podría ilustrarse con la foto de Daniel Parodi. Elige en cambio el sarcasmo:

—Sabés que hay gente sensible... Le molesta que la traten de pendeja de mierda o que le tiren los zapatos por la cabeza...

—Cuando te ponés irónico te cagaría a trompadas.

—Pero sin maltratarme... —dice Setton. Y Parodi se saca:

—¿Estas ratas inmundas violan, matan, salen de la cárcel como de su casa, me gastan y yo no puedo ni calentarme? ¿De verdad me estás hablando?

El psicólogo saca el cuerpo de la discusión. No es su trabajo discutir con Daniel ni con nadie. Se echa hacia atrás en su sillón —cualquiera diría que se esconde detrás del diploma— y enumera:

—Las ratas se comen la instalación eléctrica, nuestro hombre juega al gato y el ratón —en un juego en el que vos sos el ratón— y ahora el que salió de la cárcel es una rata inmunda... ¿qué te sugiere todo esto? ¿Te da alguna idea?

—Sí. Me da la idea de mandarte al carajo. No sé para qué te pago.

—De hecho, no me pagás.

Marcos Setton consulta su libreta:

—Me debés exactamente siete meses y una semana de sesiones.

Ah, no. Si hay algo que Daniel no se banca son estos «quiero retruco» de su analista. Se pone el saco para irse:

—El momento perfecto para dejar de acumular deuda, entonces. Terminamos acá.

Y Setton se levanta y abre la puerta, «quiero vale cuatro»:

—Tenés razón. Esta semana te mando un mail con la deuda y los datos de la cuenta. No hace falta que vengas. Cuando tengas la plata me hacés una transferencia.

Setton le tiende a Parodi una mano blanda como un pez y él la estrecha, descolocado. No esperaba que la cosa llegara tan lejos.

En la oficina, Malena lo sigue a Ernesto como una sombra o un perrito faldero y a él, que viene trayendo una pila de libros de la estantería y se acomoda en la computadora para trabajar, le gusta esta presencia juguetona a su alrededor.

—¿El pibe ya se fue? —pregunta por preguntar, para darle charla a Malena. Y ella:

—Sí. Dijo que tenía que hacer no sé qué...

—Es lo que hace últimamente: muchos «noséqué» en «nosesabedónde». ¿Y vos? ¿Ya sabés qué vas a hacer ahora?

—Pensé que podía quedarme... trabajar acá, con ustedes. Necesitan una mano...

—dice, y señala el cable con el que recuperaron la luz, para demostrar lo obvio—. No tengo trabajo y Parodi no me cree, pero me están siguiendo...

Malena describe el cataclismo de la última semana sin dramatismo ni susto. Es así, está así de jodida. Ni más ni menos.

—Sí te cree. Daniel se hace el recio pero te cree. Acá te podemos cuidar. Lo que no podemos es pagarte —aclara, como si fuera necesario.

Daniel se zambulle en la pileta con más elegancia de la que cabría suponer a su cuerpo de ballenato. Nada un largo, dos, tres... quiere cansarse y llenarse los oídos de silencio, pero es la hora de las gordas de aqua gym y tiene que salir.

Va hacia el bar. La moza que no pudo negarle el vodka la vez pasada se acerca. La piba es amable y junta un montón de billetes húmedos con olor a cloro de propina, pero de fisonomista, nada:

—Buenas tardes, ¿va a tomar algo?

—Una cerveza.

—Lo siento, señor. En la pileta no podemos... —Parodi la mira, la piba lo mira y, aunque no recuerda la cara, lo reconoce en la furia y corrige:

—Enseguida.

—¿Te parece bien andar intimidando quinceañeras? —La fiscal Quaranta acaba de llegar a la pileta y se sienta en la mesa de Parodi sin que la inviten.

La malla de competición, cruzada por la espalda, le aplasta las tetas y seguro, aunque no llegó a verlo, también le hace el culo caído.

—Esa pilcha te queda horrible.

—Gracias. ¿Qué hacés acá, a esta hora? Además de practicar tu seducción, digo...

Parodi no le cuenta que Marcos Setton lo fletó a los cinco minutos de sesión y para siempre. Tampoco le habla de la puesta en escena, los cabos sueltos que se desprenden como flecos del caso de Funes.

—Me diste un caso que era como sacarle un dulce a un pibe. Alcanzó con mirar la foto.

Quaranta sacó el tema como quien habla del tiempo, así de intrascendente. Pero sin querer le mostró un hueso y ahora Daniel Parodi tironea de él como un dóberman:

—El único que no puede resolverlo es el imbécil de Cabrera.

—Qué canchero. A propósito: ya te hice la transferencia.

Mientras la empleada, pobre, sirve la cerveza a distancia y con miedo, Daniel se distrae mirando la pileta. Los bañeros esquivan a las gordas y montan los andariveles de entrenamiento. Las boyas pasan de un lado al otro, lotean el agua, establecen fronteras.

—¿Sabés qué me molesta?

Quaranta podría contestarle con una lista larga como dos largos olímpicos ida y

vuelta, pero Parodi no habla de eso.

—¿Para qué avisaron dónde estaba? ¿Por qué simularon un suicidio con tanta torpeza?

Los dos bañeros intercambian instrucciones, gritos multiplicados en el eco de la pileta. Las boyas brillan en el agua, como perlas.

Afuera, las gordas expulsadas descuelgan sus toallas de una barra adosada a la pared, como las de ballet. Parodi ve el movimiento de las toallas al deslizarse, el roce repetido de la tela húmeda contra la madera, el barniz desgastado.

Y entiende.

—Me tengo que ir...

Parodi sale chancleteando con urgencia. El cinturón de toalla de la bata flamea un instante y se arrastra por el piso húmedo.

La cerveza queda en la mesa, intacta. Quaranta paga la cuenta, una vez más.

Camino a la cocina, Malena se detiene a mirar el diagrama en la pared. En él, el dibujo del símbolo de la secta se repite una y otra vez: congelado en la captura de pantalla del video, en la noticia de la muerte de Zoe Parodi... Malena mira, busca algo que falta.

—... Yo vi este dibujo en otro lado...

—¿Qué? —Ernesto está en la cocina, trajinando con la cafetera italiana, y no oye —: ¿Qué?

Malena está frente al diagrama:

—El dibujo... Lo vi en otro lado.

Claro que lo vio. Es el dedo de Saturno, una actualización —un rediseño, como le gusta decir a Fabián— del símbolo esotérico que usaban los nazis.

—Es muy visto —dice Ernesto, todavía con la cafetera en la mano.

—No. No... Lo vi en un caso de trata, en el juzgado. Una chica que se había escapado de un prostíbulo. La habían marcado a fuego, como ganado.

Hacia pocas semanas que había empezado a trabajar en Tribunales cuando le tocó tomarle testimonio a Amanda Serra, soltera, de dieciséis años, que se presentó ante el Juzgado por ser competente para la instrucción del sumario y declaró haber sido secuestrada, golpeada, marcada a fuego como una res, violada y vuelto a violar tantas veces que no sabía ni contestaba cómo ni cuándo.

—No quedó en nada. La chica pudo decirnos más o menos dónde quedaba el aguantadero —Los Tilos, se llamaba— pero cuando fueron no había nada. Lo habían desmantelado.

Ernesto le alcanza el café tan horrible que hace:

—Ya sabemos... Y hace años que venimos lidiando con esto. Sabemos que son un grupo, que los maneja un psicópata, como el Clan Manson...

Y Malena, porque se le quedó pegado en el cuerpo el recuerdo de Amanda:

—Manson mataba... solamente.

—Sí —concede Ernesto—. Estos son como la suma de todos los males... Trafican drogas, armas, gente; roban, matan... de todo. Y todo el tiempo nos hacen «olé»... —dice, y hace un gesto elegante de torero—. Antes más o menos. Pero desde que mataron a la nena, nunca pudimos anticiparlos. Ni una vez.

En la oficina apretada de escritorios metálicos y archivos, la tristeza del viejo es un silencio que ocupa mucho espacio. Él nunca tuvo más familia que la de Daniel.

Una vez tuvo novia, una flaquita frágil con la que novieron en serio, como se hacía en esa época: mucho zaguán, mucha franela y bolitas de naftalina en el ajuar de sábanas bordadas y camisones de virgen.

Su Beatriz murió como la Viterbo de Borges, una candente mañana de febrero de 1951. La suya fue una muerte lánguida, sin estridencias. Algo que pasó «en un siglo y una vida pasadas», dice Ernesto, cuando cuenta. El ajuar se regaló entre las vecinas, le devolvieron el anticipo que había dado por el juego de dormitorio entre pésames, y ahí acabó todo.

—¿Por qué fue?

Malena pregunta por la hija de Parodi, señala la noticia del diario pegada con chinches en el panel de la oficina. El viejo tarda en contestar: tiene que volver desde ahí donde lo llevó la memoria, sesenta años atrás.

—Porque se acercó demasiado. Porque no se acercó suficiente. O porque sí... — Ernesto mira a Zoe, que sonríe incongruentemente feliz en la foto—. Era una nena hermosa.

El viejo toma un sorbo de café como quien pide gancho y sigue:

—Daniel es el criminólogo que más sabe de este tipo de gente pero ellos son... como fantasmas. No dejan testigos, no dejan cabos sueltos... Dejan sólo las pistas que les interesa dejar.

—¿Para?

—Para jugar. Para provocar... Porque son unos perversos... Quién sabe.

En el taller, los hombres jóvenes limpian mientras las viejas terminan de acomodar las biblias llenas de dólares falsos en las cajas que van a esa iglesia de Nueva York. No hay chicas: a ellas se las llevaron a ser putas y las madres que estiban las cajas están tan aletargadas por el miedo, que ya ni piensan en ellas.

Los muchachos sí. Pasan el lampazo por el piso para que no quede ni un rastro de toda la sangre del Artista muerto mientras piensan es sus novias y sus hermanas y relojean sin esperanza a los tipos que los vigilan con ametralladoras.

Ya no hay más dólares para lijar o pasar el cintillo, las cajas casi están completas y todos saben qué significa. Vieron lo que le pasó al Artista y desde entonces, como si se hubieran puesto de acuerdo, trabajan más lento.

Alguna vez se permitieron fantasear con escapar, y hasta lo planearon. Pero eso

fue en los primeros días. Después, los tiros como rayos, las huidas fallidas y el castigo siempre peor que la muerte les fueron restando coraje.

Ahora pasan el lampazo como quien cava su propia tumba.

«No deja de tener gracia —pensará uno de los muchachos, mientras caiga masacrado por los tiros—, estos hijos de puta van a tener que limpiar toda esta sangre ellos».

Antes de verla. Antes de que, incluso, la anuncie la campanita tocapelotas, el viejo la huele en esa mezcla de perfume y cosméticos que tienen las mujeres demasiado revocadas. La clienta tiene el pelo como una Farrah Fawcett envejecida, el escote festoneado de collares, pulseras en las dos manos y anillos en todos los dedos.

Mientras avanza hasta el mostrador, Ernesto le calcula unos setenta y cinco años y gusto por las novelas de Agatha Christie o, a lo sumo, de Conan Doyle. Por eso, cuando la mujer le pide «alguna de Connolly, del detective Charlie Parker», el viejo se enamora.

Ernesto comparte argumentos y preferencias mientras apila sobre el mostrador *Voces que susurran*, *Los atormentados*, *El ángel negro*. Farrah —de alguna manera tiene que nombrar a la mujer decorada— baraja los libros, «este lo tengo, este no», lee las contratapas y dispara insinuaciones inequívocas. Los ojos delineados debajo del flequillo sostienen la mirada de Ernesto, esperan una invitación, pero el viejo está oxidado y tiene miedo.

—¿Leyó este? —pregunta, torpe, mientras le muestra un ejemplar de *Los amantes*.

Y ella, que sí lo leyó, va a contestarle que no, que por qué no lo leen juntos, pero el teléfono suena allá atrás, en la oficina, y Ernesto corre a atenderlo.

—Hola, ¿Ernesto? Buscá los papeles del caso que hicimos hoy... Sí. El estanciero... —Parodi todavía tiene el pelo mojado de la pileta. Habla por teléfono desde el auto a la librería e interrumpe la que fue, quizás, la única posibilidad de venta del día y, peor, la última revancha que la vida le daba a Ernesto.

Parodi suena tan urgido y Ernesto tiene tanto susto, que deja a Farrah ahí, a que hojee el libro de *Los Amantes* o se lo robe. Qué importa.

—Acá los tengo. ¿Qué pasa?

—Pasa que tenemos que ir a ver —Parodi grita, eufórico de una euforia que no se entiende—. La pendeja esta, Malena... ¿Está con auto?

—Está.

Y Parodi dice que bueno, que no importa si son más de 120 kilómetros, que se encuentran allá ahora mismo:

—Traé el expediente de Funes, la lupa y una soga.

Cuando Malena y Ernesto llegan, Parodi los está esperando.

—¿Qué pasó? ¿Por qué tanto apuro?

Ernesto masticó su frustración y su enojo con las mandíbulas apretadas en la hora y media que duró el viaje. Pensaba decirle que qué se cree, que no puede disponer de su tiempo, que él también tiene una vida. Y lo iba a hacer, aun consciente de que su modesto intercambio con Farrah Fawcett no era ni siquiera una vida incipiente, hasta que lo vio ahí parado al borde de la huella con la ansiedad de un novio, y ya no pudo nada.

—Manejaste como un loco... —dice, como para sacudirse el resto de enojo y porque lo quiere como a un hijo.

En otro momento, Parodi —que lo respeta como a un padre— se demoraría en explicaciones o excusas, pero ahora está demasiado ansioso:

—¿Trajiste lo que te pedí?

Ernesto toma la sogá y la lupa y él casi se las arranca de las manos:

—Teníamos el tocón, que no coincidía en altura. Pero nos faltaba algo... —explica.

Y es como si estuviera dando una clase magistral. A los efectos de la demostración, pasa la sogá por una rama cualquiera. Repite el movimiento de la toalla de la gorda sobre el barral:

—Suponete que pasás la sogá para suicidarte... —dice mientras la anuda y hace presión para abajo—, las fibras de la madera se desprenden hacia abajo. Pero... —ahora señala el suelo y convoca a Ernesto:

—Vení, viejito, tirate acá y hacete el muerto.

Y Ernesto se tiende perpendicular al árbol, obediente y con dificultad, para hacerse el muerto:

—Muy gracioso.

—Ahora... —Parodi saca la sogá de donde la puso y la coloca en el cuello de Ernesto—. Imaginate que colgás un cadáver... ¿Cómo lo hacés? Ajustás la cuerda al cuello, pasás el cabo por encima de la rama y tirás para izarlo, ¿no?

Malena, que hasta ahora asistió a la clase como una nena obediente, asiente:

—Sí...

Parodi coloca la sogá en la rama donde antes estuvo la de Funes, la suelta y, abracadabra, muestra cómo las fibras de la madera se desprenden hacia arriba en un lado y hacia abajo en el otro.

Daniel ayuda a levantar al viejo, enfoca con la lupa allí donde la sogá se deslizó y los tres se acercan con curiosidad de entomólogos para ver el símbolo del dedo de Saturno tallado en el tronco.

—Querían que viniéramos hasta acá para encontrarlo. Tiene que haber... —Parodi mira alrededor, busca, piensa, husmea como un sabueso. El dedo tallado

señala el tocón de madera que habría servido al suicida si se hubiera suicidado. Parodi lo levanta y debajo, apenas sucio de tierra, recién puesto para él, encuentra el papel con el mensaje: «TODA MUERTE ES UN SUICIDIO».

El equipo forense ha vuelto a acordonar la zona que ahora está alumbrada con lámparas potentes. Buscan huellas comandados por Cabrera, incómodo con la fiscal y Parodi ahí, tomándole examen.

Daniel mira las carpas desmanteladas de los trabajadores esclavos y evalúa la oportunidad de verduguear una vez más a Cabrera, pero no está inspirado. En cambio, se acerca a Quaranta y pregunta:

—¿Se sabe qué pasó con la gente?

—No sabemos... Por las huellas, parece que se los llevaron en camiones. Pero en un momento...

—Se los traga la tierra —completa Parodi y cabecea hacia Cabrera—: No va a encontrar nada.

La fiscal le lee el brillo en los ojos y tiende hacia él una mano como quien sostiene una bandeja:

—Dámelo.

Parodi se hace el tonto mal, pone cara de «yo no fui» pero ella lo conoce hace una punta de años:

—Lo que sea que hayas encontrado. Dámelo.

Daniel jura y perjura, cruza los dedos sobre los labios como un chico:

—No encontré nada.

—Sabés que es un delito retener evidencia, Parodi. ¿Me vas a obligar a que te haga registrar por un agente?

Quaranta levanta la mano apenas, amaga con llamar a uno de los policías y él, entonces:

—Es un papel. Una nota. Si te la doy, Cabrera la va a usar para sonarse los mocos. —Y también—: Me lo dejó a mí, Quaranta.

La fiscal sabe que todo es cierto: que sea lo que sea se lo dirigieron a Parodi, que Cabrera no sabría qué hacer con eso y que probablemente, seguramente terminaría confundiéndolo con un pañuelo y sonándose los mocos con la evidencia, y da el brazo a torcer, pero apenas:

—Pero en cuanto la analices, me la das.

Cabrera se acerca a Quaranta agitando la polaroid del signo de la secta como si fuera un abanico chino:

—Lo tallaron recientemente... No estaba en la escena original...

—¿En serio? ¡No jodas!

La ironía de Parodi es más corrosiva que la Coca-Cola, pero Cabrera lo ignora olímpicamente, toco el aire y no te toco:

—Una navaja, probablemente...

—Un genio. Lo que siempre digo, este Cabrera es un genio. —Parodi provoca, busca la trompada, habla con Quaranta, que se hace cargo, se avergüenza con

vergüenza ajena por Cabrera mientras Parodi la sigue, no para, interroga al forense con ese tonito burlón que tan bien le sale:

—¿Y cómo lo hicieron? Digo... ¿Llegaron volando? Porque tendría que haber huellas del auto en que vinieron, o de los zapatos... —Parodi panea la escena. Hay una camioneta, varios autos de la Policía y otros de periodistas:

—Si había huellas —completa, serio— se perdieron. ¿Estás de acuerdo, Cabrera?

—Este tarado se cree que somos CSI.

Cabrera no se hace cargo de sus cagadas. Argumenta que no tiene personal ni presupuesto, que cuando llegó la escena estaba corrompida, que así no se puede. Nunca un «me equivoqué». La culpa siempre es de otro.

Parodi guarda la nota en su bolsillo y lo deja hablando solo. No lo escucha o no le importa.

Camino a la oficina, la noche es una sucesión de faros que encandilan, camiones que avanzan en dirección contraria y putas que se ofrecen al costado de la ruta.

Parodi sigue el auto de Malena. La piba va a ochenta kilómetros por hora y él apenas contiene la ansiedad de pasarle por encima. La nota que encontraron bajo el tocón le quema en el bolsillo. Quiere destripar el mensaje letra por letra, analizar el papel, ponerlo bajo la lupa y arrancarle todos los secretos.

Los Hijos de Saturno cambiaron el juego. Provocan, lo desafían en un juego de ajedrez en el que ellos tienen, por ahora, la primera movida.

Al mismo tiempo, en la ruta 7, a veinte kilómetros del último parador, un hombre sale reptando desde una huella de tierra a la banquina.

Está destrozado, tiene la ropa hecha jirones y por lo menos seis o siete balas en el cuerpo, pero todavía respira. Repite, como un mantra, «se llevaron a las niñas».

Parodi llega a la librería detrás de Malena y el viejo. Tiene los últimos versos del poema «Ajedrez», de Borges, sonándole en la cabeza como una música incómoda. «Dios mueve al jugador, y este, la pieza. ¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza...?» No sabe de dónde le viene ni por qué, pero ahí está, machacándolo desde que salió a la ruta.

Al entrar a la librería, tropieza con el cable del «puente solidario».

—¡Putá madre! —y también—: ¿Y el pibe?

—No está. Más temprano avisó que iba a trabajar desde su casa...

Ernesto está acomodando los libros de Connolly en la C, Farrah no se robó ninguno ni dejó sus datos, y él empieza a cansarse de que Parodi sea siempre y todo el tiempo tan maleducado, ahora que hay una damita en el equipo.

—¿Empezamos?

Parodi va hasta la oficina y pone la nota bajo la lupa electrónica.

—Resentido, cruel, programado, meticuloso, cero empático...

Parodi señala uno a uno los rasgos de la escritura y enumera sin sorpresa. Las letras manuscritas del mensaje, «TODA MUERTE ES UN SUICIDIO», la escritura alta y sobrealzada, sus ejes verticales alargados y los dientes de jabalí en las «m» y las «n» son un descriptor de psicopatías tan claro, que se podría dar un curso de grafología forense sólo con esa nota. El chiste, privado, es lo que viene después, cuando Parodi examina el papel con la luz ultravioleta y confirma que es el mismo que se usó en el *habeas corpus* de López. Eso es exactamente lo que él, Parodi, haría: hilvanar todas las pistas con un denominador común. Firmar la autoría y explicar el reglamento del juego.

—Pistas. Toda esta semana nos estuvo mandando pistas. Pistas, pistas, pistas...

—Parodi arenga como un entrenador. Malena no sabe bien qué pito toca ni cuál es su vela en ese entierro pero hace como que sí y suma:

—La nota.

Y Ernesto:

—La canción infantil... El gato, el ratón...

—Y la más aparatosa: la liberación «dedicada» del asesino. —Parodi señala a Malena—: Supongamos que la pendeja es inocente.

Malena amaga contestar pero él la frena:

—No tengo tiempo para que te ofendas ahora. Dejame seguir —aunque afloja y afirma—: La pendeja es inocente. ¿Para qué la suplantación?

—¿Para mostrar que es capaz de hacerlo? ¿Qué puede falsificar un *habeas corpus*? —acota sin ofenderse la pendeja.

Parodi toma el *habeas corpus* por las puntas como quien agarra a una polilla por las alas:

—Un *habeas corpus* perfecto. Con una firma que ni vos podrías objetar... No hay mucha gente que pueda hacer ese trabajo. Y el mismo papel para la nota. De hecho, sólo se me ocurre una persona —dice. Y escribe en la pared: «El Artista»—. Y el crimen de Funes. A lo mejor es una pista en sí mismo, además de la simulación de la escena... —Malena empieza a entender el juego. Ernesto, que hasta ahora los miró pelotear como en un partido, tiene una idea urgente. Anota, para sí, «Funes el memorioso». Borges. Y guarda el papel en el bolsillo.

Malena y Parodi suspenden el partido y miran a Ernesto pero él sólo dice:

—Sigamos...

En el panel de la pared se multiplican las palabras, las flechas y, una vez más, las preguntas:

EL CRIMEN DE FUNES — TRABAJO ESCLAVO.
¿QUÉ TRABAJO HACÍAN? ¿DÓNDE ESTÁN? ¿TESTIGOS?

—Quaranta dice que se evaporaron, para variar...

—Contale lo que me dijiste hoy. Lo de la piba que rescataron del prostíbulo. — Ernesto arrea a Malena hacia Parodi, y Malena cuenta otra vez de Amanda, que llegó a su juzgado escapada de Los Tilos, marcada en la espalda como una res con la marca de la secta, muerta de miedo y de escepticismo, segura de que su testimonio no iba a servir para nada como efectivamente no sirvió, porque cuando fueron a ver...

—Lo habían desmontado —completa Parodi, sin fe.

Tendrían que ir a hablar con Amanda, pero los datos están en la Secretaría a la que Malena ya no puede ir porque está cesanteada y sospechada. Podría sacarlos Quaranta, pero por alguna razón que a Parodi se le escapa Ernesto no quiere que la fiscal sepa. Si fuera más paranoico de lo que es, podría pensar que desconfía de Quaranta, de que esté involucrada con la secta. Pero pensar eso sería demasiado retorcido, incluso para Parodi.

—No tenemos por qué molestar a Quaranta con eso. Lo más rápido es que lo saque ella —dice Ernesto. Le habrán quedado amigos, ahí... ¿no?

Desde el auto, Parodi y Ernesto la miran subir la escalinata de Tribunales. Un amigo de los que le quedaron a Malena prometió espiar el expediente de Amanda, la de Los Tilos, y pasarle la dirección. La llevaron hasta el juzgado y se van a quedar esperando ahí hasta que salga, para cuidarla.

Poco tiempo después de que llegara a sus vidas, Malena volvió a su departamentito recién estrenado y se lo habían reventado. Había estado en la librería haciendo la instalación eléctrica con la ayuda torpe de Ernesto, sin el miedo de los primeros días, y soñaba con meterse en la bañera llena de espuma y su cama de sábanas limpias.

Antes de llegar, vio las luces de los patrulleros que barrían el frente del edificio. Los vecinos, con las caras iluminadas de azul, parecían un grupo de alienígenas hostiles.

Habían bajado todos a la calle, como en un terremoto, y zumbaban en colmena mientras la administradora, la propietaria del 5to H, hacía circular un papel en el que todos firmaban.

En la sentencia, el linchamiento del consorcio, se la expulsaba por «conductas indecentes», así, en plural.

Esa noche, volvió a la oficina con las poquitas cosas que pudo rescatar y se mudó al hotel donde también vive Ernesto «hasta conseguir algo». Malena se quedó y se fue quedando. Se incorporó al equipo de Parodi más por omisión que por acción, como si siempre hubiera estado allí.

Es mediodía y en Plaza Lavalle, frente al Palacio de Tribunales, debe hacer cuarenta grados a la sombra y el Ford Fiesta está estacionado al sol. Alguna vez tuvo aire acondicionado, pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora, Parodi y el viejo se rostizan mientras esperan que Malena salga.

Daniel chupetea un cigarrillo apagado y resopla como un buey. Está en una de sus semanas de dejar de fumar, un intento que seguramente terminará, como todos, en fracaso.

Probó con pastillas, con parches, con hipnosis y con acupuntura. El mes pasado fueron los chupetines, pero engordó cinco kilos y, además, lo hartaron con las referencias a Kojak. Esta vez opta por chupetear un cigarrillo apagado. Habla con el filtro húmedo pegado a los labios, como en una de cowboys.

—¿Y, viejito?

—¿Y qué?

—¿Qué vamos a hacer con la pendeja?... ¿Le creés?

—¿Por qué? ¿Vos no?

Parodi confía en muy poca gente y lo dice. O casi: confía en Ernesto, porque es como un padre, en Fabián, porque es como un hijo, y en Quaranta, porque es...

—¿Porque es...? —Al viejo le divierte chucear a Parodi, obligarlo a poner en palabras lo que no quiere o no puede—. Porque es... —insiste. Pero Parodi elige no contestar y seguir hablando de Malena, claro:

—No sé. ¿Y si es un caballo de Troya? ¿Un regalo de la secta para meterse adentro?

—Sería demasiado retorcido... Incluso para el Lobo. Además...

Ernesto está listo para seguir argumentando a favor de Malena, pero el celular lo interrumpe. Es Quaranta, con noticias de las buenas.

—Encontraron a uno de los esclavos de Funes. Está gravísimo pero habla.

Parodi está exultante. El sobreviviente, si sobrevive, puede contestar muchas de las preguntas abiertas en el asesinato de Funes e incluso, se entusiasma, hacer un identikit del Lobo o sus lugartenientes.

—Tengo que irme, viejito. Hay un fusilado que vive —dice Parodi. Cita, tal vez sin saberlo, a Rodolfo Walsh.

Ernesto se baja del auto en la plaza sin sombra a esperar la salida de Malena. Podría distraerse mirando libros —siempre tiene la fantasía de encontrar alguno especial— pero los puestos de venta refulgen al sol y los techitos mínimos ofrecen un dudoso reparo.

Parodi enciende el cigarrillo chupeteado, pone primera y sale.

El hospital huele como olía el día que lo llevaron al Churruca convertido en una piñata humana. Hasta Quaranta está en el pasillo, como aquella vez. Sólo que ahora no le dice «está muerta» sino «tenemos que esperar. Lo van a operar ahora».

El fusilado está en la camilla del quirófano. Tiene media cara destrozada y con los huesos al aire, como el Dos Caras de Batman. Uno de los médicos le apoya la mascarilla de anestesia en el lado bueno mientras otro explica a los practicantes que la herida de Dos Caras tiene orificio de entrada en el parietal derecho y salida en el

maxilar inferior. El fusilado balbucea y llora, desespera por hablar pero nadie le presta atención ni le entiende.

—Se las llevaron. Camión...

—Tranquilo. Ahora el doctor te va a poner la anestesia y...

Afuera, la fiscal le cuenta a Parodi que al hombre lo encontró de casualidad un camionero que viajaba al Cristo Redentor por la ruta 7. Estaba tirado en la banquina, «mucho más muerto que vivo», dice.

Parodi sabe que puede que no zafe y que lo que sea que tenga que decir tiene que decírselo ahora.

—¡Parodi! ¡No podés entrar!

La que grita es Quaranta, pero tarde. Daniel irrumpe en el quirófano como una tromba y todos quedan congelados, vestidos en sus batas verdes como en un juego de estatuas.

—¡No puede entrar! —repite una enfermera, como un eco de Quaranta. Y también, a nadie—: ¡Llamen a seguridad!

Daniel pasa de todo y encara al fusilado, el único que parece entusiasmarse con su presencia, pero el hombre sólo repite «camión... se llevaron...».

—¿Quién? ¿Quién se llevó a las mujeres? —pregunta Parodi, aunque sabe.

Y el hombre, en un esfuerzo en el que parece írselo la vida, se destapa en la camilla y muestra la marca a fuego de Los Hijos de Saturno.

—Suponemos que está vinculado con el incendio en la ruta 7.

Quaranta lo pone al día con las noticias mientras esperan con sus vasitos de cartón en la puerta del quirófano. Habla de un incendio del que Parodi no tenía noticias porque pasó hace pocas horas, cuando se prendió fuego como por arte de magia un camión, a metros de la caminera.

Todavía no está confirmado, pero los dos saben que el camión calcinado iba cargado de gente. Los esclavos de Funes: hombres jóvenes y mujeres viejas que ya no les servían para nada.

—Es acá.

Malena y Ernesto están frente a la dirección que consiguieron en Tribunales.

Es una pensión humilde, una construcción antigua y decrepita con escaleras interminables que Ernesto sube con esfuerzo. Si tienen suerte, si no se mudó y no mintió en la declaración, puede que ahí todavía viva Amanda.

Ernesto se detiene a tomar aire, agitado.

—¿Está bien?

Ernesto afirma a duras penas con la cabeza. Si pudiera hablar le diría que sí, que no se preocupe, pero sólo puede indicarle con un gesto que siga subiendo. Malena

deja al viejo exhausto un piso debajo y toca el timbre en la puerta de la pensión.

El encargado abre apenas y atiende a través de una rendija.

—¿Sí?

—Buenas tardes. Estamos buscando a Amanda Serra...

El hombre, un gordo descomunal en previsible camiseta, semblantea a Malena y mira preocupado al recién llegado Ernesto, que jadea como un San Bernardo.

—¿Está bien?

—Sí... Un poco fuera de estado, nada más —la que contesta es Malena. Ernesto, aunque quisiera, no puede recuperar el aliento—. ¿Podemos pasar?

El gordo cierra la puerta y los deja sin explicación ni respuesta. Vuelve al rato, con una silla.

—Tome. Descanse antes de bajar —le dice a Ernesto—, déjela acá nomás, que yo después la entro. —Y también—: Acá no vive ninguna Amanda —mientras cierra la puerta, esta vez para siempre.

Malena y Ernesto miran el portón de la pensión. Estacionaron a media cuadra, detrás de un cartel de verdulería de esos que parecen caballetes, y esperan.

—¿Está seguro de que mintió?

—Nena, fui policía casi treinta años... Claro que estoy seguro.

Malena, que no sabía, pregunta cuándo, cómo y por qué. Tal vez porque es demasiado joven, o porque está distraída, ni siquiera relaciona cuando él le cuenta que se retiró siendo comisario, en el 76.

—¿Qué pasó?

Y Ernesto:

—Pasó lo que dice García Márquez: «Hay órdenes que se pueden dar pero no se pueden cumplir». Y yo no podía darlas ni cumplirlas.

—Es ella.

Ernesto no se equivocó. Amanda sale de la pensión con un bolso de lona al hombro y todo el susto. Malena se baja, corre, la alcanza, habla, la convence... A Ernesto, que se quedó en el auto porque le faltaron reflejos, se le antoja casi milagroso ver cómo finalmente, después de la escena de mímica decodificada, las dos chicas se suben.

—Ernesto, Amanda... —Malena presenta como si nada y arranca.

A menos de cien metros, el auto que viene siguiéndolos desde que salieron de Tribunales también se pone en marcha.

Horas más tarde en El Progreso, el bar de la esquina de la librería, Ernesto le actualiza a Fabián las novedades:

—Las dejé en la librería. Pobre piba... estaba aterrada. La idea de que la secta la encuentre... Imaginate lo que le harían.

—¿Y Malena?

La pregunta de Fabián queda rara, descontextualizada, y Ernesto no sabe si atribuirlo a falta de sensibilidad o a simple calentura. No se le escapa que desde que Malena trabaja con ellos el pibe anda caliente como una pava.

—Malena bien. Mucho más tranquila. Otra que se pegó un susto padre, con lo del departamentito. Por suerte le conseguí la pieza en mi hotel. Pobre piba, ella también... ¿Sabés que no tiene familia ni nada? Igual, no la dejo ni a sol ni a sombra. Bah, la dejé ahora, por un rato, para venir acá...

—¿Y Parodi no preguntó por mí?

—¡Qué te parece! Claro que preguntó... «¿Y el pibe? ¿Y el pibe?» Le dije casi toda la verdad: que ibas a trabajar desde tu casa porque con el tema de la luz, la computadora...

—Pero no le dijiste lo que estoy haciendo.

—No, claro que no... ¿Averiguaste algo?

—Todo lo que pude —enumera Fabián, orgulloso—, antecedentes policiales, familia, Veraz... hasta le hackeé el correo. Nada. Si la hace, la hace muy bien... Ni siquiera tiene una multa por estacionar mal... ¿Por qué desconfiás?

—Olfato. Intuición masculina... Qué sé yo. —Ernesto intenta explicarle a Fabián, ponerle nombre a lo que, quizás, es sólo celos de Parodi. O mala leche, pura mala leche contra la fiscal Diana Quaranta:

—Pensá. Quién le dio el caso de Funes a Daniel... Un caso que resuelve de taquito y viene con mensaje para él. ¿Quién te dice que ella no es la vocera de la secta?

En el hospital, la fiscal Quaranta y Parodi están asqueados del café recalentado de la máquina y todavía, les dijeron, faltan tres o cuatro horas para que el fusilado salga del quirófano. Y encima va a salir groggy. Tal vez no puedan hablar con él hasta dentro de un día o dos, y para entonces todas las pistas se habrán borrado.

—... dijo «las niñas», que se llevaron a las niñas. ¿Vos creés que hablaba de sus hijas? ¿Que el Lobo se llevó a sus hijas?

—Quién sabe —dice Quaranta.

Ella cree que no, que puede que hablara de otras chicas, pero entiende que Parodi piense en su hija, que a lo mejor este hombre con la cara destrozada es, al fin, la pista que está buscando para agarrar al tipo que la asesinó.

—¿Por qué «El Lobo»? —la pregunta de Quaranta llega dos años tarde. Parodi podría salir del paso y decirle que después de la muerte de Zoe, lo de «jefe de la secta» o «Saturno» le quedó chico, que de alguna manera tenía que llamar a esa silueta vacía que preside el panel de la oficina. En cambio, elige la verdad:

—Por el poema de Rubén Darío. Estoy como Francisco de Asís —dice, y la comparación no puede ser más errada—. Quiero saber por qué ataca.

Parodi se levanta y mira a través de la puerta batiente hacia los quirófanos. El

pasillo, pintado con esmalte verde, tiene raspones blancos como cicatrices allí donde la camilla chocó por impericia o urgencia. Al final hay otra puerta doble con ojos de buey. Parodi ve pasar dos, tres cabezas envueltas en cofias pero nadie se asoma.

Quaranta habla por celular. Quiere confirmar que la custodia que pidió para el fusilado está en camino, aun cuando asume que lo dieron por muerto y es improbable que lo vengán a rematar.

—¿Vas a ir a la pileta hoy? —pregunta, trata de poner algo de cotidianeidad amable en ese hall de azulejos cascados.

—No... Dos días seguidos es demasiada salud, para mí —aunque está prohibidísimo, Parodi prende un pucho en la sala de espera del hospital, como para reforzar el concepto—: Nos vemos mañana acá, ¿te parece?

—Me parece. Igual, no te quedes... —Diana Quaranta quisiera abrazarlo, llevarlo a su casa y meterlo en su cama como a un hombre pero también como a un cachorro. Pobre Daniel, tan grandote y tan triste—: Andá a tu casa.

—Ya.

Daniel se levanta, desganado. Si pudiera, si no estuviera esa piba, Amanda, esperándolo en la oficina, se quedaría a dormir en la silla de plástico del hospital hasta que el hombre salga del quirófano y, con suerte, se despierte y diga algo.

—Acordate lo que te pedí del falsificador. —Diana no se acuerda. De hecho, con todo esto es probable que ni siquiera lo haya registrado—. Le dicen el Artista. Es el único que puede haber hecho el trabajo del *habeas corpus*. O al menos el único que yo conozco. Lo detuvieron hace un par de años por falsificación de dólares pero puede que lo hayan largado. —Parodi no lo dice pero piensa tan fuerte «que lo hayan largado como a Hugo López, el asesino de Zoe», que Quaranta casi lo escucha.

En la oficina, detrás de la librería, Amanda Serra está sentada en el ángulo de una silla con las manos juntas. Mientras termina de instalar los enchufes nuevos, Malena trata de entablar con ella una conversación casual, de la luz, el tiempo y esas cosas, pero Amanda aborta los intentos a golpes de monosílabos.

Nunca una mujer ocupó menos espacio en el universo.

—¿Seguimos sin luz? ¿No lo habías arreglado? —pregunta Parodi nomás entrar. Viene de hacer guardia en el hospital y antes en la ruta. Se lo ve mal y huele peor pero a él parece no importarle. Quiere saber dónde están Fabián y Ernesto, si llamó alguien... Todo junto y hostil.

—Hola, ¿no? —A Malena no le gusta que se salten las formas.

—Hola, qué tal, cómo te va... ¿Llamó alguien?

—El licenciado «Marcos algo». Lo anoté por acá...

—Marcos Setton. ¿Qué quería?

—Que lo llames urgente.

—Sí, justo. Que espere sentado... ¿Algo más?

«Algo», lo más importante, sigue sentada en el punto mínimo del universo y ahora está aterrada. Parodi lo hizo.

Malena le pasa un brazo por el hombro y trata de tranquilizarla:

—No te preocupes. No es tan cuco como parece... —y a Parodi—: Amanda Serra es la señorita de la que te hablamos con Ernesto... ¿Hago un café y empezamos?

Y Amanda, todavía intimidada pero dispuesta, habla por primera vez en toda la tarde y dice:

—¿Qué quieren saber?

Amanda empieza a contarle todo despacio, como quien va tirando piedritas al agua. Una piedra.

—Mi novio... el que me hacía el novio me entregó. Me afiló como un mes: flores, regalo, todo eso... Además, me respetaba. Nunca trató de propasarse. —Estuvo dos años, tres meses y seis días en el prostíbulo, pero habla como una virgen y tira otra piedra al agua—: Un día me dijo que me iba a llevar a un viaje. Me dijo que era un hotel de esos lindos, que él ya había pagado y todo... y que no diga nada en mi casa, porque si no me dejaban él iba a perder toda esa plata. Y yo fui.

—¿Te acordás qué día?

—Sí. El 4 de agosto. El día de mi cumpleaños. Por eso dijo...

Parodi anota, empuja apenas, junta montañitas de palabras como arena:

—Y te llevó a...

—Los Tilos. Cuando llegamos yo me di cuenta. Era... había mujeres. Yo no quería...

Claro que no quería. Malena no puede soportarlo. La idea de ese cuerpo golpeado y violado mil veces, «amansado», como dice Amanda, es más de lo que su estómago puede aguantar. Va a vomitar al baño.

Parodi apenas la mira. La tiene a Amanda y no quiere soltarla.

—¿Algo más que se acuerde? ¿Algún detalle? Sabemos que el lugar lo desmantelaron, después...

—Igual, es Los Tilos.

Daniel sabe cómo funciona: que rotan a las chicas, las llevan de un lugar a otro y desmantelan para que no las encuentren, pero siempre, cada vez, todos los lugares se llaman Los Tilos.

Lo que no sabe es que en todos ponen el mismo cartel.

—¿Un cartel? ¿Dónde?

—Ahí en el techo, justo arriba de la cama... Todas las piezas tenían el mismo cartel... Como una broma, pero no era una broma...

Parodi se muere por saber, pero tiene miedo de apurarla. Otra piedra cae al agua.

—Todas, casi todas llegábamos porque uno nos hacía el novio, como a mí. Después de amansarnos y marcarnos nos metían en la pieza y ahí dale que dale, todo el día. Y siempre ese cartelito que lo leías mientras los tipos te montaban...

—¿Y el cartel?

—«Todo encuentro es una cita». Como una broma. Como diciendo que estábamos ahí porque queríamos, ¿no?

Desde la librería, el testimonio de Amanda le llega a Malena a través del tabique, como en sordina, y eso está bien. No quiere que la pobre le vea el alivio de «fuiste vos y no yo» en la cara. No corresponde pero es lo que siente.

En el relato desgarrado, los guardias divertidos y excitados «parecen animales en celo» y «arrear» a un pequeño grupo de mujeres como a ganado. Juegan a los cowboys, hacen sonidos como los que se usan para manejar bestias, ostentando y revoleando palos y «látigos», dice Amanda. Y Malena casi ve cómo las mujeres van entrando: muy juntas unas a otras. Algunas son sumisas, otras lloran o se resisten. Otras, las menos, las más niñas, ruegan, piden por favor, que las dejen volver a sus casas.

Mientras, para pasar el rato y porque hace falta, se queda en la librería vacía a terminar la instalación de luz.

Malena lo conecta todo, va a la oficina y enciende la computadora. El protector de pantalla es una foto de varios años atrás: Parodi, Fabián y Ernesto sonríen a la cámara. Daniel lleva un sombrero Piluso y una inocencia que ya no tiene.

Si hubieran estado más atentos a Amanda y menos eufóricos por la luz recuperada —va a pensar Parodi, más tarde— habrían registrado el leve temblor de la piba. Pero no.

Amanda Serra había preguntado si podía pasar al baño, Malena la acompañó y minutos más tarde, cuando se alarmaron por la demora y fueron a ver qué pasaba, encontraron el lugar vacío y la banderola todavía batiente, como en las malas películas.

Después de cinco horas y media, el fusilado sale del quirófano casi resucitado. Está inconsciente, tiene lo que le queda de cara vendada como una momia pero, dicen los médicos, a menos que se infecte o un difuso «pase algo», va a estar bien.

El policía uniformado escolta la camilla a las puertas de terapia intensiva y hasta ahí. La enfermera, una gorda pantagruélica de ambo ajustado, pone la mano regordeta en el pecho del policía. Hasta ahí. A ella no le importa qué dijo el fiscal, el juez o dios padre, esa es una zona restringida y nadie entra.

El suboficial ve cómo la camilla entra en la terapia arrastrada por dos camilleros improbables. Después, todo sucede rápido: los camilleros no son, el médico no es, la enfermera tampoco. Y antes de que pueda sacar el arma, gritar, correr o todo junto, la enfermera con dedos como morcillas le inyecta algo que arde en el cuello y lo último que piensa el hombre es «qué cagada». Así de prosaica es la muerte.

En la librería, Daniel, un recién llegado Ernesto y Malena miran el baño vacío de

Amanda y no entienden por qué se fue, qué hicieron o dejaron de hacer para que la piba se trepara y saltara por la ventana.

La mirada de Parodi va de la puerta del baño a la pared con el diagrama y vuelta a la puerta del baño. Toma el fibrón.

—¿Cómo dijo? La frase del prostíbulo... ¿Cómo era?

—Todo encuentro es una cita —dice Malena desde la cocinita, mientras lava los platos.

—Algo la asustó. O la hizo desconfiar de nosotros... —Parodi escribe «TODO ENCUENTRO ES UNA CITA» y mira hacia la cocina. Ernesto, que está acostumbrado a leerle el pensamiento a Parodi, lo corrige antes de que lo diga:

—No es por ahí. —Ernesto se juega la cabeza de que Malena no hizo ni dijo nada —. Malena juega del lado de los buenos —insiste.

Y Daniel:

—Ojalá. Pero estemos atentos.

Parodi tuvo un día muy largo, quiere terminarlo e irse a dormir. Pero Ernesto quedó tildado frente a la pared como un perro viejo.

—¿Qué pasa, viejito?

—Las citas... Yo las leí en algún lado. Todo esto tiene un denominador común y está ahí...

—El signo de Los Hijos... —empieza a decir Parodi, pero Ernesto lo interrumpe.

—No es eso. No solamente. Tallaron el signo y además escribieron la cita. Marcaron a la mujer y escribieron la cita... A lo mejor por eso involucraron a Malena... —dice, bajito para que ella no escuche—, para que la conozcamos y nos lo cuente. Para que trabaje de mensajera sin saberlo.

—O a sabiendas —dice Parodi, que no confía nunca en nadie— para que nos lleve a una trampa.

Si estuviera Fabián, que no apareció en todo el día, aquello de las citas se resolvería en una búsqueda de Google, pero eso es algo que ni a Parodi ni a Ernesto se les ocurre. Para qué hacerlo fácil si se puede hacer difícil.

—Lo que sea, hoy no lo voy a resolver... Vengo mañana temprano —se da por vencido Ernesto.

—Me parece bien. ¿Te llevás a la pendeja?

—Claro. Ahora vivimos juntos... en el mismo hotel.

Esa misma noche, en su cuarto de hotel, Ernesto sueña que está cabalgando y despierta sobresaltado en el momento en que, en el sueño, cae del caballo.

Desvelado, encuentra en el bolsillo del saco la nota que escribió dos días atrás: «Funes el memorioso».

A las cinco de la mañana, en Chacarita, las camionetas depositan su carga de lirios y claveles en el Paseo de las Flores, frente al Cementerio. El viejo atraviesa la

pérgola gigante y para un taxi, demasiado excitado como para caminar las doce cuadras hasta el local.

Cinco minutos después, el chofer se detiene frente a la librería a oscuras. Ernesto paga con un billete de cien y se baja sin esperar el vuelto. Entra, prende las luces y va hacia la estantería, a buscar *Ficciones* en las completas de Borges. Después, sin siquiera detenerse a cerrar la puerta, va al aguantadero y despierta a Parodi como si se estuviera quemando el lugar.

—Nene, ¡despertate! ¿Qué hacés durmiendo, todavía?

Parodi se incorpora en la cama. Todavía es de noche y Ernesto está frente a él, con los botones de la camisa mal prendidos, los cuatro pelos de la calva despeinados y diciendo que se cayó de un caballo.

—¿Qué pasa, viejito? ¿Estás bien?

—Mejor que nunca. Tenemos que llamar al pibe —dice.

Meses después, Parodi habría de recordar esta madrugada como el inicio de la enfermedad, el primer síntoma de la inexorable demencia senil de Ernesto, pero ahora se levanta, contagiado por el entusiasmo del viejo. Llama a Fabián a las cinco y cuarto de la mañana y le dice «dejá de hacerte la paja y vení», como si fuera lo más natural.

Todavía falta una hora para que amanezca. Fabián y Parodi cabecean. El único despierto, excitado y alerta es Ernesto, que promete grandes revelaciones mientras prepara su café más espantoso para todos.

—«Funes el memorioso». De Borges... Me molestó la coincidencia del nombre con el del caso, pero después me olvidé. Lee: «El 14 de febrero me telegrafiaron de Buenos Aires que volviera inmediatamente porque mi padre no estaba “nada bien”».

Parodi se despabila de golpe. No puede ser coincidencia que «Funes el memorioso» esté fechado el día que mataron a Zoe. Va a comentarlo pero Ernesto sigue leyendo, apilando pistas o guiños uno sobre otro.

—Y hay más. El narrador del cuento toma un barco que se llama *Saturno*, como la secta... Muy adecuado que a vos, que te llamás Parodi —concluye Ernesto—, el Lobo te mande pistas usando al maestro... —y aclara para Fabián, que lo mira con ojos vacíos de vaca—: *Seis problemas para Don Isidro Parodi*, el detective que crearon Borges y Bioy y firmaron Bustos Domeq. Si ponés estas frases en la computadora, ¿podés saber de qué cuento son?

—Claro. Con un buscador. Es muy fácil.

Y es muy fácil. Ni bien Fabián tipea las palabras mágicas: «Toda cita es un encuentro toda muerte un suicidio Borges», la pantalla da ciento cuarenta y cinco mil resultados en cero coma cincuenta y un segundos y dice que las frases que va soltando el Lobo entre muertos y putas, entre el asesinato de Funes y el secuestro de Amanda, es una parte del cuento «*Deutsches Requiem*», la confesión de un oficial de

las SS alemanas en vísperas de su fusilamiento.

Fabián imprime el texto, seis páginas apretadas en las que, tal vez, está la clave de todas las preguntas que atormentan a Daniel Parodi desde la muerte de Zoe: cuáles son los motivos del Lobo. Por qué lo eligió justo a él.

Parodi toma las páginas y las lee como quien desgarrar una presa con los dientes. Quiere desmembrar el texto, darlo vuelta hasta encontrarle las tripas y obligarlo a darle todas las respuestas.

Busca, lee y releo, mastica hasta que le parece encontrar un mensaje: «Todos los hechos que pueden ocurrirle a un hombre, desde el instante de su nacimiento hasta el de su muerte, han sido prefijados por él. Así, toda negligencia es deliberada, todo casual encuentro una cita, toda humillación una penitencia, todo fracaso una misteriosa victoria, toda muerte un suicidio. No hay consuelo más hábil que el pensamiento de que hemos elegido nuestras desdichas».

Él no eligió sus desdichas ni entiende de qué va, pero así y todo va hacia el pizarrón y ordena las frases:

TODA NEGLIGENCIA ES DELIBERADA
TODO CASUAL ENCUENTRO UNA CITA — TRATA/ LOS TILOS
TODA HUMILLACIÓN UNA PENITENCIA
TODO FRACASO UNA MISTERIOSA VICTORIA
TODA MUERTE UN SUICIDIO — FUNES

De pronto, todo parece tener un sentido y las frases que —todavía— no se corresponden con nada aparecen como una amenaza, una promesa:

—Es su agenda. Lo que hizo y lo que va a hacer. —Pero no sólo eso. Por lo que sabe de los psicópatas, y sobre todo del Lobo, Parodi está seguro de que el «Deutches Requiem» no es solamente eso—. El cuento es un pentimento —dice—, algo pintado encima de otra pintura. Un mensaje en varias capas.

Mientras, capa sobre capa y pista debajo de pista, Ernesto siguió leyendo el resto del cuento porque él también cree, como Parodi, que seguro hay algo más.

—Puede ser de descendencia alemana y probablemente de alguna fuerza, militar o policía... —y mientras lee—: «Dos balas me atravesaron la pierna, que fue necesario amputar».

Daniel teme ser demasiado literal, pero se arriesga y escribe: ¿ALEMÁN?
¿RENGO?

Amanece. En la pared que separa la oficina de la librería, el panel se llena de signos de interrogación disparados como rayos hacia el contorno vacío, la silueta del Lobo.

Unas horas más tarde, en su consultorio, Marcos Setton piensa que qué suerte haber convencido a la gorda de hacer diván. Echada, despatarrada como un molusco gigante, no puede verlo cabecear la siesta mientras ella dice lo mismo que dijo en la sesión anterior y que repetirá seguramente en la próxima:

—... No quiero más de esto. Estoy harta... Quiero poder confiar, ¿tengo que confiar en él, o no?

Marcos sueña que el molusco avanza por la arena y lo interpela:

—Me revienta cuando hacés eso. ¿Por qué no me contestás?

¿Por qué lo despierta? ¿Qué quiere que le conteste? Pero Marcos es un profesional y se incorpora en el sillón un segundo antes de que la paciente se incorpore del diván y lo mire a los ojos con el mismo odio con que lo mira al «él» de su monólogo:

—Capaz que no puedo confiar en ninguno de los dos.

Marcos quiere defenderse. Va a sacar la carta de la identificación y la transferencia, a explicarle que no lo odia a él sino al otro, pero lo interrumpen los golpes que machacan la puerta como para tirarla abajo.

En la entrada del consultorio está Lucas, su paciente más joven. Tiene diecisiete años y esa expresión bobalicona de los adolescentes vírgenes, pero ahora no. Se sostiene en el vano de la puerta hasta que le blanquean los nudillos de las manos, como si el equilibrio del mundo dependiera de eso, y se nota que le pesa todo, hasta la ropa que lleva puesta.

—Tengo que hablar con vos, ahora... Ellos me dijeron que tengo que decirte...

Marcos es un chanta, se duerme en las sesiones que lo aburren y lleva su trabajo de taquito pero sabe darse cuenta cuando alguien está al borde de la locura o de la muerte. Y Lucas está:

—No puedo, no puedo, no puedo, no puedo... Me dijeron. Te tengo que decir, ahora...

Lucas se prende de Marcos como una garrapata. Lo asusta.

—Escuchame, Lucas: ¿tomaste algo?

Lucas niega con la cabeza y sigue, como rezando:

—No, no, no, tengo que decirte, tengo que decirte...

Es un minuto. Marcos tiene que despedir al molusco y ver qué le pasa al pibe, que dice que no pero seguro tomó algo.

Cuando entra al consultorio, la gorda sigue en el diván y apenas levanta la cabeza para preguntar si está todo bien. Pregunta pelotuda si las hay, mientras Lucas, del otro lado de la puerta, repite «ahora, ahora, ahora, hora, hora, hora...».

Marcos va a decir que no, que está todo mal y que tiene que irse, cuando oye un golpe muy fuerte, el puño de un gigante contra una chapa, y la alarma de un auto que se dispara.

En la sala de espera, ve la ropa de Lucas en montoncito sobre los zapatos y piensa que es como si el pibe se hubiera evaporado, pero no. Lucas está desnudo sobre el techo de un auto, seis pisos más abajo.

El ayudante de la morgue llegó al hospital temprano. Cualquier plan, incluso fichar muertos a las seis de la mañana, es mejor que desayunar con la madre que, desde que se separó y volvió a vivir con él, cada vez que lo mira, llora.

Es un trabajo tranquilo. En general —le explica a la fiscal Quaranta—. Se trata de ver que ninguno de los que se murió a la noche haya revivido y llamar a la funeraria para que vengan a buscarlo, pero esta vez, cuando sacó la camilla de la heladera, se encontró con dos muertos a falta de uno: el fusilado y, también, el policía que debía custodiarlo.

—Uno arriba del otro, como ensanguchados —dice. Y pone las manos una encima de la otra, así, en un gesto que a Quaranta le parece excesivo y también algo obsceno.

Parodi está furioso. Después de «la epifanía» de ayer, como llamó Ernesto al descubrimiento de los mensajes ocultos en el «Deutches Requiem», siente que —una vez más— las pistas se le escapan de las manos.

—La gente se muere, Parodi —dice Quaranta.

—La gente se muere. Pero a este... a estos los mataron.

A veces, Parodi y Quaranta se comportan como adolescentes y hablan obviedades porque no saben qué decirse o cómo decirse lo que de verdad quieren: que se mueren por revolcarse uno sobre el otro, hacer el amor y «ensangucharse», por citar al ayudante de la morgue.

El llamado de Marcos Setton a Parodi desvía la atención y enfría la escena. Lo ve en el identificador de su celular pero decide que no va a contestarle. No desde que en la última sesión decidieron suspender la terapia de mal modo.

Quaranta, mientras tanto, se sintoniza en «modalidad profesional» y ahora le está contando los últimos avances: confirmaron que dentro del camión que se incendió en la ruta 7, a metros de la caminera, había catorce hombres calcinados y ninguna mujer.

Mientras, el psicólogo manda mensajes que perforan el espacio como un pájaro carpintero. El último: «Necesito que me llames. Es urgente».

—¿No tenés que contestar? —pregunta Quaranta, harta de los pitidos del celular.

—Es mi analista. Desde anoche anda recogiendo las piolas de una cagada que se mandó...

La fiscal piensa que es bastante improbable que haya sido el psicólogo y no Daniel, pero no lo dice. Parodi está teniendo una mala racha.

—Todos se mueren, los matan, se escapan, desaparecen... —de pronto, con la muerte del esclavo de Funes, incluso las pistas que le pareció entrever ayer parecen diluirse.

Parodi suele caer en estos pozos de desasosiego, momentos en los que le parece que ya no hay por dónde buscar, cómo seguir ni qué hacer para encontrar al Lobo. El caso, el único caso que de verdad le importa, es una madeja enredadísima en la que

no sabe distinguir qué hilo va para dónde. La única punta que se le ocurre ahora de la que empezar a tirar es el Artista. Sabe, por la preciosa falsificación del *habeas corpus* con el que liberaron a Hugo López, que el hombre hizo el trabajo. Y puede llevarlo hasta el Lobo.

—«Una galleta», decía mi mamá.
Quaranta lo mira, sin entender.

En la librería, el cliente le acaba de pedir a Ernesto «una de médicos forenses, como los de la tele» y él le trae una pila así de libros: *Postmortem*, *La huella*, *La mosca de la muerte*, *Retrato de un asesino*, *Caso cerrado*, *Último reducto*, todas novelas de Patricia Cornwell, que, a entender del viejo, es la mejor en el rubro.

—Es la mejor —insiste. Al viejo le encanta vender a los que quieren comprar. La oportunidad de compartir la pasión por los policiales lo pone verborrágico y exultante. Habla hasta por los codos, le cuenta que la autora es forense como su personaje, que...

—¿Y por cuál empiezo?

Ernesto mira alrededor, extrañado. De pronto, hay un hombre parado frente a él con una pila de libros y le habla...

—¿Qué cosa?

—De estos... —el hombre insiste, señala la pila—. ¿Cuál le parece que puedo leer primero?

—¡Ah! Va a leer a Patricia Cornwell. Muy bien.

Ernesto toma un ejemplar de *Postmortem* y va a la caja. La primera venta del día.

—¿Algo más?

Sabe que pasó algo extraño pero no sabe qué. Como cuando uno se despierta de un sueño pero no puede recordarlo.

Atrás, en la oficina, el equipo se pone al tanto de las novedades: el fusilado y su custodio muertos, los cuerpos calcinados en el camión y el destino incierto de Amanda, que desde que escapó por la banderola del baño sigue sin aparecer.

—Fuimos con Fabián al hotel, pero no volvió ni siquiera a buscar la ropa, ¿le habrá molestado algo que dijimos?

Parodi bufa como un toro antes de arremeter. La propuesta de Malena es tan ingenua, que si no le diera bronca le daría risa.

—Pendeja, nadie se escapa con lo puesto porque algo le molesta. Algo la asustó. Pasó algo o vio algo que la asustó —dice mientras mira alrededor a ver si se le ocurre qué. Tal vez alguna de las notas del panel...

—O volvió la luz y nos vio las caras... Eso pasó —dice Ernesto, que vuelve contento porque acaba de hacer una venta. Desde el protector de pantalla, la foto del equipo sonriendo parece celebrarle el chiste.

—¿Qué vas a hacer ahora con la computadora?

Fabián se puso a trabajar y a Parodi le molesta. También le molestaría si no trabajara. O si lo hiciera de a ratos. Está en esos días y el pibe sabe que ni siquiera debería contestarle pero él tampoco está de humor. Señala las notas apresuradas que Parodi pinchó en la pizarra: ario, discapacidad, fuerzas armadas... y tipea. Está trabajando. Está buscando lo que le pidió.

Parodi, porque no hay nada que le venga bien y si no la gana la empata, como decía su mamá, retruca que buscar nombres en una computadora no es investigar. Fabián le contesta que si es tan fácil por qué no lo hace él mismo y están por trezarse mal pero justo en ese momento Marcos Setton, el analista de Parodi, entra en la librería y va derecho al fondo, a la oficina.

—Cayó piedra —lo recibe Parodi, y también—: Mirá quién vino al pie...

Marcos se parece a Gargamel, el brujo malo de los Pitufos. Mide más de un metro noventa, es de esos flacos que se encorvan para pasar las puertas y tiene las manos grandes como platos pero parado en el centro de la oficina, inmóvil y con los ojos perplejos, parece un nenito desorientado. Parodi va a seguir gastándolo pero Gargamel empieza a llorar en un siseo.

—¿Yo tuve la culpa?

No lo dice. Lo pregunta y espera que alguien le diga que no porque, va a explicar en un rato, cuando se tranquilice un poco, Lucas —el adolescente que se tiró por la ventana así, después de haber dejado su ropa en un montoncito, en la sala de espera— no tenía perfil suicida.

Parodi podría hacer lo que hacen Fabián, Ernesto y Malena: tranquilizar a Marcos, decirle que no, que no podía saber. En cambio dice:

—No te ofendas, Marcos, pero vos no sos muy idóneo. A menos que el pibe viniera con una pancarta anunciándotelo, no sé si te dabas cuenta...

Impune, insensible... a cada uno se le ocurre un adjetivo diferente con el que cachetear a Parodi pero nadie habla porque, justo cuando van a hablar, Marcos Setton, el analista de Daniel Parodi, dice:

—Era para vos. Antes de tirarse, lo último que dijo Lucas fue «ellos me dijeron que le avises a Parodi. Él va a entender».

Ni Daniel ni nadie entienden. Sólo saben que «ellos» son «Los Hijos de Saturno», qué otros. Sólo el Lobo es tan retorcido y jodido como para suicidar a un pibe nada más que para mandar un mensaje.

Más tarde, en el bar de la esquina de la librería, Marcos y Malena toman un café al lado de la vidriera. Malena es abogada y no puede dejar de serlo, le preocupa que los padres de Lucas le hagan un juicio de mala praxis a Setton, que le saquen el título... A él, en cambio, ya no parece preocuparle nada. Está todo ocupado de dolor y culpa. Vuelve una y otra vez al montoncito de ropa apilado, a Lucas, que estaba paranoico y re colocado aunque sólo fumaba porro, y muy de vez en cuando.

Unas mesas más allá, cerca del baño, el hombre del bastón mira la escena divertido. A Malena la cara le resulta familiar de algún lado, pero es improbable, casi imposible, que asocie a ese anciano sonriente que moja la medialuna en el café con leche con el que limpió las bujías días atrás en el garaje de Tribunales, cuando ahogó el auto de puro susto.

Un morocho con gorra y camiseta de Boca deja un juego de biromes al lado del café de Malena y sigue repartiendo entre las mesas. Va desde el fondo del local hacia la puerta, urgido por el mozo que en cualquier momento lo va a interceptar para decirle que «no, flaco. Acá no se puede vender» pero, cuando llega a la mesa de ellos, sale sin cerrar el negocio. Las biromes quedan ahí. Son cuatro, una de cada color, apretadas en un sobrecito de plástico transparente. Malena las toma, las esgrime como un banderín para avisarle al pibe que se las está olvidando, pero el vendedor está saliendo, empujado por el mozo y de adentro del estuche cae un papelito.

La hoja planea, da tres vueltas en el aire y se posa al lado del pie de Marcos. En la nota, manuscrita, se lee «TODA NEGLIGENCIA ES DELIBERADA».

Si contaran los kilómetros que camina Daniel Parodi por día rondando el diagrama de la pared de la oficina, resultaría que entre idas y vueltas completa una maratón o más. Desde que Ernesto aportó la pista del «Deutches Requiem», «la agenda» del Lobo, intentan desgranar las pistas párrafo tras párrafo, palabra tras palabra.

—«... el capitán Dietrich zur Linde, mi padre, se distinguió en el sitio de Namur, en 1914, y, dos años después, en la travesía del Danubio. En cuanto a mí, seré fusilado por torturador y asesino» —lee en el primer párrafo—. ¿Tenemos algo?

Fabián teclea y el buscador revela:

—El sitio de Namur fue un 4 de agosto... el día que secuestraron a Amanda.

Y ahí vuelve Daniel al panel, a unir con una flecha el párrafo con la nota: «TODO ENCUENTRO CASUAL ES UNA CITA», con el cuento de Borges.

—Acá hay algo —dice Parodi, y por primera vez en estos dos años, Ernesto ve algo parecido a la esperanza en Daniel.

Parodi toma el marcador, encierra en un círculo el apellido del narrador, Linde. Así es como se dice «Tilos» en alemán. Si él fuera el Lobo, haría exactamente eso: pondría todas las pistas a la vista.

—A los psicópatas les encanta involucrarse en la investigación. Y es evidente que el Lobo —él o sus socios, tan loquitos y enfermos como él— quieren colaborar, que nadie se quede fuera del juego.

—A lo mejor no son enfermos. A lo mejor están convencidos... —dice Fabián. Después de todo, siempre han creído que el Lobo es una especie de engendro con decenas de tentáculos.

—Convencidos no. Manipulados —el que corrige es Marcos Setton. Entra en la oficina escoltado por Malena y trae a la rastra al morochito con la camiseta de Boca,

el que le dejó la nota en el bar pero no supo o no pudo correr suficientemente rápido.

La entrada de Marcos zarandeando al flaquito podría ser teatral. Uno de esos momentos de expectación y misterio, pero el teléfono empieza a sonar y quiebra el clima. Atiende Parodi. Nadie oye de qué habla pero, a juzgar por la mezcla de cinismo e histeria leve, del otro lado de la línea está Quaranta. Parodi corta y confirma, sin filtro:

—Era Quaranta con el preliminar del pibe. Le metieron alucinógenos hasta por el culo...

Ernesto, que tiene ochenta y es un caballero, quisiera taparle los oídos a Malena pero en cambio sólo pregunta si es necesario ser tan grosero.

—Perdón que te ofenda, «Felicitas» —dice Parodi, con el cinismo intacto—. No es necesario. Es literal.

Literal. A Lucas le habían metido droga en el cuerpo, y él había dejado el montoncito de ropa en la sala de espera y había trepado a la ventana seguro de que podía volar.

Marcos se distrae pensando en el vuelo de Lucas, y el bosterito aprovecha para zafarse. Fabián y Malena lo atajan en la puerta de la librería, cuando ya estaba por salir a la calle.

—¿Qué tenemos acá?

Pasada la conmoción de la noticia y la corrida, Parodi encara al mal fugado. No pregunta: blande el papelito que les dejó en la mesa del bar —«TODA NEGLIGENCIA ES DELIBERADA»— frente a su cara. El chico tiene tanto miedo que, visto de lejos, pareciera que lo que Parodi le pasa por delante de la nariz no es una nota sino una navaja.

—Ya le dije. Me la dieron... Me dijeron que era una broma para ellos, que iban a entender.

El pibe cuenta que se lo dieron «dos flacos normales». Lo encararon esa misma mañana en Once, cuando salía de comprarle biromes a los chinos, le marcaron la librería y el bar y —aunque reconoce que «era un toque raro»—, no se fijó mucho, encandilado como estaba por el billete que le ofrecieron sólo por dejar una nota y salir corriendo.

Mientras, Ernesto acaba de hacer un llamado y se incorpora al grupo inquisidor:

—Necesitamos que vayas a la Policía, ahí en Belgrano...

—No me van a llevar a la yuta. Yo no hice nada... —El pibe salta y se retuerce como si lo hubieran condenado a la hoguera.

—Claro que no lo van a llevar a «la yuta» —tranquiliza Ernesto. La idea, y para eso hizo el llamado, es que el pibe pueda hacer un identikit de los «flacos normales» antes de que se le olviden las caras.

Al muchachito, que tiene catorce años y hace ocho que se escapa de la Policía, ahora le piden que vaya a la comisaría.

—Hay algo más.

—Uy, men. Si hubiera sabido que era tanto quilombo... —El flaquito escupe una provocación a Parodi, de puro susto—. ¿Ahora qué?

—Dijiste que te pagaron bien...

Parodi quiere ver la plata. Confirmar lo que sabe.

—No me lo va a sacar, también.

Parodi miente, dice que sólo los quiere ver. Pero al pibe va a haber que operarlo para sacarle los billetes que aprieta con el puño dentro del pantalón.

—Dejame verlos y te los devuelvo —insiste Parodi, pero el chico se ahueca con las manos en los bolsillos, quieto como un Juanito Laguna.

—Te damos el doble —propone Marcos Setton, que para algo es psicólogo.

Juanito explica como disculpándose que «no son de acá. Son de los Estados Unidos...» y saca del bolsillo, como si lo estuvieran descuartizando, dos billetes de veinte dólares impecables, recién hechos.

—El flaco me dijo que eran como mil mangos.

Parodi examina los billetes. La lupa electrónica recorre la imagen ampliada, se detiene en los cintillos de seguridad casi perfectos y avanza hasta encontrar la firma del Artista, una pequeña inicial en la comisura del retrato.

Parodi sonríe con Benjamín Franklin y le da instrucciones a Fabián:

—Dale quinientos pesos. Y acompañalo a la Policía. Que haga el identikit.

El pibe recibe los billetes y pone esa cara de quien abre un regalo de cumpleaños y resulta ser un par de medias o un calzoncillo:

—¿Me van a cagar?

—Al revés, pibe... Ellos te cagaron. Estos billetes son falsos. Y si fueran verdaderos, tampoco serían mil mangos —dice. Y no puede dejar de admirar, una vez más, la pericia del Artista.

—... Es un escándalo. ¿Sabés lo que puede pasar, si se enteran los medios? ¿Cómo pudiste...?

La fiscal Diana Quaranta está tan furiosa que a duras penas se aguanta las ganas de romperle el alma a Cabrera, el forense. Y encima el tipo pretende que le reconozca el mérito de haber confesado.

—Podría no habértelo dicho... —insiste. Es el único argumento que esgrime desde hoy temprano, cuando apareció por la fiscalía con la cola entre las patas, entró a su oficina y dio mil vueltas antes de hablar.

—¿Vos me estás hablando en serio? —Quaranta se aferra el volante, desvía la vista hacia Cabrera y está a punto de chocar a la camioneta que viene delante. Las ruedas chirrían en la frenada, el chofer de la camioneta la manda a lavar los platos—. ¿Y cuál sería la opción? ¿Si pasa, pasa? ¿Dejarlo todo como está?

Están frente a lo de Parodi y Quaranta grita, sacada. El imbécil no le contesta. Mira al frente, hacia el cartel de la librería «Negra y Criminal», con cara de yo no fui.

—Yo no se lo digo —dice la fiscal. Cualquiera pensaría que le tiene más miedo a Parodi que al escándalo que seguramente se armará cuando se enteren—. Se lo decís vos, y sin vueltas.

En la oficina, Daniel examina la nota que le dejaron a Marcos sin ningún cuidado. Confirma que es el mismo papel y autor que la anterior, pero no tiene sentido buscar huellas. Seguramente es como la nota que dejaron en el falso suicidio del estanciero. Lo que importa es el mensaje.

—El Lobo cambió el juego. Quiere que lo relacionemos todo —señala el panel—. Quiere que armemos el cuadro, que juguemos con él. Divertirse... Las citas del cuento de Borges, las fechas... Todo tiene significado, al menos para él.

—¿Y empujó a Lucas al suicidio sólo para darnos una pista? ¿Para divertirse? —Es la primera vez que Marcos puede ver de cerca aquello que, hasta ahora, sólo le contaba Parodi o leía en los libros, y la perversión lo abisma.

—Y mató a Funes para que lo asociáramos con Borges, y otras relaciones que seguramente irán apareciendo... Bienvenido al mundo de los sociópatas violentos, licenciado Setton. Estos sí son loquitos de verdad.

—El muerto no es Funes.

La frase de Cabrera se cruza en medio de la charla como en los culebrones de la televisión. Parece una broma, la línea de diálogo de Jota Erre en Dinastía.

Un rato más tarde, en El Progreso, Parodi no puede —ni quiere— reprimir la carcajada:

—Perdoname, Cabrera... Pero no la puedo creer. Primero decís que era suicidio, y la pifiaste. Y ahora decís que no chequeaste que las huellas dactilares... ¡Sos muy burro, hermano!

La fiscal los dejó solos. Volvió a la oficina a armar los papeles para pedir la exhumación del falso Funes y le entregó la presa a Parodi para que lo descuartizara. Y Parodi se sirve: humilla, hurga en la herida, desgaja al gordo Cabrera que de tan vapuleado ni siquiera responde.

—¿Qué le dijiste al juez? Porque algo tenés que haber inventado para ocultar el pifie, ¿no?

—No le dije.

Claro que no. Si le hubiera dicho, ahora Parodi estaría hablando con el nuevo forense y no con este pelele fofo y blandito.

Cabrera llama al mozo, pide otro vaso de leche fría y se lo toma sin respirar.

—Esta úlcera me está matando —explica, como si le importara a alguien.

A Parodi le encantaría que lo rajen, que lo expulsen del laboratorio arrancándole las jinetas como a José Ferrer en *Yo acuso*, pero por ahora se conforma con la imagen

del forense doblado en dos, el bigote blanco de leche sobre el labio.

Parodi termina su cerveza, se levanta de la mesa con un «avisame cuando abran el cajón» y sale del bar sin pagar.

Le deja el muerto a Cabrera.

De nuevo en la oficina, Parodi convoca al equipo al que ahora se ha sumado naturalmente su analista.

—Vos también. A ver si nos servís para algo... La pregunta ahora —dice Parodi, frente al diagrama— es por qué falsearon a Funes. No tuvieron problema en matar a Lucas para mandar el mensaje, pero al estanciero no lo mataron... Lo obvio es que el verdadero Funes no es una pieza negociable. Otra posibilidad, más retorcida, es que haya una nueva pista en la identidad del muerto verdadero...

—Supongamos que sigue en clave literaria... —dice Ernesto, frente al panel—. Pero no más Borges sino *El tercer hombre*, de Graham Greene. —Ernesto va hasta la librería y vuelve con el libro y tonito de maestro Siruela:

—Borges y Bioy lo publicaron en «El Séptimo Círculo», que es el lugar que el Dante reserva a los asesinos... Es la historia del hombre que se hace pasar por muerto para ser exculpado, y adivinen qué... Hay otra persona enterrada en su lugar.

Suena bastante arbitrario, pero por qué no.

—Funes, el estanciero, es el único que se relaciona con trabajo esclavo y con trata. Si además podemos asociarlo con la falsificación... Podría ser el Lobo — completa Marcos porque recién entra al juego y todavía no sabe que todo es más complicado de lo que parece.

Parodi, en cambio, quiere seguir tirando del hilo que acaba de proponer el viejo:

—¿Por qué cambiar a Borges por Graham Greene? ¿Tienen algo en común?

—La novela de Greene habla de una sustitución del cadáver, pero además — Ernesto toma el fibrón y escribe en el panel con caligrafía impecable mientras enumera—: Se conocieron personalmente, los dos colaboraron en la revista *Sur*, el maestro lo publicó en su colección de policiales y ambos están enterrados en Suiza.

Cualquiera haya sido la excusa que le dieron al juez, la orden de exhumación del cuerpo salió en tiempo récord.

Menos de una semana después de la pifiada de Cabrera, el forense supervisa el trabajo de los enterradores mientras Quaranta y Parodi esperan en el auto. Llueve, y los técnicos armaron con cuatro palos y un plástico una especie de gazebo berreta para preservar la escena.

Parodi lleva la barba sin recortar y los pelos parados alrededor de la tonsura. Está mal dormido, desastrado, huele a cigarrillo, alcohol rancio y ropa sucia.

Tal vez es por el cementerio o porque, como dice Ernesto, «Danielito hay días

que está mal, y otros días que está peor», y hoy es de los días que está peor. A las ocho de la mañana, cuando Diana pasó a buscarlo por la librería, tuvo que aporrear la cortina metálica para despertarlo. Ahora trata de sacarlo de su ensimismamiento.

—¿Qué suponés que vamos a encontrar?

Parodi mira a través del parabrisas empañado por la lluvia y levanta los hombros. Ya no quiere suponer ni puede prever nada. Hace meses, años, que llega tarde y mal. Que cada vez que cree anticiparlo, el Lobo se le adelanta con una movida más perversa y peor.

Cabrera se acerca chapoteando en el barro. Golpea la ventanilla y avisa que ya están izando el cajón.

—Si quieren, bajen a ver —invita, mientras abre la puerta de Diana y la cubre con el paraguas.

Desde que se mandó la macana de confundir suicidio con asesinato y, encima, equivocarse de muerto, el chupamedias anda con la cola entre las patas pidiendo permiso para respirar.

Los enterradores depositan el ataúd al costado del foso y se alejan, hacen un enroque con los técnicos, que pasan a primer plano.

Los auxiliares forenses tratan de abrir el cajón, pero los cierres están oxidados y va a haber que romperlos. Nadie habla. Sólo se oye la lluvia contra el plástico y el crujido de madera alrededor de los herrajes.

La tapa del ataúd cede. Todos retienen la respiración para no aspirar la muerte. Después, hay un segundo o más en el que todos se quedan quietos y mudos, hasta que el fotógrafo forense dispara el flash y quiebra el maleficio.

Dentro del cajón, desarticulada como una muñeca rota, Amanda mira a Parodi con sus ojos muertos.

—Estaba vestida como cuando vino acá. La siguieron, la chuparon y la mataron. Yo se las entregué.

Parodi arranca las notas y las fotos de la pared. No puede más. No quiere saber nada con tantas muertes. La muerte de Amanda lo llena de culpa y, también, de certezas. Nada sirve de nada. Hay que empezar todo de nuevo o dejarlo todo e irse cada uno a su casa.

—La mataron. Y la metieron en el cajón para que lo viéramos... El Lobo nos está ahogando con un montón de datos que no sirven para nada... Tenemos que empezar a discernir cuáles de todas estas son pistas, y cuáles son basura. ¿Y el identikit? ¿Qué pasó? —Parodi pregunta a Fabián por el bosterito que les dejó cuarenta dólares del Artista y la última nota.

—No sé. Lo dejé en la Policía y me vine. Tenía cosas que hacer...

—Okey. Ernesto, llamá a tu amigo y fijate qué tiene. Si el identikit nos cuenta algo. Mientras, nosotros vamos a ver qué mierda sacamos de todo esto.

Un momento después, en el pizarrón sólo quedan las frases del «Deutches Requiem» y el evento que le corresponde:

TODA NEGLIGENCIA ES DELIBERADA — LUCAS
TODO CASUAL ENCUENTRO UNA CITA — TRATA/ LOS TILOS/
AMANDA
TODA HUMILLACIÓN UNA PENITENCIA
TODO FRACASO UNA MISTERIOSA VICTORIA
TODA MUERTE UN SUICIDIO — (FALSO) FUNES

Cinco frases y tres muertos. El equipo mira el pizarrón y todos piensan lo mismo: cuáles serán los muertos que completen «TODA HUMILLACIÓN UNA PENITENCIA» y «TODO FRACASO UNA MISTERIOSA VICTORIA».

Parodi encarga a Marcos que se ponga a trabajar en el resto del cuento con Malena y Fabián, a ver si alguna referencia revela algo más del Lobo.

Como para empezar por algún lado, Ernesto ha subrayado en las seis páginas del «Deutches Requiem» todos los nombres propios.

—Escuchen esto —dice Marcos, y lee en voz alta: «Morir por una religión es más simple que vivirla con plenitud; batallar en Éfeso contra las fieras es menos duro (miles de mártires oscuros lo hicieron) que ser Pablo, siervo de Jesucristo; un acto es menos que todas las horas de un hombre. La batalla y la gloria son *facilidades*, más ardua que la empresa de Napoleón fue la de Raskolnikov».

—De movida está la referencia a Raskolnikov, el protagonista de *Crimen y castigo*, se presenta como un sociópata, una definición que a nuestro Lobo le calza...

—Falta decir lo más obvio: el tipo es brillante y culto —interrumpe Fabián.

—Sí. Y también es obvio que nos tiene de hijos... Pero no vamos por la obviedad —dice Parodi—. Lo único que le falta es rendirle pleitesía a ese hijo de puta. Ya sabemos que la mayoría de los psicópatas son brillantes, encantadores y cultos...

—Irresistibles —acompaña Marcos—. Por algo en la facultad te enseñan que si un psicópata entra por la puerta de consultorio, salgas por la ventana.

Parodi vuelve a la pizarra. Va colocando las fotos:

—Caso por caso. Podemos suponer que Funes está vivo y que el falso suicidado es un don Nadie. Que alguien nos «mandó» los dólares falsificados. A ese, al Artista, tenemos que encontrarlo y apretarlo. Y la última, el asesinato de Amanda... ¿Por qué la mataron? Quien la mató ya sabía que había hablado con nosotros. Claramente, no les interesó evitar que nos contara.

—¿Para castigarla? —la que habla es Malena, que hasta ahora dijo poco y nada. Parodi vuelve a poner la foto de Amanda en el panel y mira a la abogada. La piba los tiene fascinados a todos, pero él no se olvida de que Malena llevó a Amanda a la oficina no sabe con qué argumento y que la chica se escapó ni bien tuvo oportunidad.

—O porque vio algo... O a alguien —chicana Parodi—. Algo de lo que pasó acá tuvo que ver con que terminara muerta.

Malena recibe la chicana y va a contestar, pero Ernesto, que viene de hablar por teléfono con la comisaría, irrumpe en la oficina como si hubiera visto un fantasma:

—... Nunca llegó. El pibe que mandamos a hacer el identikit nunca se reunió con el técnico.

—Lo dejé en la puerta de la Policía. Esperé que entrara y me vine... —dice Fabián—. Se habrá cagado... El flaco habrá arrugado con la Policía. Qué sé yo...

A Parodi no le entra en la cabeza el «qué sé yo» ni puede soportar otra frustración, otra pista que se evapora en el aire.

—¡Ni una bien! Si te digo que lo lleves a la cana, lo llevás a la cana. A babucha, si es necesario. No hasta la esquina, no hasta la puerta. Lo soltás de la manito cuando lo dejás frente al oficial...

Mientras Parodi grita, Fabián se mira las zapatillas. En la derecha, una mancha de pasto imprime el contorno del dedo gordo en la lona blanca. Va a tener que lavarlas.

—¿Fuiste a las estaciones de servicio que te dije?

—¿Qué?

Parodi ni contesta. Sale del local dando un portazo. Camina ligero, rumiando bronca, y Ernesto tiene que hacer un pique para alcanzarlo.

—¿De verdad, viejito, me tengo que ocupar yo de todo? ¿Qué hago? ¿Me alquilo un taxi y me meto a cagar turistas también?

El pasador de los dólares, el tipo que los hace circular y los mete en la calle, es el nexa para llegar al Artista. Hace unos días, Parodi mandó a Fabián a comprar dólares truchos a las dos estaciones de servicio que se dedican al negocio. Allí, los falsificadores venden moneda falsa al menudeo y a mitad de precio a los taxistas que quieran comprar.

—Son dólares demasiado buenos como para rifarlos al cincuenta por ciento —dice Ernesto—. Es como dar margaritas a los chanchos.

Los dos saben que para «la operación», el momento en que el taxista recibe el billete bueno lo cambia por el trucho y lo «devuelve» al pasajero diciéndole que le acaba de pagar con plata falsa, no hace falta más que una fotocopia color más o menos bien hecha.

—Los billetes del Artista no fueron hechos para el chiquitaje —concede Parodi—. Pero siempre hay alguien que se queda con un vuelto. Mové a tu gente, viejito. Busquemos en las estaciones de servicio, en los hoteles, en los restaurantes... En todos los lugares donde haya turistas para cagar.

A la noche la piletta del club, desierta, tiene algo de aterrador. Sin embargo, Diana Quaranta no piensa en eso. Parodi la llamó más temprano y la citó con torpeza en el lugar donde, como le dijo una vez, «están casi desnudos». Aunque tal vez sólo quiera

hablarle de un caso o, mejor dicho, del caso, el del Lobo. El único que le importa. Los otros son «huesos» que ella le va tirando y que él desgarrar y resuelve sin dificultad. «Mientras tantos» que le permiten sobrevivir con precariedad en el fondo de la librería de Ernesto, su tierno Sancho Panza.

La fiscal se sumerge, nerviosa como una quinceañera, y nada un largo pausado, y dos, y tres.

A las diez y media de la noche, media hora tarde para la cita, sale de la pileta y llama con su celular.

—Parodi... —dice, en un tono que no puede disimular la decepción y el enojo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me llamás a esta hora, Quaranta? ¿No podés dormir?

—Cómo que «no puedo dormir»... ¡Te estoy esperando!

En la piecita del fondo de la librería a Daniel se le enciende la alarma. Siente todo el cuerpo tenso, en guardia.

—¿Dónde estás?

Y ella, harta:

—Donde me citaste, Parodi... ¿Qué pasa? ¿Estás borracho?

—¿¡Dónde estás!?

—En la pileta... ¿No dijiste que...?

De pronto, Diana entiende. La pileta vacía se llena de ecos ominosos. Le zumban los oídos y apenas escucha a Parodi que grita, desesperado, del otro lado de la línea:

—Salí de ahí, Diana. Yo no te cité. Salí de ahí.

No hay tiempo para nada. Las luces de la pileta se apagan. Quaranta siente el filo frío de la navaja y el jadeo agrio del tipo en el cuello.

En el último momento ve cómo su celular se hunde en el agua y piensa que es la primera vez que Parodi la llama «Diana».

Después, todo es dolor y oscuridad.

6

Parodi prende la luz. Veinte focos se encienden con un «clac» sordo e iluminan la escena. Una mancha de sangre espesa tiñe la pileta. Diana está tendida en el borde, desnuda y con una pierna colgando dentro del agua.

Todas las muertes se parecen, piensa. Pero todavía no. Todavía no...

La cubre con la bata, la abraza y sostiene como la Virgen a Cristo en la *Piedad* de Miguel Ángel, pero él no es una virgen. Es un hombre desesperado y ciego de furia.

—Nena... ¿Qué te hicieron?

No sabe que repite las mismas palabras que le dijo a Zoe el día que la mataron.

El vapor comienza a desleír el mensaje escrito con la sangre de Diana sobre los azulejos blancos, como en una de terror: «TODA HUMILLACIÓN UNA PENITENCIA», se lee.

Cuando llegan los paramédicos, minutos u horas más tarde, todavía sostiene a Diana como una Madonna. Los hombres se la quitan de las manos, la acuestan sobre las baldosas húmedas, la destapan, la auscultan, le abren los ojos. La mueven como a una muñeca de trapo, y Diana no reacciona.

Sube a la ambulancia con ella para que no se muera, para que no se rompa del todo.

Parodi se acostó hace apenas un par de horas.

Después de que lo rebotaran como a un perro sarnoso en la puerta de la guardia «porque no es familiar», había vuelto a la pileta para asegurarse de que a Cabrera no se le pasara nada aunque, y esta vez tuvo que darle la razón al forense, los paramédicos, el vapor de la pileta y él mismo habían barrido con cualquier posibilidad de levantar huellas de la escena.

Si hubiera alguna pista, la van a encontrar en el cuerpo y la malla desgarrados de Quaranta.

Ahora alguien lo sacude, insiste en sacarlo del sueño donde, por un rato, Patricia y Zoe están vivas, y Quaranta, a salvo.

Parodi despierta, alerta. Se incorpora en la cama. La mano debajo de la almohada palpa la pistola que puso allí antes de acostarse.

Ernesto conoce el gesto e, instintivamente, da un paso atrás. Algo de café se derrama sobre los zapatos de Parodi.

—¡Eh! Soy yo... tranquilo.

—¿Qué pasó?

Por primera vez en mucho tiempo, las noticias son buenas. Ernesto le alcanza lo que queda del café espantoso y le cuenta que acaba de llamar Malena, desde la clínica, que la fiscal está bien, «lo mejor que se puede», dice, que no es poco.

Además, suma, llamó su informante.

Después de años en la fuerza policial, a pesar de todo el tiempo y de todo lo que pasó, a Ernesto todavía le quedan amigos canas y conocidos de los otros, los que le dan información porque el viejo es derecho y, además, paga.

—Aparecieron unos dólares perfectos, como los que le dieron al pibe para que entregara la nota. Y mi informante tiene ubicado al pasador: es un «arbolito» que cambia verdes en Florida.

—¿Vamos? —a Parodi, la ansiedad lo pone ciego. Podría salir ahora a buscarlo, agarrarlo del forro del culo y obligarlo a hablar, a dar su contacto. Se olvida de que las cosas no funcionan así.

—Daniel, ¿qué me preguntás? Esto no es como pedir un turno al dentista... Vos sabés. Hay que armársela. Dibujarle que estamos interesados. Armar una historia... Además, nosotros no podemos ni aparecer. Estamos muy fichados... A lo mejor Marcos, o Malena —tantea Ernesto.

—No, viejo. Yo no le confío... Pensá un poquito... La piba, Amanda, ¿qué puede haber visto en la librería? ¿Por qué se escapó? Estábamos vos, yo y ella... Vos y yo no somos... La vio y se asustó.

Y Ernesto, que apenas puede intercalar una frase, le dice que eso no es cierto, que ya la había visto antes, en la pensión...

—Exacto. ¿Y cómo fue la secuencia?

—Fuimos a buscarla...

—No, después. Cuando esperaron en el auto... —Daniel arrea a Ernesto. Intenta llevarlo a su certeza pero el viejo insiste:

—La vimos, Malena se bajó del auto, le dijo algo y ella vino...

—No sabemos qué le dijo. A lo mejor la apretó... No sé, viejito... La pendeja nos buscó porque supuestamente la estaban amenazando, ¿no? Y sin embargo cuando llegó se acabaron las amenazas. ¿O me equivoco?

A Ernesto la intuición le dice que no, que la piba no tiene nada que ver, pero el argumento de Parodi es sólido y el viejo concede y cede a la sospecha, casi:

—A mí me parece que la pifiás.

—O es de ellos, o la conocen. Como sea, no sirve. Y Marcos es muy pelotudo... Va a tener que ser Fabián. Juntate con tu informante y que nos haga el contacto —y así, sin siquiera lavarse los dientes—: Yo voy al hospital.

«La paciente Diana Quaranta tiene laceraciones en la zona genital, golpes en la cara y heridas cortantes en piernas y torso». El informe, aséptico como la clínica, no cuenta nada de la humillación y el miedo.

Quaranta se queja despacito entre sueños. Tiene los nudillos de las manos lastimados, las uñas todavía con restos de sangre, la cara hinchada, perdida entre los moretones.

Daniel se sienta al lado de la cama, cuidando de no hacer ruido, le toma la mano y

se la besa despacio, como Armand a Margarita Gautier.

Cuatro años atrás, cuando Parodi era el jefe del equipo forense y el Lobo todavía no era el Lobo sino —solamente— el líder de una secta criminal, recibió la primera advertencia: estaba investigando un homicidio múltiple en una casa de Barracas, a tres cuadras de la villa 21. Los asesinos, tres hombres armados con 9 milímetros, habían entrado y masacrado a la mujer, la madre y los tres hijos del único sobreviviente.

Fueron diez disparos certeros, uno entre los ojos y otro en el pecho para cada una de las víctimas. No habían abierto la boca, no los habían amenazado ni les habían dado tiempo de escapar o cubrirse de las balas.

Después, salieron caminando tranquilos, como si fueran a comprar el pan.

Era un ajuste narco. Al hombre, el único sobreviviente, lo encontraron con el tobillo reventado de un hachazo en el patio de la casa, contra la higuera. Se había «quedado con un vuelto» de la secta y le dieron una lección. Así de simple.

Cuando lo llevaban en la camilla, el hombre, enloquecido, desesperado, sacó con su mano ensangrentada un papel del bolsillo:

—¿Usted es Parodi? Esto es para usted —dijo, antes de desmayarse.

La nota decía «sólo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios».

Parodi la metió en una bolsa de evidencias y, cuando terminó el caso, se olvidó.

No había entendido el aviso del Lobo, la advertencia de que comenzaba la venganza. Que iba a lastimar a todos los que se acercaran a él, que lo iba a dejar vivo para que viera cómo morían, una a una, todas las personas queridas y las otras, las que mata sólo para mandarle un mensaje.

Intocable, inalcanzable, el Lobo cumple puntual su promesa y Parodi no puede anticiparlo. No sabe con qué vuelto se supone que se quedó, por qué quiere vengarse.

Por qué lo eligió a él.

—¿Qué pasó con la mujer de Daniel? —Malena revuelve el café apenas cortado y sin azúcar ni nada mientras Marcos la mira hacer. Le encantan las manos largas de ella, las uñas todas cuidadas menos la del dedo chiquito, que Malena muerde con saña mientras frunce la nariz.

En los cafés cada vez más largos y más seguidos en El Progreso, la doctora Malena Sanz y el licenciado Marcos Setton van completando la historia y los vínculos de la extraña legión de la librería: el viejo expolicía y el joven hacker, padre e hijo postizo de Parodi. La única familia que le queda.

—Un accidente de esos que uno lee en el diario y piensa que nunca le van a tocar: un pibito que trató de arrebatarle la cartera en el tren y la tiró a las vías. Al menos esa

es la versión oficial.

—¿Y la versión extraoficial?

Para los dos, la pregunta de Malena es obvia, casi retórica.

—Nunca se pudo probar.

De pronto, la imagen del Lobo se vuelve tangible. Se sienta en la mesa con ellos, fantasmal y vacía como el contorno que preside el panel de la oficina.

En la Plaza de Mayo el vendedor de *Hecho en Buenos Aires*, una revista de los sin techo, acosa a las mujeres al grito de «reina, comprame». El tipo es un profesional: promociona los artículos, piropea, sonrío y de últimas, si nada de lo anterior funciona, saca a relucir el argumento del viudo con hijos y vende por lástima.

Ernesto lo mira trabajar un rato, divertido. Recién se acerca cuando le quedan pocas revistas.

—Necesito que hables con el pasador y me consigas una reunión —dice, mientras compra los últimos ejemplares—. Lo único que tenés que hacer es decirle que alguien se quiere juntar para proponerle un negocio.

—Vos querés que me maten, viejo. Yo te marco al arbolito, pero no me podés pedir que arme la trampa. ¡Ni en pedo, viejo! Con esta gente no se jode...

El hombre le deja las revistas y ya se está yendo, tragado por la boca del subte. Ernesto lo alcanza y habla para la gilada:

—¡Señor! Me dio mal el vuelto —y también, ahora a media voz—: En eso estamos de acuerdo, ¿ves? Vos y yo conocemos gente con la que no se jode. Y a la que vos jodiste, me parece... qué pasaría si yo voy y les cuento que vos...

—No podés...

—Poder, como poder, puedo... ¿Qué vas a hacer para que yo no quiera? —dice Ernesto. No por nada fue cana por treinta años.

Parodi insistió en mandar a Fabián a la cueva del pasador y ahora que están llegando se arrepiente. El pibe es demasiado pichón, puede ponerse nervioso y hacer macanas o, peor, ligarse un tiro entre los ojos, pero la suerte está echada, como dijo Julio César y cruzó el Rubicón.

—Decímelo otra vez.

Fabián revolea los ojos como un adolescente molesto y repite por enésima vez:

—Estoy empezando mi negocio, necesito capital para comprar mercadería y pago los billetes al 25 por ciento. Ganamos todos: puedo comprar más merca, enveneno al cártel enemigo con guita trucha y corro con el 100 por ciento del riesgo porque ellos no entran ni en la foto.

—Pero...

—Pero quiero hablar con el Artista, no con intermediarios. El pasador, por hacer

las presentaciones, se lleva una comisión. El 10 por ciento de un millón de dólares.

Fabián lo dice perfecto, sin repetir y sin soplar, pero Parodi duda. Quiere echarse atrás, Rubicón las pelotas. Consulta con Ernesto.

—¿Qué decís, viejito? ¿Te parece que va a cuajar?

—Claro que va a cuajar. Además, ¿se te ocurre algo mejor?

Fabián se baja del auto. Parodi lo toma del brazo, lo retiene para el último consejo, el del estribo:

—Vamos a estar acá. Cualquier cosa, te vas rajando. No te hagás el héroe... ¿De acuerdo? Cuando salís, te tomás un taxi y te vas derecho a la librería.

—Sí, papá.

—Estoy hablando en serio, pelotudo... No te hagás el héroe —dice Daniel. Putea para disimular que el «sí, papá» lo emocionó en serio.

Diana despierta. A través de la puerta entreabierta de la habitación de hospital, puede ver al policía de guardia. Es un suboficial jovencito y así, con los pulgares calzados en el cinturón, parece un nene jugando a los cowboys.

—¿Cómo te sentís?

Quaranta gira la cabeza con dificultad para seguir la voz, al costado de la cama.

Malena está sentada allí hace más de media hora. Mientras la fiscal dormía, pudo relevar cada golpe, cada moretón y cortadura. Diana quiere sonreír pero tiene los labios hechos pelota, la cara hinchada y los ojos así de chiquitos.

—Dejame adivinar. Parodi te mandó porque estas son cosas de mujeres.

—No... No sabe que estoy acá. Vine porque son cosas de mujeres.

—¿Tenés un espejo? Las enfermeras no me quieren dar...

Malena miente que no y Quaranta miente que le cree:

—Parodi me salvó. Lo último que escuché fue que él entraba a la piletta. Estoy segura de que el tipo me habría matado... Me salvó —dice.

—¿Lo viste? ¿Te acordás de la cara?

Claro que se acuerda, y sabe quién es. El problema no es acordarse de la cara. Lo difícil, dice, va a ser olvidarse.

Ernesto y Parodi siguen vigilando a Fabián. Hace veinte minutos que lo vieron entrar en lo del pasador, un edificio a medio terminar con ropa colgada en todas las ventanas, y todavía no sale. A Parodi le encantaría saber qué mierda está haciendo ahí adentro, por qué tarda tanto.

—No tendríamos que haberlo mandado. Es muy pichón. Mirá si...

—Lo ensayamos cien veces. No le va a pasar nada —intenta tranquilizarlo Ernesto.

¿Y si le pasa? Parodi lo imagina con una pistola en las costillas, o peor, y se le

viene encima todo el miedo, todas las muertes.

—No tendríamos que haberlo mandado. Si no sale en cinco, entro a buscarlo.

Ernesto cambia de tema. Para distraerlo y porque necesita blanquear, dice:

—Supongo que esto que pasó la borra a Quaranta de mi lista de sospechosos...

—¿Quaranta sospechosa? ¿Te volviste loco, viejito?

—Te juro que cerraba... Era la primera de mi lista. Hasta le pedí a Fabiancito que la investigara.

—Y no encontró nada.

—Nada. Ni una multa por estacionar mal. Vos empezaste con eso de que había una filtración, un caballo de Troya, y ella es la que te da todos los casos... ¿Qué querías que hiciera? —El viejo parece un alumno diciéndole al profesor que estudió pero no se acuerda, «le juro profe que esa me la sabía».

—¿Y quién más está en la lista? —pregunta Parodi, justo en el momento en que Fabián sale ileso y camina hacia la avenida, a tomar un taxi.

—Ella sola. Era una lista muy corta... —dice el viejo.

Parodi sonrío y pone el auto en marcha.

El taxi estaciona en la puerta de la librería. Fabián entra, acelerado. Va a empezar a contar pero Parodi lo frena. Quiere saber pero no así, no delante de Malena. Su lista de sospechosos es, como la de Ernesto, muy corta.

—Pendeja, hacete unos cafés...

Malena va hacia la cocina, ofuscada. Marcos dice algo de «taras machistas» que Parodi no oye, en parte porque todos sus sentidos están puestos en el relato de Fabián, y en parte por la batahola que viene de la cocina, un enojo traducido en estruendo de tazas y ollas.

—¿Cómo fue?

—Entró, parece. Me preguntó por qué quería joder al cártel, cómo sé del Artista... Todo lo que supusimos que iba a preguntar. Le di uno de los billetes truchos y entró. Va a hablar con el quía y, si aceptan, me manda un mail.

—Bien... No comentes esto con nadie. Si se comunican, me avisás enseguida. No te mandás solo, no te...

—No me hago el héroe —completa Fabián.

Parodi elige ignorar el tonito de burla que asoma en la réplica del pibe.

—No decís ni «mu». A nadie, ¿estamos? Nadie es nadie... —insiste Parodi. Y es evidente que «nadie» es, solamente, Malena.

Parodi encarga al resto del equipo que sigan haciendo la exégesis del «Deutches Requiem», que expriman el cuento como un limón para que suelte pistas de quién es el Lobo y cuáles son sus planes.

Él, mientras, va a ir al cementerio, a ver si averigua algo del cambio entre el falso Funes y Amanda, y después va a pasar por el hospital, a ver a Quaranta.

Cuando Parodi sale, Fabián revolea una vez más los ojos y habla con Marcos, cómplice.

—Che, tu paciente está cada día más paranoico, ¿notaste?

Todos ríen menos Malena, que vuelve de la cocina con el café que Parodi pidió y no va a tomar, porque ya se ha ido.

En el cementerio, todos los terrenos que terminan en el paredón de la avenida Garmendia están desguazados. Los empleados pisotean las parcelas de tierra removida mientras exhuman los cadáveres enterrados seis años atrás. Son muertos a los que les venció el alquiler y deberán mudarse, cremarse o terminar en el osario municipal.

Los hombres cargan los ataúdes frágiles en las carretillas y los llevan bamboleándose por los senderos.

Parodi se acerca al capataz. El hombre tilda en una planilla el sector, la manzana y la parcela recién desalojados.

—Disculpe, maestro... ¿Ustedes se ocupan también del mantenimiento?

—Si el familiar pide... ¿Usted por cuál dice?

—Sección 8, manzana 22, parcela 16.

El capataz conoce las tumbas como si fueran las casas de un barrio de infancia. Se pone la birrome en la boca como un pucho y señala el lugar con un dedo grande como toda una mano.

—Es aquella de allá. La que se armó el quilombo... Ahí no hay nada que mantener... ¿Qué quiere con esa?

—Creo que usted sabe lo que quiero... ¿Paran para almorzar? —Daniel desenfunda dos botellas de whisky, una de cada bolsillo—. ¿Le parece si lo acompaño?

Dos horas después, con la primera botella liquidada y la segunda por la mitad, Daniel le tira de la lengua al capataz:

—Vos los viste. Vos sabés.

El hombre no puede mantenerse en pie y sin embargo no afloja.

—Lo que se dice, nomás. Boludeces que se dicen.

—Contame las boludeces que se dicen.

—Si usted viera, don, lo que les hacen a los difuntos. De todo, hacen. Se roban los huesos... Los desarman para meterlos en el saco y los vuelven a armar con toda la osamenta mezclada.

El capataz se ríe como de una travesura. Está borracho, y Parodi no afloja.

—Sección 8, manzana 22, parcela 16. ¿Qué pasa ahí? ¿Qué pasa con esa tumba?

—Nosotros no tuvimos nada que ver. Sacaron al que estaba, pusieron a la muerta... Ellos hicieron todo el trabajo —vuelve a jurar el capataz, los dedos en cruz sobre la boca.

—¿Quiénes?

—¡Ellos! Después, al otro día, vinieron con los mamelucos esos de las películas, las cosas de la cara... lo que usan los médicos.

—Los barbijos...

—Eso. Vinieron y se hicieron los sorprendidos. Pero la habían enterrado ellos. Acá en el cementerio se sabe todo.

—... Me costó dos botellas de whisky. Aguantaba como un cosaco, pero al final hablé.

Parodi aprovecha que no está Ernesto para tirar el café y hacer uno nuevo. Alguna vez alguien le dijo al viejo que el café con agua muy caliente hacía mal al hígado y entonces prepara esa suspensión espantosa de agua tibia y sucia con granitos como arena en la superficie.

—Me parece que tiraste la plata, Daniel. No creo que sean los mismos.

Según Fabián, es casi imposible que el capataz del cementerio, achacado y seguramente en pedo, haya reconocido a alguien detrás del barbijo.

—¿Y si son? ¿Y si Cabrera está implicado y no es inútil sino que se hace, para obstruir?

—Daniel, estás paranoico de verdad... ¿Una conspiración? ¿No será mucho? —Fabián insiste y mira a Marcos, para que le haga la segunda. Y el psicólogo acompaña:

—El tipo vio a un grupo de personas y al día siguiente, cuando vio otro grupo, y con el whisky, los juntó en su cabeza... Además, no sería sólo Cabrera. Estás hablando de todo el equipo forense, Daniel. Fabián tiene razón. No tenemos nada.

Primero Malena, después Cabrera y en cualquier momento dios padre... A Marcos le preocupa que Parodi pierda objetividad y cordura. Está tan ansioso por agarrar al Lobo o, al menos, por tener algún resultado, que compra cualquier versión y cualquier sospechoso.

Hace días que, con Ernesto, le dan vueltas al cuento de Borges, y todos empiezan a sentir que las conexiones son arbitrarias, ficcionales. Si por lo menos apareciera una pista, algo concreto, una punta de la que empezar a tirar, Parodi podría agarrarse de eso como de una soga para no hundirse.

Justo en ese momento, entra un mail del pasador al correo de Fabián, que dice que sí, que el Artista acepta encontrarse con el chico.

Plegarias atendidas. Si no hubieran estado tan desasosegados, tan ávidos de resultados, habrían podido ver que Parodi iba a una trampa. Pero eso sería «adivinar los resultados del domingo con el diario del lunes», diría Ernesto.

—Me citó para mañana en el culo del mundo. Espero que sea el taller —dice Parodi.

Fabián dice que no, que lo citaron a él y es peligroso que Parodi lo reemplace,

pero antes de que Daniel pueda contestar, Ernesto se cruza en la conversación y pregunta:

—¿El taller de quién?

—Del Artista, viejito. ¿De quién estamos hablando?

Últimamente a Ernesto le pasan esas cosas. Se queda con la mirada en blanco, «recalculando», como una máquina que no logra engranar. A Parodi le da miedo verlo así. Y a veces, de tanto miedo, también le da bronca.

—Y vos, olvidate. Voy yo. Y punto. Vos marcame el lugar.

Fabián busca el punto de reunión en el Google Maps. En el mapa, el pueblo más cercano, Christophersen, en el límite norte de la provincia de Buenos Aires, parece una piedra en la bota de Santa Fe. El mapa dibuja una línea serpenteante de casi cuatrocientos kilómetros entre la librería y el pueblo.

Parodi estudia el camino, busca referencias. Marca con cruces el lugar por donde se llevaron a las mujeres del obrador, el tronco donde apareció el falso Funes y el tramo de ruta donde encontraron al esclavo mal fusilado.

Todos los caminos conducen a Christophersen. El pueblo de campo de apenas setecientos habitantes parece un buen lugar para esconderse y, también, para instalar un prostíbulo.

—Espero que sea el taller. Y si tenemos suerte, Los Tilos...

—¿El taller de quién? —vuelve a preguntar Ernesto, que hoy no tiene un buen día.

—No. Bastante que voy a ir yo y no el pibe. Si el Artista cree que es una trampa de la policía, lo pierdo. Y es la única pista concreta que tengo...

Parodi vino al hospital a ver cómo sigue y a contarle las noticias, y ya está arrepentido. Tendría que haber traído flores o bombones, hablar de bueyes perdidos pero no. Empezó a hablar del caso y ahora la fiscal insiste en dirigir la operación en camisón, desde la cama. Y mandar a la caballería.

—No es la única pista, Parodi. Vas a tener el ADN de mi violación. Vamos a probar quién fue el hijo de puta y quién lo mandó.

Habla como si lo que le pasó le hubiera pasado a otra persona, y Parodi no quiere escuchar.

Rota pero entera, Diana hace un ejercicio de resistencia: empuja, se obliga a volver una y otra vez al tema, corre su límite más allá del cuerpo lleno de magullones, del quejido de dolor que reprime cada vez que quiere hacer un movimiento.

—Parodi, tengo que poder hablar de esto y creer que sirvió para algo, que vamos a agarrar a este hijo de puta y al que lo mandó. Si no, no valdría la pena levantarme de la cama...

—Seguro —dice Parodi. Aunque los dos saben que los de la secta son capaces de

cortarse la lengua antes de hablar.

Cuando detuvieron a Hugo López, después del asesinato de Zoe, confesó el crimen en el momento y sin aprietes, pero hasta ahí. Todo había sido idea de él, lo había hecho porque sí y nadie lo había obligado a nada. No tenía idea de la existencia de una secta, el tatuaje se lo había hecho porque le había gustado el dibujo, y eso fue todo lo que pudieron sacarle por medios legales y otros no tanto.

Parodi espera que con el Artista sea otra historia.

El consultorio huele a encierro. Los folletos con oferta de delivery y las cuentas impagas se apelotonan detrás de la puerta. Junto a la maceta, con el previsible ficus marchito, una columna de hormigas trepa hacia el techo y desaparece en el porta rollo de la ventana.

Marcos entra seguido de Ernesto. Abre ventanas, prende luces, junta papeles y se justifica, como si el viejo fuera una visita inesperada y censora.

—Disculpe el desorden —dice—. Es que después de...

Va a decir «después de que Lucas se tiró por la ventana, no volví», pero no puede. Cuando pasó «lo que pasó» —ese es el eufemismo que usa, para no nombrarlo— el licenciado Setton mandó un mail a todos sus pacientes en el que les comunicaba que debía suspender la práctica profesional «por motivos personales», agradecía la comprensión, condonaba honorarios adeudados y ofrecía derivaciones a quienes lo solicitaran. Nadie solicitó derivación ni insistió en pagar. La única que contestó fue la gorda molusco. En el mail le decía que, al final, había resultado ser como su marido: no se podía confiar en él.

Ernesto sigue la marcha de las hormigas.

—¿Sabías que ellas pueden predecir las lluvias?

El comentario del viejo es casual, sin embargo tiene —o Marcos cree escuchar— un tono melancólico, de tristeza. Están ahí para hacerle un test neurocognitivo, a confirmar lo que las lagunas cada vez más frecuentes de Ernesto, esos viajes a ningún lado, anticipan.

Cuando lo propuso, días atrás, Parodi reaccionó como suele hacerlo: negador y agresivo: «No te ofendas, Marcos, pero vos no sos muy experto. El viejo está cansado. No tiene nada... ¿No viste cómo se acuerda de todos los libros? Es un capo... Le tirás un dato y parece la Enciclopedia Británica».

Marcos insistió en explicarle lo que ya le había dicho, que los primeros síntomas afectan la memoria reciente, que se olvida dónde puso las cosas, ponerlas en lugares insólitos, preguntar algo que preguntó hace dos minutos... y Parodi que no, que el viejo está diez puntos, que no lo joda.

Pero lo jode.

Están sentados frente a frente en el escritorio, le pide que dibuje un reloj, que copie un esquema, que recuerde una serie de palabras, y Ernesto las pifia todas.

Al día siguiente, en la oficina, Parodi se prepara para ir al encuentro del Artista. Toma un arma, verifica que esté cargada... Desde el vano de la puerta, Fabián y Ernesto asisten como si fuera una especie de cruzado a punto de ir a la guerra contra los moros.

—Tendrías que llevar chaleco —dice Fabián—. Ya que insistís en ir solo, por lo menos...

—Si me la quieren poner, me apuntan a la cabeza —dice, sin dramatismo. Desde que murió Zoe, Ernesto sospecha que Daniel se pone a tiro para que lo encuentre la muerte. No la busca, pero tampoco se le esconde.

—Y si estás en problemas, dale un culatazo... Con tu puntería tenés más chances si le das un golpe.

Parodi es horrible disparando. Ernesto trató: lo llevó mil veces al polígono, intentó enseñarle hasta que se dio por vencido. Al final, fue más fácil hablar con los profesores de la Academia, sus amigos, para que hicieran la vista gorda y no lo bocharan.

—Gracias. Sos un amigo.

—Como decía Artigas, «con la verdad no ofendo ni temo» —contesta Ernesto, cuyo repertorio de citas va de la Biblia a Marx y estaciones intermedias.

—Nos vemos más tarde, viejito. Atendé la librería.

Fabián está nervioso, más nervioso que nunca, y lo abraza como si fueran a despedirse para siempre:

—Te conecté el GPS al auto. Cuidate. Como dirías vos: cualquier cosa que pase, no te hagas el héroe.

—No te preocupes. Te lo prometo —dice.

Hace una promesa y no sabe si va a poder cumplir.

Ya van dos horas largas de marcha. A medida que avanza en la ruta, las casitas se van achaparrando, cada vez más humildes y aisladas.

Cuando cruza el arco metálico, un cartel desvaído le da la bienvenida a Christophersen. El Ford Fiesta tose por la marcha forzada y se bambolea en los baches. Atraviesa el pueblo en la siesta. En la calle, sólo un par de perros que le ladran echados, como para cumplir.

A las pocas cuadras, como si se hubieran cansado de construir, de pronto empieza el campo. Parodi avanza unos cuatrocientos metros por la huella apenas demarcada. Al final, ve una casita de chapa con las ventanas ciegas.

La puerta del taller está abierta. Ni bien se baja del auto, le llega desde el interior el rumor de las moscas.

Adentro, todo está oscuro y huele dulzón y podrido. Parodi atraviesa el lugar pisando una goma espesa que se le pega a los zapatos. Saca una de las maderas de la

ventana, un haz de luz cuajado de moscas irrumpe en el taller abandonado del Artista y entonces ve los cuerpos apilados de veinte hombres o más que miran a ninguna parte.

Él, un policía curtido, un forense con más de veinte años de experiencia, siente el reflujó del vómito desde la boca del estómago hasta la garganta como cuando era un principiante. Como si no supiera a qué huele la muerte.

Sale del taller quebrado por la arcada, las piernas pesadas y el hartazgo. Quiere volver a la oficina que es también su casa, que el Lobo, ese enfermo, lo deje en paz. Pero en cuanto pone en marcha el auto se acciona el reproductor de cedés y ahí está, la musiquita machacona del gato y el ratón —la misma que tarareaba López mientras asesinaba a Zoe, la que plantaron en su computadora—. Alguien entró al auto y se tomó la molestia.

Parodi frena de golpe para volver al taller. En la maniobra, mete el auto en el barro y lo empantana. Acelera, y las ruedas se hunden cada vez más con una metralla de arcilla húmeda.

—¡Hijo de puta! ¡Basura! ¡Cagón! ¡Por qué no te ponés los huevos y venís a pelear en vez de jugar estos jueguitos de mierda! —grita por encima de la música, ratón que te atrapa el gato...

En medio del campo, entre la ruta y una casilla de chapa llena de muertos, Daniel Parodi se larga a llorar como hace años no lloraba y clama a su enemigo como quien le habla a Dios:

—¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? —pregunta.

—No hay un mango partido por la mitad. Yo ya puse toda la jubilación...

Ernesto mira los cajoncitos vacíos de la registradora. Este mes, como el anterior y el otro, la librería no dio ni para pagar las cuentas. Y con esto de que Quaranta no está trabajando, nadie sabe con qué van a sobrevivir.

Cada uno con lo suyo; la piba tiene un par de clientes como abogada, Marcos sigue con sus clases en la facultad y Fabián se las rebusca con eso de las computadoras, pero la oficina —y Parodi con ella— se está yendo a pique.

A Fabián se le ocurrió que Marcos podría dar una conferencia, algo así como «psicópatas para principiantes», y cobrar la entrada. «A la gente le interesa cómo piensan estos tipos y algo se puede recaudar», argumentó, pero Marcos le pinchó el globo: que con los psicópatas no se jode, que el Lobo puede aparecer en la librería porque a estos personajes les encanta llamar la atención y, además y sobre todo, que él no quiere ni puede hablar en público.

—Ni que fueras al Colón —le contesta, sobrador, Ernesto.

Cortito y al pasar.

El viejo se pone a acomodar los policiales argentinos y pregunta por Daniel, que en qué anda. No recuerda que son los mismos estantes que acomodó ayer ni que

Parodi fue a reunirse con el Artista.

—Ya terminé de acomodar los libros. Podemos abrir —dice. A Fabián se le escapa un «ya está abierto» y antes de que pueda cerrar la boca el viejo replica con pocas pulgas:

—Ya sé. Abrimos todos los días desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde... ¿Te creés que no lo sé?

A Fabián la respuesta de Ernesto le pega como una cachetada.

—¿Estás enojado conmigo por algo?

—No, pibe. Claro que no... Vení. ¿Por qué no me ayudás a ordenar estos libros? Alcanzame los policiales argentinos... Los vamos a poner acá —dice, por enésima vez.

Bajo la ducha, Parodi se frota hasta que la piel le arde, y sin embargo no consigue sacarse el olor y la furia de encima.

Había vuelto a entrar al taller, a sacar fotos con el hedor picándole en la nariz. El flash del teléfono revelaba por un instante detalles de los cuerpos descompuestos.

En cuanto pudo sacar el auto del barro, llamó a Quaranta desde la ruta y manejó como un poseído.

En la ruta, el Ford Fiesta de Parodi vibra cuando él lo apura a más de cien kilómetros por hora. Es un autito decrepito del 96, veinte años: la edad que tendría Zoe.

Daniel nunca había tenido auto, pero cuando nació la beba quiso poder llevarla y traerla sin que tomara frío. Se sentaban en el asiento de atrás, Patricia con la nena en brazos, y él se sentía enorme y protector, imbuido de poder, aunque todos le decían que manejaba como una vieja.

En la General Paz, el auto tosió, desaceleró como si lo sostuvieran de atrás y explotó en una exhalación de humo blanco diferente de todos sus achaques. Murió ahí, en el límite entre Capital y provincia, mientras en el reproductor seguía sonando la cancioncita.

—Pero te encontraste con el Artista, ¿o no? —la voz de Fabián se filtra entre los chorros de agua, detrás de la cortina y Parodi quiere que lo deje tranquilo, que termine de bajar las fotos del celular a la computadora mientras él se limpia de tanta mugre y de algo que ni siquiera va a decir ahí, desnudo y a solas bajo la ducha: que por un momento, mientras miraba los cuerpos amontonados y hediondos de esos hombres, dejó de sentir asco.

Ese es el borde, el límite que Parodi tanto teme: la fascinación, el reconocerse parecido al Lobo.

En la oficina, las fotos van saliendo de la impresora. En cada pasada de tinta se completa el tramo descalabrado de un cuerpo, una mano que intenta detener las balas, el indicio de una mirada de terror.

Ernesto mira por encima del hombro de Marcos.

—¿Qué me decís, Ernesto? ¿Alguna vez viste algo así?

—¡Mil veces!

Ernesto contesta con énfasis ajeno a cualquier horror.

—¿Dónde?

Parodi viene desde el fondo. Se puso una toalla a la cintura y chorrea sobre el parquet, pero si el viejo ya vio, vale la pena el apuro.

—Cuando entraron los americanos sacaron muchas fotos de estas... —desilusiona Ernesto. Marcos decodifica:

—¿De los campos de concentración?

—¡Claro! ¿¡De qué estoy hablando!?! —dice el viejo, con humor de perros.

—¡Parecía la foto de un campo de concentración!

El pocillo con el logo de El Progreso golpea contra la mesa y el café rebalsa sobre el platito.

—¿Una foto en color? ¿Con tan poca gente?

Marcos sabe que lo del viejo va de mal en peor, que debería empezar un tratamiento, y se llevó a Parodi al bar para tratar de convencerlo.

Ernesto debería empezar un tratamiento, ir a un centro de día donde intenten retrasar lo inexorable, pero Parodi insiste en que el viejo está perfecto, que «puede que esté cansado», concede, hasta ahí.

—Vos ves cómo está... la agresividad, las lagunas...

Parodi levanta ladrillos de negación hasta construir una pared de palabras. «A mí también me pasa», «Ernesto es un capo» y un «¡no me vengas con pelotudeces!» ofuscado y final.

El burdel huele a miedo.

Las botellas de blanco agrio y whisky berreta hacen prisma en el piso de tierra. Todo es barato y sórdido. No puede ser de otra manera.

El hombre de la entrada lleva un revólver en la cintura y fuma por la comisura de los labios, como Clint Eastwood. Se llama Juan, o Mario, o José, pero —previsiblemente— le dicen Harry.

Adentro mandan los López: Mauro y Hugo, el peor de todos. Le gusta hacer doler. Manda a las chicas, «las muñecas», les dice, «a varearse» entre los hombres, a que les metan mano. Y hay que dejarse porque si no es peor. Las mete en la pieza de los pelos e invita a uno, dos o tres a que se den el gusto «por cuenta de la casa» mientras él mira. «Como decía mi abuelita, Dios la tenga en la gloria: antes de que se lo coman los gusanos, que lo disfruten los cristianos», dice.

Mauro, el hermano, también mira. Y a veces se sirve, pero poco.

Hoy le tocó a Marina, una negrita que a Hugo le recuerda a la fiscal. La piensa en el borde de la pileta, con miedo pero con ganas, la muy puta, y se excita.

—Hola, mi amor. ¿Me extrañaste?

El jadeo le llega por el teléfono y Diana lo suelta como si quemara. El mundo a salvo se destroza contra el piso, la taza revienta y salpica el tapizado blanco del sillón.

—No me contestás... ¿Me extrañaste? —la voz ronca sube desde el piso, ahogada en el charco de té, como en una pesadilla.

Diana apaga el celular. Cuando lo vuelva a encender, si lo vuelve a encender, va a encontrar los mensajes dejados por el violador, obediente, «después de la señal»:

—Ay, Diana, Diana. ¿Por qué no me contestás? Tengo tantas ganas, mi amor. Te tengo tantas ganas.

Diana pega un tirón y el teléfono fijo sale de la ficha. Cierra sobre cerrado, conecta las alarmas, baja las persianas pero no puede evitar los mensajes que salen amplificadas del contestador y llenan todo el espacio:

—Toda mojadita, te voy a volver a agarrar toda mojadita... —dice al contestador, mientras mira cómo la negrita atiende a dos y a tres «por cuenta de la casa» y le gusta. Claro que le gusta.

Las fotos ya están colocadas en la pared, justo al lado de donde Parodi escribió «El Artista». Malena las mira con insistencia, con la intuición de que ahí, distraídos por el espanto de los cuerpos, hay algo que se les escapa.

—¿Podés ampliarlas un poco más...? Para que podamos ver con más detalle.

A Fabián le encanta trabajar con Malena. Le gusta observarla cuando se queda como recién, con la mirada fija en un punto, alerta pero olvidada de sí.

—Claro... ¿Todas?

De la decena que disparó Parodi en el taller Malena señala sólo un par y, de ese par, apenas un cuadrado. Fabián lo recorta en la computadora, lo amplía una y más veces hasta que el secreto se revela: por el resquicio de una de las ventanas tapiadas, la cámara del celular captó el detalle de un auto fuera del taller. Los números de la patente comienzan a dibujarse, nítidos, en la pantalla y cuentan que esta vez, al fin, metieron un tanto.

Malena levanta el brazo, propone a Fabián un festejo como el de los jugadores de básquet que lo descoloca. El pecho de Malena roza el suyo, y Fabián tiene que sentarse rápido frente a la computadora, para que no se le note.

Cuando Parodi y Marcos vuelven del bar, el pibe ya está buscado los datos del titular de la patente.

—Todo el tiempo corriéndoles de atrás, siguiendo como giles las pistas que nos

da el Lobo pero ahora, por una vez, lo anticipamos. Al fin una, viejito. —Parodi celebra, quiere compartir su entusiasmo con Ernesto, pero no. Es como si el viejo, de pronto, se hubiera olvidado todas las palabras. Mira a Parodi pero no sabe qué debería contestarle. Le palmea la espalda, afectuoso, y va hacia la librería donde acaba de entrar un cliente.

—Hoy tiene un mal día, pero no siempre va a ser así. Todavía va a tener muchos días buenos. Además, todavía lo tiene que ver un neurólogo, hacerle otros estudios...

—Marcos consuela, tira palabras como tablas y Daniel se agarra, para no hundirse:

—Ves, eso sí me parece bien. Además —dice, manotea como un ahogado— no te ofendas, Marquitos. Pero vos como psicólogo no sos muy capo.

Marcos sonrío. Es recurso habitual de Daniel desautorizarlo y tratar de hacerlo quedar como un idiota. Podría refutarle, decirle que las pruebas que le hizo a Ernesto están estandarizadas, que no hay margen de error, que puede que él no sea muy capo pero salieron pésimas. Sin embargo, los dos saben que el viejito derrapa a la demencia y qué sentido tiene —piensa el psicólogo— hurgar en la llaga.

—Ponele que tiene Alzheimer el viejo... O una de esas «demencias» —concede, pregunta Parodi. Quiere saber cómo sigue, qué es lo que viene.

—En estos casos, lo que se pierde se perdió.

Mientras Marcos le explica, Parodi no puede evitar la imagen de una tela apollada. Un cerebro comido por las orugas. Pedazos enteros de recuerdos, nombres, caras, momentos que se agujerean hasta desaparecer.

Setton explica lo que hace un rato no pudo, que «hay lugares en los que se estimula la mente con juegos, canciones». Ernesto sentadito y repitiendo canciones infantiles como un imbécil. ¿Ese es el pronóstico? ¿Ese es el plan?

Desde la oficina, Daniel puede ver a Ernesto. El viejo despliega toda su seducción y su sapiencia para vender:

—... Simenon... Hay para elegir. Imaginesé: 192 novelas, escribió este señor... 192 novelas y 158 cuentos... Un monstruo. De todos modos, para empezar, le recomiendo las del Comisario Maigret, que es su personaje más famoso.

Parodi mira a Marcos Setton. Al lado del viejo, piensa, el psicólogo es un boludo:

—¿De verdad pensás poner a Ernesto a jugar jueguitos? ¿Ya sé: por qué no le ponemos un pintorcito, uno de esos delantales a cuadros con moño acá que usan los pibes de jardín y lo mandamos a pintar pelotudeces? O mejor: ¿por qué no te vas un poco al carajo?

Marcos hace mutis sin contestarle. Cuando Daniel está así de furioso, nadie se le anima. Lo mejor es esperar a que se le pase. Pero Fabián no puede esperar.

Parodi lo ve entrar en la cocina distorsionado por el culo de vaso que se empina y está por mandarlo a cualquier parte pero el pibe anuncia que ya está, que gracias a «la magia de internet», dice, tienen todos los datos de la patente vislumbrada en la foto del taller.

—El auto está a nombre de un Juan Pérez. Un nadie.

—Sería mucho que estuviera a nombre de Funes...

Parodi se olvida del enojo y del vaso. Mientras revisa los papeles que le alcanza Fabián, tiene esa sensación en la boca del estómago, un vértigo parecido al enamoramiento, la inminencia de que algo —un beso o una cachetada— va a pasar.

El certificado de dominio y la imagen satelital del lugar no tienen más de un mes. Malena lee por encima de su hombro y dice en voz alta lo que todos piensan: que eso que parece un galpón y en el catastro figura como baldío bien podría ser una construcción transitoria.

—Un «Los Tilos» evanescente —dice Parodi. En ese contexto, el adjetivo resulta casi borgiano.

—¿Cuándo vamos?

Fabián pregunta en plural, un colectivo que seguro lo suma a él y tal vez a todos pero Parodi recorta.

—Ningún «vamos». Voy. Y no sé cuándo.

Desconfía de Malena y no quiere «avivar giles». Después de todo, en el taller lo esperaban con la musiquita. Alguien avisó que él iba a ir.

Esta vez va a entrar en Los Tilos como un vaquero con dos pistolas y le va a volar la cabeza al Lobo. Así de simple.

—Eso no es de vaquero. Es de suicida —corrige Fabián. Y Parodi:

—No me esperan... No es como las otras veces, que me llevaron de las narices a las pistas que plantaron... —dice.

—Estás loco. No podés ir solo... Avisale a Quaranta, que te cubran...

Parodi niega con la cabeza. No esta vez. Hoy va a ir solo, a meterse en la cueva del lobo.

Desde que se incorporó al equipo de Parodi y suspendió las consultas, Marcos subsiste con las clases de la universidad y participa del «hambre para hoy y más hambre para mañana» del grupo.

Por eso, por pura necesidad, después de que Fabián le planteara dar un cursito de «Psicópatas para principiantes» —una idea pésima que, además, no les dejaría un peso— llamó a la editorial y les propuso escribir *Por qué matan los que matan*. El libro seguramente será un fracaso estrepitoso, pero les permitirá subsistir un par de meses con el módico adelanto.

—Me gusta el título —dice Malena, y le regala esa sonrisita torcida que a Marcos lo hace olvidarse del mundo. Malena toma las primeras páginas del original y lee:

«Desde que Caín mató a Abel, en el principio de los tiempos, la pregunta es por qué matan los que matan». Caín mató por celos y, después de su crimen, se angustió y le dijo a Dios: «Mi culpa es demasiado grande para ser soportada».

Aunque no cometamos ningún delito, si lastimamos a alguien sin querer, o si

alguien resulta lastimado por una acción nuestra, sentimos angustia y culpa.

Pero hay personas que no sólo no se angustian sino que disfrutan cuando hacen sufrir. Son los psicópatas...

Psicópatas hay en todas partes: manejando un auto, piloteando un avión, o trabajando en una librería... Esto no quiere decir que sean «malos», simplemente que no sienten empatía por los demás ni culpa o remordimiento por sus actos.

Para ellos, las personas son cosas. Sirven para satisfacer sus propios intereses... Y a lo sumo son egoístas. Lo tremendo es cuando sus intereses son siniestros. En ese caso, no pueden evitar lastimar. Y hay algo más preocupante que esto: los psicópatas nunca están solos. Tienen socios.

Los eligen entre personas psicológicamente débiles y vulnerables, y los convierten en sus esclavos. Bajo la influencia del psicópata, pierden la capacidad de discernir entre el bien y el mal. Se limitan a ejecutar las órdenes del monstruo. Estas supuestas víctimas no son pasivas: son cómplices del psicópata.

—No me parece...

Fabián escuchó a Malena pero ahora dice «no me parece». Él, que siempre suena bajito y vacilante, habla fuerte y firme, con un tono y una voz que no parecen suyos.

—No me parece —repite—. ¿Desde cuándo sos experto en psicópatas? ¿Un mes en el equipo y ya te creés que te las sabés todas?

Marcos va a recordarle que fue él, Fabián, quien sugirió el tema, pero el pibe está lanzado y no puede parar:

—¡Y vos leés sus obviedades en voz alta, como si fueran una genialidad! —apunta a Malena.

En el último minuto, Fabián habló y mostró más que en todo el último año. Pero de pronto, como si lo exorcizaran, el pibe combativo y vehemente sale de su cuerpo y sólo queda Fabián, el pibito tímido, celoso y enamorado.

En Los Tilos, los hermanos López y Harry el sucio reúnen a las mujeres en una pieza, las amontonan y arrean como un rebaño. Son sólo las más viejas y las más gastadas. Las que ya no sirven. Las acomodan en manojos y las amortajan así, todas juntas: una sola venda para todos los ojos y todas las bocas.

—¿No parecen un matambre gigante? —Uno de los dos López se ríe de su chiste y el otro acompaña.

Las mujeres no. A ellas ni siquiera les queda desesperación, o terror, o angustia. Las han vaciado tanto y tantas veces de todo, que la muerte inminente, incluso esta, es como un regalo inesperado.

Parodi sale de la ruta y estaciona, oculto, detrás de un cartel de publicidad. En cuanto

se baja, el auto de Malena —se lo pidió prestado con la excusa de ir a rescatar el suyo— le avisa que dejó la puerta mal cerrada, o las luces prendidas. Parodi pelea un momento con los comandos, saca el arma de la guantera y se baja puteando.

Diez minutos después, desde la ruta puede ver la construcción de madera y chapas festoneada con lamparitas de colores que se prenden y apagan, como en un sórdido árbol de navidad.

Parodi desenfunda la pistola y se acerca cauteloso. El lugar parece vacío, abandonado a las apuradas. En el frente de la casilla ve huellas recientes de lo que tal vez es un camión. Agachado, toma el celular para sacar fotos de la huella y avisar a Quaranta.

Cuando está marcando el número, un auto se materializa por detrás de la casilla y pasa por delante de él despacio, como una provocación.

Todo sucede en cámara lenta, como en los sueños: el anciano de ojos claros se toca la frente con la empuñadura del bastón y saluda. Parodi saca el arma pero, para cuando reacciona y dispara, el auto acelera en la tierra seca y queda fuera de su alcance.

Parodi cree ver que el tipo gira la cabeza hacia la luneta trasera y sonrío.

Entra al burdel sin cautela, aullando de bronca. Todavía puede haber alguien pero no le importa. Recorre los cuartos de camas desvencijadas con el cartel —«todo encuentro es una cita»— en las cabeceras.

En uno de los cuartos, en lo que seguramente era la oficina, Parodi encuentra un mural con objetos, fotos, fechas y «trofeos»: Zoe con sus compañeros de escuela, fotos de Patricia, de Quaranta. Ahí están Amanda, Lucas —el paciente— en el consultorio con Marcos, Malena, Ernesto... todos relajados y distraídos. Son fotos robadas en momentos íntimos, cuando se creían a salvo. Y él mismo está ahí, en el vértice del diagrama, en el lugar que en su oficina, en su panel, ocupa el Lobo.

Parodi sigue recorriendo los cuartos, uno a uno. En el último, ve el horror.

En la pared, escrito con letras rojas y enormes como para sumar dramatismo, lee otra de las frases del «Deutches Requiem»: «TODO FRACASO ES UNA MISTERIOSA VICTORIA».

Las mujeres, las más viejas, las que ya no sirven, están paradas en el centro de la habitación, atadas entre sí como una única masa temblorosa, todas sujetas a explosivos de tiempo.

Y el contador señala que la detonación es inminente.

Cuando despierta, lo primero es el olor. Huele a desinfectante, a lavandina y a muertos. Lo otro es el pitido. Ese ruido persistente y ubicuo que parece resbalar por los azulejos blancos hacia su cabeza.

Ya entendió. Está en un hospital y todavía está vivo. Puta madre.

—Putu madre.

—Lo mismo digo. —La fiscal Quaranta sonrúe por encima de las ojeras y el rictus, la angustia que se le instaló en la cara desde el ataque. Está cansada. Mal durmió toda la noche en la silla del hospital, velando el sueño de este idiota que se mandó solo al muere.

Parodi intenta incorporarse pero está sujeto por vendas desde las muñecas a la baranda de la cama.

—Ya va. Tranquilo... ¿Cómo te sentís? —Quaranta, solícita, empieza a aflojar las vendas mientras le explica antes de que pregunte que cuando lo encontraron y lo llevaron al hospital estaba «un poquito sacado». Dice así, como si hubiera sido una travesura.

—Te querían detener. El único en la escena del crimen y todo eso... —agrega, como disculpándose.

—Son tan brillantes. ¿Quién fue? ¿Cabrera?

—Aunque no lo creas, Cabrera te dio una mano. Le mandó al juez un informe diciendo que eras demasiado inútil para manejar una explosión con retardo, como la que hicieron...

—Y vos me viniste a cuidar...

Parodi pretende ser tierno pero, pura falta de costumbre, suena canchero. Acreedor. Y Quaranta odia sentirse compasiva, vulnerable o deudora:

—¿Vos tenés alguna idea de lo muy para el culo que me hiciste quedar? ¿De cómo quedo parada yo si un investigador independiente se corta solo y yo recién me entero cuando vuela todo en pedazos?...

Lo de volar en pedazos, sigue diciendo Diana, es dramáticamente literal. Seis cuerpos desmembrados y el de él, rescatado entero pero bastante machucado a cuatro metros de la explosión.

—¿Pistas?

—Nada. Restos de explosivos... no pudieron levantar ni una huella. Poco y nada. Según Cabrera —dice la fiscal, y cita: «No valió ni la nafta que gastaron en llegar allá».

—Si salieron corriendo, algo, un descuido, tendría que haber... —se aferra Parodi, aunque sabe que no. Tuvieron tiempo de verduguearlo, pasar lento con el auto y dedicarle una sonrisa, «toco el aire y no te toco», como cuando jugábamos a molestar a otros chicos en el recreo.

Diana confirma que salieron corriendo. Pero no tanto. Tuvieron tiempo de borrar

todo... y de hacerlo explotar.

—Tengo que irme de acá.

Parodi se baja de la cama. Está desnudo, ni siquiera una de esas batas de papel con el culo al aire que se usan en las películas norteamericanas.

La ropa está ahí nomás, en el respaldo de una silla, pero cuando intenta alcanzarla, la habitación empieza a girar, como una calesita.

—Pasame la ropa... —pide, y Quaranta se la alcanza. No porque esté de acuerdo con que se vaya sino porque está desnudo, completamente desnudo, y ella no sabe para dónde mirar.

—Los médicos tuvieron que cortarla...

Con la ropa puesta, Daniel parece un zombie o el Increíble Hulk después de la transformación. El pantalón y la camisa, duros de sangre seca, le cuelgan del cuerpo en tiras, como una cortina de flecos de plástico de esos que se usaban en las cocinas para que no entren las moscas. Pregunta por «los demás»: Ernesto, Fabián y tal vez Marcos.

Todos, incluso Malena, de quien desconfía y a quien no quiere, están abajo, en el bar del hospital, celebrando que salió vivo «de milagro», dice Ernesto, que entre el Alzheimer y el susto se olvidó de que es ateo.

En la habitación, Diana Quaranta insiste en una secuencia que, con más o menos variantes, es: fue un idiota, fue a una trampa, por qué no la llamó y pidió refuerzos. Parece un pájaro carpintero decidido a horadarle el cerebro por la coronilla. Y ese pitido que no cesa.

—Es muy fácil hablar de «trampa» con el diario del lunes. Parecía que...

—Del miércoles —interrumpe Quaranta. Y suma, porque Parodi no entiende—: Estuviste inconsciente tres días, Daniel.

¡Tres días! Tuvo al Lobo ahí, a metros. Pudo verlo de cerca, oler la colonia que llevaba puesta, y ahora se le puso a tres días. Puede haber cruzado la frontera, desaparecer, morirse antes de que lo mate. Tiene que volver a la oficina, pensar, recuperar las pistas que, una vez más, se le escapan como las pesadillas.

—Lo tengo ahí, Quaranta. Te juro que el Lobo está por caer...

—Tengo una noticia para vos. El Lobo no es más asunto tuyo —dice Quaranta. Porque conoce a Parodi, endurece el cuerpo y el gesto como para recibir una piña pero lo que viene, en cambio, es una súplica:

—No me podés sacar, Quaranta. No me voy a salir. Esto es personal. Es entre él y yo.

—Justamente, porque es personal. Estás afuera de esto, Parodi. Te exponés y nos exponés a todos. No sos la única víctima del Lobo.

Por un instante, está otra vez en la piletta. El cuerpo inmundo del violador la aplasta contra el borde, no puede respirar. Gira la cabeza y ve cómo el agua se tiñe de rojo. «Me estoy vaciando de sangre», piensa, y también: «El Nilo se tiñó de sangre». ¿A qué vienen las clases de religión ahora?

—¿Café?

Ernesto acaba de entrar con dos vasitos, uno para él y otro para Quaranta.

—¿Te contó la doctora? Explotó todo a la mierda.

—Sí. Es el informe de los peritos. Palabras más, palabras menos... —dice Quaranta. Nadie registra la falta de sorpresa del viejo por la recuperación de Parodi. Tal vez cree que «el muchacho», como lo llama, es inmortal. O a lo mejor está feliz y conmovido, pero disimula delante de la fiscal. Recién cuando ella sale con la excusa de buscar al médico, Ernesto se sienta en la cama y se permite ablandarse, aunque poquito:

—La sacaste baratísima: rotura de tímpano. Casi no la contás.

—Si ya sabés: yerba mala... ¿Vos cómo estás, viejito?

—Bien. Lo más bien.

—¿Y ella? —Parodi señala a la puerta, al fantasma de Quaranta.

—Qué sé yo... Supongo que como puede —dice el viejo. Y le cuenta lo que se perdió mientras estaba «tratando de que lo mataran»: la llamada de López, la amenaza y la fiscal que «viste cómo es», se asustó un poco pero no pidió custodia ni nada. Ni siquiera lo denunció.

—Custodia, que intervengan el teléfono... ¡Algo de protección, Quaranta! ¡No sos inmortal!

Parodi habla a los gritos desde la piecita del fondo de la librería. Convenció al médico de que le diera el alta y a la fiscal de que lo lleve porque el auto de Malena todavía debe estar donde lo dejó: detrás del cartel de publicidad, en la ruta, a esta altura desguazado y cagado por las palomas.

—Mirá quién habla. —La fiscal y él suelen jugar a este jueguito de «quién es más negador», diría Marcos si estuviera, pero no está y ellos siguen jugando—: Si necesitara una custodia puedo pedirla...

—Pero no la pedís. ¿Por qué sos tan omnipotente? Ese hijo de puta te llama, te amenaza con volver y vos no pedís la mínima protección.

—No voy a...

—No estoy hablando de nada especial, de ningún privilegio. Te estoy diciendo que hagas por vos lo mismo que le ofrecerías a cualquier víctima de... —Daniel se interrumpe. Sin querer, acaba de poner la palabra a eso que venían eludiendo.

—No soy... No quiero ser una víctima. Pero tenés razón. ¿Por qué tendría que ser diferente...? ¿Sabés la cantidad de mujeres que vi... —dice, va a decir «violadas», pero todavía no puede—:... que les pasó esto? Y cuando me pasó a mí, mientras ese tipo estaba... ¿Sabés qué pensaba? Que no me estaba pasando. Que no era yo. Qué tarada, ¿no?

—No sos tarada. —Daniel sale del fondo hacia la oficina y la encuentra mirando fijo el panel de la pared. Ella mira la foto de López y López la mira a ella.

Y no es una forma de decir: si Quaranta se hubiera dado vuelta en ese instante, justo cuando sonó la campanita de la puerta de la librería y antes de que Ernesto se pusiera de pie y ocultara con su cuerpo el del recién llegado, habría visto a López entrar y dejar un sobre.

—... para Daniel Parodi. Firma y documento. Acá y acá... —el mensajero le tiende al viejo una planilla. Si Ernesto fuera el que fue, asociaría esta cara con la foto pegada en la pared de la oficina. Pero no. Ya no.

—Listo... Ernesto... —López lee la firma vacilante y va hacia la puerta, pero antes de salir se detiene. Recorre con la vista la librería hasta el fondo. Ve el vaivén del vestido de la doctora Quaranta, la oye hablar con Parodi. Disfruta el riesgo, la mínima demora de entrar en filas enemigas y quedarse un segundo más de lo necesario. Si Quaranta girara apenas...

—¡Esperá!

Ernesto lo alcanza con trotecito de anciano y le da una propina miserable. Cosas de viejo.

Después va hacia la oficina, a darle el sobre a Parodi, pero en el camino de no más de diez pasos, se olvida de lo que estaba por hacer. Deja el sobre en el mostrador, toma *El aleph*, abre en la marca del «Deutsches Requiem» y se enfrasca en la lectura. El libro es eso: como un frasco, una burbuja que lo protege del desasosiego. Esta sensación cada vez más persistente de estar en un sueño vívido que, sin embargo, le cuesta recordar.

El viejo anota frases del «Requiem». Si asumen que el cuento de Borges es la pista, que indica paso a paso cuál es la agenda del Lobo, todo sirve:

«Cuando el reloj de la prisión dé las nueve».

«No pretendo ser perdonado, porque no hay culpa en mí, pero quiero ser comprendido».

«Mañana moriré».

—¿Qué hacés? —a Fabián lo sorprende que Ernesto siga con el «Requiem». Ahora que se acabaron —y se cumplieron— las sentencias que habían listado, supone que la exégesis del cuento, este darlo vuelta para adelante y para atrás como a una media, estaba terminada. Pero el viejo no quiere soltarlo. Vuelve una y otra vez al texto de Borges para exprimirlo y que entregue todos los mensajes que supone que tiene.

—¿Y esto? —Fabián señala el sobre abandonado en el mostrador, pero Ernesto ya se olvidó de qué se trata—. ¿Llegó para Daniel? —ayuda.

—Sí. Dejáselo entre sus cosas... —y también—: ¿Qué sabemos de Daniel? ¿Salió del hospital?

No se acuerda que salió del hospital y está reunido con Quaranta ahí, a metros de él.

Y un rato después, mientras dice que «ojalá traiga algo de trabajo, en la librería no está entrando un peso. A la gente ya no le interesa leer...», se olvida también de

Fabián y vuelve a entrar en el «Requiem», como si nunca hubiera salido.

«No hay culpa en mí»... «destrozó mi laboratorio...»:

—Muchas pistas —dice. Y las anota todas.

El video fue grabado en el consultorio de Marcos. Tiene la textura y la fragmentación de las cámaras de seguridad, ese editado que acentúa la característica fantasmal de las imágenes.

—Es la previa al... a lo de Lucas.

Al licenciado Setton no se le escapa que no puede decir «suicidio» pero prefiere concentrarse en los detalles del video.

La gorda molusco entra a la sala de espera, él la saluda y ambos entran al consultorio. La cámara queda ahí, en la habitación vacía. El editado la acelera —un «time lapse», dice Fabián—. Marcos sale de la consulta, abre la puerta, Lucas dice algo, se prende al psicólogo como una garrapata, Marcos habla, Lucas desvaría y es un minuto. Apenas un minuto.

Sólo un minuto.

Marcos entra al consultorio a despedir a la gorda molusco y Lucas graba sus últimos minutos, solito y a dos cámaras.

Dice «mamá, tengo miedo», se tapa la cara: «¿Dónde está Luqui? ¡Acá ta!», trepa a la ventana, tararea la canción recién aprendida: «Ratón que te atrapa el gato, ratón que te va a atrapar...». Y salta.

La imagen congela en la sala de espera vacía, en la obscenidad del potus y el sillón floreado. En la oficina, todos miran la pantalla y contienen la respiración.

Parodi mira el sobre en el que vino el DVD como si, por arte de magia, pudiera leerse un remitente, una pista.

—¿No habría que llevarlo a la Policía?, por las huellas... —Todos, incluso Malena, que acaba de hacer la pregunta, saben que es ingenua. Es el sobre que recibió Ernesto en mano. Imposible de rastrear.

Todos miran el sobre de papel madera, menos Marcos. Él sigue mirando la pantalla, el consultorio vacío tan lleno del cuerpo destrozado de Lucas, seis pisos más abajo.

—Y yo del otro lado de la puerta, como un idiota... Lucas era mi paciente... Era un pibito. Yo estaba ahí con la gorda esa... Y no hice nada.

Malena le pasa el brazo por los hombros y le acomoda el pelo como a un nene con una ternura que la sorprende. No sabía que era capaz de eso:

—Vení, vamos a caminar un rato.

El resto del equipo los ve salir en silencio. Recién cuando el llamador de ángeles —el «tocador de pelotas»— avisa que salieron de la librería, Parodi comenta:

—El curandero, cuando se pone sentimental... —Y también, a Ernesto—: ¿Algo que te acuerdes del repartidor? ¿Alguna cosa que te haya llamado la atención, del que

trajo el sobre?

Ernesto se encoge, se pone a la defensiva con todo el cuerpo, como un boxeador. Dice «era sólo un correo, no pregunté» pero la verdad es que no sabe de qué le están hablando. Fabián propone averiguar entre las empresas privadas de correo, buscar los datos de los repartidores.

—Podríamos... —empieza Fabián. Un plural que Quaranta, que hasta ahora estuvo allí, callada y casi invisible, corta de cuajo como un samurái:

—Ustedes no hacen nada. No investigan nada ni van a ninguna parte. El Lobo, como le acabo de decir a Parodi, ya no es tema de ustedes —dice y sale, teatral. Atraviesa el silencio estupefacto de todos, que quedaron mudos como si los hubieran descabezado con una katana.

Diana Quaranta sube al auto y traba las puertas. Si no hubiera sido por lo de Parodi, porque le importaba estar con él en el hospital, no habría salido de su casa. Desde que pasó lo que pasó, no sabe cómo seguir con su vida. Tiene miedo todo el tiempo. Es irónico, tantas estupideces que les dijo a tantas mujeres tantos años, «tenés que salir», «vas a superarlo». Y ellas: «Usted no entiende, doctora». Claro que no entendía. No había entendido nada.

Recapituló algo avergonzada su salida «al estilo Kill Bill» pero, cuando quiso llamar para disculparse, vio que se había olvidado el celular en la librería. Estuvo a punto de girar con el auto e ir a buscarlo pero no. Hacía una eternidad que faltaba de su casa, quería encerrarse a salvo y descansar. Olvidarse. No saber nada del Lobo, ni de López, del asesinato de Zoe y del suyo, el pedazo de muerte que le tocó esa noche, en el borde de la piletta.

El teléfono de la casa comienza a sonar cuando está entrando el auto en el garaje. Seguramente es Parodi para avisarle que tiene su celular —piensa— y hasta anticipa el tono de la llamada: «Te olvidaste la cabeza, doctora».

—¿No vas a atender?

El aliento caliente del tipo le roza el cuello como una babosa. Un segundo, dos, Diana contiene la respiración. Los nudillos blancos, las manos aferradas al volante y otra vez la muerte. Piensa. Tiene que pensar. Tiene que poder moverse.

Abre la puerta y sale, cae del auto y se lastima las rodillas. Corre hacia la puerta de la casa. Abre, cierra, corre mientras la sangre le humedece la ropa... «¿Por qué la sangre?», piensa y sigue corriendo pero no hay dónde. El violador carga contra la puerta y la abre.

Daniel espera y vuelve a intentarlo. Diana vive a menos de quince minutos de auto de la librería. Aun con el tránsito endemoniado de la ciudad cuajada de marchas, protestas y piquetes, tendría que haber llegado.

Debería ir a ver que todo esté bien, piensa. Pero enseguida imagina la risa burlona de Quaranta. Ella le va a decir —le diría— lo que tantas veces: que es un paranoico

sin paz. Va a esperar. Si en diez minutos más no contesta...

La casa es una sucesión infinita de puertas y ningún lugar a salvo. Diana se encierra en el baño, un toilette mínimo debajo de la escalera. «El último bastión», piensa. Qué ridícula.

—Qué mal, corazón. Vengo a visitarte y te hacés la difícil... ¿Sabés por qué vine?

—¡Déjame! ¡Andate! —Quaranta se tapa los oídos pero la voz de López es una víbora sibilante que la alcanza:

—Me dijeron que te acordabas mucho de mí. Que cerrabas los ojos y te acordabas... Me contaron que te calentaste cuando me describías. ¿Te calentabas cuando te acordabas? ¿Te calentaste? Me calentás... ¿Yo te caliento? ¿Te estás tocando?

Diana llora, balbucea y se abraza a las rodillas. Ni siquiera atina a resistirse cuando ve cómo gira el picaporte de la puerta del baño.

La respiración agitada del violador ocupa todo el espacio.

—Abrí la puerta, doctora. Abrime... Te voy a agarrar...

Marcos y Malena caminan por Plaza Mafalda. Hay sol, chicos jugando en el arenero, mamás que arrastran cochecitos y limpian la cara de los críos con el pañuelo chupeteado. La composición es tan naif, que cuesta pensar que en algún lugar hay monstruos capaces de matar a Lucas como lo mataron.

—¿Puede volver a pasar? —la pregunta de Malena espera un «no» rotundo pero Marcos hunde un poco más la cabeza entre los hombros, súbitamente cansado y envejecido.

—No podemos saber... Los psicópatas son como los predadores. Tienen un coto de caza, una zona. Y mi consultorio, mis pacientes están en el perímetro de la bestia.

—Es una manera de decir... —insiste Malena, que quiere escuchar «no» a toda costa y sin embargo...

—No, es cierto... —y también—: ¿Te conté el día que fumó un porro?

El fantasma de Lucas vino prendido a los adolescentes que acaban de cruzar por delante de ellos. Sí que le contó, pero no lo dice. Malena niega con ternura porque, sabe, Marcos necesita contárselo de nuevo.

—Tendría trece, catorce años... Vino de lo más preocupado porque en la escuela habían dicho que si fumabas eras drogadicto.

—¿No volvió a fumar?

Y Marcos, olvidado por un segundo de lo que pasó, sonrío divertido:

—¡Claro que volvió a fumar! —dice.

Malena lo toma de la mano para consolarlo. Sabe que el olvido no dura casi nada y, ni bien desaparezca, Lucas va a volver a saltar desde la ventana del consultorio de Marcos, una y otra vez.

—¿Acaso no matan a los caballos?, de Horace McCoy. —Ernesto baja el libro del estante para la clienta, mientras ve cómo un muchachito de no más de quince le roba un libro—. Es fantástica... Son novelas de la Gran Depresión. Como *Viñas de ira*, de Steinbeck.

El viejo tiene un entusiasmo que contagia y sabe un montón. Por eso los clientes, que son pocos pero fidelísimos, vienen —cuando vienen— y se llevan de a tres y cuatro libros. Pero esta mujer no. Lástima, les hubiera venido bien hacer algo de caja.

—¿Y? ¿Vendió?

Fabián asoma desde la oficina y ve al viejo contento, casi eufórico.

—¿A la mujer? No... Pensó que lo de la Gran Depresión era un libro de autoayuda. No sé por qué dejamos entrar a esa gente.

—Y está contento porque...

—Porque nos robaron uno. El chico se llevó *La maldición de los Dain*. No es el mejor de Hammett, hubiera preferido que se robara *El halcón maltés*, pero... — Ernesto se encoge de hombros y se olvida de qué estaba hablando. En cambio pregunta por Daniel, si saben cuándo vuelve.

Fabián reprime un «¿no te acordás?». En cambio dice:

—Fue a llevarle el celular a la doctora.

El pibe busca la complicidad del viejo, espera encontrarlo en ese lugar donde se juntaban a especular sobre un romance entre Diana y Parodi como dos vecinas acodadas en la medianera, pero eso ya no existe. Cada día, Ernesto va soltando pedazos de lo que fue.

—Fabiancito...

—¿Sí?

—Decime, nene... ¿Qué día es hoy?

Paralizada de terror, Diana siente la boca seca llena de esponjas. Quiere gritar, que el picaporte deje de girar, que ya no golpee la puerta y que se vaya, que no la toque, que por favor la deje. Debería recostarse contra la puerta, sumar sus cincuenta kilos escasos a la resistencia de la madera pero no puede moverse. Apenas se acurruca todavía más contra la loza helada del inodoro y espera que el hombre entre y la mate, otra vez.

La puerta del baño salta de las bisagras y cae en plancha sobre el lavabo pero Diana ya no ve ni escucha. Primero un velo rojo y un zumbido atronador, después el alivio del desmayo.

Despierta en el sillón. Daniel le está preparando un té con mucha azúcar «porque le bajó la presión» y sonrío desde la cocina como una idishe mame.

—Se me escapó —dice, como disculpándose—. Hizo lo suyo y se fue. Sacamos el perfil genético y tenemos una prueba física, además de tu denuncia.

La «prueba física» es el enchastre de semen en la puerta del toilette, el regalito

que dejó el violador y que un técnico de Cabrera recogerá prolijamente con hisopos y cara de póker.

Quaranta toma el té demasiado dulce. Todavía le tiemblan las manos:

—Mirá la pinta de la fiscal. Al final soy más miedosa que nadie.

—¿Y cómo sería «ser valiente»? ¿Qué se supone que tenías que hacer?

—No sé. Cualquier cosa.

—No. «Cualquier cosa» es lo último que hay que hacer. Te lo digo yo, que me la paso haciendo cualquier cosa, y así me va —dice Parodi, y es como si acabara de desnudarse.

Es una cuestión de equilibrio entre ellos, un Yin y Yang que les funciona. Cuando Daniel se muestra así, vulnerable, Diana suspende el temblor y vuelve a ser la fiscal Quaranta, pura fuerza:

—Daniel... Encontralo. Olvidate de lo que dije en tu oficina. Encontralo y traemelo.

Y él promete que sí, que claro. Que se lo va a traer de los huevos cueste lo que cueste, dice, pero la verdad es que promete sin fe. Sabe que no van tras Diana Quaranta porque es fiscal. Tampoco porque es mujer y bonita. Van porque a él le importa.

Desde que el Lobo lo eligió de punto, no pega una. Siempre llega tarde y mal, cuando ya pasó todo y lo único que queda es la musiquita machacona del gato y el ratón.

El teléfono descolgado, un par de botellas de whisky vacías y Parodi derrumbado sobre la cama son el cliché del vencido. Ernesto se topa con el pie que asoma por debajo de la frazada mugrienta, prende la luz del cuartito y zamarrea a Daniel, que se tapa la cabeza con la almohada y rumia un «dejame dormir, viejo», o «dejame morir», que se le parece.

Parodi no es alcohólico, ni siquiera borracho, pero cuando pasan cosas como lo de Diana, de ayer, toma hasta olvidarse del Lobo o hasta desmayarse, lo que llegue primero.

El problema es que no importa cuánto tome, nunca se olvida. Y el desmayo cada vez tarda más en llegar. La única expectativa que le va quedando es morirse de una cirrosis hepática galopante, y está empeñado en conseguirlo.

—Te podía llamar hasta el Día del Juicio...

Entre latido y latido de la cabeza, a Parodi se le filtra el reproche del viejo por el teléfono descolgado.

—¿Pasó algo? ¿Qué hora es?

—Casi las siete de la mañana. Tardísimo.

—¿Tarde para qué?

—Para evitar el suicidio del Lobo —dice el viejo blandiendo el libro de Borges.

El 16 de octubre de 1946, en el gimnasio de la prisión de Núremberg, fueron ahorcados diez criminales de guerra. En el «Deutsches Requiem» de Borges, Linde —el oficial de las SS prisionero— dice que hubo un juicio y va a morir cuando el reloj de la prisión dé las nueve.

—Y hoy es 16 de octubre —dice el viejo con la mano en las completas de Borges como quien jura sobre la Biblia—. El Lobo se va a matar, pibe. Va a ir a la iglesia alemana y se va a matar.

Dos años y ocho meses. Por casi mil días esperó recibir esta noticia y ahora...

—No, viejito. Estás equivocado.

Ernesto se vuelve loco. Intenta transmitirle la urgencia, que ya son las siete y cuarto y el «Deutsches» dice que el Lobo se va a matar a las nueve, pero Parodi se viste despacio. Huele las camisas y elige la menos sucia de entre las estibadas en la silla, se pone el pantalón del día anterior, las medias, los zapatos.

—Alguien va a tratar de matarse. Pero no creo que sea el Lobo. Este hijo de puta no es un suicida. Como sea —dice— eso no va a pasar. Eso no va a pasar —repite, ruega Parodi mientras toma el arma que no va a usar. Si es necesario —piensa, ajeno a la paradoja que implica— va a martillársela en la cabeza para obligarlo a no morirse.

No quiere que el tipo se muera. Ni matarlo ni que lo maten. Antes lo tiene que llevar hasta el Lobo. Antes alguien le tiene que contestar por qué.

A las ocho y cuarto de la mañana Parodi sale a la calle sin tener claro a dónde ir.

Entre la católica, la evangelista, la metodista y alguna que se le escape, en la ciudad de Buenos Aires debe haber, por lo menos, una decena de iglesias alemanas. Y él tiene menos de una hora para decidir cuál de todas ellas será el escenario elegido por Linde para tratar de matarse. Apuesta por la más importante, la del centro, en Esmeralda al cien.

Este año, la primavera está tardando en llegar. El árbol frente a la librería se comió el amague del buen tiempo y, con el rocío helado del amanecer, las hojas nuevas se mueren recién nacidas.

—En el centro no hay árboles —dice Parodi. Y también—: Viejito, llámalo a Fabián. Despertalo. Que busque «Alemania» y «Tilos» en Buenos Aires, a ver qué aparece.

Ernesto protesta que no hay tiempo, pero Parodi insiste. Él no sabe distinguir un tilo de un algarrobo o un sauce, pero cree en sus intuiciones.

Si se tipea «Tilos, Alemania, Buenos Aires» en Google, la primera referencia que aparece es del libro «Buenos Aires y sus alrededores», de Diego Bigongiari. En la página 243, habla del cementerio alemán y dice que «próximo al muro, un monumento recuerda a los alemanes caídos en ambas guerras. Arbolado con tilos, es

el Unter den Linden de Buenos Aires».

—Es ahí. Es en el cementerio —Parodi deja a Fabián hablando solo, corta y se sube al auto. Ernesto viene atrás, pero antes de que pueda abrir la puerta, Parodi las traba.

No puede dejar que el viejo vaya con él. Podría —puede ser— que Ernesto sea el siguiente en la lista y esto sea sólo una trampa.

—Perdoname, viejito, pero esta es mía —dice. Arranca y lo deja puteando en medio de la calle. Antes de doblar por Zabala lo vio por el retrovisor, tan viejito el viejo, tan como su papá elegido, que tuvo miedo de que el Lobo lo alcanzara.

Detrás de los tilos del cementerio alemán, la capilla flanqueada por dos canelones de cemento que se alzan al techo parece una torta sobria, de bodas de plata.

«Tal vez hoy me maten», piensa, ilusionado. Se le ocurre que debería tener preparada alguna frase postrera, algo que merezca figurar en su biografía, pero sólo recuerda que el nazi del cuento de Borges se llama Linde —el viejo le explicó que es «tilos» en alemán—, que los prostíbulos itinerantes son siempre Los Tilos y mientras recorre los árboles paralelos al murallón piensa «qué manía la de los alemanes y los tilos» y también, cosas de la memoria inoportuna, recuerda «La avenida de los tilos», la canción con la que enamoró a Patricia.

Empuña la pistola y traspone la puerta de la capilla.

Bajo la bóveda de madera, los pasos de Parodi retumban sin sigilo, huecos y redondos.

El viejo del bastón está ahí, y es sólo un hombre sentado en los escalones, frente al altar. Un anciano rengo al que uno ayudaría a cruzar la calle o a subir al colectivo. Se incorpora con esfuerzo, apoyándose en la empuñadora del bastón que sostiene en la mano izquierda. En la derecha, la pistola parece demasiado grande y pesada para un ancianito enclenque pero el viejo la mueve con ligereza, como una batuta.

—Él creyó que murió por nosotros... —el viejo señala con el arma el vitral en el que Cristo preside una corte de ángeles obsecuentes—. Es tranquilizador creer que elegimos nuestras desdichas... Nos hace creer que somos parte de la divinidad... ¿No te parece?

Todo tiene la textura irreal de los sueños: la puesta en escena, el tono, la línea de diálogo que este anciano desconocido recita burlón y sin interrupciones, como un actor principiante:

—Bien... Sabía que ibas a venir... Siempre llegás... Un poco tarde, siempre atrás, pero llegás —dice, mientras apoya el cañón del arma en su sien.

—Soltá el arma...

—¿O qué? ¿Me vas a matar? ¡Parodi, por favor! Sos un tipo inteligente y a veces... sos tan ingenuo... ese es tu problema: creés en la gente. Yo no soy «la gente». Soy un símbolo de las generaciones del porvenir.

Todo es tan absurdo que Parodi tiene ganas de sentarse en el piso y ponerse a llorar. El viejo patético que declama como en una ópera no es el Lobo. Después de tanto tiempo y tantas muertes sólo pudo llegar a un lugarteniente, un loquito mesiánico que recita las líneas aprendidas:

—... Vos vas a desaparecer. Yo voy a sobrevivir en Él, porque «aunque Él me quite la vida, en Él confiaré».

Parodi podría preguntarle «vos quién sos» o «quién te manda a hacer esta payasada» pero está harto, y elige bajar al viejo de un hondazo:

—Otto Linde no existe. Es un personaje de Borges... Estás recitando a Borges como un tarado.

El viejo vacila por un instante. Es claro que en su rutina no estaba prevista ninguna interrupción, pero enseguida se recompone:

—Yo soy Otto Linde. Yo soy Dios. Los voy a hacer desaparecer a todos. Cuando yo me pegue un tiro... cuando yo deje de verlos, ustedes van a desaparecer.

—No te vas a matar, hijo de puta. Vas a venir conmigo, vas a confesar.

El viejo se pone el arma en la boca y Daniel se abalanza sobre él. No va a dejar que se mate. Es un loco que dispara frases de la Biblia a repetición, pero tiene las respuestas que Parodi busca.

El rengo sabe quién maneja la secta. Y se lo va a decir.

El cortejo fúnebre se detiene a metros de la capilla. Seis hombres bajan el ataúd del coche y lo cargan a pulso sobre sus hombros mientras unas diez o doce personas vestidas de negro rodean a una anciana, seguramente la viuda, en una nube de pésames y llantos bilingües en español y alemán.

—Se acabó. Vas a confesar, hijo de puta. Te voy a sacar el nombre de cada loquito de los que te siguen. Vas a... —Parodi sale de la capilla con el rengo a la rastra y el cortejo se queda inmóvil. Nadie habla, nadie respira, nadie hace crujir la gramilla con un paso. Sólo el ataúd que se balancea por la frenada de los porteadores y amenaza caerse.

Después, todo sucede en menos de un segundo.

—Adiós, Parodi.

El cortejo todavía inmóvil. El rengo sonrío. Una bala le acierta justo en medio de los ojos.

—Mirá el desparramo que armaste, Parodi.

El fiscal, un imberbe trajeado de treinta años, tutea a Parodi con suficiencia y él tiene ganas de trompearlo. Está sentado en el cordón de la vereda y por entre las piernas de los policías que lo rodean ve el cuerpo del rengo. Los brazos y las piernas doblados en ángulo recto contra el piso dibujan una esvástica, como si el viejo hubiera querido dar con su muerte el último testimonio de fanatismo idiota antes de ser rematado por un francotirador «desde un edificio adyacente», como dice el informe.

Antes de que Parodi pudiera arrancarle alguna respuesta.

Y lo intentó. «Según los testigos —sigue el informe, y refiere a los alælados deudos del alemán que todavía permanece ahí, a un costado de la escena del crimen, sin misa e insepulto—, Daniel Parodi cayó sobre el hombre y en cuanto se incorporó la emprendió —así dice— a golpes de puño y patadas sobre el muerto».

Al otro lado de la calle, a metros del cementerio, Lidia —una morocha sexy y atlética de poco más de cuarenta— sale del edificio, guarda el bolso en el baúl y sube al auto. Con el conjunto deportivo, las zapatillas de footing y el cabello recogido parece una chica cualquiera camino al gimnasio. Dentro del bolso lleva el rifle de cerrojo con alcance de precisión de dos mil trescientos metros, el trípode y la mira telescópica, un equipo profesional.

El celular de Parodi no para de sonar y él no atiende. Puede ser Ernesto, o Quaranta, o Fabián, o Marcos... todos llaman, hacen cola y se turnan para putearlo porque fue al encuentro del Lobo —de quien suponían que era el Lobo— solo. No piensa atender el teléfono para escuchar que se podría haber muerto, que es un idiota, que por qué no pide ayuda...

Pero el teléfono —como el enmascarado de los chistes de Jaimito, piensa, y qué absurdas son las asociaciones— no se rinde. Parodi finalmente atiende y, en la última línea de resistencia, no dice «hola» sino «por qué no me dejan de romper las pelotas».

—Vos siempre tan encantador, Parodi —dice Quaranta. Contra las predicciones de Daniel, no quiere «retarlo» porque fue solo, ni decirle que estaba preocupadísima.

—¿Estaban con él? —pregunta, sin mencionarlos. Los López, el asesino de Zoe y el violador fueron ascendidos a la categoría de innombrables. Ya no son hombres. Son EIN SOF, como dicen los cabalistas. «Lo sin límites».

—No, estaba solo... Sin contar al francotirador, claro... —dice.

Los dos quedan en silencio, en uno de esos silencios que sobrevienen después de un beso o un pésame.

En segundo plano, mientras los técnicos cargan al muerto, el fiscal imberbe baraja opciones como un croupier: «Un francotirador», «interrogar a la gente que trabaja en la iglesia, los feligreses», «ajuste entre mafias»... Nada que explique por qué llevaron a Parodi de las narices hasta la capilla del Cementerio Alemán, o dónde está el Lobo,

o cómo seguir a partir de ahora.

—Yo me voy a juntar con los chicos, a revisar cabos sueltos... Tenemos un fiambre que sabemos que no es Funes, pero no sabemos quién es... Hay que apurar a Cabrera —dice Parodi y, mientras lo dice, otra vez la idea de que tal vez el forense no es tan boludo como parece, que quizá lo hace a propósito, se le presenta nítida, como recortada negro sobre blanco.

—Estás muy paranoico —corta de cuajo Quaranta, que es capaz de leer el pensamiento de Parodi como si apareciera en globito de historieta—. No pienses tan fuerte que se escucha.

Parodi fue directo del cementerio a la casa de Diana con la excusa de contarle los detalles del final del rengó. Pero, en realidad, está ahí porque sabe que Quaranta acompaña bien. Está sentada en el sillón con las piernas recogidas y después del «paranoico» que tiró sobre la mesa ratona ahora espera, respetuosa de los tiempos y los silencios de Daniel, que habla como quien desentierra palabras de un lugar muy hondo:

—No puedo creer que tengo que empezar todo de nuevo... Lo tenía...

Los dos saben que no es la primera vez, que es parte del juego del Lobo tenerlo ahí, en el borde del «casi». Daniel lo sabe, sin embargo...:

—Te juro que estoy tan asqueado, frustrado, enojado... ¿sigo?

—No hace falta. Creo que ya me doy una idea.

La fiscal sonrío con ojos tristes. Está más chiquita, como si el ataque del día anterior la hubiera cincelado, recortado por los bordes con una gubia.

—¿Y vos? ¿Cómo estás?

—Yo estoy bien, Parodi. Tengo una custodia afuera, puse mil cerraduras... No quiero que encima te preocupes por mí... Ya bastante tenés con...

—Está bien, mujer maravilla. Ya entendí. Acá no pasó nada. Lo de ayer no fue nada. Me doy cuenta de que estás fantástico. —Daniel le toma las manos por asalto—. Explicame por qué temblás, entonces.

—¡Cuidado!

En la librería, Malena trepada a una escalera trata de acomodar una pila de libros en el último estante. Son quince o más y caen sobre la cabeza de Fabián, que justo, justo pasaba por ahí.

Fabián se cubre del bombardeo pero no puede evitar que el ejemplar de *El hombre que miraba pasar los trenes*, de Simenon, se descuajeringue sobre su cabeza.

—¡Perdón!

A Fabián le duele la cabeza y sin embargo dice «no pasó nada» y le alcanza los libros de a uno, para demorar el momento. Malena ahí, en las alturas, vale un chichón o dos. Es tan perfecta. Ahora mismo, mientras le explica que no quiere que Ernesto se suba a acomodar porque le da miedo que el viejo se caiga de la escalera y le cuenta

que tiene cuidado de no cambiarlos de lugar, que los franceses van arriba de todo porque últimamente nadie los pide y habla, habla, habla, bla, bla, bla, Fabián sólo oye un rumor como de viento adentro de su cabeza y siente que se está poniendo colorado, que no puede hablar porque seguro va a tartamudear como un imbécil.

—Se enoja, ¿no? Ernesto, si le desacomodás los libros.

—Bastante. La librería la maneja él. Es el que sabe de policiales... —logra articular Fabián.

—Sí. De policiales y de todo. Ya me di cuenta. ¿Y vos?

La charla es trabada, una hoja llena de manchones de tinta y agujeros.

Malena pregunta, deja el espacio en blanco para que Fabián complete, y él hace lo que puede. Inserta pedazos de información, corta y pega frases inconexas, «curso de criminología», «computación», hasta que logra sacar, de un tirón:

—Lo ayudé con algunos temas y me fui quedando.

—Qué raro. Hacer un curso de criminología. Es raro —dice Malena. Y Fabián, torpe y nervioso, articula lo más parecido a un piropo:

—Quería trabajar de esto... Quería trabajar con Daniel... Y ahora encima trabajo con vos.

—Sí. Te encanta que te tiren libros por la cabeza.

—No me importa. Me gusta trabajar con vos —se juega Fabián.

—Sos un amor.

Malena contesta liviana. No registra —cómo podría— el salto que tuvo que dar Fabián para animarse ni la conmoción que provoca su respuesta. No se le ocurre pensar que de confusiones así, con frases sueltas como estas, se tejen los malos entendidos y los resentimientos.

Desde la cocina, Ernesto ofrece un café que ambos aceptan.

Malena releva al viejo de su tarea. En los meses que lleva en la oficina, todos saben que el batido de la piba es el menos asqueroso de todas las versiones de café instantáneo.

Mientras toman el café, Ernesto les cuenta que «llamó Daniel, está en la casa de Quaranta y está bien».

Malena no está enterada de nada. Fabián debería haberle contado pero no, y Ernesto resume rápido, sólo títulos: fue a buscar a Linde y lo encontró, pero no lo pudo interrogar porque lo fusilaron.

—¿Al final era rengo?! ¿Cómo que «lo fusilaron»? ¿Quién? ¿Lo agarraron, al que tiró...? —Fabián dispara preguntas como un artillero, demasiadas y demasiado rápido para Ernesto, que no puede alcanzar las palabras.

—Un... Uno que disparó de una terraza... —completa, y señala entre los ojos, para más datos.

—¿Un francotirador?! —Malena rescata al viejo del olvido.

—Ahá... Igual Daniel está bien. Furioso, pero bien.

Ernesto toma un fibrón y actualiza en el panel. Con pulso vacilante, saca una

flecha de DEUTCHES REQUIEM y escribe «LINDE MUERTO»

—Sos un genio. —Fabián mira el panel, el cuadro completo, y se admira—: Linde. Era rengo y lo mataron, tal como dijiste. Hasta recitó la frase del libro de Job. Sos un genio, Ernesto.

—¿La frase de Job?

—Sí... —busca el cuento y lee: «Aunque Él me quitare la vida, en Él confiaré».

Fabián palmea a Ernesto, espera una euforia que no llega.

—¿Qué pasa, viejo? ¡Se terminó! ¿Por qué no estás contento?

—¿Cómo que se terminó? ¿Quién te creés que lo mató, nene? A Linde no lo mataron los buenos, ¿eh? Él era un... puta madre, ¿cómo se dice cuando obedecés órdenes de alguien?

—¿Un empleado?

—No. Cuando... —Ernesto se frustra, se enoja pero la palabra no aparece—. No te pagan. Cuando estás con alguien que es superior.

—¿Un subordinado?

—Eso. A Linde lo mataron para seguir el cuento. Para que todo termine como termina el cuento de Borges... ¿Entendés?

Y Fabián, que no entiende o se hace:

—¿No es muy retorcido, eso?

Horas más tarde, cuando Malena le cuente a Marcos la escena, va a volver una y otra vez a la confusión de Ernesto, a esa tristeza que le da verlo tratar de cazar las palabras con red.

—Como si fueran mariposas —dice Marcos, y enseguida se da cuenta de que compite por la cursilería del año y corrige:

—Esto es así. Va a pasar, cada vez más.

—¿Y no se puede hacer nada por...?

—No mucho. Acompañarlo, estar cerca, tenerle paciencia... Por suerte adoptó una nieta que lo cuida... Me preocupa más Parodi —dice.

Ya no puede evaluarlo como paciente, porque «con todo lo que pasó el marco terapéutico se fue a la mierda hace rato» y está preocupado.

—¿Cómo hacés para chocar contra una pared veinte veces? Daniel busca, busca, busca... pero siempre hay una pared, y no puede pasar de ahí.

En casa de Diana y al tercer té, Daniel completa la explicación de Marcos, como si lo escuchara:

—Estoy re podrido de todo esto. Si pudiera me iría a la mierda, a criar vacas a la Quiaca.

—No creo que se te dé bien criar vacas, en la Quiaca o en cualquier lado...

—Tampoco se me está dando bien esto, ¿no?

Parodi siente, sorprendido, cómo se le parte la voz. La boca se le quiebra en una

mueca de payaso triste y los ojos se le llenan de lágrimas. Va a llorar y no hay nada que pueda hacer para evitarlo, pero justo en ese momento suena el teléfono y lo salva del inminente streap tease emocional.

El que llama es Cabrera, invocado por la charla de dos minutos atrás.

—Si me llamás para decirme que no encontraste huellas ni... ¿Cómo?... ¿Y recién ahora?... No, pará, pará... No, no me expliques nada por teléfono... Juntémonos ahora y me explicás... Estoy acá con Parodi. Vamos y nos explicás a los dos... Dale, en media hora.

La fiscal corta el teléfono. La charla llena de puntos suspensivos queda en el aire.

—Tiene la autopsia de Amanda Serra... —explica, aunque no hace falta—: La mujer que pusieron en la tumba de Funes.

—Del falso Funes —corrige Parodi, que además pregunta con falsa sorpresa «¿recién ahora?!» como para no perder la oportunidad de tirarle su granito de mierda a Cabrera.

—Ahá. Recién ahora. Y con sorpresa.

En la sala de autopsias, el cuerpo abierto en canal de Amanda Serra se desparrama sobre la camilla. Al pie, Cabrera explica a Quaranta los resultados de la autopsia como quien da un examen ante un profesor temible.

—Explicame cómo puede haber pasado tanto tiempo. —La profesora Quaranta saca la libreta y está por mandarlo a marzo o a la mierda, pero Cabrera se defiende:

—No hay presupuesto, Diana. No tengo gente, no tengo equipos, no tengo...

Parodi levanta la mano, como un alumno.

—¡Yo sé qué no tiene! —dice, y señala hacia los huevos del forense.

—Basta, Parodi —dice Diana. Y a Cabrera—: ¿Cómo hacés la autopsia de esa mujer recién ahora?

—No pensé que iba a haber nada raro. Estoy hasta las manos. Tengo que establecer prioridades.

Y Daniel, que no puede, suma:

—A Cabrera se le perdió un fiambre y dicen que lo tiene el gran bonete. ¿Yo señor?...

Diana mira a Parodi como para matarlo y vuelve a la carga con Cabrera:

—A ver si entiendo... ¿La ponen en la tumba de Funes que no es Funes, hacen desaparecer el cuerpo del muerto quien quiera que sea, y vos no pensás que puede haber algo raro?

—Nadie reclamó el cuerpo. ¿Vos sabés la cantidad de autopsias atrasadas que tengo? ¿Los familiares que presionan, porque quieren enterrar al hijo de puta que se tiró en las vías y me hizo una «muerte dudosa»?

Quaranta está furiosa porque Cabrera es un imbécil, porque Parodi no deja de ponerle fichas y porque, además, los muertos «le hacen» a Cabrera la putada de morirse. Quiere dejar de hablar con ese gordo inútil y volver a su casa. Tal vez este año renuncie.

—«Te hizo»... A ver, mostrame...

Cabrera le pasa unas fotos. Hay imágenes de Amanda en el cajón y otra, una bolsa de evidencia con una nota adentro.

—Los restos de una nota. Se la habían metido en...

Quaranta lo detiene con un gesto:

—¿Es relevante?

—Supongo que no.

—Entonces no necesito saber. Hoy no. Contame qué dice la nota.

—No se llega a leer —dice Cabrera. Y extiende la bolsa a Parodi como un regalo envenenado.

Es un mensaje del Lobo y claro que es relevante la manera que eligieron para mandarlo: la pobre chica aterrada, violada por última vez para que él, Parodi, sepa. En su oficina, con las manos metidas hasta el fondo en la mierda, extiende los fragmentos de la nota que encontraron en el recto de Amanda contra la mesa iluminada y amplifica la imagen. El papel, troquelado por los gusanos, es el mismo que usaron para los dólares falsificados.

Daniel acomoda las piezas frágiles y minúsculas de encaje enmierdado con una pinza. Lleva toda la mañana intentando darles un sentido a los fragmentos: fotografía, corta, mueve y pega, intenta combinar, completar las palabras orugadas y vuelta a cortar y pegar mientras recita, como en un mantra, «Cabrera y la puta que te parió».

CEBIBLE IT TURA ES IN STOR COP

El fragmento más largo, «cebible», con un espacio al final, es fácil. No hay muchas palabras que terminen así, sólo se le ocurren «concebible» e «inconcebible». Pero el resto, un mensaje en sopa de letras malolientes, es imposible.

—Tiene que ser de Borges, ¿no? Inconcebible es una palabra que al Maestro le gustaba usar... —Ernesto, encaramado sobre el hombro de Daniel como un loro gigante, propone el atajo. En Google, la entrada «inconcebible + Borges» resuelve en 0,32 segundos el enigma. Los fragmentos desintegrados por la muerte se posan revividos en una frase notable del cuento «Tema del traidor y del héroe»: «QUE LA HISTORIA COPIE A LA LITERATURA ES INCONCEBIBLE».

—¡Qué grande, el viejito! —Parodi celebra el acierto de Ernesto como un gol. Aunque Marcos diga que no, estas intervenciones del viejo, cada vez que le pega a una referencia o encuentra una cita, son como si le diera a la enfermedad un golpe en las pelotas. Como si el Alzheimer se replegara hasta desaparecer.

Pero Ernesto no participa de la euforia. Hay algo que no está bien. La nota dejada obscenamente en el cuerpo de Amanda no es una pista sino todo lo contrario:

—Lo que pasó con el Lobo, las frases que fue dejando en cada crimen, la cita

final... todo estaba «calcado» del «Deutsches Requiem», el cuento de Borges. En este otro cuento Borges dice eso, que como no tenían tiempo para planear los crímenes, copiaban escenas de la literatura. El Lobo nos dejó ese papel para contarnos cómo lo hizo. Nada más. No por qué lo hizo...

—Ni cómo va a seguir —dice Parodi, como quien cierra una puerta—: Todo de nuevo. Estamos en bolas, una vez más.

En la puerta de la librería, la campanita tocapelotas suena y troca la decepción de Parodi por bronca.

—¡Vayasé! ¡Hoy no atendemos! —Parodi grita como un energúmeno por sobre el tabique que separa el local a una clienta que si no huye despavorida es porque no le da el físico.

—Alguna vez tenemos que atender. Una venta es una venta... A menos que te sobre la plata, yo no tengo un peso —dice Ernesto, y sale a atajar a la gorda. A salvar al equipo de la ruina.

—Este le va a encantar: *70 veces 7*, de Dalmiro Sáenz. Son cuentos muy... —el viejo busca la palabra que se le acaba de caer entre los pies de la gorda, que mira la portada como quien mira a un bicho.

—¿Dalmiro Sáenz? Me acuerdo de ese hombre... ¿No es uno que dice muchas malas palabras?

—Las necesarias, señora... —Ernesto sonríe con su mejor sonrisa de vendedor de aspiradoras, saluda con un gesto mínimo a Malena y Marcos, que acaban de entrar y se demoran entre las mesas de saldos, suman número para disimular la aridez de la librería, y remata la venta:

—Le recomiendo especialmente el cuento «Yo, ustedes y yo»... Hay algo del personaje femenino que me recuerda muchísimo a usted.

—¿En serio? —la mujer mete panza, acomoda el cuerpo al piropo.

—En serio.

La gorda sale de la librería con una pila de libros así y Malena tiene que correr al fondo porque se hace pis de la risa. Detrás de ella, Marcos explica la incontinencia de Malena, cuenta el chiste de la recomendación del viejo, y Daniel celebra, también, con una carcajada.

Fabián asiste a la alegría efímera de todos con cara de vaca. No sabe y hay que explicarle que la protagonista del cuento es una turra: un chiste bastante sutil pero, se sabe, el viejo se divierte con poco.

—Y además vende —dice Ernesto, que entra desde la librería a la oficina contando billetes.

Amaneció con lluvia, de esas lluvias grises que parecen haber estado desde siempre y

no terminar nunca. La luz de los tubos fluorescentes roe los muebles metálicos de la oficina, descascara las paredes y levanta los pisos de pinotea por los bordes.

El último mensaje del Lobo —que la literatura copie a la historia...— los dejó sin pistas, la cara contra la pared, como en penitencia. Hace una semana que no avanzan y Parodi le teme a la quietud. Supone, porque ya pasó, que si no encuentran algo pronto la próxima pista va a venir envuelta en una de las tragedias sórdidas que el asesino arma sólo para comunicarse —y también divertirse—: una violación, un falso suicidio, un asesinato.

Y ahí están todos a las seis de la mañana, empapados de sueño y lluvia, alineados frente al panel de la pared como en una rueda de reconocimiento para «barajar y dar de nuevo», dijo Parodi, con un entusiasmo que tiene mucho de impostado pero qué remedio.

Parodi acaba de montar una mesa con un tablón gigante sobre caballetes y despliega uno a uno todos los materiales que va sacando del panel. Hay fotos del taller donde falsificaban los billetes y encontró la parva de muertos, foto del Artista vivo y del Artista muerto, Los Tilos antes y después de la explosión, Amanda Serra viva, muerta, desenterrada y en la camilla de autopsias, la nota que le entregaron a Marcos en el bar —«toda negligencia es deliberada»— y la otra, reconstruida, la que dejaron en el recto de Amanda.

Hay imágenes del símbolo de Los Hijos de Saturno en distintos contextos, tallado en el árbol donde (no) se suicidó el falso Funes y en la nuca de Hugo López, un perfil vacío del violador de Quaranta, hay una foto ampliada y en plano carnet del asesino de Zoe, una captura de pantalla del video de Lucas y otra de la salida de la penitenciaría, con el corte de manga de López a Parodi y foto de la falsa Malena, el rengo desparramado en el piso después del francotirador (antes no hubo tiempo), todos los crímenes horribles y las frases del «Deutches Requiem» que los rubrica, otras citas de Borges, foto del falso Funes, de la patente del auto...

—Y nada de todo esto —dice Parodi— sirve para una mierda. No quiero que piensen. No quiero que traten de entender. Vale decir boludeces. Quiero preguntas nuevas. No quiero respuestas.

Parodi se acerca a la pizarra y escribe: ¿quién era Linde? ¿Quién lo mató? ¿Por qué?

—El primer dato: creímos que Linde era el Lobo, y la pifiamos.

—Era el complementario. Acordate qué dijo antes de que lo mataran —dice Fabián—: «Aunque me quite la vida, confiaré».

—No. —Marcos corrige y subraya como un maestro Siruela—: En él confiaré. Linde creía que respondía a Dios. Para Linde, el Lobo es Dios, el dios particular del que él era complementario.

—Complementario, suplementario... Loco de mierda —simplifica Parodi. Pero Marcos sintonizó modalidad docente y no va a parar, no hasta que entiendan de qué va la cosa. De hecho, ya abrió un ejemplar de *El complementario y su psicópata*, del

doctor Marietán, y va a leer a pesar de la impaciencia de Parodi.

—Un segundo, es importante. —Marcos busca la cita y, cuando la encuentra, lee de pie como en un púlpito—: «El complementario encuentra en el psicópata “el ser especial que le llena sus vacíos y trae a la superficie sus insatisfacciones más profundas, más ocultas, más oscuras, más instintivas”. Estos tipos sienten que no valen nada por sí mismos. Viven a través del psicópata. Él les permite existir. El psicópata decide cuándo viven y cuándo mueren».

—O sea —dice Malena mientras señala la pregunta de la pizarra— que no importa quién era.

—Tal cual —Marcos asiente y sólo falta que diga «muy bien diez»—. A menos que su identidad nos lleve al verdadero Lobo. Si no, Linde es nadie.

—Okey. Vamos a ver. Lista de fiambres por orden de aparición —Parodi toma el fibrón y la batuta, y escribe: Falso Funes, el Artista, el punto que encontraron la ruta, esta piba, Amanda, Linde...— Podemos asumir que obligados, o no, todos trabajaron para él.

—No todos... —Ernesto entra en la conversación tarde. Toma un fibrón y escribe aunque no quiere, porque sabe que lo que sigue le va a doler a Daniel, mucho—. El paciente de Marcos, Patricia y Zoe, no.

Son las muertes que importan.

Parodi encaja el golpe y pierde toda ligereza. Es como si hasta ahora, en este rato, hubiera estado jugando y ya no. Bajo el tubo fluorescente, las paredes de la oficina se pliegan sobre sí y lo asfixian.

Balbucea un «vuelvo en un rato» y sale con los faldones de la camisa aleteando debajo de la campera.

En la calle inundada, la corriente de agua y mugre que se desliza a la alcantarilla le moja la botamanga y los zapatos, los autos lo empapan pero él no atina a cubrirse. Se queda parado ahí, en la intersección de las calles, como en otro país.

El viejo se asoma a la vidriera empañada de la librería y lo ve. Los demás esperan en segunda línea:

—Dejenlo —dice—. Sigamos nosotros.

Parodi se sumerge en la pileta y bucea hasta sentir que los pulmones van a estallar. Recién entonces sale y boquea. Es tan desleal seguir vivo.

A diez metros, el teléfono celular suena y él lo oye aún bajo el agua. No va a atender. En algún momento dejará de sonar como ya dejó de importarle.

Cuando vivía Zoe, antes de que la mataran, toda llamada era una alarma, la posibilidad de una tragedia. Ahora no importa. Sabe que el Lobo puede ir por Ernesto, o por Fabián o por Diana pero no es igual. Su miedo era Zoe, y él lo sabía.

Nada. Un largo, dos, diez. Se cansa hasta perder la cuenta y olvidarse.

Él, que sólo había participado de algún picadito de fútbol allá lejos y hace tiempo, hace un año y medio se anotó en la pileta. Lo hizo sin ninguna convicción, sólo porque Quaranta insistía y para que lo dejara en paz, pero funcionó. Quaranta dejó de taladrarle el cerebro con el discurso de la salud, y el agua lo relaja.

—¿Está linda? —Debajo del agua, la pregunta le llega tan insulsa y borroneada como la imagen de la mujer que mete los pies en la pileta con cautela de gato.

Parodi no quiere hablar, no quiere que le pregunten idioteces para empezar una conversación, pero ella insiste:

—El agua... ¿Está linda?

Parodi se demora como si tuviera que pensar la respuesta. Saca la cabeza del agua y la ve, los contornos definidos. Está sentada al borde de la pileta y balancea las piernas perfectas con la coordinación de un metrónomo. Lleva el pelo castaño muy corto con un flequillo sobre los ojos marrones con destellos dorados, enormes como los de un personaje de animé, y es de esas bellezas tramposas que parecen normales, pero no.

—Lidia —dice ella, y tiende la mano seca hacia la mano mojada de Parodi.

Lo que sigue es un intercambio más o menos cierto, más o menos mentiroso, de cada uno. Él dice que es investigador forense «como los de la tele, pero con menos glamour», ella le cuenta que tiene una agencia de modelos, que busca a las chicas y después las representa y eso, todo lo que se dicen, es lo menos importante. Lo que cuenta, la novedad para Parodi, es que después de mucho tiempo puede imaginarse con una mujer, con esa mujer, en la cama.

El celular vuelve a sonar pero Daniel no atiende.

A su reticencia habitual se suma que hoy, ahora, la erección sorpresiva y sorprendente tensa el traje de baño y si sale del agua va a pasar papelones.

—Deberías contestar, ¿no? —dice Lidia. Suena divertida, como si supiera lo que sucede bajo la línea de flotación.

Parodi sale del agua metiendo panza y caminando de tres cuartos perfil, para que no se le note, pero cuando atiende el teléfono se olvida de todo, hasta de ella.

—¡En cinco estoy allá! —dice, mientras chancletea apurado hacia la salida.

Lidia, acodada en el borde, lo deja hacer. De pronto, como si tiraran de una soga invisible, Daniel gira y vuelve hacia la pileta. Todavía apurado, pero vuelve:

—De verdad lo siento... Tengo que... Me encantó conocerte.

—A mí también, Daniel. Nos vamos a volver a encontrar —dice. Y saca medio cuerpo del agua como la sirena de Ulises para darle un beso en la comisura de la boca. Justo ahí.

Parodi llega a la oficina con el pelo todavía mojado y vestido así nomás, la camisa fuera del pantalón y los zapatos sin medias.

—¡No lo puedo creer! —y también, porque no está acostumbrado a recibir buenas noticias—: ¿Estás segura?

Le pregunta a Quaranta, que fue hasta allá sólo para verle la cara cuando le muestre lo que le trae: es una foto tomada con zoom en la calle principal de Ciudad del Este, en la Triple Frontera. Ahí, donde los ríos Paraná e Iguazú dibujan una «T» y se mezclan argentinos, paraguayos y brasileños, aparece Hugo López escoltado por otro hombre.

Daniel está eufórico. Quiere viajar y traer al tipo de las pelotas pero Diana dice que no vale la pena, que ya lo traen.

—A veces funcionamos, ¿viste? Estaban trayendo cocaína a Argentina. Los marcaron en la frontera, los dejaron subir a una avioneta y los interceptaron en Corrientes con dos aviones de la Fuerza Aérea —dice, orgullosa como si ella en persona hubiera comandado el operativo—. Como decía mi abuelita, «las cosas se hacen bien o no se hacen».

Para Daniel, Hugo López es, literalmente, un regalo caído del cielo. Le divierte escuchar que espolvorearon Corrientes desde el aire tratando de deshacerse de 150 kilos de cocaína para nada. Lo único que importa es que lo agarraron.

—¿A él sólo? —Fabián quiere saber por el otro que aparece en la foto y Diana le dice que no, que se les escapó «pero ya va a caer». Hoy se siente optimista.

Está parada frente a la pizarra en la que el equipo anotó todas las preguntas que todavía no tienen respuesta y lee:

¿FUNES ESTÁ MUERTO? SI SÍ: ¿DÓNDE ESTÁ SU CADÁVER? SI NO:
¿POR QUÉ SIMULARON SU MUERTE?
¿DÓNDE ESTÁ HUGO LÓPEZ, EL ASESINO DE ZOE?
¿DÓNDE ESTÁ EL VIOLADOR DE QUARANTA?
¿QUIÉN LIBERÓ A HUGO LÓPEZ?
¿QUIÉN ES EL «DON NADIE» TITULAR DEL TERRENO DE LOS TILOS
Y DEL AUTO?
VER NUEVOS SECUESTROS DE CHICAS. TRATA.
¿VÍNCULOS?
DEDO DE SATURNO.
¿POR QUÉ A PARODI? ¿HAY OTROS?

Quaranta se detiene un segundo más de la cuenta en la pregunta sobre su violador pero enseguida se repone.

—Por lo menos podemos empezar a tachar, que no es poco —dice, y le pasa un fibrón a Parodi, para que haga los honores.

Daniel tacha «dónde está el asesino de Zoe» y siente que, todavía, algunos días valen la pena.

Acordaron en reunirse en el estacionamiento de la 9 de Julio y Corrientes, un lugar que de tan lleno está vacío, por las dudas, porque no conviene que nadie sepa.

Daniel Parodi y el inspector José Campoamor, su excompañero de la Academia de Policía, conversan en el auto estacionado. Están cabeza con cabeza y, visto de lejos, podría pensarse en un encuentro furtivo de amantes, pero no, lo que sucede ahí es mucho más sórdido y urgente.

—... Lo tienen en la comisaría pero no por mucho. En menos de veinticuatro horas lo trasladan a Tribunales... —dice José, mientras le alcanza un papel, un pase libre válido por tiempo limitado.

—... y ahí me olvido de pasar a saludarlo —completa Daniel. Sabe que a Hugo López le darán, a lo sumo, un par de años por fugarse. Lo agarraron sin nada, el avión vacío y no hay manera de que lo puedan juzgar por narcotráfico.

—Por lo menos perdieron un montón de torta... —cree que consuela Campoamor.

—Ni siquiera, con la que tienen, 150 kilos no es nada —dice Daniel, sólo para guardar las formas. En realidad, no le importa. Casi agradece que las cosas sean así, que a López, el asesino, el violador, le den sólo un par de años. Casi le alegra que todo esté tan podrido y tan mal que el único recurso sea, una vez más, un poco de justicia por mano propia.

—No sabés lo que te agradezco, Campo...

—Nada que agradecer. Si yo tuviera al asesino de mi hija en una celda, no sé cómo hago para no matarlo —dice, y enseguida se arrepiente. No quiere, no puede habilitar a Parodi y lo piensa tan fuerte que aún en la oscuridad del auto Daniel puede verle el miedo.

—Quedate tranquilo. No te lo mato, ni te lo marco. Ni siquiera te lo dejo en silla de ruedas —concede.

—Los muchachos ya están avisados. Te esperan —y otra vez—: Te lo pido por favor, Parodi. Mirá que voy en cana yo.

—Tranquilo... sólo quiero hablar un poco con él —dice Daniel. Y los dos saben que está mintiendo.

En la oficina, también cabeza con cabeza, Malena y Fabián comparan las fotos del falso suicidado de la estancia con la del hombre que aparece en segundo plano de López, en la foto de Ciudad del Este. Fabián siente el pelo finito de Malena rozándole la mejilla y se queda muy quieto, oliéndola.

Apenas separado por el tabique que es estanterías de un lado y del otro oyen cómo Ernesto, fuera de la escena, se indigna con un cliente.

—¡No sé quién es ni me importa! Borges, Edgard Allan Poe, Conan Doyle, hasta

Agatha Christie, si quiere... Pero no me venga con... ¿Cómo me dijo que se llama?

—Rowling, de *Harry Potter* —musita el cliente, a quien no ven pero intuyen a punto de salir corriendo.

—Eso. Ese hombre...

—... mujer —se atreve el cliente, aterrado.

—Como sea. Ese —dice Ernesto, como si escupiera—, ese no es un clásico...

—¿Con quién se está peleando? —pregunta Malena, y sonrío con esa sonrisa que a Fabián lo mata de amor.

—Quién sabe...

La campanita tocapelotas marca la huida del cliente, perseguido por la perorata airada de Ernesto, que entra gritando a la oficina.

—Venga dentro de unos años y si todavía me acuerdo de él, entonces es un clásico. Mientras tanto, no me diga...

—¿Qué pasó, Ernesto? ¿Por qué se peleó? —a Malena le cuesta no reírse de estos ataques de indignación que le dan al viejo, pero lo intenta porque no quiere ofenderlo.

—Un mocoso. Que cómo que no conozco a...

—*Harry Potter* —completa Fabián, en el borde de la insolencia.

—Eso. ¿Quién es?

Van a explicarle, pero el viejo se olvida y cambia la pregunta. Últimamente tiene la atención lábil de un cachorro.

—¿En qué andan?

En la computadora, la foto ampliada del falso Funes falsamente suicidado comparte pantalla con el que aparece caminando con López en Ciudad del Este. No son la misma persona pero se parecen tanto que se puede asumir, asumen, que el prófugo que está vivito y coleando es el verdadero Funes.

—Es claro que es el posta, y simularon su muerte para preservarlo. Andá a saber quién es el pobre tipo que mataron... —dice el viejo.

—¿Nuestro «don Nadie»? —Malena estudia la pizarra y trata de completar las vacantes. La hipótesis no suena tan ridícula, que el dueño del terreno de Los Tilos y el titular del auto que Parodi vislumbró en el taller sea el «don Nadie».

—O alguien de los que trabajaba para ellos. No creo que valga la pena seguir por acá —contradice Fabián, aunque Malena insiste que no saben, que tal vez no sea mala idea empezar por buscar a don Nadie si es que existe.

—¿Dónde está Parodi? —pregunta.

La celda, apenas más ancha que un pasillo, huele a humedad y a mierda. En las paredes, en el yeso raspado por todos los presos que pasaron por ahí, se leen nombres, declaraciones de amor, promesas de reencuentros o venganzas, dibujos más o menos obscenos y puteadas.

Una lamparita mezquina ilumina apenas la letrina y el banco donde Hugo López

espera, alerta y vulnerable, que entre Parodi. Nadie le avisó, pero Daniel se preanuncia silbando la cancioncita, «ratón que te atrapa el gato», y los dos entienden.

—Era así, ¿no?

López mira hacia la puerta. Busca ayuda aunque sabe que es inútil, que a Parodi le liberaron la entrada y no importa lo que pase, nadie va a venir a salvarlo.

—Se fueron todos —confirma Parodi—. ¿Cómo era la canción? «Ratón que te atrapa el gato...» —tararea e invita al asesino de su hija a un dueto, a que canten juntos.

—Yo no quise... —dice López. Habría que preguntarle qué es lo que no quiso: si tararear la cancioncita, o colgarlo de una viga como a una piñata, o matar a Zoe. Pero Parodi no quiere preguntarle nada. Sólo quiere, de momento, oírlo cantar.

—¡Cantá!

Y López canta:

—Ratón que te atrapa el gato, ratón que te va a atrapar... —la canción se hace cada vez más finita, se va deshaciendo hasta desaparecer, pero Parodi obliga. Canta con el asesino de su hija con un entusiasmo que, claro, resulta aterrador:

—¡Vamos! Ratón que si no te atrapa, mañana te atrapará.

Parodi canta muy cerca de la cara de López. Acorta la distancia, provoca como un boxeador antes del knock out o del clinch pero López no juega. Tiene las manos esposadas a la espalda y sólo puede hundir el mentón en el pecho, replegarse con los hombros hacia atrás y esperar el golpe.

Parodi dejó la canción y ahora habla contenido y casual, dispara la confianza como si estuvieran en un bar y fueran amigos.

—¡Qué canción de mierda! Vos sabés que hace... ¿Cuánto? Dos años. Dos años y medio que no me puedo sacar esa cancioncita de la cabeza. No me la puedo sacar... desde el día que la cantaste. ¿Te acordás cuándo la cantaste?

A Hugo López le duele todo el cuerpo de miedo. Tiene todos los músculos agarrotados, el corazón le late en los oídos y siente la boca llena de arena pero Parodi sigue hablándole como un viejo amigo.

—¿Sabés qué pienso? Que el día que el hijo de puta que te mandó a matar a Zoe esté preso, ese día capaz que dejo de oír la musiquita... Por eso me alegro de volver a verte. Porque esta vez me vas a decir quién te mandó.

En la librería, en un descanso, Ernesto le cuenta a Malena historias de Daniel. Para ella es la primera vez; para Fabián, la enésima vez. Pero no le importa. Sentado al lado de Malena pueden leerle la Biblia en sánscrito y de corrido, que a él le va a parecer un plan encantador. Y Ernesto, como era de temer, empieza como en la Biblia, desde el Génesis en la parte esa en que Dios nombra todas las cosas.

—... Lo conozco, qué sé yo. Desde siempre. Era amigo del viejo de él... Yo le puse el nombre, cuando la mamá estaba embarazada.

—¿Usted le puso Daniel? —Malena empuja el relato, al principio fue el verbo...

—¡No! Ellos le pusieron Daniel. Yo le puse el segundo nombre: Anteo.

Anteo, un nombre que ni siquiera sabían que existía pero, explica Ernesto, era por un muchachito que trató de matar a Mussolini y pifió el tiro.

—No le erré con el nombre: Daniel tiene menos puntería que un ciego. Como Anteo, es torpe con las armas, pero es derecho. De esos de «entrar para aprender, salir para servir» —dice, y alude al lema tan bastardeado de la Academia de Policía— pero en serio. Muy preparado. Muy decente.

Ernesto habla de la honestidad de Daniel Anteo aunque, si pudieran verse las dos escenas en simultáneo —el relato de Ernesto en la librería y a Parodi sentado frente a Hugo López, a esta altura literalmente meado de miedo en la celda— el último adjetivo que le cabría sería «honesto», «decente» o cualquiera de sus nobles variantes.

En la celda apenas más grande que un pasillo Daniel pone una bala en la recámara de su revólver y amartilla con ostentación.

—Hay días... a veces la musiquita me vuelve tan loco, que me dan ganas de matar a alguien. ¿Quién te mandó? —pregunta, y apoya el caño del arma en el puente de la nariz del asesino. López bizquea frente al túnel infinito del arma en primer plano, jura que no sabe, que nunca supo.

Parodi le retira el arma de la cara pero no hay tiempo para el alivio. El caño helado se apoya en el pantalón húmedo y dispara hacia los testículos.

Pero el tiro no sale. Parodi reprime un gesto de frustración y vuelve a cargar el arma.

—Puedo jugar a la ruleta rusa con tus huevos toda la tarde. O hasta que se dispare... Decime quién te mandó y llamamos para que te cambien, antes de que te paspes...

—Se lo juro. No sé.

—Okey —dice, y vuelve a disparar.

López cierra los ojos y junta las rodillas. Oye el «click» del martillo pero no hay explosión. No esta vez.

Parodi sonrío.

—¿Quién te sacó de la cárcel?

—Una mina.

—No me digas. Pensé que era un travesti. ¿Cómo se llama? ¿Quién es?

—No sé. No la había visto nunca. No sabemos...

López quiere decirle. Mandaría al muere a su vieja, si pudiera, pero Parodi sabe que no miente. Que de verdad no sabe. Sólo entrega un plural que él recoge al vuelo. Algo es algo.

—«No sabemos». Vos y quién más «no saben».

—Nadie. Todos. Trabajamos todos por separado. No sabemos... Nos dice qué hacer y lo hacemos...

—Quién «dice».

—El rengo. O a veces nos llega un mensaje. Un texto. Te dicen lo que tenés que hacer y lo hacés... No preguntás...

Parodi vuelve a apuntar.

—Le juro. No conozco a nadie. No pregunto, hago lo que me dicen...

—Hacés lo que te dicen. Te dicen que mates a mi hija y lo hacés...

Sólo necesita una bala. Una bala, pero no. Parodi guarda el arma. La trompada se estrella contra la cara de López que cae hacia atrás con silla y todo. Parodi lo patea levantando gotas de meo y sangre con cada patada.

—Mirá vos. Yo pensé que eras un hijo de puta y ahora resulta que sos solamente un boludo.

Y López, desde el piso, asiente.

—No sé nada... Le juro que no sé nada. Esa mujer me sacó a mí y mató al rengo. No sé más. Le juro que no conozco al jefe.

Parodi, con un tonito paternal más feroz que las trompadas y las patadas, vuelve a sentarse y dice:

—Te voy a contar una historia. Había una vez, hace muchos años, un grupito que así, por divertirse, se cogía a los nenes más chicos...

Ernesto lleva más de media hora larga hablando de las virtudes de Daniel Anteo Parodi y justo en este momento, aunque ninguno de los dos lo sepa, ambos cuentan el mismo cuento, en perfecta sincronía:

—Fue el primer caso de Danielito como oficial, hace una punta de años, y se volvió loco con eso. No paró hasta que no agarró a los cabecillas, los Nilsen. Los agarró de las pestañas, como se dice, los llevó presos y los hizo confesar.

—Pero antes —dice Daniel a Hugo López— se los llevé a los papás de los nenes. Me acuerdo de uno, un rubiecito de cinco años, hermoso... lo habían violado entre cuatro.

—Para Danielito fue muy tremendo —dice Ernesto—. Los detuvo, hizo lo que tenía que hacer, pero le costó. Creo que, de ser por él, los habría matado.

Parodi piensa un segundo en Ernesto. En que nunca se animó a contarle lo que ahora, no sabe bien por qué, le está contando al asesino de Zoe.

—Creo que el padre del rubiecito se pasó un poco. El mayor de los Nilsen murió unos días después. Al otro, a Cristian Nilsen, le quemaron media cara con una plancha caliente de esas viejas, de hierro. Quedó marcado pero fue... zafó —dice, mientras se saca el saco y el reloj y se pone una manopla, para golpearlo mejor—... eran menores de edad. Y a ningún padre que haya pasado por eso le alcanza con que el pendejo esté unos meses adentro y después lo manden a hacer trabajos comunitarios. ¿Me entendés? —pregunta pero López, desmayado a golpes, no contesta.

Al mismo tiempo, en la librería, Ernesto termina el panegírico:

—Daniel tiene la capacidad de ponerse en la piel de los criminales, de entenderlos

o de al menos hacerles creer que los entiende. Los aborda por todos lados hasta que logra hacerlos cantar...

Hugo López se asfixia en su vómito y Parodi lo mira como se mira a una cucaracha. Ni siquiera alivio. Se limpia las manos en la pared, se pone el reloj y el saco y envuelve la manopla ensangrentada en el pañuelo. Antes de salir, ve que el asesino cucaracha murmura algo ininteligible entre borbotones y se agacha a escuchar.

Desde la entrada, el grito urgente de José Campoamor, su compañero de la academia, lo distrae apenas.

—Parodi... ¿Estamos?

Daniel se arrodilla junto al asesino. El aire sale por entre los dientes partidos y hace pequeñas burbujas de sangre y saliva en las comisuras de la boca.

—No sos como ellos. Sos como nosotros —dice lo que queda de Hugo López. Y vuelve a desmayarse.

Parodi tiene los nudillos despellejados. Está en la cocina, vendándose los como un boxeador antes de ponerse los guantes, y todos lo miran pero nadie comenta.

El día anterior vino con la novedad de que la mujer que liberó a López es la misma que mató al rengo y ahora evalúan la posibilidad de que el Lobo, el perfil vacío en el vértice del diagrama, sea una mujer.

—¿Eso puede ser? ¿Hay mujeres psicópatas?

Malena le consulta a Marcos. La piba hace lo que hacen todas las mujeres desde tiempo inmemorial: construir un pedestal a medida y subir al candidato para que se sienta halagado.

—Por supuesto. Desde la Condesa Sangrienta hasta acá... —Marcos habla para todos pero sólo la mira a ella—. Una mujer de Transilvania, que en el siglo XVI mató a seiscientas mujeres. Se tomaba la sangre de las chicas para ser joven... Una vampira —dice, mientras muestra los dientes, pone las manos como garras y arrincona a Malena como un Drácula enamorado. Malena grita con grititos de mentira y todos se olvidan por un rato del malhumor de Parodi, que putea con la mano chorreando tiras como una momia descosida.

Casi todos.

—Che, ¡estamos trabajando! —Fabián no aguanta imaginar las manos de Marcos sobre Malena. Deberían ser sus manos y no las de este tipo, piensa, las que estén en ella.

—Tiene razón Fabián. Si quieren joder vayan a otro lado... —suma Parodi. Y aunque Ernesto intercede, «quieren descomprimir un poco, nada más...», se acaban los jueguitos de Drácula y todo. Otra vez a tratar de adivinar quién es y qué hace la misteriosa mujer que acaba de entrar en escena a partir del testimonio voluntario de Hugo López.

—¿Vos decís que puede ser la líder de la secta? ¿Que una mina maneje a un grupo de hombres? —la pregunta es a Marcos. Parodi no confía mucho en él como psicólogo, pero Setton es lo más parecido a un experto que tiene a mano.

—¿Por qué no? Tenemos las hermanas mexicanas, las Poquianchis, que operaban un prostíbulo y manejaban desde el comisario para abajo... Las minas son bravas...

—Sexo débil las pelotas. ¿Podés hacer un perfil, algo que nos ayude a arrimar?

—Muy general... —se ataja Marcos.

—¡Freud! No es tan complicado. Quiero saber qué tipo de mujer es capaz de secuestrar pibas para prostituirlas, matar inocentes, reventar a sus cómplices... Quién es este monstruo nuevo. Y vos, pendejo —dice Parodi a Fabián, reparte órdenes como cartas—, fijate si hay alguna manera de conectar a todos estos con alguna mujer. Si comparten amante, madre, abuela... lo que sea.

Fabián hace la venia y entra a navegar en la red, mezcla de Ray Charles y José Feliciano.

Cada uno en lo suyo, nadie registra a Ernesto, que mira el panel como en trance, la vista fija en el signo de Los Hijos de Saturno, mezcla estilizada de esvástica y dedo acusador. Si pudiera explicarlo, el viejo diría que tiene la mente apolillada, que las palabras y las ideas se le escurren por los agujeros y de pronto se encuentra pensando en cualquier otra cosa, recién llegado a un lugar en el que no quiere estar.

No esta vez. Ernesto se queda quieto, los dedos abiertos y sin respirar, y atrapa, antes de que se apague, una idea de esas que centellean por un segundo y desaparecen.

Va hacia la librería y vuelve al rato, un libro abierto en la ilustración de Goya donde un Saturno oscuro, famélico y pelilargo devora a su hijo.

—Creo que subestimamos el significado del signo. —Ernesto muestra la ilustración como si la respuesta fuera tan obvia—. El signo de la secta, el dedo de Saturno... Señala a sus hijos...

Malena busca el informe del rengo, la cita de la Biblia que —contó Parodi— recitó antes de morir y lee:

—«Aunque Él me quitare la vida, en Él confiaré».

Y todo cierra. Parodi suma una certeza mínima, pero certeza al fin, al contorno vacío en el extremo del diagrama:

—Tiene que ser un hombre. La mina es sólo una lugarteniente. Nuestro Lobo es Saturno, el dios del tiempo, y señala con el dedo a los hijos que se va a comer.

A las diez de la mañana, la pileta de Lacroze y Conde es una nube de vapor y gritos infantiles. Parodi fue con la idea de relajarse y hacer un par de largos antes de volver a internarse en la oficina, pero no tuvo en cuenta que a esta hora el lugar está ocupado por chicos de escuela. Mira con asco el único andarivel que dejaron libre para «la gente normal» y gira 180 grados. Mejor el café inmundo de Ernesto en la librería que

el caldo piojoso de la pileta.

—¡Hola! ¿Ya te vas?

La voz sedosa de Lidia le habla desde atrás y lo ancla al piso. Vuelve a girar y la ve: Venus emerge entre la bruma y el cloro en una pileta del barrio de Colegiales.

Eligen la mesa de la ventana en el bar de Álvarez Thomas y Lacroze. Es un lugar rasposo con el piso de mosaico gastado, las mesas de madera talladas por un siglo de clientes aburridos y un mozo cansino que arrastra los pies y las palabras pero a Parodi le gusta: tiene una decrepitud en la que se reconoce y se siente cómodo. Lidia, en cambio, mira todo como si estuviera en un safari. Recién salida de la pileta, con el pelo chorreándole del cuello a los pezones, parece demasiado arreglada y ajena para el lugar.

Lady Di en la villa 31.

La charla avanza trabajosa por los lugares comunes del clima y el trabajo, elude la política y la familia, ambos reman contracorriente hasta que, al fin, en un «pasame el azúcar» se miran las manos y Lidia registra los nudillos lastimados de Daniel.

—¿Qué te pasó? —dice, mientras le acaricia levemente las manos. Y avanza mil metros.

—¿Esto? Estuve trabajando y me olvidé los guantes...

Lidia podría preguntar por qué un perito forense se lastima las manos pero no. En lugar de eso, sonrío. Sólo sonrío.

—A tu hermano le van a tener que hacer la cara de nuevo.

Lidia está en el auto estacionado con Mauro López y le explica muerta de risa que «Parodi tiene las manos así, hechas bosta de tanto pegarle a Hugo».

Mauro trata de acompañar a Lidia en el chiste pero le cuesta. Después de todo, es su hermano y «con eso no se jode», piensa, aunque jamás se lo diría. En cambio, fuerza una sonrisa e intenta celebrar la imagen de Hugo con la cara como papilla de hígado.

A cincuenta metros del auto estacionado, una chica sale de la casa y se queda en la vereda, esperando.

—Es esa. A que está buena...

Lidia la mira sin demasiado entusiasmo. Una flaquita como tantas, pelo negro largo hasta la cintura y la piel un poco demasiado oscurita pero puede servir.

—Contame.

—Hace castings, quiere ser modelo... Llegó hace poco. La encontré por el face, me hice amigo y después le presenté al buenito.

—¿Me dijiste que es virgen? —Lidia hace cuentas. Duplica el precio.

—Sí. Dice que es. —López la mira a través del parabrisas y la erección le abulta la bermuda ridícula de rapero—. Parece muy putita, ¿no?

Lidia está harta de este y de su hermano, bestias babosas que no entienden el

negocio y se calientan con cualquier cosa.

—¿Qué sabés de la familia?

—Está sola. Con una tía que no se entera de nada... —confirma López.

Últimamente hay que andar con cuidado. Cualquier negrita tiene familiares o amigos que suben fotos, hacen marchas, reclaman que aparezca... Y el negocio se resiente. Más de una vez tuvieron que devolver la mercadería casi sin probar. Pero ahora parece que el idiota de Mauro encontró algo que vale la pena.

A un gesto de Lidia, López se acerca a la flaquita y le conversa. Ella lo mira, lo reconoce y enseguida se le cuelga al cuello, ágil y graciosa como un monito tití, y Mauro la lleva así, con los pies casi en el aire, hasta el auto.

Suben los dos en el asiento de atrás. Por el retrovisor, Lidia ve los ojazos verdes de la piba. «Bien por el idiota», piensa. Y arranca.

Daniel vuelve caminando desde el bar a la oficina. Son doce cuadras pensando en Lidia. La llamaron y se tuvo que ir corriendo a ver una chica nueva, a «hacer scouting», le dijo, pero antes le dio un beso apurado en los labios y a él se le erizaron los pelos de la nuca como si fuera un quinceañero, justo así.

En la librería, Cabrera habla de bueyes perdidos con Ernesto. Hace tiempo mientras espera que llegue Daniel. Toquetea, mira, molesta.

—Yo no leo mucho. No sé... No me gusta. Empiezo y enseguida me aburro. Me cuesta hasta con los informes...

—No me sorprende.

Ernesto comparte el desprecio de Daniel por Cabrera y es demasiado viejo para disimularlo, pero el forense no se entera. Nunca se entera de nada.

—Yo prefiero ver la tele. Esos programas de bailes y esas cosas. Es cuestión de gustos, ¿no le parece?

—Yo calculo que Daniel tardará un poco más de una hora... ¿No se quiere ir a tomar un café, mientras? —Ernesto miente, empuja hacia la puerta pero Cabrera es un burro empacado.

—No. Lo espero acá.

Quince minutos después, Parodi entra a la librería, todavía con la sonrisa boba impresa en la cara.

Ernesto escucha la campanita y sale de la cocina, donde se escondió para no soportar a Cabrera, a quien tuvo que aguantar él solo —dice, en un berrinche— «porque Fabián y Marcos se atrincheraron cada uno en lo suyo en la oficina y no colaboraron».

Parodi le da una palmada tranquilizadora al viejo y va al encuentro del forense.

—¿Qué hacés, Cabrera? ¿Tomás un café?

—Ya tomó. Dos.

A Daniel le divierte el fastidio de Ernesto. Tanto que apenas disimula.

—¿Qué pasó?

Cabrera saca un informe del maletín y se lo muestra. Es un gesto inédito, esto de venir a mostrarle un resultado, y a Parodi le sorprende y, también, lo alerta.

—Tenemos el ADN del violador de la doctora Quaranta. Cuando Diana se encerró en el baño y el tipo se...

—Masturbó —completa Daniel, que no soporta que el forense sea tan mojigato—. Cuando se masturbó —insiste, sólo para joder—. ¿Qué pasa con eso?

—Sacamos el ADN del semen. Y tuvimos suerte: tiene antecedentes por violeta.

Cabrera le tiende a Parodi la copia del prontuario del violador. Bajo la foto frente y perfil se lee «Mauro López».

—Decime que lo de López no es una casualidad.

En Argentina, los López, como los Rodríguez, los Martínez o Fernández, son legión, pero esta vez Parodi espera que no. Que este López tenga algo que ver con el otro.

—No es casualidad. Fijate —dice Cabrera, que esta vez hizo los deberes y le alcanza otro papel en el que se ve, clarito, que Mauro y Hugo, el asesino de Zoe, comparten el perfil genético: son hermanos.

—Los Hijos de Saturno son mucho más que un rejunte de reventados. Es una secta de familia.

Cabrera se agranda, da cátedra de obviedades pero Parodi lo baja de un hondazo:

—Dos hermanos no hacen una secta de familia. No solamente.

Cabrera abre la boca para defender o protestar, pero Parodi ya le pasó el papel a Fabián, para que haga su magia de internet.

Es una magia simple, de principiante. Alcanza con que Fabián tipee «mauro + hugo + lópez» para que en menos de 30 segundos Daniel tenga la hoja impresa.

La noticia es de tres años atrás y titula, en tamaño catástrofe, «Familia evangélica masacrada en supuesto ritual satánico».

Debajo del título, la foto en primer plano de la pareja masacrada y más atrás, contra la pared, el dedo de Saturno dibujado alevosa y teatralmente con sangre.

Fabián lee de la pantalla: «Un macabro hallazgo, bla, bla, bla... José y Vicenta López fueron encontrados en su casa. Los miembros de la congregación... alertaron a la policía después de que la familia no se presentara al servicio...».

—¿Vos decís que estos tipos se cargaron a sus viejos? ¿Puede ser...?

Parodi no contesta. Está mirando la foto, el estupor impreso en la cara de la mujer, muerta con los ojos abiertos y una sonrisa incrédula y piadosa.

Marcos abaraja la pregunta y rompe la breve burbuja de silencio.

—¿Por qué no? Según Freud, todos matamos a nuestros padres en la adolescencia...

Parodi sale del trance y mira al psicólogo, cínico y escéptico:

—Te juro que no puedo creer que me atendí tantos años con vos.

Parada frente a la cámara de fotos, aterrada, la flaquita de ojos verdes ya no parece un monito tití:

—¿Qué me va a pasar? Por favor, déjenme ir... Por favor...

Lidia supervisa la sesión de fotos. Entre el temblor y el llanto no hay una que sirva.

—Mauro, ¿podés hacer que se calle? Tranquilizala un poco, me está volviendo loca —dice, harta.

Mauro López, el entregador, se acerca a la flaquita y la acaricia. Acá no pasó nada.

—No llores... ¡Te vas a España! ¿Sabés cuántas chicas mueren por viajar?

Y la monita tití que trata de entender algo de todo lo que pasó en un rato:

Mauro la besa en la boca, le compone el peinado, le seca las lágrimas. Ella se aferra a él como si fuera bueno.

—¿Por qué me hacen esto? Por favor, decile que me deje ir... —Y él:

—Quedate quietita y dejate sacar la foto, ¿dale? —y también, mientras le tira fuerte del pelo y le mete la mano debajo de la pollera—: No me hagas enojar.

La pibita se queda muy quieta, ni siquiera pestañea cuando el flash de la cámara la enceguece por un momento.

En la computadora, la foto se integra y compone un pasaporte perfecto. Lidia completa los datos, inventa un personaje, convierte a la monita tití en una puta virgen, morocha y de ojos verdes.

—La verdad que el Artista, que en paz descansa, hizo un trabajo impecable... Fecha de nacimiento... 7 de marzo de 1997. Veinte añitos. ¿Nombre?

—¿Diana Quaranta? —Mauro quiere que todas las mujeres sean la única mujer que lo calienta, pero Lidia tiene otro plan.

—No seas tarado... Zoe Parodi —dice, divertida—. Ahora te llamás Zoe Parodi.

Son las diez de la noche. Parodi y Cabrera están en el departamento de la fiscal.

Sobre la mesa ratona, al lado de las copas de vino, las copias del prontuario y la noticia de los hermanos López. Diana compone un tono profesional y distante, como si el Mauro López que la mira desde la foto del prontuario no tuviera nada que ver con ella, como si no le diera miedo todavía. Como si fuera un caso más.

—Puede haberse cambiado el nombre —dice.

—No me parece. Se creen intocables. Como sea, al fin avanzamos en algo. Estos tipos no salieron de un repollo, tienen primos, abuelos, algo... Alguien los reclutó...

—A menos que sea una secta familiar —insiste Cabrera, aunque Parodi ya dijo que no, que dos hermanos no alcanzan para...

—¿Qué más? —pregunta Diana. Sabe que Cabrera y Parodi no le están diciendo todo—. Chicos, no vinieron hasta acá a las nueve de la noche para mostrarme un informe que me podrían haber mandado por mail... ¿Qué pasa?

Los dos, que hasta hace un segundo peleaban y se medían, se ensanchaban para ver quién ocupaba más espacio, ahora miran al suelo.

—Parodi... —parada frente a él, con los brazos cruzados, parece una directora de escuela esperando confesión.

—Mauro López, el... —Daniel empieza desde abajo, en un susurro, pero Quaranta apura con un gesto. No necesita ninguna introducción. Todos saben de quién está hablando.

—Es HIV positivo —escupe Parodi.

—Pero en el hospital me hicieron todo y dio negativo.

Diana niega, vaciada de aire. Cabrera intenta consolarla. Torpe:

—Y probablemente no tenés nada...

«Probablemente» es un asco, piensa Diana. Cabrera cambia «probable» por «seguro», como si la escuchara, y sigue diciendo que «lo único que pasa es que vas a tener que repetir el análisis dentro de dos meses».

—¿Qué sabés? —Diana tiene ganas de pegarle a Cabrera. Tantas ganas. Y el forense, que nunca se entera de nada:

—Sé que se siguió el protocolo de terapias preventivas y que es muy improbable que...

Idiota. Quaranta no quiere escuchar más. Que se vaya. Quiere estar con Daniel, que Parodi la abrace y le diga que va a estar todo bien. A él sí le cree:

—Decime cómo lo hacemos mierda. Qué tengo que hacer para que lo agarres.

—Vos no tenés que hacer nada.

Diana insiste. Ese silencio terco que Parodi le conoce tan bien. Los dos hablan olvidados del forense, como si Cabrera no estuviera ahí.

—Olvidate. No te voy a poner de señuelo...

—Es con vos o sin vos, Parodi. Me voy a poner de señuelo o lo que haga falta para que se acerque. Y cuando lo tenga a tiro —dice Diana— lo voy a matar.

Al mediodía, desde el auto estacionado en la esquina de Martínez y Santos Dumont, Lidia ve a Parodi que cruza hacia la librería. Se lo ve cansado, mal dormido y tal vez no esté del mejor ánimo para el plan que ella va a proponerle, pero hace horas que espera que aparezca y cuanto antes termine todo —cuanto antes empiece— mejor.

Daniel quiere llegar a la ducha. Huele mal, tiene la ropa arrugada del día anterior y el brazo izquierdo agarrotado por sostener a Diana hasta que se durmió así, llorando sobre su hombro, y él no pudo sacarlo de debajo de ella en toda la noche.

—¡Daniel! ¿Qué hacés por acá?

Lidia lo besa en la mejilla. Huele a perfume caro, mezcla de jazmín con algo, y él a sobaco y mugre, pero a ella no parece importarle.

—Trabajo ahí, en la librería.

—¿No eras investigador forense?

—Y librero, entre otras cosas... —Daniel habla poco y aspirando las palabras. No se lavó los dientes y tiene aliento a perro viejo. «Mi reino por un chicle», piensa, mientras Lidia dispara la invitación «a repetir el café que tuve que interrumpir el otro día» y él dice que sí, que claro, a pesar de la ropa arrugada, de los olores, de todo.

En el baño del bar, mientras se hace buches y se lava los sobacos como un croto, Parodi lee las inscripciones en las puertas y en los azulejos. Lo de siempre: declaraciones de amor y de odio, ofertas de servicios sexuales con números de teléfono improbables y un ranking de largo de porongas aún más improbable.

Lidia lo espera, impecable, en la mesa de la ventana. Podría preguntarle qué escriben las chicas en sus baños, pero en cambio sólo se sienta y dice:

—Soy viudo...

—Yo también. Viuda... dos veces.

Lidia contesta rápido, como quien completa un tutti frutti en el cuadro de «estado civil».

«Seductora como una viuda negra». Parodi lo piensa en broma, pero tal vez demasiado fuerte, porque ella sonrío como la Mona Lisa, levanta la mano y aclara «juro que no los maté. Juro que se murieron solitos», dice, y le cuenta una historia de infartos y accidentes, inventada desde el principio hasta el final.

—No pensé nada de eso —miente Parodi—. Qué tremendo, Diana, es un...

—¿Diana?

Si Marcos Setton hubiera estado en la conversación, habría dicho que aquel no era un fallido inocente. Le habría preguntado por enésima vez qué siente por la fiscal Diana Quaranta, pero Marcos está en la librería o con Malena, quién sabe, y Parodi quiere que se lo trague la tierra.

—¡Perdón! Lidia...

Lidia podría preguntar «quién es Diana». En cambio, tiende una mano hacia el agujero que se abrió a los pies de Parodi, y lo rescata:

—No te preocupes. Entre Lidia y Diana pasa como con Esteban y Sebastián: tienen las mismas letras y la gente se confunde.

A la altura del segundo café, la charla va tildando los ítems previstos para el intercambio banal de la primera cita: estado civil, ocupación, hobbies. Podría derivar a signos del zodiaco o color preferido, pero Lidia prefiere otro tema:

—Por suerte tengo mi negocio y, a falta de hijos, las chicas que trabajan conmigo son como mis hijas... ¿Vos tenés hijos?

La pregunta, hecha en el mismo tono en que preguntó si el agua estaba fría, suena casual, inocente. Lidia sonrío, otra vez la Mona Lisa, lo mira a los ojos y envaina el cuchillo imaginario con el que acaba de revolver con saña las tripas de Parodi.

—Tuve... —dice él. Cree que ella lo mira con compasión.

En la librería hay poco que hacer: Daniel no aparece desde la noche anterior, cuando fue con Cabrera a ver a Quaranta, no entró ni un cliente y Ernesto insistió en ordenar todos los libros aunque ya lo hicieron la semana anterior, y la otra.

Malena le muestra al viejo un ejemplar de *El túnel*, de Ernesto Sabato.

—¿Dónde pongo este?

—En «autores argentinos». Pero lejos de Borges...

El viejo ordena los estantes como quien asigna habitaciones en una pensión o un espacio en la mesa. Junta a los autores que se llevan bien para que conversen, separa a los que se pelean, presenta a los que no se conocen. Y Malena disfruta y aprende.

—Se llevaban a las patadas, ¿no?

—Sabato odiaba la novela policial, y Borges lo odiaba a él. O lo ignoraba, lo que es peor.

—¿Y por qué tenemos *El túnel*, si no es policial?

—Porque es. A pesar de Sabato.

Fabián entra a la librería y ve a Malena otra vez en las alturas, acomodando a Sabato entre Soriano y Sasturain porque no tiene dónde meterlo, a pesar de que Ernesto dice que no, que se van a llevar pésimo porque «Sabato es muy engrupido. Un tipo que se sentó con Videla y después presidió la Conadep», dice.

—¿Dónde estabas?

Malena le pregunta a Fabián. Él se pone todo colorado y contesta, torpe, que estaba «por ahí, con un cliente que necesitaba un trabajo de computación».

—¡Ah! Nos engañas con otras...

Fabián pierde pie, trata de explicar, no se da cuenta de que Malena le está haciendo una broma y se siente estúpido, muy estúpido.

Es la primera vez que Fabián va al consultorio de Marcos. Desde que se integró al grupo, cuando pasó lo de Lucas, el licenciado Setton dejó la consulta. Pero Fabián

insistió y ahí está, a última hora del día, revisando cada rincón como si hubiera cámaras o micrófonos ocultos.

—No sé cuándo es broma, cuándo no es broma... Y no sé qué hacer. ¿De verdad no te jode que venga a hablar con vos de esto, no? —Fabián habla de espaldas a Marcos, no le muestra los ojos porque tiene miedo de que se dé cuenta de algo, de todo.

—No me jode para nada. Lo que te pueda ayudar... Podés hablar tranquilo. Esto es como un confesionario. Lo que se dice acá no sale de acá. ¿Me querés contar quién es esta persona que te confunde...?

Fabián no quiere que lo interroguen. No sabe qué hace ahí, para qué fue. Tiene ganas de llorar, de pegar. En cambio, dispara una respuesta como una piña:

—No te quiero contar. Esto no es como un confesionario, ¿o sí? Además vos sos judío, como todos los psicólogos —dice. Y enseguida—: Perdón.

—Los psicoanalistas judíos tampoco contamos las cosas que nos dicen... —contesta Marcos. Está por agregar que nadie le pidió que venga, que puede irse cuando quiera y que no todos los psicólogos son judíos, pero sería una respuesta defensiva, poco profesional y «propia de un curandero», diría Parodi.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Fabián vuelve a ser el adolescente vulnerable de hace un rato, sin rastros de la furia de recién. En algún lugar, este cambio le enciende a Marcos una alarma, pero no tiene tiempo de procesarla porque el pibe está preguntándole «si se puede saber si estás enfermo, si tenés un problema» y mira para abajo, contrito «por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa».

—No entiendo qué me preguntás, Fabián.

Marcos entiende, claro que entiende, pero arrincona a Fabián. Se da cuenta de que lo quiere obligar, que le está devolviendo la atención de «ustedes los judíos», pero quién dijo que los psicólogos son santos.

—Que cómo sabés si te gustan las mujeres —dice, al final, Fabián.

—¿Vos me preguntás cómo sabe una persona si es homosexual? —Marcos subraya con todas las letras y deja flotando la pregunta retórica en el aire. Hace un silencio reflexivo y teatral, la mano en el mentón como el pensador de Rodin—. Lo sabe. A veces le cuesta aceptarlo, pero lo sabe. Y cuando lo acepta, acepta también que no es una enfermedad ni es un problema.

Los psicólogos judíos no son santos, pero pueden ser buena gente. O casi.

A las cinco de la mañana, Parodi mira dormir a Lidia, Marcos abraza a Malena, Ernesto sueña un sueño que olvidará al despertarse, Fabián se masturba con culpa y Diana duerme olvidada por un rato del miedo al virus, acunada en el olor que Parodi imprimió en sus sábanas la noche anterior.

Por eso, cuando suena el teléfono, Diana atiende relajada, sin memoria.

—Hola...

El jadeo del violador la despabila. Se incorpora en la cama y sólo hay lugar para el miedo.

Miedo y asco.

—¿Me extrañas?

Diana manotea el celular y marca el 911. Desde la ventana ve que el custodia prende un cigarrillo. Debería avisarle, pero ¿qué? ¿Que un hombre jadea en el teléfono? Podría asomarse, decirle al policía que suba, pero todos los hombres son López, todos le dan miedo.

—911 de Policía Federal, ¿cuál es su emergencia?

—¿Te llamo para hablar un ratito y llamás a la policía? Mal, mamita... Muy mal... —Las palabras son asquerosas, le untan el cuerpo de algo pegajoso—. ¿Qué les vas a decir? ¿Que te llamo por teléfono? ¿Que soy malo?

Desde el teléfono, el policía insiste en preguntarle a Diana cuál es su emergencia pero ella está inmóvil, aprisionada en hilos de baba.

—¿Sabés una cosa, mamá? Esto no va a ser para siempre. Un día vas a retirar la custodia, vas a salir solita o vas a querer ir de nuevo a la piletta... Y ese día nos vamos a volver a encontrar.

Daniel Parodi despierta con el llamado del celular y por unos segundos no entiende dónde está. Por la cortina mal cerrada entra un haz de luz, y las motas de polvo suspendidas marcan una línea que va desde la ventana hasta el pecho desnudo de Lidia, como un puntero.

El teléfono vibra en el piso, en el bolsillo del saco. La ropa tirada, el revoltijo urgente le recuerda la noche anterior y piensa, siente —todo junto, todo superpuesto— la alarma del llamado, esta mujer perfecta que acaba de despertarse y repta hacia su sexo empinado y qué genio Serrat, cómo supo para cantar que «una mujer desnuda y en lo oscuro, desbarata por una vez la muerte».

Parodi atiende el teléfono y escucha el llanto y la angustia de Diana.

—¿Hola?... ¿Estás bien?... ¿Qué pasó...? ¿Avisaste a la custodia?... —Ni siquiera se da cuenta de que apartó a Lidia y ya se está vistiendo—. No, escuchame... escuchame... No hay ninguna posibilidad de que entre al departamento... Ninguna... Diana, escuchame: ese tipo no te puede tocar... Ya voy para allá.

Parodi enhebra un par de frases de explicación y disculpa, le da un beso apurado y se va. Desde la cama, Lidia oye el portazo.

Parodi busca su auto estacionado y se da cuenta de que llegó ahí en el auto de Lidia y ahora, a las seis de la mañana y en ese barrio en el que no hay ni un alma, tiene que conseguir un taxi. Piensa rápido, triangula posiciones y decide que lo más práctico —para él y tal vez también para Diana— es que pasen a buscarlo.

—¿En Parque Chas? ¿Qué hacía por ahí?

Malena le alcanza un café instantáneo, lo único que puede preparar en el hotel en el que vive desde hace un par de meses.

Mientras se viste, Marcos mira la mesita con la pava eléctrica, dos tazas, un vaso y la foto chamuscada en los bordes de un hombre, su papá, sosteniéndola a ella de chiquita. Ve la vida de Malena toda junta en un ropero mínimo y una mesa de luz y se promete que va a proponerle vivir juntos.

—Ni idea.

—Me da miedo todo esto. —Malena lo mira con ojos de cachorro y él quisiera quedarse, acostarse otra vez con ella y abrazarla, pero Parodi lo espera en una de esas calles laberínticas de Parque Chas lejos de todas partes para ir juntos a lo de Diana.

Busca las llaves del auto, besa a Malena en la frente y sale.

—No despiertes al de recepción —dice Malena. El encargado de la noche es «un botón que sigue el reglamento del tiempo de ñaupá» —la definición modernísima es de Ernesto— y las pocas veces que está despierto se parapeta en la escalera recitando un «no se admiten visitas en las habitaciones».

—Cerraré y trabé la puerta —Marcos imposta una seguridad que no siente, le dice «no tengas miedo, todo va a estar bien», pero no sabe.

Sale del hotel apurado con la cabeza hundida en las solapas del saco.

Tres personas esperan en la parada del colectivo, el diariero termina de abrir el kiosco y acomoda los diarios recién llegados, una camioneta de reparto estaciona frente al supermercadito chino, un pibe pasa en bicicleta exhalando una nube en el aire tibio del amanecer... El día está empezando y Marcos Setton no ve, no puede ver, que entre tanta gente hay una persona que mira hacia la ventana del cuarto de Malena y sigue mirando hasta que ella apaga la luz y él se sube a su motito, destemplado y muerto de frío.

Cuando llegan a lo de Quaranta, una hora después, de la mujer aterrada que llamó un rato antes no quedan ni las migas. La fiscal tiene una bata sobre un camisón demasiado fino y los recibe con la energía de un tifón.

—Se acabó. Quiero hacerlo mierda —dice, ni bien abre la puerta.

Parodi y Marcos, que venían discutiendo en el auto «qué tenemos que hacer para que se sienta segura», que evaluaron un viaje e incluso un exilio, se quedan en la puerta recalculando, como dos tarados.

—¿Podemos pensar un poco, antes? ¿Armar un plan...? ¿O pensás salir en bolas para que te...? —dice Daniel, a punto de decir «para que te viole» pero reprime. Tarde. Quaranta encaja el comentario y se aprieta la bata contra el cuerpo.

—Obvio que vamos a armar un plan, Parodi. Los tres.

Diana incluye a Marcos, y Parodi siente algo como celos pero no. Claro que no.

—Okey. Contale todo a Freud mientras yo preparo un mate. Y vestite un poco.

—¿¡Qué te pasó, tarado...!?! ¿Te enamoraste?

La furia de Lidia es una bala de ruleta rusa: se dispara con la recámara vacía o no, está ahí, lista para matar. Le pasó a su hermano, a Hugo, que se dejó agarrar cuando los milicos interceptaron el avión con 150 kilos de cocaína y tuvieron que aterrizar en Corrientes. Lidia podría haberlo librado de esa pero no movió un pelo para que zafara. Incluso liberó la zona y celebró que Parodi lo reventara a golpes y lo mandó matar en la cárcel, sin honor y sin secta, como un perro.

Mauro López sabe que la furia de Lidia es de una sola bala pero puede tocarle a él, como le tocó a su hermano, y tiene miedo.

No le asusta morir como murió el rengo, porque fue en misión sagrada y sabe —le dijeron— que volverán a reunirse. Tiene miedo de morir solo.

Hugo y él cumplieron el ritual cuando les ordenaron matar a sus padres terrenos. Lo hicieron porque era importante y entonces fueron recibidos, pero ahora, y sólo porque llamó a la fiscal anoche, tal vez Lidia no lo perdona, tal vez Saturno se enoje y lo expulse del reino.

—Preparala.

Lidia señala a la pibita, la novia monito tití tirada en posición fetal sobre un colchón mugroso. Mauro levanta a la chica como quien carga un saco de arena y la lleva a la ducha. El agua fría le cae con fuerza sobre el cuerpo, el pelo renegrido sobre los ojos, pero la piba apenas reacciona. Llora mansa, sin ruido.

Un par de horas atrás vino el médico a revisarla y le dio un sedante como para caballos, para que no joda.

Mientras Mauro baña a Nora —y la llama por última vez por su nombre— Lidia habla por teléfono y arregla el traspaso de la virgen.

—Mañana a Portugal vía Santiago de Compostela. Les va a encantar. «Zoe Parodi»... Sí, impecable, como recién nacida.

Desde el baño, Mauro grita por sobre el ruido de la ducha que «yo hubiera podido confirmar que es virgen».

—Sí, claro. Te dejaba a vos y la arruinabas. Mejor que la vio el médico —dice Lidia, que no le perdona el llamado a Diana de la madrugada y ahora va a tener que volver a abrochar a Parodi cuando ya lo tenía ahí. Ahora, además del trajín del viaje, va a tener que mantenerlo «a baño María», caliente pero sin quemarse, hasta la vuelta. Le escribe un mensaje de despedida: «Vuelvo en una semana y retomamos donde dejamos ayer», suma un par de emoticones idiotas y lo envía.

Antes de romperlo, revisa el celular de Mauro. Hay varias fotos de chicas «espiadas» en la calle. Todas con cara de boba. Nada que valga la pena. Entre todas, la foto de Diana Quaranta desnuda en la pileta y el mensaje escrito con sangre —toda

humillación es una penitencia— tiene un erotismo sádico que atrapa.

Lidia saca el chip y lo destroza junto con el teléfono.

—Sos tan pajero que nos vas a meter en problemas —dice, y le apoya de puro sádica las tetas en la espalda, mientras Mauro termina de bañar a Nora, que ya no se llama Nora y quiere tocar a Lidia pero no, porque ella ya se aleja segura de que no importa cuántas sean, ella es la única.

—¿Esto te gusta, de esa? ¿Que no se deja?

Y no lo dice, pero Mauro lo sabe, que Lidia es de Saturno y sólo de Saturno, que nunca se va a dejar.

—No te voy a dejar. —En el medio de la habitación, Daniel Parodi sostiene el mate como un cetro e insiste en que no, que ni loco, que ni muerto—. Es una estupidez. Lo mismo lo puede hacer una mujer policía.

Da una chupada larga al mate ya frío. «Esto es asqueroso», dice, y Marcos piensa que qué economía de relato, qué síntesis para contar que le asquean tanto el plan de Diana como el mate, en una sola frase.

—Parodi, decime una mujer policía por la que puedas poner las manos en el fuego. Que sepas que no está infiltrada por la secta.

—Eso qué tiene que ver con que te expongas a... —el mensaje de despedida de Lidia, la promesa de retomar lo que tuvo que interrumpir, irrumpe y lo distrae por un segundo. Parodi sonríe en broma privada pero enseguida se obliga a volver.

Espera que Marcos lo ayude a disuadir a Diana de esta idiotez de ofrecerse de señuelo, que le tire un cable que la saque de la zona de peligro, pero Setton está leyendo la pericia psicológica, levanta la vista y hace todo lo contrario. Para qué mierda vino.

—Una mujer policía no va a funcionar. El tipo la quiere a ella. Fijate lo que dice la pericia psicológica: «Niveles de expresión de violencia altamente peligrosa y progresiva. Presenta fantasías de poder y control utilizando la violación como instrumento de dominio y la lleva a la realidad sin temor a la resistencia ni al rechazo».

—Y yo que pensé que era Heidi. Menos mal que lo descubriste, Freud...

Parodi se desquita pero Setton no es de los que se dejan amedrentar. Le devuelve la pelota y le explica, como si fuera un principiante, que «con este tipo no sirven las estrategias defensivas que sí funcionan ante un violador común».

—López es mucho más que un violador. Tiene características de homicida serial organizado. No disfruta violando sino haciendo sufrir.

Mientras Lidia termina de cerrar su valija y revisa por última vez su pasaporte —esta vez es Claudia Parodi, una abogada que viaja con su hija Zoe, piadosas las dos, a

hacer el Camino de Santiago— Mauro calienta en la hornalla la marca a fuego de la secta: el dedo de Saturno. Le gustan los gritos y más el intenso olor a quemado que sale de la piel tersa de las chicas. No entiende por qué tanto escándalo.

—¡Eh! ¿Por qué esa cara? ¡Te vas de viaje! —le dice. Pero la flaquita que ya no es ni será nunca más Nora no lo oye: volvió a desmayarse.

En la oficina, todos menos Fabián «que dónde se metió ahora» esperan a Nazareno y Silvia Montes, los padres de Nora.

No los llamaron, no les pidieron plata, nada... Según un testigo, la piba se subió a un auto con el tipo y desde entonces, hace tres días, no se supo nunca más nada.

—¿Y por qué quieren juntarse con nosotros?

Es la tercera vez que Ernesto pregunta lo mismo. La última hace cinco minutos. A Parodi se le vela la mirada y contesta, como las dos veces anteriores.

—No quieren. Se los sugirió Quaranta cuando hicieron la denuncia. Puede ser un caso de trata.

Parodi mira a Marcos y ambos cruzan un gesto de entendimiento. Setton ensaya otra forma de la misma respuesta, a ver si funciona y le evitan al viejo, se evitan la tristeza de otra repetición.

—Porque podría ser alguien de la secta, incluso el mismo que atacó a Quaranta.

—Y el mismo día que llamaron a Diana —suma Malena.

Para Marcos, las dos acciones podrían estar vinculadas, no cree que sea casual: si López «se involucrara en una acción que evidentemente lo excita, como el secuestro, trataría de canalizar por Diana, que es su objeto erótico», dice. Daniel está de acuerdo, aunque le gustaría que «Freud» se bajara del banquito y dejara de dar cátedra. Por eso, y sólo para patearle las canillas, interviene:

—Se involucrara o involucrase, objeto erótico... traducido —«traduce», gastador, para Malena—, el tipo se calienta y busca a la que lo calienta más.

Marcos, el psicoanalista, lo quiere dejar correr. Interpreta que lo de Parodi es una competencia machista en la que no piensa entrar. Marcos, el machista, quiere agarrarlo a trompadas. Y mientras los dos Marcos deciden cómo sigue la escena, Malena vuelve la atención a lo que importa:

—La chica desapareció hace tres días. ¿Y recién hoy hicieron la denuncia? ¿Por qué?

—No, no la hicieron hoy. Según me dijo Diana, hicieron la denuncia a las veinticuatro horas porque antes no se las tomaban. Abrieron un expediente de «presunta desaparición» que quedó boyando por ahí y ella lo interceptó de casualidad. Cuestión que están viniendo para acá...

—¿Quiénes vienen?

Ernesto vuelve a preguntar y esta vez Daniel no puede, no sabe contenerse y contesta fuerte y mal.

—Los padres de la piba que desapareció. ¿De qué estoy hablando hace media hora? —y enseguida—: Perdoname, viejito. Dormí para el culo.

Ernesto le palmea la espalda, lo tranquiliza con un gesto de anciano bueno, tan ajeno a lo que fue, que lo destroza. Parodi quisiera que lo putee, que lo mande a la mierda como solía y le diga «a quién le ganaste, pibe», pero el Ernesto que le ponía los puntos ya no está.

—¿Te prepararás un café, viejito?

Y el viejo va como un viejo arrastrando los pies a la cocina, a preparar café.

Para cuando vuelve de la cocina, hay una pareja de alrededor de cuarenta años sentada en la oficina y para él, con estas lagunas mentales que le suceden y pliegan el tiempo hasta hacer desaparecer las transiciones, es como si se hubieran materializado.

La mujer es todavía hermosa. Tiene los pómulos altos, de india, el pelo renegrado y ojos tristes, verdes y rasgados. Mira desde abajo, desde su falda, saca una foto de la cartera y se la alcanza a Daniel con las dos manos, como una ofrenda. Como si con el mero gesto su hija pudiera volver de donde sea que está, de «donde se la han llevado», dice el padre que habla así, con los verbos bien puestos y la cadencia amable de los bolivianos.

—Es ella... Nora.

—¿Y tiene novio Nora? ¿Algún amigo?

—No. Ella... Nosotros somos muy religiosos. Norita se reservaba... —dice la mamá, y enseguida corrige aunque ya sabe— se reserva para su marido.

—¿Ningún amigo especial? ¿Alguna gente con la que sale a pasear?

—No que sepamos... —dice el padre.

—El jovencito ese, el que la acompañó a la casa de Zulema la vez pasada... —dice la madre—. Lo vio una sola vez. Dos, a lo sumo. Un muchachito muy respetuoso.

Es que Norita, cuentan ambos, orgullosos, está viviendo con la tía porque empezó la facultad y ellos no podían con el pasaje.

Hablan tomados de la mano. Se enciman, superponen las palabras y los gestos, hablan de Norita, que es tan inteligente, construyen el retrato de la hija que no está y, sin embargo, ocupa tanto espacio.

—Ese jovencito que mencionaban...

Parodi toma la foto de Mauro López del panel y se la alcanza a Silvia, la mamá. Él sabe cómo es y quisiera poder dejarlos en este paréntesis, este instante de olvido en el que todavía no pasó nada, pero no.

Por primera vez, los padres de Nora miran la pared y ven todo el horror expuesto: la noticia de la muerte de Zoe, el asesinato de los López a mano de sus hijos, las pistas del «Requiem» y Los Tilos con sus chicas marcadas a fuego como ganado.

—¡No es ese! —No es. La madre celebra aliviada que el destino de su hija no esté clavado con chinches en esa pared—. El muchachito era más... era más chiquito, como tímido. Un jovencito muy respetuoso.

Y por supuesto que van a ir a la Policía a hacer un identikit, dicen, aunque no se acuerdan mucho. Parodi y el equipo sienten que ahí no hay nada. A lo mejor, con suerte, la piba se hartó de «reservarse» y se fueron, ella y su virginidad, a revolcarse alegremente con el jovencito respetuoso.

—Seguramente vuelve en un par de días —dice Parodi, ya de salida. Está por despedir a la pareja pero la mujer se empaca. Falta algo.

—Dale...

El padre saca una notebook del bolso y se la da a Parodi con cuidado, como si le diera una bomba.

—La doctora nos dijo que les diéramos esto, que ustedes iban a saber qué hacer. Nora usaba... usa Facebook y esas cosas —dice el hombre, que no pronuncia «feisbuk» sino «fasebok».

—Para entrar al Facebook y otras páginas necesitamos un tiempo —dice Parodi.

Imposta un tono profesional, recibe la notebook y recién entonces, cuando hace el gesto automático de pasársela a Fabián porque él no dice feisbuk pero tampoco entiende de esas cosas, repara en que el pibe no está. Otra vez y van... Dónde se habrá metido.

La foto de Nora también se la quedan, pero esta cuesta más. La madre la retiene por una puntita y parece que va a tironear de ella hasta partirla pero finalmente suelta.

—Quédensela. Pero no la ponga ahí —pide. Y señala el panel en la pared.

Marcos acompaña a los padres de Nora hasta la puerta. El alivio que sintieron al no reconocer la foto de Mauro López desapareció y salen de la mano como cuando entraron, pero más encogidos. Atraviesan la librería sin verla, como si todo el espacio estuviera ocupado por la oficina y su ominoso panel de monstruosidades. Como si supieran que la foto de su hija, tarde o temprano, también va a terminar allí.

Ernesto lee las notas que tomó. En la libreta ha escrito «muchachito chico y tímido» pero tal vez, dentro de un rato, eso no signifique nada.

—¿Leíste *Cien años de soledad*, de García Márquez?

La pregunta sorprende a Malena, que está comparando las fotos de Amanda y de Nora, tan parecidas que da miedo.

—No... ¿Por qué?

—Cuando el pueblo de Macondo se enferma con una enfermedad que trae el olvido, el patriarca escribe el nombre sobre todas las cosas, los animales y las plantas: libro, gallina, mesa, silla, cama... Pero se da cuenta de que también se van a olvidar para qué son, y escribe carteles: vaca, hay que ordeñarla para que dé leche, y hacer café con leche. Claro que nada de eso va a servir cuando se olviden cómo se lee, ¿no?

Ernesto vuelve a su libreta, a sus anotaciones que tal vez pronto no sirvan para nada, y ni siquiera registra la crueldad de la paradoja de recordar un libro que leyó hace mil años y no saber qué desayunó esta mañana. Malena quisiera preguntarle cómo termina el cuento, pero tiene miedo de que termine mal o de ponerse a llorar y lo abraza fuerte, como hubiera querido abrazar a su abuelo.

Marcos dejó a los Montes en una parada de colectivo de esos de tres cifras, los que van hasta el culo del mundo, y al volver encuentra a Malena llorando en la cocina.

—¿Qué le hiciste, ahora?! —Y también—: ¿No podías esperar?

Marcos interpela a Parodi por lo que supone que le hizo a Malena y porque pegó la foto de Nora en el panel, al lado de la de Amanda. Se da cuenta de que es infantil, que hay algo mágico en pensar que si no está en la pared está a salvo, pero se enoja porque el otro lo escucha, «como quien oye llover» y, sobre todo, porque lo metió de cabeza en este mundo sórdido al que él, un simple psicólogo, no pertenece ni quiere pertenecer.

—Si la piba no se piantó con el virgen y su desaparición no tiene nada que ver con esto, si la secta está metida en este asunto, tal vez el reclutador tiene un patrón que sigue: o la organización busca un tipo de chica en particular, o tiene que ver con el gusto del que las consigue.

Son demasiados «si», muy pocas certezas, y los padres de la chica no reconocieron la foto, pero Malena no se resigna a renunciar a la pista.

—Tal vez —dice— Mauro López es el reclutador de la red de trata, el tipo que las levanta y las tira en Los Tilos o en cualquier otro basurero.

—No creo que sea ese. Fijate que tanto Amanda como los padres de Nora hablaron de «un muchachito respetuoso». Si hay un reclutador, es un reclutador virgen —dice Parodi y, también, porque dijo «virgen» entró Fabián—: ¿Se puede saber dónde te habías metido?

—Tenía cosas que hacer... ¿Qué pasa?

Es claro que ni las pericias forenses y mucho menos la facturación de la librería dan como para que todos vivan de eso, y cada cual tiene sus rebusques por otro lado, pero últimamente, dice o piensa Ernesto, Fabián está como enojado. Cuando se unió a trabajar con ellos, hace una punta de años, dijo que no necesitaba la plata porque su padre —un pequeño terrateniente de alguna provincia, el viejo no recuerda cuál— le daba casa y unos pesos para estudiar en Buenos Aires. Ahora, además de las pericias, arregla computadoras y hace esas cosas que él sabe para clientes y está «cocorito», esa es la palabra. Tal vez tiene que ver con el metejón que se agarró con Malena.

Parodi lo pone en tema, le da la notebook de Nora, a ver qué encuentra.

Visto de lejos, Fabián parece un hechicero de cuento mezclando pociones, sólo que en versión moderna: en su rincón teclea, enchufa y conecta con la destreza de un prestidigitador que no revela los trucos.

Ernesto le acerca un café porque, pobre, no pudo ni desensillar antes de que Daniel lo pusiera a trabajar a cuatro manos.

—Yo veo las cosas, pibe... Estoy gagá, pero tampoco tanto... Yo veo, pibe.

Fabián aprieta los dientes, siente la tensión del cuello, las manos agarrotadas, inmóviles de pronto, sobre el teclado. Ernesto y su café asqueroso metiéndose en su vida sin que nadie lo invite. Qué carajo ve. Qué carajo sabe. Y el viejo que sigue

hablando.

—... ¿Te creés que no me doy cuenta de cómo la mirás? Malena está metidísima con el psicólogo. Vas a salir lastimado, pibe...

—No es tu tema, Ernesto. No te metas.

Es la primera vez que el pibe lo trata tan feo. Ernesto siente como una trompada en la boca del estómago que le saca el aire, lo dobla y lo hace más viejo. Y enseguida el knock out.

—Hablo en serio. No te metas.

—¿Pasa algo, viejito?

Parodi le ve una tristeza nueva. O a lo mejor se siente mal, le duele algo. Pero Ernesto no sabe explicarle. Está confundido, como en otro lugar.

—Nada. Cosas que estoy pensando... Ya te contaré. Si me acuerdo... Igual, por las dudas, estoy anotando —dice. Y piensa en Aureliano Buendía.

Parodi llega a El Progreso tarde y con la cabeza puesta en Ernesto. Se demoró tomando unos mates con él, tratando de averiguar por qué está tan triste. Aunque Marcos le dijo que es normal, que los enfermos de Alzheimer se deprimen, él supone que hay algo más. Freud no sabe nada.

Diana va por el segundo café. Comparte mesa con un ropero de casi dos metros de alto, medio metro de ancho y ninguna profundidad, el custodio que le pusieron por insistencia de Parodi.

La excusa es ver cómo les fue con Silvia y Nazareno Montes, si sirvió de algo la reunión, pero antes de que Parodi pueda levantar la mano y marcar los cinco centímetros entre pulgar e índice para pedir un café, Diana dispara:

—Quiero empezar a hacerlo hoy. —La fiscal habla con la mirada fija en el pocillo, como si lo acabara de leer en la borra del café—. Quiero sacar la custodia y mostrarme —y por las dudas—, es con vos o sin vos, Parodi...

La tarada quiere ponerse de señuelo del violador, está obsesionada con agarrarlo y es muy peligroso, pero si algo sabe Parodi es elegir qué batallas pelear y en cuáles darse por vencido, y esta está perdida de antemano, así que sólo negocia «algo de tiempo para prepararlo», dice, con esa ternura desdeñosa de hermano mayor.

Esa tarde, Diana espera a Parodi como si se tratara de una reunión social, un té con masas. Si el licenciado Setton estuviera allí, lo interpretaría como una negación de la fiscal a enfrentar lo que está por pasar: que está a punto de entregarse como víctima sacrificial a un sádico enamorado.

Pero Freud no está, y Parodi habla con la boca llena.

En la mesa ratona hay cuatro bandejas con canapés, dos con sandwichitos, una panera con grisines, una botella de vino, paté de foie, dos handies y una pistola automática.

—Vas hasta la pileta. Yo te sigo. Dejá el handy abierto todo el tiempo.

—Okey. Pero no intervení hasta que me ataque —dice Diana, que no tiene hambre, a pesar de que esos sandwichitos son sus preferidos.

—No intervengo. De todas maneras... —dice Parodi, y le pone el arma en la mano, por las dudas.

Quaranta no es una frágil mujercita, no es de las que se espantan con las armas como las protagonistas de los western spaguetti. Examina la pistola con idoneidad, amartilla hacia el piso y da las gracias.

—Y esto. Ponete esto. —Parodi se limpia la mano sucia de paté en el pantalón y le alcanza un paquete envuelto en papel de seda. La prenda, negra y con varillas de metal, es un híbrido entre lencería erótica, traje de baño y armadura del Medioevo.

Diana no entiende. No sabe si sentirse enojada, halagada, extrañada, sorprendida

u otros adjetivos que de momento no se le ocurren. ¿Qué tiene que decir? ¿«Gracias»? ¿«Qué es esto»?

—¿Te volviste loco, Parodi?!

Cuando el paquete estaba en el aire, en ese instante en que él lo soltó y Diana todavía no lo había recibido, Parodi entendió que era un error, pero ya era tarde. Piensa «me cago en Freud», siente que se pone colorado y empieza a explicarle, atropellado, que el psicólogo dijo que era una buena idea, que una pilcha así, tan difícil de sacar, puede disuadir...

—¿Marcos te dijo que me compraras un body?

—Todo suma, ¿no?

Diana decide que además del miedo puede sentirse cuidada y, también, algo divertida. Sonríe levantando apenas las comisuras, con una sonrisa que a Parodi le recuerda la de la Mona Lisa, y concede:

—Todo suma.

A las siete de la noche, recién empieza a oscurecer. Hace dos horas, cuando se agotaron los ensayos, las revisiones del plan y los sandwichitos, Parodi salió de la casa, se despidieron ostensiblemente en la puerta y simuló irse, aunque se quedó con el auto estacionado a menos de dos cuadras.

A través del handy encendido oye los ruidos de la calle y el roce del body contra el cuerpo de Diana. El ruido, una leve «fritura», le trae al cuerpo el recuerdo de la incomodidad de hace un rato, mientras le aseguraba el micrófono sobre el corpiño con cinta tocándola poquito, como un adolescente nervioso. Y se excita, justo ahora.

Hay que ser pelotudo.

—Parodi ¿estás ahí?

El llamado de Quaranta lo pone en situación, como un cachetazo.

Diana subió al auto y puso el arma sobre el asiento, debajo de su pierna. Chequea, por enésima vez, el auricular que la conecta con Parodi.

—Acá estoy... —tranquiliza e intenta por última vez—: ¿Estás segura de que querés hacer esto?

—No, pero vamos...

El coche de Diana se aleja por Ciudad de la Paz. A menos de doscientos metros, el auto de Mauro López se pone en marcha.

Parodi la sigue de lejos. La pierde por un instante al doblar por Jorge Newbery, apenas un par de cuadras y no importa, ya la va a ver en Cabildo.

Pero cuando llega a la avenida, el auto no aparece.

Acelera, avanza hacia José Hernández, y Diana no aparece.

—¡Diana! ¿Dónde estás?

—Acabo de doblar por Matienzo. ¿Dónde estás vos?

De la casa de Quaranta hasta la pileta hay dos caminos posibles. Tanto ensayo,

tanto repaso y no acordaron el recorrido. Parodi acaba de cometer un error de principiante y se pegaría un tiro en las bolas ahora mismo, pero no va a dar el brazo a torcer.

—¿No podías elegir un camino más normal, Quaranta? ¿Más abierto?

—¿Vos querés decir uno en el que se note bien que me estás siguiendo? Porque si voy por donde fuiste vos, cualquiera se da cuenta...

—Genial, Sherlock. ¿Querés que me vuelva a mi casa, también? Así nadie nota que te estoy cuidando...

Diana corta la esgrima de dientes apretados con un «¡no me jodas, Parodi!».

—Ya estoy en el semáforo de la avenida Lacroze. ¿Es lo suficientemente abierta para vos? Además, no creo que hoy aparez...

Parodi está doblando hacia la avenida Forest cuando escucha por el handy que alguien golpea el vidrio de la ventanilla de Quaranta, mil metros más allá.

Hace un par de meses que Ernesto empezó a arrastrar los pies, uno de los síntomas de la enfermedad, pero insiste en ir y volver caminando. Entonces, Malena deja el auto estacionado, lo toma del brazo y van conversando, caminando al paso del viejo las doce cuadras del hotel a la librería y viceversa.

Hoy cerraron temprano. En la librería no entró nadie en todo el día y en la oficina, sin Daniel, no había mucho que hacer.

—... Le juro que con lo del body pensé que me estaba cargando...

Malena le viene contando a Ernesto el extraño pedido de Parodi. Lo que no le cuenta es cuánto disfrutó las vueltas que dio para encargárselo y cómo se puso colorado... no, morado, cuando ella se lo dio a propósito sin envolver sólo para darse el gusto.

—A veces no se entiende muy bien por qué hace las cosas, pero hay que confiar... Danielito es un muchacho que sabe lo que hace... Un buen pibe.

Ernesto se pararía entre él y un pelotón de fusilamiento, si hiciera falta. «Buen pibe», nada, piensa Malena, resentida por esa desconfianza persistente y dura como una piedra de Parodi hacia ella. Pero no va a hablar de eso con el viejo porque lo amargaría.

—Igual, a veces es demasiado sarcástico. A Marcos...

—Yo te aseguro que lo aprecia y lo respeta... De verdad. Aunque le diga Freud...

—Y curandero —completa Malena. Ernesto se detiene en la calle como siempre que quiere subrayar algo, y se ríe:

—¿Curandero le dice? ¡Qué atorrante!

Malena también se ríe. Se contagió del viejo, aunque no quería.

Están a una cuadra del hotel y Ernesto aprovecha para preguntarle que cómo va eso con Marcos, otro buen chico, y se alegra, porque hacen una buena pareja.

—A lo mejor me olvido de qué desayuné esta mañana, pero todavía me doy

cuenta de algunas cosas. Y ahora que tenés novio...

—No tengo novio —se ataja Malena. Pero Ernesto sigue hablando. A lo mejor no es tan moderno, o está un poco sordo, pero insiste—: Ahora que tenés novio y estás retomando tu vida tendrías que pensar en volver a tu casa... en irte de acá —dice, y señala la entrada del hotel, de pronto demasiado triste y decrepita—. Este hotel está bien para un viejo como yo, pero no es lugar para una princesita.

Malena tiene ganas de llorar. Quiere decirle que no le importa el hotel con las paredes verdes. No le importa el olor a humedad que impregna toda la ropa ni la canilla que gotea ni el piso que cruje. Que quiere quedarse con él porque nunca la quisieron tanto, pero no dice nada. Le da un beso en la mejilla, promete que lo va a pensar y se va a la pieza.

—Hasta mañana. Si Dios quiere —dice Ernesto. Malena, que ya se está alejando, retrocede sorprendida.

—¿Y eso? Pensé que era ateo.

—Agnóstico, querida. Pero se me dio por mentar a Dios, andá a saber por qué...

Daniel recorre los mil metros que lo separan del auto de Quaranta salteándose todos los semáforos. Lo último que escuchó por el handy, antes de empezar a correr como un loco y que se le desconectara todo, fue la voz de un hombre y la sorpresa aterrada de Diana. No cree en Dios y sin embargo acelera y pide que «no otra vez, Dios, por favor». Todo el espacio se llena con el chirrido y los bocinazos de los autos pero él no escucha nada. A cien metros ve el auto de Diana detenido en el semáforo y un hombre empinado sobre la ventanilla. Hay mil coches atravesados en la calle y él no puede avanzar. Deja el suyo tirado con la puerta abierta y corre porque esta vez, por favor, Dios, tiene que poder llegar a tiempo.

Cuando llega al auto, el hombre todavía está recostado contra la ventanilla. Lo único que puede pensar Parodi es que lo quiere lejos de Quaranta, que no la toque. Lo toma del cuello de la camisa y pega el tirón. El pibe, un gordito con gorra de visera, cae hacia atrás despatarrado y, con él, una nube de libretas y biromes de colores.

Hay bocinas, gritos, insultos. Quaranta sale del auto, se arrodilla y empieza a levantar las libretas. El pibe lo putea desde el suelo. Todo pasa al mismo tiempo.

A menos de veinte metros, Mauro López mira la escena desde su auto y toca bocina, divertido. Después, dobla por Álvarez Thomas y desaparece.

Diana entra furiosa al departamento. Se quiere sacar el micrófono pero antes tiene que luchar con ese estúpido body que Daniel le obligó a ponerse.

—Arruinaste todo, Parodi.

—Perdón, pero si hubieras elegido el recorrido razonable...

¡Razonable! Que Parodi, justo él, hable de ser razonable después de que arruinó

todo y la expuso es mucho más de lo que Diana puede aguantar. Pero él, que no tiene criterio ni sentido de la oportunidad, insiste en argumentar que si hubiera elegido el recorrido razonable, más abierto, él habría visto que era un vendedor y no...

—Y no hubieras arruinado todo —completa Diana, demoleadora.

Y Daniel, que aunque no lo dice sabe que es verdad, que echó todo a perder, sólo puede argumentar que «a lo mejor no estaba».

—Estaba —dice Diana.

Hace un instante recibió el mensaje de número desconocido en su celular, y sabe.

«Diana, Diana... Pensé que querías verme, que nos íbamos a encontrar en la pileta, otra vez, y te iba a sacar la ropa... Despediste a la custodia y me ilusioné... ¿Era una trampa, mi amor? ¿O lo preferís así? Te puedo agarrar en el ascensor, o en la calle... te voy a...»

El mensaje de López la manosea, la lame. Quaranta digita números para cortarlo, asqueada, pero el teléfono idiota dice que «ha oprimido una tecla incorrecta. Para repetir el mensaje marque uno, uno. Para borrarlo...». Diana sigue marcando números, cualquiera, para que López se calle, pero él sigue diciéndole esas cosas y su teléfono insiste en que «ha oprimido la tecla incorrecta...».

El cristal del teléfono se destroza contra la pared, la batería sale despedida. Diana llora, aterrada y tan chiquita. Parodi intenta consolarla pero no, que no se le acerque:

—Todo esto es tu culpa —le dice.

—¿Todavía no se levantó?

Malena acaba de hablar con la fiscal Quaranta y el mensaje, más allá del «decile a Parodi que yo dije», es importante: hoy a la mañana le confirmaron que un testigo reconoció a Mauro López como el hombre que se llevó a Nora Montes, que la chica entró «por sus propios medios y aparentemente contenta», dice el informe, lo que confirmaría la hipótesis de un novio reclutador. Pero a las once de la mañana, la puerta que comunica la oficina con la pieza de Parodi sigue cerrada y hay tanto silencio que, si no supieran, podrían pensar que está muerto. Después de su ataque al vendedor callejero y la pelea con Quaranta del día anterior, Daniel se dedicó a hacer lo que, dice, mejor hace: emborracharse hasta perder la memoria y el sentido mientras Fabián trajina con la computadora y cuida su sueño a metros de la pieza, como un padre o un carcelero.

—¿Y vos encontraste algo de Nora?

Fabián niega con la cabeza mientras sigue tecleando y el gesto, por lo distante, tiene algo de definitivo:

—El Facebook está dado de baja, no hay registros de teléfono... Se la tragó la tierra.

Los padres hicieron un pedido de paradero, dieron aviso a Interpol. Su foto, un recorte borroso de una escena familiar, es una de las tantas que la gente ve sin mirar

en las terminales de micro y en los aeropuertos.

Ahí acabó todo: Nora subió a un auto y desapareció, como si nunca hubiera existido.

—Pobre piba. ¿Te imaginás el miedo que debe sentir?

—No sabemos. A lo mejor se fue porque quiso.

Fabián es chico y un poco ingenuo, pero a Malena no le entra en la cabeza que pueda decir eso, cuando acaba de contarle que reconocieron la foto de Mauro López, el violador de Quaranta.

—¿¡Cómo se va a ir «porque quiso»!?! A esta piba la secuestraron...

—Lo que digo es que a vos no te secuestran ni te violan. Hay mujeres para eso...

—«Hay mujeres para eso», dijo Fabián. ¡Es peor que decir que una mujer «se hizo pegar»! Te juro que pensé que estaba jodiendo, que era una broma. Una broma de mierda, pero una broma... ¿entendés?

Malena y Marcos almuerzan en la esquina de la librería. Marcos almuerza. Malena hace más de media hora que da vueltas, cuenta, revisa y vuelve a contar la reacción «autista y facha», así la llama, de Fabián.

Marcos diagnostica que «es un melancólico...» y le explica que, a su manera, lo de Fabián fue un piropo retorcido, pero piropo al fin.

—No hablaba de «las violables». Hablaba de vos... De verdad. El pibe está enamorado de vos y no sabe cómo encararte.

—Decir lo que dijo no es la mejor estrategia.

Setton, el psicólogo, no puede evitarlo y dispara que «entonces habría alguna estrategia que sí funcionaría...». Qué idiotez. Por suerte, Malena sonrío y sólo le pide que no la psicoanalice. Entonces Marcos, el hombre, se adelanta al psicólogo, para que no la siga arruinando:

—Quédese tranquila, doctora. Le juro que psicoanalizarla es lo último que pienso hacer con usted.

—¿Te conté que Ernesto me preguntó sobre nosotros?

—¿Y qué le dijiste...?

—Que no te conocía.

Malena va a seguir el juego pero el teléfono de Marcos suena con un mensaje de la fiscal Quaranta, todavía asustada y furiosa con Parodi, para una cita urgente.

Marcos besa a Malena. En la librería, por la vidriera, Fabián ve ese beso impúdico en plena calle y delante de todos, ve la mano de él abierta, abarcadora, en la cintura de ella, y cómo la atrae hasta que los cuerpos se tocan, hasta que seguro que se rozan las partes y cómo puede ser que ella se deje.

Trepado en lo alto de una de las estanterías, Ernesto la ve entrar.

Malena atraviesa la librería hasta la oficina, hasta la puerta todavía cerrada del cuarto de Parodi, indiferente a la mirada de Fabián. El pibe, parado en medio del local con los brazos cruzados a la altura del pecho, hace una pésima imitación de padre frente a su hija adolescente.

—Son más de las dos de la tarde. ¿No tendríamos que despertarlo?

—A menos que se incendie la librería, yo lo dejo dormir... —dice Ernesto, aunque las novedades justificarían despertarlo.

Después de tanta sequía, al fin tuvieron noticias: no sólo porque el testigo reconoció a López sino también porque Fabián, con su magia, encontró al titular del auto y el terreno donde funcionaba Los Tilos.

—El don Nadie se llama Sergio Maradei y trabajó en por lo menos una de las empresas de Funes. Porque... —dice, y estira el relato como en un cuento de misterio mientras le extiende un papel— pude hackear la nómina de la empresa y encontré esto.

Fabián, olvidado de su enojo con Malena, abrumado por la cercanía de ella, acodada en la silla y con las tetas tan cerca de su espalda que casi no puede pensar, le alcanza a Malena el registro de un seguro de vida a favor de Elsa Funes de Maradei. La hermana de Funes, el verdadero.

Ernesto y Malena miran la foto tomada en la Triple Frontera, el primer plano de Hugo López caminando en Ciudad del Este en un caos de cabezas oscuras, carteles de publicidad, guardias con armas largas, bolsos y paquetes enormes y, detrás, «Funes el misterioso», dice Ernesto.

La fiscal Diana Quaranta recibe a Marcos sin canapés ni sandwichitos. Ni siquiera café, porque se le acabó y tiene miedo de salir de su casa.

—Podés volver a pedir la custodia...

—Sí, claro, pero... ¿Qué voy a hacer? ¿Voy a vivir con la custodia? Además, los dos sabemos que si me quiere atacar de nuevo...

Marcos podría decir que no es tan fácil atacarla, aunque los dos saben que es mentira. No lo dice pero lo piensa tan fuerte que Diana le retruca, como si lo hubiera oído.

—Tampoco es tan difícil. Cambié el número de celular veinte veces, y las veinte veces me encontró. No es un... —no puede ni quiere decir «violador»— un delincuente común. Tiene toda una estructura atrás. Alguien capaz de manejar datos, entrar a las computadoras, sacar el número de teléfono...

Quaranta no sabe cómo hacer para seguir con su vida, cómo vaciarla de Mauro López aterrador y omnipresente. Quiere dejar el trabajo, no salir nunca más de su casa. Tiene miedo de estar contagiada, de no poder volver a dormir y no quiere ver nunca más a Parodi.

—... porque es un tarado.

Marcos la escucha y desarma el argumento en partes: que es bastante improbable que tengas el virus del HIV y que, para su salud mental, deberías tratar de suspender la manija hasta el próximo análisis. Que tiene razón, que Parodi es un tarado pero se preocupa y lo de salir... Te prometo —dice, y levanta la mano como en un juicio— que vas a poder. Pedí una licencia, si querés, pero no renunciés...

—Estaba ahí, Marcos. Y si Parodi no... Lo podríamos haber agarrado.

A las cuatro de la tarde, desde el cuarto cerrado de Parodi llega una sinfonía de toses, botellas pateadas, algún desmoronamiento de libros y puteadas *urbi et orbi* que incluyen su vida, el mundo y el recalcado detalle anatómico de todas las putas madres.

Ernesto y Fabián están acostumbrados, pero para Malena es la primera vez. Está en la cocina, al lado de la pieza de Parodi, e imagina que en cualquier momento va a salir de allí desgredado y rugiendo como un monstruo.

Lo que sale, en cambio, es un hombre triste que mastica un «buenos días» inaudible.

Parodi prepara su menjunje curativo con bicarbonato y limón, rechaza con un gesto el café que le ofrece Malena y hace un punteo de temas, una puesta al día telegráfica.

—¿Me llamó Quaranta?

—No. Llamó a Marcos. Fue a encontrarse con ella.

—Estamos salvados, entonces... ¿Ernesto?

—Adelante, en la librería. Atendiendo.

—¿Fabián?

—Acá —Fabián da el presente con una semisonrisa, paladeando la ironía de Daniel para con Marcos y lo pone al tanto de las novedades.

Antes de que Parodi pregunte si tienen cómo ubicar a Elsa Funes, el pibe le alcanza los datos sobreactuando la eficiencia.

—Tratemos de hablar con esta mujer, Elsa. No creo que aporte demasiado. El cuñado de Funes, Maradei, es boleta.

Elsa Funes de Maradei se presenta así, con los dos apellidos, y tiende la mano regordeta y fláccida. No entendió muy bien para qué la citaban, pero esta chica que la llamó —dice, por Malena— es muy simpática.

La mujer tiene entre cincuenta y sesenta años, pero podrían ser cien: es de esas personas que, con sólo verlas, evocan pastorcitos de porcelana y flores de plástico.

Están en el bar de la esquina de la librería y Marcos la enlaza despacio para que no se espante al tema de su marido que, dice Elsa, hace meses que no se comunica con ella.

—... Se ha ido otras veces —dice— pero nunca por tanto tiempo. Y menos sin comunicarse.

Cuenta que pensó en hacer la denuncia, pero habló con su hermano justo antes de que se fuera de viaje y él le dijo que no, que no lo denunciara, que ya iba a aparecer.

—Viaja mucho mi hermano. La última vez me dejó una plata, por si necesitaba.

—Mire qué bien —dice Parodi. Y Elsa, que no entiende de ironías, se ilumina de orgullo y completa la historia entre sorbos de té con leche.

—Sí, mi hermano mayor nos cuida a todos... Es como un padre para toda la familia. ¡Con decirle que le dio trabajo a Sergio casi sin conocerlo! El día que los presenté, hace una punta de años, le dijo «a vos te necesito» y no se separaron más. Hasta ahora. Mis otros hermanos me cargan. Dicen que me casé con uno idéntico a nuestro hermano mayor. Y la verdad, Sergio es bastante parecido...

La mujer termina el té, se limpia la boca con las manos regordetas y mira uno a uno a Parodi, a Marcos y a Malena como si en la cara de ellos estuviera la respuesta a la única pregunta que quiere hacer:

—¿Ustedes saben dónde está?

Daniel está furioso porque la reunión con la hermana de Funes fue un fracaso y una pérdida de tiempo.

—La auténtica boluda total. Tendríamos que haberla citado acá —dice, por la oficina, por la pared llena de muertos— a ver si se entera de algo.

Malena y Marcos argumentan que nadie podría imaginar algo tan retorcido, que alguien contrate a su cuñado para hacer de doble, sólo para tenerlo de reserva, forrearlo un poco y finalmente matarlo cuando haga falta.

—Está preocupada, pero el hermano le dijo que está todo bien y ella confía...

—Boluda total —reconfirma Parodi—. Ni siquiera sabía que el terreno y el auto estaban a su nombre. No nos sirve para nada.

—Igual, podríamos rastrear un poco a este Sergio Maradei, darle una respuesta —propone Malena, que no puede dejar de pensar en la despedida, en la última pregunta.

—Sí. Llamalo a Cabrera y preguntale dónde se le perdió el cadáver. Ahí le vamos a dar una respuesta.

Parodi va hacia adelante, a la librería, a ver cómo sigue el viejo que, en el último tiempo, envejece un año por día.

—Un día va a reventar.

Marcos está preocupado porque, sabe, Parodi no maneja bien estas situaciones: la enfermedad de Ernesto, la falta de resultados. Esta sensación que todos comparten de que la investigación se muerde la cola y no avanza.

Lo de Quaranta fue más que un descuido: fue un síntoma. La necesidad de llegar, alguna vez, a algún lado.

—Además, supongo que esperaba que Fabián encontrara algo de la piba

desaparecida, pero tampoco. ¿Todavía te da miedo?

—¿Parodi?

—El pibe.

—No miedo pero... De a ratos se me queda mirando como un poseso. Me pone nerviosa.

Marcos exagera la intensidad, como un sátiro de juguete.

—¿Y yo? ¿Te pongo nerviosa?

Claro que la pone nerviosa, pero de otra manera. Malena se ríe. Niega con la cabeza mientras el sátiro, ahora vampiro, le muerde el cuello e imita un aullido.

—¿Y cuando me convierto en hombre lobo? ¿Te pongo nerviosa?

—Sí —concede—. Sólo me ponés nerviosa las noches de luna llena.

—¿Qué hacés, viejito?

Daniel se sienta sobre el mostrador. Quiere parecer despreocupado y casual pero no le sale, no puede dejar de ver la mirada de pronto tan vacía de Ernesto. Como si alguien, detrás de los ojos, cerrara una cortina.

Ernesto señala la pila de las completas de Borges, puestos sobre la mesa en un orden que ahora no entiende. Las puntas de las páginas dobladas de *El aleph* y de *Ficciones* señalan cuentos, pistas elusivas. Hasta hace un rato, todo eso tenía una lógica y un sentido. Hay, había un mensaje en esos relatos que cree haber entendido y ya no, como esos sueños vívidos que desaparecen al despertar.

—Creo que vine a buscar algo y no me acuerdo qué.

—A mí me pasa todo el tiempo...

Daniel sabe que suena condescendiente y, lo que es peor, sabe que Ernesto se da cuenta. El viejo lo toma del hombro, lo acerca hacia la mesa y lo hace sentar frente a él. «Vení».

—¿Qué pasa, viejito?

—Yo sé... —dice Ernesto—. Me doy cuenta de cómo avanza esto. Estuve investigando...

—Pero con los ejercicios...

—Dejame hablar, Danielito. Por favor.

El viejo habla con la urgencia de su lucidez furtiva. Tiene que decirlo todo ahora, aunque Parodi no quiera escuchar porque no quiere que pase lo que está pasando, esto de que Ernesto se le esté muriendo de a pedazos.

—Tenemos que pensar cómo sigue. Si me voy a internar o qué...

—No jodas, viejito...

—No. Dejame. Si voy a terminar como una planta no quiero que me veas así... ¿Vos te creés que no me di cuenta de cómo boché los dibujos, esos que fui con...?

—Con Marcos.

—Eso. No daba pie con bola. No quiero que me vean así. Yo sé que en algún

momento hasta me voy a olvidar de esto, por eso te lo digo ahora: te quiero mucho, pibe. Sos como mi hijo... —dice.

—Estás gagá, viejito. —Daniel no puede salir de recio. Y el viejo tampoco:

—Eso también —concede—. Y una más... Tengo una libretita, que anoto cosas. Si se me pianta el bocho, buscá ahí... ¿Estamos?

Daniel asiente con un gesto porque si habla, si abre la boca, se va a largar a llorar.

El vuelo llega con dos horas de demora, la fila es infinita y está cansada.

Sabe que los documentos del Artista son impecables y que, aun si algo fallara, los infiltrados de la organización lo controlarían todo, pero en el momento de entrar al país —no importa cuántas veces lo haya hecho— siempre se pone un poco nerviosa.

En el baño del avión se ocupó de hacer desaparecer el pasaporte de Claudia Parodi, la piadosa mujer que viajó a España con su hija Zoe para recorrer el camino de Santiago y ahora, desde Italia, desembarca otra.

Lidia apoya el pulgar frente a la ventanilla de migraciones y el policía confirma que reingresa al país Laura Martí, soltera de treinta y seis años, sin pedido de captura por Interpol, que vuelve de Milán en lo que fue un viaje breve de una semana.

Mientras va hacia el estacionamiento, Lidia llama a Parodi para decirle que acaba de llegar, pero él no atiende. Deja un mensaje de que tal vez mañana puedan verse en la pileta porque «el avión me destrozó la espalda y me vendrían bien un par de largos», manda un beso y sube al auto donde Nilsen —si es ese su nombre—, a pesar de las dos horas largas de demora, la espera.

Parodi ve la llamada de Lidia en el identificador y tarda en recordar quién es la que llama. No va a atender porque hoy, después del encuentro fallido con la boluda y de la charla con Ernesto, no hay mujer desnuda y en lo oscuro que lo salve. Sólo una borrachera histórica, y en eso está.

La misión que se había propuesto era tomar hasta desmayarse, pero ahora, cambio de planes, se subió al auto y está aporreando la puerta de Quaranta. Tiene que hablar con ella, tiene que decirle —dice— y no se va a ir, grita al balcón y a la calle desierta, hasta que abra.

Diana abre apenas la puerta, con la cadena de seguridad puesta. No es la primera vez que lo ve en ese estado pero esta —Daniel acaba de recostarse en el quicio y quedó encajado ahí, a 45 grados contra la puerta entreabierta— está de verdad destrozado.

—Estás borracho, Parodi. Andate. ¿Desde qué hora estás tomando?

—Uf, desde... No sé. Desde las... ¿14 de febrero de 2014?

Diana lo manda a su casa. Le promete que cuando se le pase hablan y quiere cerrar la puerta, pero Daniel sigue recostado en el hueco y no la deja.

—Tenemos que hablar ahora. Nunca se me va a pasar —dice. Ya no habla de la borrachera, claro—. ¿Sabés qué pasa, Quaranta? Yo te voy a explicar lo que pasa: todos se están yendo... Todos se fueron.

Diana lo hace entrar. Lo lleva de la mano hasta el sillón como a un nene, lo hace sentar y le sigue la conversación, le pregunta quiénes se fueron.

—Todos. Todos menos vos.

A Diana la abisma la confesión de Parodi. Siente vértigo y la necesidad de salir de la escena por un momento pero Daniel no la deja.

—Déjame que te haga un café...

—No quiero tomar café. Te quiero explicar.

—Me podés decir mientras tomás café —insiste. Tal vez, seguro, mañana no se acuerde de nada, pero ahora Parodi llora, se agarra del ruedo de la bata y no deja que se aleje de la cornisa.

—No. Te tengo que explicar. Yo no puedo dejar que te pase nada a vos... Zoe se fue, Patricia se fue, Ernesto se fue... Todo es mi culpa y no puedo hacer nada. La condena al asesino de Zoe es un chiste. La confesión del asesino de Zoe es un chiste. Yo soy un chiste. Soy tan pelotudo que ni siquiera puedo agarrar al tipo que te lastimó. Arruino todo. Tenés razón. Vos tenés razón, pero no te vayas... Si vos te vas me quedo solo, Quaranta. Por favor, no te vayas...

—No me voy a ningún lado, Parodi. Te voy a hacer un café.

Daniel se incorpora e intenta mantener el equilibrio, dibujar un cuatro con la pierna en alto. Se tambalea, está a punto de caerse pero lo vuelve a intentar, una y otra vez, con una resolución digna de mejores batallas pero para él, dice, es importante que Diana le crea, que no piense que lo suyo son charlas de borracho.

—Déjate de hacer pavadas, Parodi. Te vas a lastimar.

—No. Es importante que veas que no estoy borracho.

—No está funcionando, Parodi... —Diana apenas se aguanta las ganas de abrazarlo, tan hombre y tan vulnerable.

—Por lo menos —insiste Daniel— no tan borracho como para que me creas lo que te digo... Sos la única amiga que tengo. Cuando Ernesto se termine de ir... —y a un gesto de Quaranta— Se está yendo. Se muere de acá...

Parodi le cuenta que le hicieron «ese mapa de la cabeza» y se veía todo negro.

—Como en la batalla naval: tocado, hundido, hundido... hasta que no queda nada.

—Para eso falta mucho. Vas a tenerlo a Ernesto por un buen rato. Fijate lo que dice Marcos...

—Freud es un curandero. No sabe nada —dice. Establece el punto y se recuesta en el sillón, como desmayado.

Quaranta va a la cocina. El café está recalentado y huele pésimo pero es lo que hay.

Prepara los dos cafés en una bandeja, un sobre de sales digestivas y dos aspirinas

y va hacia el living:

—Y la verdad es que a pesar de todo, prefiero trabajar con vos que con Cabrera. No es tan inútil como vos decís pero la verdad es que a veces...

Previsiblemente, Daniel se quedó dormido con los zapatos roñosos sobre su sillón blanco y ronca como un tractor.

Diana lo mira dormir. Debería despertarlo y mandarlo a su casa pero su relación con Daniel está llena de «deberías» que no son. Debería tomar distancia, debería no engancharse, debería no...

—Imbécil —dice. Y también—: el café es un asco.

Después, se sienta en el ángulo libre del sillón y prende el televisor.

Malena acaba de despedirse de Ernesto en el pasillo y va hacia su cuarto, dos puertas más allá.

Atraviesa el hall vacío, la pinotea cruje y se hunde, mira las paredes descascaradas en verde pálido y el olor a humedad que a la noche impregna las sábanas. Mientras abre la puerta piensa, feliz y sin presagios, que por qué no, que va a mudarse con Marcos la semana próxima.

—¿Dónde estabas? Es tarde...

Fabián está sentado en su cama.

A Malena se le nubla la vista. El corazón le late tan fuerte que los latidos la aturden y apenas puede escucharlo. Quiere preguntarle qué hace allí, cómo entró, que qué quiere y tal vez lo pregunta porque Fabián la mira con reprobación.

—Hola, ¿no? Primero se saluda —dice, y también, mientras sacude la llave como un banderín—: Hice una copia... ¿Te molesta?

—¿Qué querés? —dice, o cree decir Malena.

—Vení —Fabián palmea la cama—. Tenemos que hablar.

Malena no sabe en qué momento o por qué avanzó hacia la cama. Está sentada junto a Fabián y la puerta, demasiado lejos. ¿Por qué no grita? ¿Por qué no sale corriendo y pide ayuda? La pierna de Fabián pegada a la suya, la textura del jean rozando su piel confirma que no es una pesadilla, que esto está pasando ahora.

—Estuve hablando con Marcos... ¿Te contó? —Fabián habla en tono casual, con una ajenidad aterradora—. Está muy bien. No tenía que contarte. Yo te quiero contar porque no quiero que tengamos secretos... Yo hablé con Marcos porque tenía miedo de estar enfermo pero él no tenía que contarte. Secreto profesional. Lo que le conté —empieza a decir, con mucha dificultad—... nunca besé a una mujer. Una vez, sí, a una prima cuando éramos chicos... Pero eso no cuenta... ¿Cuenta?

—No sé...

Fabián tambalea. Es como un equilibrista y el rechazo o el miedo de Malena hacen vibrar el alambre bajo sus pies.

—No, no... no hablo de besos con lengua o esas cosas raras... No besé. No puse los labios sobre los de una mujer. No tuve sexo, no acaricié... No soy homosexual —aclarar en el aire, un pie delante del otro para no perder el equilibrio.

—No digo...

—Vos me tenés miedo —dice Fabián. No pregunta—. Querés que me vaya.

Malena dice que no, que es un poco tarde y está cansada, que pueden hablar mañana. El alambre se corta bajo los pies y Fabián se desmorona.

—¿Sabés lo que me costó llegar hasta acá? Y cuando quería venir, vos te volvías con el viejo. Todos estos días que estaba por hablarte en la librería, pero siempre hay gente... Y esto es muy privado. Lo que tengo que hablar es muy privado. Yo —dice, mientras le toma las manos como vio que se hace en las películas—, yo traté. Fui y

traté con otras chicas ahí en Los Tilos. Pero no... Sos vos. Vos me tenés que curar, Malena.

Fabián imaginó la escena mil veces. La ensayó delante del espejo, la corrigió hasta soñarla perfecta. Ahora toca que Malena le conteste «sí, mi amor. Claro», sonría feliz y lo abraza, pero, en cambio, suena su celular y a ella se le notan las ganas de atender, de quebrar el momento.

Marcos llama desde el consultorio. En el mensaje que Malena nunca va a llegar a oír le avisa que tiene que suspender porque los padres de Lucas quieren hablar con él «y vos entendés, ¿no, mi amor?, tengo que atenderlos», le manda un beso y promete pasar al día siguiente y convertirse en hombre lobo.

Fabián toma el celular, lo apaga y lo guarda en el bolsillo de su campera.

—¡Estamos hablando! ¡Te estoy hablando!

—Sí. Disculpá...

Malena mira la puerta. Tiene que salir, pedir ayuda, llegar al cuarto de Ernesto.

—¿Por qué estás tan asustada? —Y también—: Vos no te acordás la primera vez que nos vimos, ¿no?

Malena no sabe si tiene que hablar o quedarse callada ni cuál es la respuesta correcta. La asustan los gritos, los súbitos cambios de humor de Fabián, pero más la asusta esta conversación casual, como si fuera perfectamente normal haber entrado al cuarto y esperarla sentado en su cama.

—¿En la librería?

—¡No! La primera vez.

Para Fabián es inconcebible que ella no se acuerde de ese día cuando salía de Tribunales apurada como siempre, se le cayeron las carpetas y él la ayudó a recogerlas. Intenta recuperar la memoria para ella, llena la anécdota de detalles mínimos. Cómo puede ser que no se acuerde.

—El día que tenías puesto el trajecito lila, llevabas el pelo así.

Las manos sudadas le recogen el pelo sobre la nuca.

—No te acordás, pero no importa. Lo importante es que podemos hablarlo ahora. Para mí es importante.

Malena intenta, dice que por qué mejor no la siguen mañana, que ya es tarde, pero Fabián ensayó toda la semana frente al espejo, corrigió una y mil veces el discurso y tiene que decírselo todo. Ella tiene que saber.

—Quiero que me quieras, Malena... Te necesito. Necesito que me quieras para curarme.

No sirve que Malena diga «te quiero». No sirve y lo hace enojar. ¿Por qué le habla como a un cachorro? ¿Por qué sigue mirando así, para adelante, mientras él le sostiene el pelo? ¿Por qué no gira la cabeza y lo besa en la boca? ¿Por qué no hace lo que tiene que hacer?

—Que me quieras como hombre, Male.

Le pasa la mano por la cabeza una y otra vez, la abraza con torpeza. Por un

momento vuelve a ser el pibito tímido y con granos de la oficina, hasta que lo gana la excitación y Malena siente el jadeo caliente e inmundado en el cuello y se aleja, asqueada.

—¡No!

Vuelve a tener nueve años. Ya no es la abogada, la doctora Malena Sanz, sino la nena inmóvil como una estatua en el banco de Plaza Francia y ese hombre que dice que está bien y le levanta apenas la pollera mientras los otros chicos trepan al árbol de amapolas y ella no, por favor no, y él le levanta la bombacha y ella siente el dedo de él que la lastima, y respira igual que ahora, un aliento caliente y acre que le dan ganas de vomitar.

Malena llora. Hace todo mal.

—Esto no está bien. No tiene que ser así —Fabián está sorprendido: ¡lo ensayaron tantas veces! Ella no tiene que llorar ni tener miedo—. Te necesito, Malena. No te voy a lastimar, yo te quiero. Te necesito para curarme.

Malena logra llegar hasta la puerta y trata de abrirla. Eso tampoco es lo que habían ensayado. Fabián cierra la puerta y guarda la llave en el bolsillo del pantalón.

—Vos no entendés —dice.

Tiene que explicárselo todo otra vez.

A las diez y media de la noche, Marcos se despide de los padres de Lucas, que no entienden, por qué entenderían, que su hijo murió sólo para mandarle un mensaje a un tal Daniel Parodi, un hombre del que ni ellos ni el chico tenían noticias.

Piensa que hay muchas posibilidades de que el encargado del hotel de Malena esté dormido y aunque le dijo que no, que se veían al día siguiente, de verdad necesita abrazarla y el teléfono sigue mudo, como muerto.

En la recepción no hay nadie. Marcos abre la puerta, comienza a subir la escalera con sigilo de gato pero las maderas chirrían y el encargado botón se materializa ante él y lo interpela mientras se saca las lagañas de los ojos.

—¡Eh, capo! ¿A dónde cree que va...?

Marcos sabe que es inútil decirle que busca a Malena, que ella no puede bajar porque no sabe que él está y el teléfono no funciona, que necesita verla. El hombre señala la chapa descascarada al lado del llavero, «prohibido visitas en las habitaciones» y confirma, autoritario y redundante:

—No puede subir, capo. Esto es sólo para los huéspedes.

—¿Le podés avisar que estoy, por lo menos?

—No puedo dejar la recepción —dice. Marcos sabe que ni bien él salga va a volver al rincón donde duerme, y el tipo sabe que él sabe, pero lo mira con cara de póker y aconseja, imbécil, que por qué no prueba llamarla de nuevo.

Si hubiera insistido, si no hubiera pensado que de todos modos tal vez ya estaba dormida e igual se verían mañana. En los meses y años siguientes, cada vez que se cruce con una mujer que se le parezca, Marcos va a transitar una y otra vez estos potenciales.

Fabián arrincona a Malena contra la pared. ¿Por qué no entiende que él la quiere, que ella tiene que quererlo? ¿Por qué grita? No tiene que gritar.

Fabián le tapa la boca con una mano y le explica, pero ni bien la vuelve a soltar ella grita, vuelve a gritar. Fabián ve cómo el cuello de Malena se tensa en el grito y eso está mal, tiene que callarla, sostenerla del cuello contra la pared, para que no grite.

—Nena, ¿estás bien?

Ernesto golpea la puerta y hace girar el picaporte pero la puerta no se abre.

Malena escucha, cree escuchar muy lejos la voz de Ernesto. Ya no importa. Fabián sigue apretándole el cuello, siente que resbala hacia el piso como si fuera de trapo pero está bien. Sólo va a morir.

—¡Nena! ¿Qué pasa? ¡Abrí la puerta!

Afuera, Ernesto sigue golpeando la puerta, cada vez más fuerte.

—Voy a tener que abrir —dice Fabián. Pasa por encima del cuerpo inerte de Malena pidiendo permiso y abre la puerta.

El cuerpo de Malena está atravesado en el piso y Ernesto no entiende qué pasa, qué hace Fabián ahí ni por qué está gritándole que deje de golpear, que va a despertar a todos.

El viejo se arrodilla e intenta reanimarla. Entre un masaje y otro le infla la boca con su aire escaso, le pide que vuelva, que la quiere como una nieta, que por favor no se muera, pero ella sigue mirando el techo con los ojos fijos y él le pide a Fabián que llame a una ambulancia pero el pibe no se mueve, y Ernesto pierde la cuenta de las respiraciones y los masajes, y ya no sabe qué toca ni cuándo empezó a llorar sobre el cuerpo muerto de Malena.

—Yo no quería matarla. Pero ella no se acordaba.

¿Fabián dice que fue él quien la mató? Entre la confesión y la muerte, Ernesto va de una perplejidad a otra sin hacer pie.

—¿Por qué...? ¿Qué te hizo?

Fabián se encoge de hombros y le cuenta que «salió mal».

El pibe hilvana el relato lleno de sobrentendidos y protagonistas que Ernesto no conoce.

—Yo la pedí. Alguien tenía que sacar a Hugo de la cárcel y a mí se me ocurrió que Lidia se hiciera pasar por ella, para que ella venga... ¡Y vino! A Nilsen le pareció divertido.

Fabián habla rápido, con jactancia. Parado en el centro de la pieza, olvidado del

cuerpo de Malena, gesticula como el maestro de ceremonias de un circo en el que todos los demás —confirma Ernesto, con la lucidez de los últimos momentos— son sus payasos.

—Todo el tiempo fuiste vos.

El viejo afirma, tal vez pregunta. Tiene que entender.

—Todo el tiempo tratando de entender por qué llegábamos tarde y resultó que nos estuviste llevando de las narices... como ciegos al precipicio... ¿Por qué? Tantos años, infiltrarte —dice, va a decir «hacerte querer» pero no quiere regalarle eso— trabajar con nosotros... No somos tan importantes.

—Parodi sí. Él es lo más importante.

—¿Cómo pudiste...?

La de Ernesto es una pregunta retórica, de telenovela. Pero Fabián contesta orgulloso. El mejor alumno:

—No fue fácil. Ejemplo: el día que Malena descubrió la patente, ese día sí tuvimos que correr. Hubo que desarmar todo rápido, preparar la trampa. Tuve miedo de que Daniel se lastimara. ¿Te imaginás, si no salía a tiempo? Con la bomba y todo eso... Muy complicado. Pero por suerte salió todo bien.

—¿Te divertís? ¿Te gusta ver cómo nos equivocamos, cómo llegamos tarde a todas partes? ¿Ver a Daniel hecho bolsa por Zoe? ¿Te gusta eso?

¿Por qué no entiende? ¿Por qué le habla como si fuera una mala persona? Le ofende que el viejo, justo el viejo, piense mal de él.

—Vos no entendés. De verdad, yo no soy un mal tipo. Hago lo que ellos me dicen que haga, pero no soy un mal tipo.

—«Ellos», la secta... —Ernesto empieza a poner nombre a todas las cosas, como un dios tardío, pero Fabián interrumpe y corrige.

—No es una secta. Ellos no son los loquitos perversos de los que siempre hablan Daniel y Marcos. Ellos son una familia.

—¿Y Nilsen es el jefe? ¿O hay alguien más? —Ernesto habla de Cristian Nilsen. Rescata el nombre del pozo de la historia, el hombre que Parodi detuvo por abusador, hace cientos de años. Quiere saber, pero Fabián ya no habla. Acaricia a Malena en silencio.

—¿Es Nilsen? —el viejo vuelve a preguntar, insiste—: ¿Qué importa, Fabián?... ¿Por lo menos te llamás Fabián? Podés contarme. No creo que vaya a salir vivo de acá y, en todo caso... Me olvidaría.

—Tenés razón. Por qué no...

Fabián cierra la puerta con llave. Se sienta en la cama e invita a Ernesto a sentarse.

Va a contarle la historia de una venganza que empezó a planearse veinte años atrás, el día que un hombre salió de la cárcel con media cara destrozada.

—No era tan desacertado lo de la parábola de los ciegos, después de todo. Sabés que Daniel nunca lo va a relacionar, ¿no?

—Sí, lo sabemos... Él sabe —dice Fabián.

Como si hablara de Dios.

La nena sigue tirada en el piso, desmañada, pero para Fabián dejó de ser Malena, es sólo una molestia, algo de lo que «se va a tener que ocupar». Con Ernesto es distinto. Él lo quiere al viejo que ahora lo mira y le dice «me vas a matar» como quien avisa que va a llover.

—Perdoname viejo —dice, y lo dice de verdad, mientras le golpea la cabeza contra la pared, lo arrastra al baño y lo remata contra el ángulo de la pileta de losa.

La sangre espesa sale lenta de la herida, avanza por los mosaicos del baño, se detiene en el borde de la ducha y gotea por la rejilla. Ernesto intenta incorporarse, logra apoyarse en las manos pero la sangre lo hace resbalar y vuelve a caer.

Desde el cuarto, Fabián habla por teléfono mientras ve los esfuerzos infructuosos del viejo. Pobre viejo.

—Hola, soy yo... tengo una situación en el hotel...

Del otro lado de la línea, Lidia grita bajito, como quien reza un rosario de insultos. No quiere despertar a Nilsen, aunque debería. Está harta de sacar las papas del fuego a estos pendejos de bragueta floja. Ya le pasó con Mauro, que le arruinó los planes con Parodi por acosar a la fiscal y ahora la que faltaba: que Fabián, el buenito, el reclutador más confiable, la despierte con «una situación»: dos muertos a medianoche.

Por suerte el hotel es un edificio decrepito y semivacío, sin seguridad ni cámaras. Y el encargado, que podría haber sido un problema, sigue dormido sobre un colchón en el trastero.

Para cuando Lidia llega —trae puesta la peluca de Malena, por las dudas, y viene con Mauro, para que ayude—, Fabián borró sus huellas y ya tiene todas las cosas de Malena embaladas.

—¡Y después me dicen a mí que hago cagadas! —Mauro mira el desorden de muertos de la pieza, Malena toda vestida y atravesada en el piso—. Y ni siquiera así la pusiste —verduguea.

Fabián ve todo rojo. Va a matar a Mauro como lo mató al viejo pero Lidia se interpone, «déjense de joder los dos y pónganse a trabajar», los reta, con la banalidad de las cosas cotidianas.

El plan, según Lidia, «tiene la belleza de las cosas simples»: Ernesto descubre que Malena es de la secta, ella lo golpea en la cabeza, lo mata y se escapa. Fin del cuento.

—Yo salgo con las valijas, vos llevás «el paquete» —dice a Mauro— y vos te volvés a tu casa, te das un buen baño para sacarte de encima todo esto y mañana, cuando te enteres, ponés tu mejor cara de pelotudo, ¿estamos?

Mauro sale con el paquete, el cuerpo de Malena envuelto en una colcha. Atraviesa el pasillo, la pinotea cruje, baja las escaleras y se asoma a la recepción vacía. A las

dos de la mañana salen al frío de la calle sin que nadie los vea.

A las ocho de la mañana, cuando suena el celular de Parodi, Diana y Daniel duermen acurrucados en el sillón frente al televisor encendido, como un matrimonio de viejos.

Parodi despierta extrañado, tarda en entender dónde está.

El celular apremia, demasiado temprano para que nadie llame. Atiende el teléfono. Lo que sigue es el grito de Daniel, una puteada ronca que pide que se calle ese hijo de puta, que no diga lo que dice, que se calle.

Quaranta apaga el televisor y le saca el teléfono de la mano. Daniel se queda llorando muy bajo, «que se calle el hijo de puta», mientras a Diana le confirman que esta mañana entró la señora a limpiar y encontró a Ernesto muerto en el baño de Malena.

—Un accidente, seguro. Aparentemente se desmayó y cayó mal. Igual, hasta que no haga la autopsia no te puedo decir nada...

Quaranta habla con Cabrera y Daniel, que está sentado en la cama donde horas antes se sentó Fabián, lo escucha y se le va al humo.

—¿Un accidente? ¿De verdad, Cabrera? Explicame una cosita —dice, y enumera no una sino seis—: no cerró la puerta, no usó el baño, no se desabrochó el pantalón ni abrió la canilla, ¿qué mierda suponés que hacía acá parado, al lado de la piletta y en la pieza de la piba? ¿Qué creés? ¿Que se estaba poniendo rímel y se desmayó?

Parapetado detrás de Diana, Cabrera insiste en que no puede decir nada hasta que no haga la autopsia y que «si quieren que haga su trabajo mejor se llevan al energúmeno», se agranda.

—Eran amigos, con el viejo. Entraban juntos, salían juntos... Él nos pidió que le diéramos una pieza y le dimos, el viejo vivía acá desde... qué sé yo. Desde que me acuerdo. Por nosotros, no le dábamos. Alquilamos pieza a los conocidos, nada más. Política de la empresa.

Dos policías jovencitos conversan con el encargado del turno noche. Hacen preguntas, toman notas, pero cuando los técnicos bajan la escalera con la camilla cubierta con un plástico negro, todos hacen silencio.

El hombre cuenta que los vio a ambos por última vez ayer a la tarde, cuando entraron juntos, y que no volvieron a salir, dice, aunque no le consta ni se explica cómo es que el cuarto de Malena está vacío, vaciado a las apuradas. Que tendrían que preguntarle al que está arriba con el otro —dice, por Marcos— que vino a buscarla a las mil quinientas pero él no lo dejó subir...

—Acá no aceptamos que los huéspedes reciban. No es un hotel así —dice, con orgullo de perro pastor, y sigue—: Tan buenita que parecía, me recagó con el alquiler, la piba. Se escapó y se llevó hasta la pelusa... ¿Qué le digo ahora al dueño?

El ropero vacío, las perchas en el piso, los cajones abiertos, todo indica una salida urgente.

Parodi y Marcos están parados en el centro de la habitación vacía, cada uno con un dolor distinto, pero coinciden en una cosa: nada es lo que parece. Debajo del vidrio de la mesa de luz quedó la foto de Malena con su papá. Marcos la saca con cuidado, como si fuera una reliquia.

—Ella no la hubiera dejado. Cualquier cosa, pero esto no. Algo le pasó. Tenemos que buscarla. Vos podés hacer que la busquen, ¿no?

Marcos le muestra la foto a Diana y ella le promete que sí, que van a encontrarla. Los dos saben que no es cierto pero hoy, en este cuarto desangelado que huele a la sangre de Ernesto, no importa.

El auto llega a la quema cuando está amaneciendo. Hubiera sido más fácil y seguro deshacerse del cuerpo de otra manera, enterrarlo junto a algún otro o cremarlo en un cementerio, pero Nilsen quiere que se haga así, y Él sabe.

Mauro escala la ladera de basura con el cuerpo al hombro como un estibador y lo descarga por encima de un auto desguazado. La colcha se desliza y expone a Malena, brillante entre la basura, y Lidia piensa que qué lástima, una chica tan linda y tan clarita, podrían haberla usado. En un par de viajes, Mauro López construye alrededor de Malena una fortaleza de valijas, peluches, papeles, y las rocía con nafta.

Malena, que debería haber muerto en el incendio que mató a sus padres, va a desaparecer calcinada muchos años después y, a su turno, Parodi va a recibir el mensaje que el maestro Borges escribió para él, para el Lobo, en «El Sur»: «A la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronismos».

Todo arde. Un humo negro y picante se levanta como una nube mientras se queman valijas, muñecos de peluche, papeles, la colcha y el cuerpo de Malena. Lidia se acerca, se saca la peluca y la tira sobre la pira funeraria, sin ceremonias.

—Estaba pensando que ahora que Fabián se mandó la cagada capaz yo puedo trabajar de reclutador... —sugiere Mauro, banal, mientras vuelven al auto.

—No. Antes tendríamos que castrarte, mi amor... Vos arruinás a todas las pibitas.

—¿Por qué? ¿No se puede disfrutar en el trabajo? ¿Quién dice?

—Yo lo digo. Y por si no alcanza, Nilsen también.

Lidia se pone el cinturón, cierra los ojos y adivina el gesto obtuso de López pero no tiene ganas de discutir. No ahora.

—Dale, Mauro. Sin berrinches, que estoy cansada.

El auto se pone en marcha y se aleja del basural.

Daniel y Quaranta vuelven del hotel hacia la librería caminando del brazo, como dos

viejos amantes. Marcos se quiso quedar, «a vigilar que la policía no se lleve nada», dijo, y ninguno de los dos tuvo la energía como para contradecirlo y decirle que la pieza está desmantelada, que no hay nada que llevar.

—Ahora te preparo un té y te acostás un rato, ¿dale?

Parodi se deja llevar. No puede más. Ya no quiere. Tendría que haber entrado a la pieza de Ernesto a buscar las cosas del viejo, pero en cambio se dejó llevar por Quaranta.

—Dormís un rato y vamos. Yo te acompaño... ¿Está bien?

—Sí... Hablá con Cabrera —insiste, aunque ya lo hablaron veinte veces. El forense va a entregar el cuerpo lo antes que pueda, pero lo tiene que hacer bien...

—Lo va a hacer bien —Diana contesta al gesto de escepticismo que se le escapó de la cara a Parodi—. Y vos no vas a pasar ni por la puerta del laboratorio.

La puerta de metal está abierta pero la librería está a oscuras, nadie levantó la persiana ni prendió las luces.

Sobre la mesa, el caos de libros de Borges marcados por Ernesto, las hojas dobladas señalando pistas que nadie va a seguir.

A las diez de la mañana, los pasos de Fabián retumban con eco entre los estantes.

El teléfono le avisa que tiene una llamada perdida de Marcos, seguramente para avisarle las noticias, y cuando mete la mano en el bolsillo de la campera para sacarlo encuentra, también, el celular de Malena. Quiere ver las fotos antes de tirarlo pero no todavía. Alguien viene desde el fondo.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

Quaranta sale de atrás, de la cocinita, y Fabián la saluda con un «¡hola!» entusiasta, despreocupado. Está listo para sorprenderse y poner «su mejor cara de pelotudo» tal como le dijo Lidia que hiciera al enterarse de las noticias.

—¡Hola, Diana! ¿Qué hacés acá? ¿Por qué está cerrado?

La fiscal habla bajo para no despertar a Parodi, que al final se durmió, el pobre, lo lleva hasta la cocina, le prepara un café y le cuenta lo que se sabe hasta ahora, que es, le dice, poco y nada.

Fabián esperaba el relato simple de «lo mató y se fue» y ahora le vienen con que no se sabe. ¿Cómo que no se sabe? ¿No se da cuenta de «la belleza de las cosas simples»?

Lo enoja tanto que no sepan ver, que quisiera tirarle el café en la cara y gritarle que es una estúpida. En cambio sonríe triste y dispara una tras otra las previsibles preguntas solidarias:

—¿Por qué no me avisaron? ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Se acabó todo, pibe. Cuelgo los botines.

Daniel se asoma a la cocinita. Está tal como estaba hace un par de horas, pero peor. No pudo dormir y, en este rato, la barba creció una semana y la ropa se le ensució y arrugó sobre el cuerpo como para tirarla a la basura.

—No puedo más. Se acabó —dice, y esta vez suena más verdadero que nunca.

—¿Ya está? ¿Largás todo?

Diana y el pibe reaccionan igual, aunque por motivos diferentes. Parodi los mira a ambos y habla como desde adentro de un pozo.

—Por si no se enteraron, soy un fracaso. Los Hijos de Saturno están hechos de agua, cuando los trato de agarrar se me escurren.

—Habrás que fabricar botellas, entonces...

Quaranta siente la satisfacción íntima y tonta que provocan las buenas réplicas, pero Parodi no está para esas cosas.

—Muy poético lo tuyo —dice, y agita su botella de whisky—. Yo tengo varias.

Diana argumenta: que Ernesto no va a revivir, Zoe no va a revivir y tampoco va a evitar que a ella le pase lo que le pasó. Que lo único que puede hacer por ellos es tratar de desarmar esta secta, le dice, y termina con la arenga Hollywoodense de «no dejes que estas muertes sean en vano». O algo así.

Daniel no está para sermones ni para arengas. Apenas le da el cuerpo para ir hasta el cuarto del hotel de Ernesto y juntar sus cuatro cosas antes de que las tiren. Que Diana se quede «a cuidar el fuerte» por si hubiera alguna noticia de Malena. Fabián va a ir con él.

La pieza de Ernesto es triste, desangelada y sórdida. Hay un ropero abierto con las prendas puestas de cualquier manera, libros por todos lados, restos de comida en la mesa de luz, píldoras en el piso y notitas, recordatorios como «ir a la librería» que hablan del avance de la enfermedad y, también, de cómo Ernesto le daba pelea.

Daniel entra al baño. Lee el papelito pegado en el botiquín: «cerrar las canillas», e imagina qué mal, qué horrible se debe haber sentido el viejito cada mañana al mirarse en el espejo.

—Tal vez fue mejor así... No quería llegar a esto —improvisa Fabián, sin libretto.

—No. Al viejito lo mataron. Me habló para internarse porque no quería llegar a esto, pero la estaba peleando... ¿Qué hacía en el baño de Malena? Ernesto no...

—¿Vos decís que Malena tuvo algo que ver?

Fabián ve la oportunidad de reencauzarlo todo, volver al plan simple, pero Parodi insiste en complicarla con esta manía de buscarle el pelo al huevo. Y ahora revuelve entre las cosas del viejo, abre los libros boca abajo, descuelga la ropa, hurga entre las cajas de remedios.

—¿Qué buscás?

—El viejito tenía una libretita, anotaba «cosas». Me dijo que si se le piantaba el bocho buscara ahí.

—Pero qué cosas anotaría... —Fabián se encoge de hombros y se suma a la búsqueda como si no fuera lo que es: una bomba inesperada que puede explotarle en la cara.

—¿El viejito? Pistas. Cosas que le hacían ruido y no se quería olvidar...

—¿No la tendría encima?

—No. Cabrera me dio las cosas. No tenía ninguna libreta con él.

La cama levantada contra la pared, sin colchón, las sábanas y la almohada en el piso, los libros abiertos con el lomo hacia arriba como arañas, los remedios en la pileta, el botiquín vacío, la ropa con los bolsillos y las solapas desguazados. Ni siquiera el vaso con el cepillo de dientes despeluchado se salva del huracán, pero la libreta no aparece.

—¿Vamos? —Fabián tira de la manga de Parodi con la ansiedad de un chico al que le han prometido un paseo. Quiere sacarlo de ahí, pero a Daniel le cuesta darse por vencido. Llega a la puerta y vuelve a entrar, a rebuscar donde ya buscaron cien veces.

—Andá a saber qué la hizo. Vamos. Volvamos —insiste el pibe. Y Parodi, por segunda vez en el día, se deja llevar.

Las paladas de tierra caen sobre el cajón con la regularidad de un metrónomo. Parodi mira a los hombres, cuatro en total. Tres palean y uno, el capanga, sólo mira. Del otro lado, al borde de la tumba recién abierta, también son cuatro: Diana, Marcos, Fabián y él.

Pobre Ernesto. No da el número ni para jugar un picado.

—Ya no quedan... Ernesto era muy grande.

Quaranta le contesta a lo que no dijo. O tal vez sí lo dijo. Desde que el imbécil de Cabrera entregó el cuerpo y rubricó con sello y firma el dictamen de «accidente, un golpe en la cabeza que podría ser consistente con la caída», Parodi está previsible, estereotipadamente borracho y proclive a las obviedades.

—Era como mi viejo... —dice—. No es justo.

Nunca es justo ni hay argumento. Diana lo sabe pero igual está a punto de decir que por suerte —que dicho así: «por suerte», queda en el límite del mal gusto— el viejo zafó del deterioro, que hubiera sido terrible para él y para todos. Pero lo dice bien, sin «por suerte», más rotundo y más triste:

—Pensá que murió antes de desaparecer.

—Un rato más. Yo lo quería un rato más...

—Ya lo sé.

Diana lo toma del brazo y se lo lleva caminando.

Marcos se va a quedar un rato más frente a la tumba de Ernesto. Tiene que poner

todo el dolor en algún lado y no sabe qué hacer, ni cómo ni dónde buscar a Malena. Fabián es analfabeto de emociones, pero le palmea la espalda como vio que se hace en estos casos y alcanza a Diana y Parodi con un trotecito. Atraviesan cuadras y cuadras de muertos recién enterrados, tumbas nuevitas con la tierra revuelta, sin pasto ni lápidas.

—Yo lo quería al viejo —dice el pibe. Y también, con estupor verdadero—: está muerto.

Le duele el pecho. Se le hunde contra las costillas como si le hubieran clavado una jeringa en el centro y estuvieran sacándole el aire hasta vaciarlo.

«Están muertos», piensa. Y no tiene nada que ver con que él los haya matado.

Se separan en la avenida Corrientes. Quaranta va a llevar a Parodi a la librería a ver si duerme un poco, y Fabián se va en su scooter a quién sabe dónde.

Llegando a la librería, ven a Elsa Funes de Maradei, que espera frente a la puerta cerrada. Tiene los labios fruncidos en una mueca de víbora y un golpeteo rítmico y reprochón con el pie.

—¿Y ahora qué?

—Andá. Yo me encargo.

Daniel pasa por al lado de la boluda total sin mirarla y entra al local. Detrás de él, la mujer se agacha y entra por la puertita metálica a la librería a oscuras.

Que Diana se encargue.

Y ella lo intenta: le explica que «hoy es un día complicado», que «ahora no podemos» pero la mujer insiste en interpelar a Parodi porque ella tiene que saber qué pasó con su marido.

—El otro día, cuando vine, me dejaron ir de acá ilusionada con que lo iban a encontrar...

Quaranta lo conoce a Parodi y sabe que él no ilusiona a nadie con nada, pero la mujer insiste, comienza a enojarse, a «darse manija», hubiera dicho Ernesto.

—¿Me usaron? Yo les conté todo lo que sabía y ustedes no me dijeron nada...

—No hay nada definitivo que decir... —trata de callarla Quaranta, pero la mujer escala un tono cada vez más fuerte, un gritito agudo que perfora los tímpanos. Llora, pregunta, insiste, habla con voz finita ensopada en mocos:

—Por lo menos merezco que me digan adónde puedo ir a llevarle una flor. O qué pasó.

La mujer reclama como si se le hubiera prometido algo. Como si Parodi y su equipo, en esa charla de bar que no sirvió para nada, le hubieran firmado un documento: «Pagaré a la boluda total por el destino de su marido».

Quaranta vacila. La mujer es una idiota y le está quebrando la paciencia pero cómo se le dice a una persona que «Funes, su hermano, mató a su esposo».

Así. Justo así se le dice. Parodi sale de la pieza y va hacia la librería a los gritos:

—¿Vos querés saber qué pasó con tu marido? —tutea—. Eso pasó. Está recontra muerto.

Diana intenta un contrapunto, un «por ahora es sólo una sospecha, no está confirmado», pero Elsa Funes de Maradei no escucha nada. Mueve la cabeza como un péndulo, los ojos fijos en Parodi, y repite que no, que «mi hermano lo adora a Sergio».

—... creemos que Funes mató a su esposo para simular su propia muerte.

La frase de Quaranta entra a destiempo y queda suspendida, subrayada por el silencio de los otros.

—Ustedes están locos.

Es la señal de largada. Daniel Parodi toma a la mujer del brazo, la arrastra desde la librería hasta la oficinita y la para junto al panel, frente a la foto de su marido colgado en un árbol.

—No. Este está loco. El que hizo esto está loco... Tu hermano y su jefe, quien carajo sea, están locos. ¿Y sabés para qué? Sólo para mandarnos un mensaje. Para decirnos que la tienen más grande que nosotros... ¿Y vos de verdad me hacés responsable a mí de todas estas mierdas, de todas estas muertes?

Daniel va a contarle que ni siquiera va a tener el consuelo de «llevarle una flor», como reclamaba, porque, encima, se llevaron el cuerpo, pero la mujer está mirando la foto de su hermano y Hugo López en la triple frontera y dice:

—Yo lo conozco.

Malena solía recordar que su abuela decía que Dios estaba en todas partes y el diablo en los detalles. Quizá esta vez resultó al revés y fue Dios, no el otro, el que estuvo en los detalles. Cuando el ignoto padre de la secta decidió, años atrás, que su hijo se infiltrara en el grupo de Parodi para llevar al perito de las narices al barranco, como a un ciego, imaginó la hermosa ironía de que este hombre, huérfano de hija, criara como propio al hijo del asesino.

No imaginó, no pudo imaginar, que en la trama minuciosa que había trazado, Fabián entraría al local en ese momento exacto y se toparía con Elsa Funes de Maradei, boluda total. Un personaje de comparsa, sin libreto, que haciendo uso de su libre albedrío había ido a la librería ese día y no otro, y reconocería la cara de Fabián entre todas las caras.

—Yo lo conozco —cuenta para todos—. Lo vi... Te vi muchas veces cuando viniste a casa con mi hermano. ¿Te acordás que viniste? Que todavía Sergio te dijo que dejes la moto afuera, a ver si tenías suerte y te la robaban... ¿Te acordás?

El dedo regordete de Elsa Funes de Maradei señala a Fabián. Dispara con ingenuidad datos, anécdotas, fechas de encuentro y aunque Fabián intenta negarlo todo, ya no hay «yo no fui» ni cara de pelotudo que valga.

De pronto, todo cuadra: el video del gato y el ratón que «aparece» en la computadora, los datos que desaparecen, el testigo que se pierde camino a la policía, la cuenta de Facebook de Nora borrada y la huida de Amanda al ver la foto de Fabián en el protector de pantalla. Incluso el perfil de reclutador coincide. Todo tiene sentido pero no.

—El pibe está con nosotros, conmigo, desde que era un pendejito. Desde antes de que pasara lo de Zoe... ¿Cuándo lo captaron? ¿O siempre fue parte de la secta? — Parodi habla con Diana o a lo mejor con Elsa Funes de Maradei, la gorda que improvisó sin libreto y detonó el drama pero es con Fabián. No hay nadie más que Fabián y él en la escena.

Espera, suplica que se ofenda y le diga «no lo puedo creer. ¿Cuántos años hace que estoy con vos? ¿Cómo podés pensar eso?». En cambio, el pibe abre grandes los brazos como un crucificado.

—Tenés razón en todo, Danielito. Muy bien lo tuyo. Como me dijo el viejito, que en paz descanse, fui yo. Todo el tiempo fui yo.

Parodi acaba de enterrar a un padre y está viendo morir a un hijo. No se puede pretender que sea muy lúcido en este momento.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué? ¿Por qué a Ernesto? Porque me vio con Malena, porque se dio cuenta y ya era muy difícil hacerles creer a todos que estaba hecho un pelotudo. De a ratos el viejo tenía verdaderos momentos de genialidad.

—Por qué a mí. Quiénes son ustedes.

De pronto, como si hubiera habido un salto de continuidad en el tiempo, como si alguien se hubiera olvidado de pegar un cuadro en la cinta, Fabián llora, tiene un arma en la mano y le está apuntando.

¿Qué arma es esa?, ¿de dónde salió? Parodi mira la escena extrañado, pero aquello dura menos de un segundo. Nada de eso importa. Piensa, con alivio, que finalmente va a morir y ya no van a interesar las preguntas.

—Estás tan cerca, Dany. Tan cerca —dice Fabián, y también—: Te quiero mucho.

Después, recita aquello de «aunque Él me quitare la vida, en Él confiaré», pone el cañón del arma en su boca y dispara.

AGRADECIMIENTOS

Antes de ser una novela, *Los motivos del Lobo* se llamó *Malicia* y fue una serie escrita por encargo por Las Eme y Ahorita Nomás, dos empresas productoras, para la Televisión Pública.

Desde entonces, *Los motivos del Lobo* crecieron y cambiaron mucho, pero sin ese pedido y el acompañamiento de todas las personas que participaron en el programa de TV, el Lobo tal vez nunca hubiera existido. Por eso, tengo que agradecer a María Mac Lean, Mónica Meda y Maitena Minella, las chicas de Las Eme, y a todos los chicos de Ahorita Nomás. Especialmente a Daniela Basso y a Juan Cruz Sáenz, que me convocaron; a Martín Desalvo, que dirigió la serie y aportó su mirada; y, sobre todo, a Lola Sasturain, porque ni entonces ni ahora me deja equivocarme.

A los actores que encarnaron a los personajes les debo todo. Daniel Parodi, El Viejo Ernesto y la entrañable Diana Quaranta no serían lo que son sin la inspirada recreación del Puma Goity, Mario Alarcón y Ana Celentano. Imposible imaginarlos con otras voces y otros gestos.

Gracias también a Nacho, porque me cree; a Paola, Tere y Alex, por sus devoluciones; a mis primeros lectores de siempre: mis hijos, mi hermana Laura, Juan que lee y relee, y Mayte Gualdoni, que se ríe cuando hay que asustarse y está siempre ahí.